LUCES, CÁMARA, ASESINATO

Asesinato tras las cámaras



JONATHAN WHITELAW

Harper+

Portadilla

Asesinato tras las cámaras

JONATHAN WHITELAW

Harper+

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www. harpercollinsiberica.com

Título original: The Concert Hall Killer
© Jonathan Whitelaw 2024
Publicado por HarperNorth, un sello de HarperCollinsPublishers Ltd
© 2026, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.
Traducción de Rosana Jiménez Arribas

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas omuertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA). HarperCollins Ibérica S. A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.

Diseño de cubierta: MrLetters/HarperCollinsPublishersLtd

ISBN: 9788410643482

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
1. *Locus iste*
2. *The Stars Will Shine Tonight*
3. *We Used To Be Friends*
4. *The Lonely Man*
5. *Bad Things*
6. *Danse Macabre*
7. *An Ordinary Copper*
8. *News Scoop*
9. *Light and Tuneful*
10. *Silks and Satins*
11. *I Could Be So Good for You*
12. *Where You Lead*
13. *College Boy*
14. *Thank You for Being a Friend*
15. *Chicken Man*
16. *Brand New Day*
17. *Park Avenue Beat*
18. *Falling*
19. *Straight Up and Down*
20. *Hi Ho Silver*
21. *Save Me*
22. *Searchin' My Soul*
23 . *In the Sun*
24. «Won't You Be My Neighbour?»
25. *Tossed Salad and Scrambled Eggs*
26. *Woke Up This Morning*
27. «A Perfect Line»
28. *Princes of the Universe*
29. *Iron John's Rock*

30. *Materia Primoris*
31. *Old Ned*
32. *The Liberty Bell*
33. *No Mean City*
34. *Dragracer*
35. *Bond Street Parade*
36. *The Merry-Go-Round Broke Down*
37. *A Beautiful Mine*
38. *Cosy In The Rocket*
39. *Gotcha*
40. *Galloping Home*
41. *Here With Me*
Estrella de *The Locus*, detenida por el asesinato de admiradas celebridades
Reparto
Agradecimientos

Dedicatoria

Para vosotros tres.
Por los días venideros

1. *Locus iste*[1]

Janice corría todo lo rápido que podía y miraba atrás solo cuando tenía tiempo para recuperar el aliento. Los pulmones le ardían y parecía que las piernas se le iban a convertir en gelatina. El ácido láctico recorría sus músculos, la impulsaba y atormentaba al mismo tiempo. Sabía que, si reducía la velocidad, aunque fuera solo un poco, él la alcanzaría. Y entonces todo habría terminado.

Sus pies golpeaban el pavimento mojado. Salpicaba en los charcos mientras la lluvia caía en oleadas desde el cielo magullado y roto. Las farolas se tambaleaban con el fuerte viento, una gélida noche de Cumbria que le traía algo más que frío. Estaba aterrorizada, tenía miedo de resbalar, miedo de tropezar con sus propios pies. Si lo hacía, caería. No podía permitir que eso sucediera. Sabía demasiado. Tenía que escapar, tenía que librarse de él. Si no lo hacía, otras personas morirían. Tampoco podía permitir que eso sucediera.

Las calles de Penrith estaban desiertas. Estaba sola. A ambos lados de la calle, las tiendas y comercios estaban a oscuras y fríos. Era medianoche, nadie en su sano juicio salía a esa hora. Sabían que no era conveniente. La propia Janice también sabía que no era conveniente. Sin embargo, allí estaba, corriendo, para salvar la vida, por una calle principal desierta, deseando llegar a ver otro amanecer y rezando por ello.

Le dolían los pies y le daban calambres en las piernas. Tenía que seguir avanzando, solo un poco más. Pronto llegaría a la estación y entonces estaría a salvo. Podría hacer la llamada, y todo esto terminaría para siempre. Solo que Janice sabía que no sería así: todo lo que había visto y todo lo que había hecho la perseguirían el resto de su vida.

Era una marca de deshonra. Y estaba grabada en su pecho para siempre. Entonces, ¿por qué huía? ¿Por qué seguía importándole? ¿Por qué no reducía la velocidad? ¿Por qué no se detenía? ¿Por qué no dejaba que él la atrapara?

Su cuerpo pareció responder a esos pensamientos. El dolor se había vuelto insoportable. Estaba reduciendo la velocidad. Las largas zancadas se convirtieron en pequeños trotes y, al final, se detuvo. Se dobló por la mitad y empezó a sentir cómo la lluvia le azotaba la camisa empapada y su aliento humeando delante de sí en grandes bocanadas y columnas, como cuando una locomotora de vapor se esfuerza por subir cuesta arriba. Ahora se reía, se reía de lo absurdo que había sido todo aquello. Sabía que nunca podría escapar de él, no había ninguna posibilidad. ¿A quién había querido engañar todo este tiempo? Ella quería que la atrapara.

Antes de que pudiera pensarlo, una mano grande y áspera la agarró por detrás. La levantó rápida y bruscamente. La empujó contra la pared y presionó su cara contra la piedra fría y húmeda. Podía sentir su aliento en la nuca. Apestaba a *whisky,* caliente y denso. Se inclinó hacia ella, lo suficientemente cerca como para que pudiera sentir sus labios casi besándole la oreja, y…

Él soltó un estornudo tan fuerte que toda la calle tembló un poco.

—¡Corten! —gritó Simon Nakamba, que salió pisando fuerte de detrás de las cámaras.

El resto del equipo contuvo la respiración. Habían pasado por esto mil veces antes con el temperamental director. La mayoría sabía lo que les esperaba. Y no era nada agradable.

—¡¿Qué demonios ha sido eso?! —gritó Nakamba.

—Lo siento, Simon, es que…, es que tenía que estornudar, nada más —dijo Derek, el actor principal. Se limpió la nariz con la manga de su chaqueta empapada—. Es por esta maldita lluvia, me he resfriado, querido. Sé que en algunas fotos parece que tengo veintiún años, pero me gustaría llegar a cumplir los cuarenta y uno, si no te importa. ¿Por qué no podemos rodar en las Bahamas o algo así?

—¿En las Bahamas? —preguntó Nakamba—. ¿Hablas en serio? ¿Quieres que rodemos *The Locus,* que trata sobre un asesino de Cumbria, en las Bahamas? ¿Te he oído bien?

—Solo digo —respondió él— que Penrith, con su oscuridad y su frío, no es precisamente un lugar acogedor, ¿no? Mira a la pobre Pip ahí abajo, pegada a la pared con los pies dentro de un charco.

—¡Oye, no me metas en esto, Derek! —dijo Pip—. Yo no soy la que ha arruinado la toma. Estaba esperando pacientemente a que me mataras.

La protagonista se levantó cuando llegó un asistente y la envolvió en un enorme abrigo aislante. Tenía un cigarrillo en la boca y lo encendió antes de que nadie pudiera pestañear. Estaban desmontando todo el plató y preparándolo para otra toma, y la calle estaba ahora llena de gente. Se estaban recolocando los enormes focos mientras el equipo y las cámaras volvían a la carretera para ocupar sus primeras posiciones. Derek estaba a punto de moverse también cuando Nakamba lo detuvo.

—Esta es tu última oportunidad, tu última advertencia, ¿me estás escuchando, Del Boy? —le preguntó en voz baja.

—Oye, déjame en paz, Simon —dijo Derek—. Recuerda cuál es el nombre que aparece en la parte superior de este guion.

—¿De verdad has leído el guion? —replicó el director.

—Te lo advierto —dijo el actor—, déjame en paz. —Le dio un empujón a Nakamba en el pecho—. He oído hablar de esa actitud de chico malo con la que intentas salirte con la tuya —dijo—. Cómo te gusta montar escándalos, destrozar el plató y marcharte enfadado. Pues eso no te va a valer conmigo, amigo, ¿entiendes? Me han nominado a los BAFTA.[2]

—Sí, a los BAFTA escoceses —se burló Pip.

—Los más exclusivos, diría yo. De todos modos, un BAFTA siempre es un BAFTA —la regañó Derek—. Y es más de lo que te han dado a ti en la vida.

—¿Es eso cierto?

—Sí, lo es.

—¡Callaos los dos! —La voz de Nakamba realmente hizo temblar la calle.

Todo movimiento en el plató nocturno se detuvo al instante. Nadie se atrevía a mover un músculo ni a apartar la mirada.

—Es la última advertencia para los dos —dijo el director—. Esta producción lleva tres semanas de retraso y se ha excedido del presupuesto tantas veces que he perdido la cuenta. La cadena me pregunta constantemente dónde está esta puesta de escena. La

oficina de turismo local me está presionando para que les dé más dinero, que no tenemos. Y tengo un dolor de cabeza tan fuerte y constante que haría que un agujero negro se lo pensara dos veces antes de tragarme. Tengo una reputación, sí, lo admito. Es la reputación de que hago películas y series de televisión de calidad, y es algo por lo que he trabajado toda mi vida adulta. Así que, si crees que voy a dejar que un artista que ya no es nadie y que está esperando a que termine la temporada baja, como tú, Derek, lo arruine, estás muy equivocado.

Pip volvió a reírse, y dio una larga calada a su cigarrillo.

—Y, en cuanto a ti —Nakamba giró bruscamente la cabeza hacia su protagonista femenina—, si llamas actuar a lo que has hecho los últimos diez minutos, me gustaría conocer al imbécil que te dijo que podías triunfar en esta industria. ¿Has oído hablar alguna vez de la coreografía? No, supongo que eso no se enseña en las telenovelas. Quizá se enseñe a actuar de forma exagerada, y a comerse el escenario, sin duda; pero no a actuar. Arréglalo o estarás debutando con el Príncipe Azul aquí, en el Brighton Palladium, antes de que puedas decir «calendario fotográfico de buen gusto».

Los dos actores se quedaron quietos, así como el resto del equipo, con la cabeza gacha. Nakamba los miró a ambos fijamente durante un largo rato antes de volver al plató. Todos se pusieron en acción. Se alejaron un radio de diez metros del furioso director. A él le gustaba así. Le hacía sentir importante y poderoso. ¿Por qué si no iba a estar helándose y mojándose a las dos de la madrugada en Penrith? Por el dinero, tal vez. Por el arte, definitivamente no. Simon Nakamba estaba en ello por el poder.

Sabía que eso le había llevado lejos, le había dado lo que quería. Y en ese momento se sentía tan poderoso como siempre.

[1] *Locus iste* es un motete sagrado (una pieza coral) del compositor austriaco Anton Bruckner, que data de 1869. *(Todas las notas son del editor).*

[2] BAFTA: Premios de la Academia Británica de las Artes Cinematográficas y de la Televisión, por sus siglas en inglés.

2. *The Stars Will Shine Tonight*[3]

Esta noche había una energía emocionante en el club de bingo de Penrith. Todo el mundo hablaba de lo mismo. Era mala suerte si tenías otras noticias o chismes. Por muy jugoso que fuera el rumor, por muy lascivo que fuera el susurro o la murmuración, no había lugar para nada más. No esta noche. Esta noche todo giraba en torno a *The Locus*.

El enigmático y exitoso programa de televisión estaba en la ciudad para grabar. Era uno de los favoritos del club de bingo, y habría sido difícil encontrar a alguien que no estuviera emocionado por la llegada del reparto y el equipo a Penrith. Por supuesto, era imposible no verlos. Una flota de camiones y furgonetas se había instalado en el centro de la ciudad, bloqueando gran parte de las calles, callejones y aceras.

El tráfico era un caos por las mañanas y por las tardes, y los carteros postales se las veían canutas para realizar sus entregas. Pero a nadie más le importaba realmente. La oportunidad de ver Penrith en la pantalla era demasiado buena como para enfadarse de verdad. Un sentimiento de orgullo cívico se había apoderado de toda la ciudad. Y el punto álgido de ese orgullo era, sin duda, el club de bingo.

Sin embargo, Amita Khatri se preguntaba de dónde había salido de repente toda esa emoción. En todos los años que llevaba siendo miembro habitual del grupo, no recordaba haberlos visto nunca tan nerviosos o emocionados por ninguna otra cosa, ni siquiera cuando se produjo un asesinato y surgió un asesino entre ellos; ni el día en que se quedaron sin galletas.

Lo que normalmente era un grupo de jubilados relativamente serio y sensato, algunos de ellos nonagenarios, ahora revoloteaba por el salón de la iglesia como una pandilla de escolares emocionados. Amita sintió lástima por el pobre padre Ford, que tenía que organizarlos a todos para el juego. Ya llevaba diez minutos de

retraso, con el rostro como un ruibarbo sudoroso, inquieto junto a la puerta y frunciendo el ceño. Amita estaba a punto de levantarse para ir a ayudarlo cuando sintió una mano familiar palmearle el hombro.

—¿Qué has oído? —preguntó Georgie Littlejohn.

—¿Qué he oído de qué? —preguntó ella.

—Ya sabes, del rodaje de *The Locus*. Todo el mundo está muy emocionado con ello. Nunca había visto a la gente así. El club está revolucionado, incluso toda la ciudad lo está.

—Más que emocionados están echando espuma por la boca —murmuró Amita.

Georgie le lanzó una mirada de incredulidad. La autoproclamada reina del club de bingo de Penrith tenía un oído que rivalizaba con el de un murciélago mexicano. Por no hablar de su atención de halcón a los detalles y las minucias. Amita se mordió la lengua. No debería haber sido tan simplista.

—¿Y bien? —preguntó Georgie expectante.

—¿Y bien qué? —respondió Amita.

—¿Qué sabes del rodaje?

Georgie había pasado la última media hora recopilando todos los chismes y rumores que había podido de los miembros del club. Había corrido de un lado a otro del salón, asimilando todo lo que podía sobre *The Locus*. Amita sabía que si Georgie la molestaba ahora era solo porque el resto se había quedado sin información.

—En realidad, nada —dijo, decepcionando deliberadamente a su amiga.

—Oh —dijo Georgie, arrugando la nariz—. Eso no es lo que he oído.

—¿No? —A Amita no le gustó cómo sonaba eso.

—No, no lo es. He oído que te habías dado un pequeño paseo hasta donde estaban esas grandes cámaras de cine y luces en la calle principal y que habías visto algo… interesante.

Amita sintió que se estaba sonrojando. Todo había sido perfectamente inocente. Había salido a dar un paseo ese mismo día. No había nada malo en ello. De hecho, siempre le gustaba salir a

pasear los miércoles para estirar las piernas, ya que después estaría encerrada toda la noche en la sala de bingo.

Su camino habitual desde casa la había llevado al centro y, en efecto, tal vez se había desviado un poco para ver de qué se trataba tanto alboroto. Había visto la otra temporada de *The Locus* con tanto interés como todo el mundo. Tenía derecho a estar allí, ¿no? Pero, aun así, no le gustaba sumarse al frenesí de emoción que se había desatado en sus compañeros. Después de todo, en los últimos años había estado ocupada resolviendo crímenes reales en lugar de los ficticios de la televisión.

—No sé a qué te refieres, Georgie —dijo, jugueteando con su marcador de bingo.

—He oído, de una fuente muy fiable, que hiciste fotos —dijo Georgie—, fotos interesantes de…, digamos…, miembros del reparto.

Amita sintió un cosquilleo que le recorrió los brazos y le bajó por la espalda. La emoción de estar cerca del plató, de ver los enormes equipos de iluminación, los asistentes, los monitores y, además, lo que ella creía que era una escena crucial, volvió a inundarla. Había sido emocionante. Nunca había visto a ninguna celebridad en la vida real, y mucho menos en su propia puerta. Y, cuando tomó una o dos fotos a escondidas, ni siquiera ella podía imaginar que captaría un momento crucial.

—No puedo hacer comentarios —dijo con una sonrisa irónica.

—¡Amita! —exclamó Georgie dándose una palmada en los muslos —. Tienes que contarme lo que viste. ¡Estamos todos deseando saber qué están rodando aquí!

Amita disfrutó de la atención por un momento. Algunos de los otros clientes habituales de su mesa estaban mirando y escuchando. Judy Moskowitz, la esposa del banquero, normalmente sensata y franca, la fulminó con la mirada.

—Sabes algo, ¿verdad? —dijo.

—Lo sabe, lo sabe —se rio Ethel al final de la mesa.

—Ojalá la dejarais en paz —se quejó Sandy—. Sois peores que la Inquisición española con este estúpido programa de televisión.

—No es estúpido, Sandy —soltó Georgie—. Somos entusiastas, somos fans, y, si uno de nosotros sabe lo que está pasando,

tenemos derecho a enterarnos. ¿No es así, Amita?

Amita esbozó una suave sonrisa. Asintió con la cabeza a Sandy, que resoplaba con el bigote manchado de tabaco temblando sobre el labio superior.

—No pasa nada, Sandy —dijo ella—. Solo se están divirtiendo un poco.

Él gruñó inaudiblemente mientras ella sacaba su teléfono. Esa energía nerviosa parecía extenderse desde Georgie a Judy, Ethel y el resto de la mesa, llegando rápidamente a los rincones más alejados del salón de la iglesia. De repente, todo el mundo se acercó para ver qué era todo ese alboroto.

—Eh…, ¿damas y caballeros? —balbuceó el padre Ford, pero sus súplicas cayeron en saco roto.

Nadie estaba interesado en el bingo en ese momento, ni en los llamamientos del pastor. Lo único que querían era saber qué tenía que contarles Amita Khatri.

La multitud se agolpó alrededor de Amita y Georgie. Ella echó un vistazo a su alrededor y vio docenas de rostros ansiosos que la miraban fijamente, susurrando y hablando, especulando sobre lo que podría tener para ellos.

—Esto es ridículo —dijo Sandy al recibir un codazo en la nuca.

—¡El circo ha llegado a la ciudad! —se rio Ethel, balanceándose en su silla de ruedas.

—Venga, suéltalo —dijo alguien.

—¿Qué tiene? —preguntó otro.

—¿Tiene que ver con el rodaje?

—Tu público te espera, Amita —dijo Georgie, siempre la maestra de ceremonias.

Amita se sintió de repente muy nerviosa. No esperaba este tipo de reacción por parte del club de bingo. Y desde luego no estaba acostumbrada a ser el centro de atención; le gustaba pensar que normalmente era más sutil que eso.

—No estoy segura de que sea tan interesante —dijo, tratando de moderar las expectativas.

Desbloqueó su teléfono. Otro suspiro de emoción recorrió al grupo de ancianos. Se desplazó por sus fotos hasta encontrar la que había

hecho en el plató ese mismo día.

—Bueno, ha salido un poco borrosa. Estaba algo nerviosa —dijo, y seleccionó una imagen y la amplió para los que tenían mala vista—. Pero creo…, creo que se distingue a Pip Potter.

Todos se inclinaron como un solo cuerpo. Hubo algunos empujones para ver mejor y Sandy soltó otro gemido cuando le pisaron el pie.

—Si miráis con atención —dijo Amita, con la respiración entrecortada—, creo que podréis distinguir que está cubierta de… sangre.

Amita nunca había sido muy dada a hablar en público ni a actuar. Cuando era pequeña, odiaba subir al escenario del colegio para recitales y conciertos de orquesta. Pero incluso ella se permitió disfrutar del momento cuando el club de bingo estalló en una gran ovación de incredulidad, celebración e intriga. ¿Una de las principales estrellas de *The Locus,* potencialmente muerta y fuera de la serie? Hubo un momento de silencio mientras el público de Amita asimilaba lo que ella insinuaba, y luego vinieron los aplausos, los gritos y las interminables palmadas en la espalda. Ella no estaba muy segura de haber hecho nada; solo había estado en el lugar adecuado en el momento adecuado. Pero parecía que había dado en el clavo con el club de bingo de Penrith, ávido de cotilleos y desesperado no solo por saber qué estaba pasando con su programa favorito, sino por ser los primeros en saberlo.

—Damas y caballeros, por favor —dijo el padre Ford, tratando de restablecer algo de orden—, deberíamos empezar. El conserje, el señor Jones, no se va a poner contento si nos quedamos más allá de la hora de cierre asignada. Tiene que limpiar y recoger la sala para el club de madres jóvenes que vendrá mañana por la mañana.

La multitud comenzó a dispersarse. Amita recibió algunas felicitaciones más mientras los jubilados ocupaban sus asientos. Sandy seguía resoplando, estirando deliberadamente los brazos y moviendo los hombros al tiempo que los demás se desagrupaban. Ethel seguía riendo y Judy le dedicó una sonrisa cómplice desde el otro lado de la mesa.

—Nos lo estabas ocultando, vieja diabla —dijo esta última—. No había visto nada, y un cuerno.

Amita se rio. Mientras todos se preparaban para las actividades de bingo de la noche, Georgie se inclinó hacia ella y le susurró:

—Tenemos que ir allí mañana —dijo—. Por material como este, la gente pagará mucho dinero.

—No estoy tan segura, Georgie —respondió ella—. Simplemente estaba allí cuando los actores y los extras estaban rodando y saqué una foto rápida. No es precisamente vender secretos de Estado.

—*Spoilers,* Amita, *spoilers,* eso es lo que tienes ahí. Mi sobrina, Eugenie, ¿te acuerdas de ella? Era la campeona ecuestre de toda Cumbria.

—Sí, la recuerdo. —Amita hizo todo lo posible por no poner los ojos en blanco ante la enésima mención de la familia supertalentosa de Georgie.

—Me ha dicho que este tipo de noticias son un gran negocio en internet, ya sabes, *online*. A todos los periódicos y sitios web les encanta este tipo de cosas. Deberíamos organizar un grupito para ir allí mañana por la mañana y ver qué más podemos fotografiar. Podríamos ganar mucho dinero.

A Amita no le gustaba nada esa idea. De hecho, la detestaba. Una cosa era pasear sola y hacer una foto fortuita, y otra muy distinta, embarcarse en una especie de incursión septuagenaria. Estaba a punto de expresar su disconformidad cuando el padre Ford cantó los primeros números. Georgie se acomodó y empezó a marcar su tarjeta. Asintió con la cabeza a Amita y le guiñó un ojo. Entonces, eso ha sido todo, pensó: de jubilada modesta a *paparazzi* de un solo golpe.

[3] *Three Stars Will Shine Tonight* es el tema musical de la serie de televisión médica estadounidense *Dr. Kildare,* emitida de 1961 a 1966 y protagonizada por Richard Chamberlain.

3. *We Used To Be Friends*[4]

—Dios mío —dijo Jason.

Amita apenas tardó treinta segundos en contarle el plan de Georgie. Como siempre, él estaba aparcado un poco más abajo, esperando a que terminara el bingo para llevar a su suegra a casa. Amita se subió al coche, se abrochó el cinturón de seguridad y procedió a revelarle todo el plan de ir a husmear por el plató de *The Locus* por la mañana.

—Sabes que hay normas para ese tipo de cosas —dijo él, arrancando a toda prisa—. No puedes ir por ahí haciendo fotos de las cosas. Vale que estabas en una vía pública y que probablemente no les importe que una ancianita eche un vistazo al plató, pero, si aparecéis un montón de personas, veo difícil que lo ignoren. Y hay que tener en cuenta lo que se denomina «expectativas razonables de privacidad» en los lugares de trabajo y todo eso.

—Lo sé, Jason, soy muy consciente de ello —dijo ella—. Y deja de llamarme «ancianita», por favor. Somos personas mayores. Es Georgie: la emoción de tener a todos estos famosos por aquí se le ha subido a la cabeza. Debería controlar su tensión arterial, que ya de por sí no la tiene muy bien. Demasiada estimulación y caerá muerta.

—No sería ninguna pena.

—¡Jason! —gritó Amita.

Le dio un golpe en el brazo, que le dolió de verdad. La nueva clase de boxeo para mayores de Amita en el centro de ocio estaba dando sus frutos. Él hizo un gesto de dolor y estabilizó el volante.

—¡Solo estaba bromeando! —protestó él.

—Debería darte vergüenza —le regañó ella de nuevo—. Imagina decir algo así. ¿Cómo te sentirías si el yerno de Georgie dijera eso de mí?

Jason no respondió.

—De todos modos, no pasará nada —continuó ella—. Se lo dije antes de salir esta noche. Le dije que todas las grandes celebridades, Pip Potter, Derek Veland y todos esos, probablemente ya se hayan ido, hayan hecho las maletas y se hayan vuelto a Mánchester, Londres o donde sea. No se quedarán en el plató más tiempo del estrictamente necesario. Pero ya sabes cómo es ella cuando se le mete una idea en esa cabeza de chorlito que tiene.

—Especialmente si tiene que ver con cotilleos —dijo él—. ¿Qué le parecieron las fotos que hiciste? Apuesto a que estaba furiosa de celos.

Amita esbozó una sonrisa. Recordó la atención, la gloria. Todo el club de bingo a sus órdenes, pendiente de cada una de sus palabras. Había sido embriagador. Y todo mientras Georgie hacía de comparsa a su lado.

—He de admitir que me sentí bastante bien —dijo.

—¡Lo sabía! —Jason se rio y dio una palmada al volante—. Siempre supe que te tomabas tu rivalidad con Georgie Littlejohn más en serio de lo que admitías.

—Tonterías —repuso ella, volviendo a la realidad de golpe.

—Oh, vamos, Amita. Llevas años sentada en ese mismo asiento diciéndome que el club de bingo es solo una divertida salida nocturna para los jubilados de la zona y no el intrincado experimento social y el nido de víboras que es en realidad.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando, Jason —dijo ella, levantando la nariz—. Solo he dicho que disfruté del entusiasmo de mis compañeros del club de bingo por la fotito que le hice a Pip Potter. Eso no es un delito, ¿verdad?

—No, no lo es —continuó, sonriendo—. Pero convertirte en el flautista de Penrith y llevar allí a un batallón de tus amigos no es tan genial.

Amita sabía que tenía razón. Soltó un largo suspiro.

Jason pareció darse cuenta de su decepción. No le gustaba disgustar a su suegra en los mejores momentos. Sin embargo, esa noche se esforzaba especialmente por caerle bien. Estaba en juego una reserva para cenar muy tarde para dos. Era raro que él y su

mujer pudieran tomarse una taza de té, y mucho menos salir a cenar, sin los niños y sin Amita.

—Mira, solo te estaba tomando el pelo, ya lo sabes —dijo—. Obviamente, es bueno que seas tan popular y que se aprecien tus habilidades. Sabes que en los últimos años he llegado a valorar tu olfato para las noticias, así que es justo que tus compañeros de bingo también aprecien tu talento.

—No me importa la gloria —respondió Amita—. Es solo Georgie. Cuando se le mete una cosa en la cabeza, es como un perro con un hueso. Y no hay nada que podamos hacer para disuadirla. Debería haber mantenido mi bocaza cerrada esta noche y no haber mencionado que había estado en el plató. Es más fácil decir una mentirijilla piadosa en ese tipo de situaciones. En cambio, se me subió a la cabeza. Ahora todos vamos a ir allí al amanecer para hacer Dios sabe qué.

Jason sintió un nudo incómodo en el estómago. Sabía muy bien lo mucho que significaba el club de bingo para su suegra. En los últimos años, también se había convertido en algo fundamental en su vida, por razones buenas y malas. También sabía lo difícil que podía ser despistarlos cuando olían un escándalo o una intriga, pero también lo acogedor y reconfortante que podía ser para Amita. Era una comunidad de personas muy diferentes, unidas por un interés común. Y, para ser justos, habían hecho un buen trabajo al detectar detalles que otros pasaban por alto y al prestar atención a personas que a menudo eran ignoradas. No eran mala gente y seguramente no causarían tantos problemas por aparecer en los aledaños de un rodaje de televisión. Quizá no debería haber sido tan duro con ella.

—¿Qué hay de malo en dar un paseo por el plató? —dijo, tratando de consolarla—. No es que vayáis a ver gran cosa. Seguro que ya viste lo mejor el otro día. Iréis todos allí bajo la lluvia matinal, os empaparéis, veréis un par de camiones aparcados y volveréis tambaleándoos por la carretera para tomar té y galletas.

Amita arqueó una ceja al oír la palabra «tambaleándoos»; al fin y al cabo, probablemente estaba en mejor forma física que su yerno, pero aun así asintió con la cabeza. Jason no estaba seguro de haber hecho lo suficiente para tranquilizarla. Ella tenía tendencia a

interiorizar este tipo de cosas, a levantar un muro alrededor de sus preocupaciones que incluso a él le resultaba difícil derribar. Al menos lo había intentado.

Se detuvieron frente a la casa. Amita soltó otro suspiro y cogió sus cosas, sin olvidar su bolso, su compañero más fiel. Salieron del coche y se dirigieron al camino del jardín.

—No tienes por qué ir mañana, ¿sabes? —dijo él, sacando las llaves que abrían la puerta—. Podrías decirle a Georgie que te encuentras mal.

—¡No puedo hacer eso! —respondió Amita con cara de desánimo —. No puedes decirle a la «doctora» Littlejohn que estás enferma. Ella ha tenido todas las enfermedades, afecciones y síndromes que existen sobre la faz de la tierra. Y, lo que es más, se considera una experta en remedios. Se presentaría aquí con un montón de preguntas diagnósticas y medio contenido de una farmacia. Sinceramente, Jason, espero que done su cuerpo a la ciencia médica cuando fallezca. Es un milagro que haya sobrevivido tanto tiempo con todas sus supuestas dolencias.

—¿Ahora quién está siendo morboso? —dijo él, abriendo la puerta principal.

Radha estaba de pie al pie de la escalera. Estaba maravillosa. Jason acababa de entender cómo su esposa podía mantener tal belleza en aquella situación. Cada vez que él se encargaba de ello, se sentía como un espantapájaros al que habían picoteado y destrozado las aves a las que se suponía que debía asustar.

—Estás preciosa. ¿Tienes una cita? —Le guiñó un ojo al entrar.

—Déjalo, anda —dijo ella, y levantó su bolso—. Mañana hay colegio. No recuerdo la última vez que tuve una cita.

—Yo no recuerdo lo que he desayunado, Radha —dijo él, cambiando su anorak por algo un poco más formal.

—¿Sigue pareciéndote bien quedarte a cuidar de los niños, mamá? —preguntó ella.

Amita dudó, perdida en su propio mundo. Cuando se dio cuenta de que tenía que responder, volvió a la realidad.

—Por supuesto. Pasadlo bien —dijo.

—Es demasiado elegante para mi gusto —dijo Radha, cogiendo su abrigo—. No sé por qué no podemos simplemente ir a comer una hamburguesa.

—Porque es nuestro décimo aniversario de boda —dijo Jason.

—Nuestro décimo aniversario de boda fue hace nueve meses.

—Sinceramente, intentas hacer algo bonito de vez en cuando, una cena a la luz de las velas en un restaurante elegante con una lista de espera tan larga como tu brazo, y lo único que consigues es enfado. —Sonrió—. Deberías haber criado mejor a tu hija, Amita. La culpa la tienes tú.

Amita volvió a quedarse callada. Radha le dio un codazo a Jason en las costillas y señaló con la cabeza a su madre. Él negó con la cabeza.

—Entonces voy al coche —dijo ella—. No tardes. Probablemente darán la mesa a clientes más jóvenes, más entusiastas y más instagramables si llegamos tarde.

Salió por la puerta. Jason se abrochó la camisa e intentó eludir lo que preocupaba a Amita.

—Quizá pueda decirle a Georgie que tuve que quedarme hasta tarde cuidando de los niños y que no puedo ir a su excursión mañana. Como si tuviera tiempo para estar merodeando por los platós de rodaje con ella.

—¿Tan ocupada estás? —dijo Jason, intentando alisar un mechón de su rebelde cabello.

Ella frunció los labios.

—Te informo, Jason Brazel, de que se acerca una importante reunión matutina del Instituto de la Mujer y nadie, ni siquiera Georgie, ha movido un dedo para organizarla. Además, hay que preparar adecuadamente la recaudación de fondos de otoño de los Scouts en Askling Manor.

—¿Askling Manor? ¿Para una recaudación de fondos de los Scouts? —se burló él—. Es un hotel de lujo, Amita, un poco caro para unos cuadraditos de Rice Krispies y un juego de «golpea al portero», ¿no?

—En tu época, Jason, quizá —dijo ella, quitándose las zapatillas—, pero hoy en día las actividades de recaudación de fondos atraen a lo mejorcito del condado.

Él se encogió de hombros. Era evidente que había muchas cosas que no entendía, no solo sobre la agenda social de Amita, sino tampoco sobre el mundo moderno en general. Prefería que fuera así.

—No, no, tendré que mantener la calma e ir con los fieles seguidores al plató mañana por la mañana —dijo ella con resignación.

—De todos modos, no sé a qué viene tanto alboroto —dijo Jason —. En mi opinión, ese programa es una auténtica tontería.

—Jason —dijo ella—, ¿cómo puedes decir eso?

—Vamos, Amita, sabes que es una chorrada. Todo el mundo lo sabe —dijo él—. Todo es tan serio, tan pretencioso. Nadie sonríe nunca, y mucho menos hace bromas. Y cada dos minutos hay una persecución de coches. Dudo mucho que ningún policía respetable se comportara como lo hace esa amiga tuya, Pip Potter.

—Ha ganado un montón de premios, Jason —dijo ella.

—Es una exageración sin sentido.

—¡Ha sido aclamada como una de las series policiacas más realistas de todos los tiempos!

—Están todo el rato mirándose su propio ombligo en la serie.

—Hay millones de personas en todo el mundo que la ven los domingos por la noche cuando la emiten.

—Es una tontería.

Ella levantó las manos al aire. Él soltó una carcajada.

—Y esa es otra —dijo Jason—: Dios no quiera que no te guste, porque, de lo contrario, te verás rodeado por los fans, que son como perros rabiosos que llevan hambrientos una semana.

—No somos rabiosos, Jason —dijo ella—. Simplemente apreciamos la forma en que en la serie se construye un rompecabezas, y Dios sabe que todos necesitamos saber que, pase lo que pase en el mundo real, en *The Locus* los malos serán capturados, las víctimas obtendrán reconocimiento y se hará justicia. Eso es todo.

Él soltó un gruñido de incredulidad. Incluso como reportero local, ya había visto suficientes crímenes reales y no necesitaba añadir más asesinatos y caos a su vida.

—Deberías venir con nosotros mañana —dijo ella—. Para que veas lo bien que lo pasamos. Creo que te sorprenderá. Y, nunca se sabe,

quizá saques una historia de ello. Tengo entendido que los *spoilers* y cosas por el estilo tienen buena acogida en los periódicos hoy en día.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó él.

Amita se calzó las zapatillas y subió las escaleras para ver cómo estaban sus nietos. No le respondió, pero él lo sabía.

—Por supuesto —dijo él, negando con la cabeza—: Georgie Littlejohn.

[4] *We Used To Be Friends* es el tema principal de la serie de televisión estadounidense de misterio y drama *Veronica Mars,* que empezó a emitirse en 2004 y acabó en 2019.

4. *The Lonely Man*[5]

Jason solía odiar los restaurantes elegantes. Si no era por lo pretenciosos que eran de forma generalizada los lugares como este, era por la grave falta de comida real que solía aparecer en el plato frente a él. Todavía no había ido a ningún restaurante de «alta cocina» sin sentir nostalgia por un kebab de camino a casa.

Esta noche no iba a ser la excepción que confirma la regla, a pesar de todo el bombo que se le había dado a este lugar. La sala estaba caldeada y cargada, las axilas de su camisa se le pegaban al cuerpo y su estómago rugía. Aniversario o no, le costaba recordar por qué había pensado que esto iba a ser una buena idea.

—Parece que todos los demás están cenando antes que nosotros —dijo, tirando de su cuello—. Podríamos haber cenado y estar ya en casa si hubiéramos ido al Naan'maste o al Eastside Kitchen.

—Jason, se supone que estamos en una cita romántica para celebrar nuestro aniversario —respondió Radha—, no para volver a casa lo más rápido posible con comida para llevar antes de *Match of the Day*. Compórtate. Además, esto ha sido idea tuya, ¿recuerdas?

Jason miró a su alrededor en el restaurante. Todo el mundo parecía dolorosamente joven y moderno allí. Como hombre que se sentía de mediana edad desde que era adolescente, no necesitaba que le recordaran su propia mortalidad. Lo peor era que los demás comensales parecían estar disfrutando mucho más que él.

El Herdwick Hogget era el restaurante más cotizado de la ciudad y los alrededores. Jason había tenido que suplicar mucho para conseguir una mesa, teniendo en cuenta lo larga que era la lista de espera. Por no hablar de la crítica elogiosa que había prometido. Nueve meses después del aniversario real era relativamente rápido para un lugar de esta reputación. Sabía que debería haber estado más agradecido. Pero se sentía muy incómodo.

Notaba que Radha lo miraba fijamente. Tras una década de matrimonio, había desarrollado un sexto sentido para esa mirada. La

reconocía mucho antes de verla, una mirada gélida que le helaba la coronilla.

—Lo siento —dijo—. No debería quejarme. No salimos sin los niños muy a menudo. No debería estar aquí sentado como Victor Meldrew quejándome de cada pequeña cosa. Este lugar ha puesto la comida de Cumbria en el mapa y estamos aquí para descubrir por qué.

—Bien dicho, Brazel —dijo Radha—. Cualquiera diría que eres periodista.

—Ja —se rio—. No me vengas con esas. Tal y como están las cosas ahora mismo, no podría escribir ni publicar nada ni aunque pagara por ello.

—No te preocupes. El trabajo mejorará.

—Eso es lo que dice todo el mundo. —Suspiró—. Y, sin embargo, no es ningún consuelo.

Jason se encogió de hombros. Radha observó a su marido durante un momento. Lo había visto así muchas veces antes. Y cada vez sabía que al final se recuperaría. Estar casada con Jason Brazel tenía tanto que ver con la gestión de personas como con lo de «en lo bueno y en lo malo; en la riqueza y en la pobreza; en la salud y en la enfermedad». Dejó su copa de vino y se inclinó un poco más hacia él.

—De todas las personas que conozco, Jason, eres, con diferencia, el que peor memoria tiene —dijo ella.

—¿Qué? —preguntó él, levantando la vista.

—¿Cuántas veces nos hemos sentado a la mesa y hemos hablado de tu carrera profesional y de lo que tú percibes como el fin del mundo tal y como lo conocemos? ¿Cien veces, quizá? No, mil. Es como si ya lleváramos juntos siglos, Jason, y aún no he visto pasar un solo año en el que no hayas tenido una crisis de fe en tu capacidad.

—La crisis de fe es una cosa, Radha. ¡No poder pagar las facturas y mantener la calefacción encendida es algo mucho más preocupante!

—¿Alguna vez hemos dejado de pagar una sola factura? —preguntó ella—. ¿Alguna vez nos han echado de nuestra casa unos

tipos fornidos llamados Sid y Lenny? ¿Alguna vez tus hijos han pasado necesidad? Te he visto sobrevivir al cambio que ha supuesto internet en el mundo de la información, a la supuesta muerte de la prensa local y ahora a todas estas chorradas de las noticias falsas. Y sigues aquí, intentando escribir historias sobre lo que realmente importa a la mayoría de la gente. La vida y la muerte y, vale, quizá también los baches y el aparcamiento.

Jason negó con la cabeza. Sabía lo que ella estaba haciendo y la quería por ello.

—Bueno… —dijo avergonzado.

—Vamos —lo interrumpió Radha—. Claro que el trabajo ha disminuido un poco, pero eso no te detendrá. Eres periodista, y de los buenos. Tienes mejor olfato para las noticias que nadie que yo conozca. Y, lo que es más importante, sabes escribir, y eso es porque te preocupas por las personas sobre las que escribes. Sé que el último mes ha sido duro, pero las dificultades no durarán para siempre. Hemos pasado periodos más largos que ahora sin que tuvieras trabajo, ¿recuerdas?

—Intento no recordarlo —repuso con tristeza.

—Solo tienes que levantarte, sacudirte el polvo y seguir adelante, aunque solo sea porque no puedo soportar ver al Jason deprimido merodeando por la casa.

Ella se inclinó sobre la mesa y le tomó la mano. Él la miró y deslizó sus dedos entre los de ella.

—Gracias —dijo él con la voz un poco quebrada.

—¿Por qué? —le sonrió ella.

—Ya sabes por qué —respondió él—: Por no echarme a la calle con el resto de la basura, y por no ir a buscar a alguien con un trabajo de verdad, en lugar de a este viejo chapucero.

—Ah, por eso. —Radha se rio—. Digámoslo así: hace mucho tiempo que no recibo una oferta mejor. Así que probablemente estés a salvo por ahora, Brazel.

—Auch. —Fingió darse a sí mismo un puñetazo—. ¿Qué dice eso de nosotros dos?

Se quedaron sentados en silencio, mirándose a los ojos y cogidos de la mano durante un rato más. Jason se sintió aliviado solo por

estar viviendo ese momento. Admitió sin reparos que el pasado había sido un poco difícil. Desde que lo despidieron del periódico local, no había tenido un trabajo estable. Una serie de grandes primicias había compensado la sequía general, pero estaba lejos de ser un ingreso estable. Estaba sarcástico e irritado todo el tiempo y odiaba ser así.

El simple hecho de saber que Radha le apoyaba era suficiente para levantarle el ánimo, incluso aquí, en este restaurante de moda, con gente que se lo estaba pasando mucho mejor que él.

Justo en ese momento, un camarero se acercó a la mesa. Les dedicó una débil sonrisa mientras colocaba los platos delante de ellos. Desapareció antes de que Jason pudiera soltar su comentario, que tenía bien preparado.

—¿Dónde está el resto? —dijo, mirando las raciones tan de moda —. Es que ni un conejo se quedaría satisfecho con esto.

—¿Qué te acabo de decir? —dijo ella—. Estamos aquí para pasar una velada encantadora y romántica, los dos solos. Así que come tu apio, prueba una cucharada de esa cosa negra que hay encima, dedícame una gran sonrisa y no te quejes más. ¿De acuerdo?

—Sí, señora —dijo él, agitando la servilleta.

Hurgó un poco en el plato para decantarse por un montoncito de comida por el que empezar. Calculó que tendría suerte si le daba para cinco bocados. Radha, sin embargo, parecía estar pasándolo bien. Así que decidió que lo mejor sería alargar esos bocados todo lo posible.

Cogió el montoncito más cercano y, cuando el tenedor estaba a medio camino de su boca, Radha lo detuvo.

—Mira allí —dijo, señalando con la cabeza por encima de su hombro—. ¿No es ese uno de los chicos de *The Locus*?

El nombre del programa bastó para que él soltara un gemido.

—Radha, por favor —dijo—. Tu madre me ha dado un buen sermón de camino a casa esta noche. Ese maldito programa tiene mucha culpa de ello. Es como si toda la ciudad se hubiera vuelto loca. ¿Y para qué? Para que un grupo de prima donnas con sueldos excesivos jueguen a ser detectives. Por favor, deberían probar lo real de vez en cuando; quizá los ayudara a hacer mejor su trabajo.

—Tú deberías saberlo bien —dijo ella—. A ti y a mi madre os encanta jugar a ser detectives.

—No jugamos —dijo él, cogiendo de nuevo el tenedor, listo para otro intento.

—Oye, en serio. —Ahora susurraba—. Creo que ese de ahí, el que está cerca de las cocinas, es uno de los miembros del equipo. ¿Cómo se llama el director? Simon Nakamba. Es toda una celebridad. Ha hecho un montón de cosas. Mira, ahí.

Jason puso los ojos en blanco. Giró en su silla, pero Radha lo detuvo.

—¡No, no mires! —dijo ella, reprimiendo un grito.

—¿Qué? ¡Si me acabas de decir que mire!

—No, no me refería a eso. No puedes mirar sin más.

—¿Qué?

—Quiero decir que tienes que ser sutil —dijo Radha—. No puedes simplemente darte la vuelta y mirar al hombre. Está intentando cenar, como el resto de nosotros.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Usar ese práctico tercer ojo que tengo en la nuca?

—Intenta ser un poco menos descarado. Eres periodista, ¿no?

Jason frunció el ceño. Cogió el cuchillo que aún no había utilizado, fingió que se le caía al suelo y luego puso cara de sorpresa.

—Vaya —dijo—. Parece que se me ha caído el cuchillo. Será mejor que me agache y lo recoja antes de que lo pierda, ¿no?

Radha cerró los ojos brevemente para no tener que ver la pantomima de su marido. Jason sonrió ante su propia brillantez. Se levantó lentamente, se ajustó los puños y el cuello y se dio la vuelta para recoger el cuchillo caído. Mientras lo hacía, recorrió la sala con la mirada en busca de un rostro que le resultara vagamente familiar a raíz del frenesí mediático que había envuelto a la serie.

Jason no tardó mucho en localizar al famoso director que se encontraba entre ellos. Simon Nakamba estaba ahora de pie, bebiendo directamente de una botella de vino disparatadamente cara. De repente, toda la sala se quedó en silencio y todos lo miraban. Vació la botella y la golpeó con fuerza sobre la mesa que

tenía delante. Todos los comensales, excepto Jason, se sobresaltaron al oír el ruido.

Nakamba soltó un eructo. Sonrió, miró lascivamente al resto de sus comensales y se balanceó ligeramente, inseguro sobre sus pies.

—¡¿Alguno de vosotros sabe por lo que he tenido que pasar para llegar a donde estoy hoy?! —gritó, borracho, con las palabras saliendo de su boca—. ¿Tenéis idea de lo que ha sido para mí llegar a este nivel? ¿A esta altura? ¿Lo sabéis? Por supuesto que no. Todos vosotros provenís de hogares encantadores y ricos, donde mamá y papá podían pagaros vuestro pequeño pasatiempo de hacer películas. ¿Yo? Tuve que luchar por ello, por cada minuto de rodaje, por cada audición, por cada guion rechazado y por cada crítica y cada desprecio hacia quien yo era, hacia quien soy.

Se tambaleó un poco y se apoyó en una silla para enderezarse. Tenía los ojos inyectados en sangre y vidriosos. Miró fijamente a sus avergonzados invitados uno por uno, señalándolos enfadado con el dedo a cada uno de ellos alrededor de la mesa.

—Y vosotros os sentáis ahí y fingís ser mis amigos —dijo con rencor—. Sonreís, asentís con la cabeza y me dais palmaditas en el hombro, hasta que aparece algo nuevo y mejor. Bueno, pues estoy harto de eso.

—Simon, por favor, siéntate —dijo una de las comensales.

Ella extendió la mano e intentó coger la suya. Él la apartó y se tambaleó hacia atrás. Todos los presentes en la sala lo miraban fijamente y él lo notaba. Resopló ruidosamente, con una mezcla de sonrisa y ceño fruncido hacia su público.

—No, no, estoy harto de que me digan lo que tengo que hacer —balbuceó—. Llevo veintitrés años en esta industria. He estado en la cima, luego en el fondo y ahora, porque dirijo esta estúpida serie policiaca, he vuelto a la cima. No necesito que ni tú ni nadie más me haga de niñera. Ya no.

Se alejó tambaleándose de la mesa, con las rodillas un poco flojas. Se inclinó hacia delante y todo el restaurante contuvo la respiración. Antes de caer de bruces, consiguió detenerse. A Nakamba no pareció importarle. Miró a su alrededor y vio una copa de vino en una mesa cercana. La agarró y se la bebió de un trago antes de que

nadie pudiera detenerlo. Tiró la copa al suelo y siguió tambaleándose.

—¡Simon! —gritó alguien desde su mesa.

El silencio comenzó a disiparse. En su lugar, se oyeron exclamaciones de sorpresa y susurros de desaprobación. Esto no era lo que esperaban los comensales del Herdwick Hogget cuando vinieron a deleitarse con el menú cuidadosamente seleccionado. No obstante, este tipo de crisis de una celebridad era algo que el dinero no podía comprar.

Simon Nakamba se detuvo. Se giró lentamente, con un brillo teatral en sus ojos vidriosos, y levantó el dedo corazón. Lanzó un fuerte silbido hacia su mesa y empezó a reír. Otro suspiro colectivo de indignación recorrió el restaurante. Abriéndose paso entre las mesas, se acercó cada vez más a Jason. Cuando llegó a él, se enderezó, con los ojos luchando por enfocarlo.

—Y tú ¿qué miras? —preguntó.

Nakamba estaba tan cerca que Jason podía sentir el calor de su aliento en la cara. Jason parpadeó, dio un paso atrás y dejó espacio suficiente para que el director pasara. Nakamba murmuró algo mientras se escabullía y salía trabajosamente por la puerta. Jason, junto con todos los demás, lo vio perderse en la noche. Luego se reanudaron las conversaciones. Sin embargo, solo había un tema en boca de todos.

Se volvió hacia Radha. Ella parecía conmocionada, con la boca abierta. Él carraspeó y volvió a sentarse. Colocó el cuchillo sobre la mesa y juntó las manos.

—Bueno —dijo, mientras Radha se sacudía la incredulidad—, ¿crees que era él?

[5] *The Lonely Man* es el título del icónico tema de Joe Harnell para la serie de televisión estadounidense de los años setenta *El increíble Hulk*.

5. *Bad Things*[6]

—¿Todo el mundo tiene compañero?

La voz de Georgie resonó en el aparcamiento y molestó a algunos pájaros en sus nidos. Si no estaban despiertos antes, ahora sin duda ya lo estaban. Amita contuvo un bostezo mientras se acurrucaba junto a Jason y los demás. Había un frescor húmedo en el aire que hacía que a Amita le dolieran los huesos.

Estaba acostumbrada a madrugar; de hecho, se enorgullecía de levantarse antes que el resto de la familia. Sin embargo, una excursión a las cinco de la mañana con Georgie Littlejohn era mucho más difícil de digerir que levantarse para disfrutar de la paz privada del amanecer. Especialmente cuando la autoproclamada reina del club de bingo de Penrith estaba en plena forma.

—Saldremos hacia el plató en breve, así que aseguraos de tener todo lo necesario: botellas de agua, cámaras, etcétera —dijo Georgie —. ¿Habéis ido todos al baño?

Eso hizo reír a Amita. Normalmente ella preguntaba lo mismo a sus nietos antes de un largo viaje en autobús. Con razón o sin ella, había dado por sentado que un grupo de una docena de jubilados tenía el ingenio y la previsión necesarios para saber cuándo y durante cuánto tiempo podían aguantarse. Ahora Georgie blandía un paraguas cerrado en alto como si fuera una extraña mezcla entre una guía turística mandona y un caballero listo para cargar en una justa.

—¿Siempre está tan contenta a primera hora de la mañana? —preguntó Jason.

—Me alegra decir que no suelo ver a Georgie a las cinco de la mañana, así que no sabría decirte —respondió ella.

—¿Cómo puede una mujer ser tan absolutamente completa y exhaustiva en lo intolerable que es? Debe de ser un récord o algo así.

—Estoy segura de que lo es —dijo ella, tratando de evitar bostezar de nuevo—. Hablando de intolerable, ¿qué fue todo eso de Simon Nakamba anoche?

Esa mañana en el coche, Jason había empezado a contarle a Amita su encontronazo con el director, pero se había distraído cuando casi atropella a los fieles del club de bingo, que se tambaleaban cerca de la entrada del aparcamiento cuando llegaron.

—Hizo el ridículo, Amita —susurró—. Todo el mundo lo miraba. Estaba borracho como una cuba, por decirlo de una forma suave. Levantó el dedo y nos hizo una peineta y gritó a todo el mundo y…

—Buenos días, buenos días —dijo Georgie, interrumpiéndole.

Jason cerró rápidamente la boca. En el explosivo mundo de la vida social de los jubilados de Penrith, sabía que no podía revelar nada.

Amita se alegró de haberlo entrenado bien.

—Me alegro de verte, Jason —dijo Georgie—. No tenía ni idea de que te ibas a unir a nuestra pequeña expedición al plató.

—Es estrictamente profesional, Georgie —contestó con una sonrisa forzada—. Eso y que no puedo alejarme de vosotros, queridos amigos, más de cinco minutos, porque, si no, me marchito y muero.

—Ay —dijo Georgie, riendo y dándole una palmada en el brazo—. Podrías encantar a los pájaros de los árboles, Jason Brazel.

—Por Dios —murmuró Amita.

—Supongo que seréis compañeros de viaje —observó Georgie—. Solo hay un pequeño paseo por la calle principal hasta el plató, pero quiero que todos permanezcáis juntos y estéis a salvo. No hace falta que os explique a vosotros dos por qué, claro. Tenéis un don para meteros en líos.

Amita se estremeció ante ese pequeño comentario. ¿Era una pullita o simplemente un comentario de mal gusto? No sabía decirlo.

—Estoy buscando a una amiga —dijo una voz familiar detrás de ellos.

Amita se giró y vio a Sandy, que la superaba en altura. Georgie aplaudió.

—¡Qué suerte! —exclamó con una amplia sonrisa en su rostro maquillado y arrugado—. Sandy, en ese caso, puedes ser la pareja

de Amita, y yo me quedaré con Jason.

—¿Qué? —Jason casi se atraganta.

—Entonces está decidido, ven con nosotros, joven Brazel.

Antes de que pudiera reaccionar, ella le había cogido del codo y se lo había llevado. Jason miró por encima del hombro a su suegra y a Sandy, con los ojos desorbitados, suplicando ayuda en silencio. Amita solo pudo hacerle un pequeño gesto descarado con la mano mientras Georgie lo llevaba al frente del grupo.

—Ahora tiene problemas —se rio Sandy.

—Y no sabe ni la mitad. —Se volvió hacia él—. Me sorprende verte aquí, Sandy. No creía que esto fuera lo tuyo.

—No lo es —respondió él, rascándose la frente bajo su gorra plana —. Pero la vieja Ethel quería venir y yo suelo hacer el trabajo pesado y empujarla en cosas como esta.

—¿Dónde está? —preguntó Amita, buscando con la mirada a la integrante más anciana del club.

—Resulta que no se encuentra muy bien —explicó él con tristeza —. Las enfermeras estuvieron con ella hasta tarde anoche y no se ha podido levantar temprano.

—Vaya —se lamentó ella—. Espero que esté bien.

—Se pondrá bien —dijo Sandy—. Es dura como una bota vieja. Siempre he dicho que Ethel nos enterrará a todos, y no bromeo.

—Muy cierto —asintió Amita—. Pero eso no explica por qué estás aquí. Podrías haberte quedado en la cama en lugar de venir a escondidas con el resto de nosotros al plató de rodaje. ¿No dijiste que solo era un programa de televisión sin importancia? Mi yerno Jason ya ha dicho que no está en el club de fans de *The Locus*.

Sandy ladeó un poco la cabeza. Miró al grupo allí reunido y se detuvo en Georgie, que presumía de Jason como si fuera un bolso nuevo.

—Sí, bueno, quizá fui un poco duro —dijo—. Cuando se llega a nuestra edad, Amita, uno no debería ser tan conservador que acabe perdiéndose cosas. La vida no es eso. ¿Cuándo volveré a tener la oportunidad de ver de cerca el rodaje de un programa de televisión? Me estoy recordando a mí mismo que debo decir que sí a las cosas nuevas.

—Muy bien dicho. —Ella le sonrió cálidamente—. Me alegro de verte, como siempre, Sandy. Y, claro, me encantaría que me acompañaras. Si no, estaría sola, ya que mi yerno, mi compañero de fechorías, ha sido fichado por la señora Littlejohn, guía turística y líder de batallón extraordinaria.

Ambos se rieron ante eso. Georgie y Jason habían llegado a la cabeza del grupo. Ella volvió a levantar su paraguas, cuyo brillante tejido rosa era como un faro de neón en la fría penumbra de la mañana.

—¡Allá vamos! —gritó al grupo—. Ven, Jason.

Los jubilados la siguieron obedientemente. A pesar de la temprana hora, todos parecían estar de buen humor. Estaban ansiosos por visitar el plató y quizá ver la producción de *The Locus* en pleno apogeo.

—Bueno —dijo Sandy—. ¿Tu amigo Irvine no está contigo esta mañana?

Amita sintió que sus cejas se fruncían automáticamente. El tema de su compañero intermitente siempre la hacía sentir un poco incómoda.

—No, esta mañana no —respondió ella, con la mayor diplomacia posible—. De hecho, esta semana está en Gales visitando a su hija y a sus nietos.

—Qué bien —dijo Sandy.

Amita miró al hombre corpulento. Vio una sonrisa irónica en la comisura de sus labios, bajo el bigote.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Perdón? —dijo él, levantando las cejas y la gorra ligeramente.

—Estás sonriendo.

—Ah, ¿sí? —Se rio—. No me había dado cuenta.

—Sandy. —Pronunció su nombre lentamente—. ¿Te estás riendo de mí?

—Por supuesto que no —respondió él—. No me atrevería a hacer algo así contigo, Amita.

—Entonces, ¿qué es?

—Nada. —Siguió sonriendo—. Nada en absoluto.

—Solo somos… amigos. Eso es todo.

—Oh, estoy seguro de que lo sois —dijo él.

—Lo somos.

—Por supuesto.

—Nada más.

—Naturalmente.

—Simplemente somos dos jubilados que disfrutan de la compañía el uno del otro de vez en cuando —dijo ella—. No hay nada de malo en eso, ¿verdad?

—Que yo sepa, no, Amita —respondió él.

—Bien.

—Muy bien.

—Bien.

—Bien —dijo él.

Caminaron dos pasos más antes de que ella se detuviera.

—Y, aunque hubiera algo más, eso no significa que no pueda ir a ningún sitio sin él —protestó ella.

Sandy se detuvo un poco más adelante. Se volvió hacia ella, con las manos en los bolsillos de su enorme abrigo y los ojos brillantes bajo la visera de la gorra.

—Por supuesto. —Le sonrió.

—Quiero decir, no es que estemos comprometidos ni nada por el estilo —continuó ella—. Estamos en el siglo XXI y yo soy una mujer adulta, nada menos que abuela. Puedo tomar mis propias decisiones sin sentirme culpable por ello. ¿No?

Sandy se encogió de hombros.

—No podría estar más de acuerdo —dijo—. Me alegro de haberte preguntado.

Ella se puso en marcha de nuevo y caminaron para alcanzar al grupo. Amita sintió algo extraño en el pecho. No conseguía averiguar qué era. Solo sabía que no le gustaba nada esa sensación. Negó con la cabeza e intentó pensar en otra cosa. Sandy siguió caminando a su lado sin decir nada. Tenerlo cerca le hacía sentir bien a Amita, la tranquilizaba, tenía que admitirlo. Era un viejo amigo y habían pasado por muchas cosas juntos. Siempre podía confiar en Sandy

para cualquier cosa. Y esperaba que él pensara lo mismo de ella. No quería que su amistad con Irvine cambiara nada entre ellos.

Para su frustración, y con un poco de alivio, el paraguas de Georgie volvió a apuntar al aire delante de ellos. El grupo se detuvo arrastrando los pies justo antes de llegar a un cruce en el centro de Penrith.

—Escuchad todos, ¿podéis prestarme atención? —dijo Georgie, con su voz resonando en los silenciosos edificios que los rodeaban. Jason seguía pegado a ella, haciendo muecas de dolor mientras ella gritaba a los demás—. Estamos a punto de llegar al lugar principal de rodaje. Ahora bien, el primo tercero de la novia de mi sobrino es actor y dice que todos debemos estar muy callados, especialmente si se trata de lo que se llama un plató caliente.

—¿Qué es un plató caliente? —preguntó Sandy, inclinándose hacia Amita.

—Ni idea —respondió ella, esforzándose por ver a Georgie a través de la masa apiñada de hombros y cabezas.

—Así que debemos intentar charlar lo menos posible —continuó Georgie—. Si nos comportamos como los invitados educados y buenos que sé que podemos ser, estoy segura de que al personal no le importará que echemos un buen vistazo al lugar.

Un murmullo de acuerdo recorrió el destartalado grupo de turistas.

—Sin embargo, debo advertiros una cosa —añadió Georgie de repente con tono muy serio—. Podríamos ver literalmente cualquier cosa cuando echemos un vistazo por aquí, incluso a estas horas. Sin duda, habrá muchas caras famosas, tanto delante como detrás de la cámara. Por el bien de nuestra reputación como club y como ciudad, intentad mantener vuestro entusiasmo dentro de unos límites razonables. No queremos que estos grandes personajes de la televisión piensen que no somos más que unos paletos gritones, ¿verdad? Algunos de vosotros quizá ya hayáis estado haciendo fotos. —Georgie miró a Amita—. Pero no empecemos todos a pedir selfis y autógrafos. Somos los veteranos de Penrith y debemos comportarnos como tales. Recordadlo.

—Siempre sabe cómo hacernos pasar un buen rato, ¿verdad? —susurró Sandy.

Amita le dio una palmada juguetona en el brazo y le pidió que se callara.

Cuando se aseguró de que el grupo había entendido sus palabras de ánimo y sus instrucciones, Georgie tiró de la chaqueta de Jason y condujo al grupo hacia el plató.

—¿Sabes una cosa, Amita? —dijo Sandy—. No sé por qué sigues escuchando a todos los demás.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella.

—A Georgie y a todos los demás. Eres una mujer inteligente, lista y divertida, más perspicaz que todos nosotros juntos. No te da miedo ver las cosas de otra manera y no te dejas engañar fácilmente. No diré que a veces no me preocupo por ti, por verte envuelta en tus investigaciones, haciendo preguntas a gente peligrosa, pero tú eres dueña de ti misma, Amita. Solo te estaba tomando el pelo con lo de Irvine, ya lo sabes. Era una broma. No deberías preocuparte por lo que haces ni por lo que piensa la gente, nada de eso. Solo tienes que ser tú misma; eso es lo único que importa; al menos, para mí.

Amita sintió un nudo en la garganta. Se detuvo y miró a Sandy. El hombre la observaba fijamente. Sacó una mano del bolsillo y la extendió hacia Amita. Ella estaba a punto de darle las gracias cuando un grito espeluznante cruzó el aire de la mañana.

Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, salió corriendo por la calle, dejando a Sandy solo. Ahora era instintivo correr hacia el peligro en lugar de huir de él. Dobló la esquina a toda velocidad, con sus zapatillas de lentejuelas golpeando las húmedas piedras del pavimento y levantando salpicaduras tras de sí. El grupo reunido del club de bingo de Penrith se detuvo un poco más arriba de la calle. Más allá, las inconfundibles luces azules intermitentes de los coches de policía daban a todo un tono inquietante. Solo entonces Amita se detuvo y se sintió un poco ridícula. ¿Había venido a ver el rodaje de una serie policiaca y se había asustado al oír un grito y unas sirenas? Esperaba que nadie hubiera visto su reacción de pánico; estaba claro que los acontecimientos de los últimos dos años habían hecho que su radar de problemas fuera un poco demasiado sensible. Aun así, ya que estaba allí, no tenía sentido perderse la actuación.

Amita se abrió paso a empujones entre el grupo para llegar al frente. Georgie Littlejohn estaba temblando, con una mano sobre la boca. Jason estaba a su lado, con el rostro pálido bajo la luz azul. Quizá tenía razón: Georgie podría haberse dejado llevar por el drama, pero Jason no era fan. ¿Por qué estaría tan asustado si solo se trataba de una escena cualquiera?

—¿Qué ha pasado? —preguntó Amita—. ¿Jason? ¿Qué ha pasado?

Ni él ni Georgie le respondieron. Estaban de pie, boquiabiertos, mirando la calle que tenían delante. Tres coches de policía bloqueaban la entrada al plató de *The Locus*. Los agentes corrían de un lado a otro, tratando de despejar la escena. Sin duda, parecían más agentes de verdad que actores. Amita miró a través del caos y vio dos grandes focos que apuntaban hacia la entrada de uno de los edificios que estaban más allá de la línea. Reconoció inmediatamente lo que enfocaban: la Alhambra, la sala de conciertos de la localidad.

Las luces enfocaban e iluminaban las puertas. Y había algo más, algo que rompía el haz de luz brillante y resplandeciente.

Allí, sentada contra las puertas del teatro, había una figura. Amita miró con atención, esperando que fuera una repetición de lo ocurrido el día anterior y que hubieran pillado a otra estrella rodando una escena espeluznante. Sin embargo, cuando se fijó, no hubo duda de lo que estaba viendo. No era un actor. No era un doble. Allí, bajo las luces, yacía Simon Nakamba, muerto.

—¡Dios mío! —sollozó Georgie, agarrando a Amita por los hombros y alejándola de la espantosa escena—. ¿Qué va a pasar ahora con la serie?

Antes de que Amita pudiera reprender a Georgie por su macabra reacción, la policía llegó para alejar al club de la escena del crimen. Los agentes condujeron a los jubilados calle abajo, y Amita y Jason retrocedieron, tratando de dar sentido a la escena que se desarrollaba en las escaleras de la sala de conciertos. Amita le agarró de la mano y se dio la vuelta, tratando de alejarse lo más rápido posible de lo que había visto, de lo que todos habían visto.

Divisó a Sandy de pie, al fondo de la multitud, con una mirada triste que le hacía bajar la mandíbula cuadrada. Amita supo

inmediatamente que iba a ser uno de esos días. Ya podía sentir las preguntas ardiendo en su mente. Se preguntó si Jason podría ver la curiosidad en su expresión cuando se volvió hacia él.

—Bueno —dijo Jason, respirando el aire de la mañana—, al menos me has librado de Georgie.

[6] *Bad Things* es el tema principal de la serie de televisión de terror estadounidense de HBO *True Blood,* interpretado por Jace Everett.

6. *Danse Macabre*[7]

Amita se sentó y se quedó mirando el té en su vaso de poliestireno. Estaba bastante segura de que no deberían haberle dado un vaso como ese. Le parecía terriblemente anticuado. Qué extraño, pensó, cómo funciona la mente en momentos de estrés extremo.

Respiró hondo. Sentía que lo había estado haciendo mucho últimamente, sobre todo, esa mañana. Dejar su hábito secreto de fumar estaba resultando difícil. La tentación siempre era escapar de todo en el ático con uno de sus cigarrillos liados prohibidos. Era solo que últimamente le costaba respirar hondo y se enfrentaba a la realidad de lo que su hábito le estaba haciendo.

Sin embargo, dejarlo de golpe tenía sus dificultades. Y le estaba resultando mucho más complicado y molesto de lo que le hubiera gustado. Ahora, con su taza agarrada, sintiendo el calor, nunca había deseado tanto un cigarrillo. Ver a un director de fama mundial muerto delante de un teatro podía provocar eso en cualquier mujer.

Era otro cadáver, otra escena de crimen policial. Amita no era supersticiosa, por mucho que Jason intentara convencerla de lo contrario. No creía en la mala suerte ni en las rachas negativas. Siempre había una explicación lógica en alguna parte. Solo había que buscar bien y prestar atención a los detalles.

Y, sin embargo, ahí estaba ella, presenciando otra muerte horrible. Los cadáveres empezaban a acumularse. Sandy tenía razón: tenía un don para meterse en líos.

El salón de la iglesia estaba lleno. El señor Jones había tenido la amabilidad de abrir temprano para que los miembros del club que habían visitado el plató pudieran entrar y resguardarse del frío. Una vez que la policía los había sacado rápidamente del lugar, todos se habían sentido perdidos, sin saber qué hacer. Necesitaban un lugar a donde ir y procesar lo que acababan de ver. Y ¿qué mejor sitio que la sede del club? Georgie, como era habitual en ella, había

organizado un turno para servir té y se había asegurado de que todos bebieran. Amita le estaba agradecida. Se hallaba tan ocupada tratando de imaginar diferentes explicaciones posibles de lo que había visto que pensaba que le habría costado mucho encender el calentador, y no digamos convocar a todos.

Ahora todos se habían acomodado en sus asientos habituales. Nadie decía nada, salvo algún que otro susurro o comentario sobre lo horrible que había sido la mañana. Amita respiró hondo otra vez.

Jason se sentó a su lado, rompiendo la monotonía.

—No he encontrado galletas —dijo—. El padre Ford debe de tenerlas guardadas bajo llave. Georgie ha fingido no saber nada, pero creo que sabe dónde están las Jaffa Cakes y las Hobnobs.

—Están en la sacristía —dijo Amita—. A nadie se le ocurre mirar allí.

—Tiene sentido —respondió él.

Ella no levantó la vista de su té. Jason intuyó que algo iba mal.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí —respondió ella.

—No lo parece.

—No, imagino que no —contestó ella—. Encontrarme con un cadáver no forma parte de mi régimen de belleza, Jason.

—Está bien, no te enfades —dijo él, ofendido—. Yo también vi aquella cosa, ¿sabes? Todos la vimos.

—Persona —dijo Amita.

—¿Qué?

—Persona, viste aquella persona: Simon Nakamba. No era una cosa, sino una persona, Jason, un hombre, que vivía y respiraba. No era un objeto ni una cosa. Era un ser humano.

Jason se rascó la barba incipiente de la barbilla.

—Sí, lo sé —dijo—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué te metes conmigo?

Amita iba a reprenderlo, pero no tenía fuerzas. Empezó a pellizcar el borde de su vaso de poliestireno.

—Lo siento —se disculpó—. Es solo que…

Dejó la frase en el aire. Iba rasgando y deshilachando el vaso, y el borde se acercaba cada vez más al líquido. Un movimiento en falso, y toda la mesa se empaparía de té.

—¿Es solo que qué? —preguntó él.

Amita miró a la mesa. Sandy estaba sentado en su silla habitual, cerca del extremo donde normalmente se sentaba Ethel. Estaba dormitando, con el cuello de su abrigo levantado a la altura de las orejas y la gorra bajada sobre los ojos. Su cabeza se balanceaba arriba y abajo, y, cada pocos segundos, se le escapaba un pequeño ronquido. A Georgie no se la veía por ninguna parte, probablemente estaría dando órdenes a gritos a la desafortunada persona que, por encontrarse más cerca, hubiera reclutado para la misión de preparar el té. Estaban prácticamente solos en la mesa. Todos los demás se mantenían a una distancia prudencial.

—¿Por qué nos sigue pasando esto? —preguntó Amita, bajando la voz.

—¿A qué te refieres? —preguntó Jason.

—Muerte, asesinatos, asesinos sueltos… ¿Por qué a nosotros? —preguntó ella.

—Espera un momento —dijo él—. ¿Quién ha dicho que a Nakamba lo han asesinado?

—Ya viste que estaba la policía, y a mí me pareció la escena de un crimen.

—Sí, claro, pero era un cadáver que había aparecido en un espacio público. Es el procedimiento policial habitual, Amita. Fue una desafortunada coincidencia que todos llegáramos allí antes de que pudieran cubrir el cadáver adecuadamente o retirarlo. Es decir, habría que ser clarividente para pensar que una docena de jubilados iba a pasar por ahí antes del amanecer, ¿no?

Amita sentía un nudo en el estómago. Le fue subiendo lentamente por la espalda y la hizo temblar.

—Reconozco un asesinato cuando lo veo, Jason. Los dos lo reconocemos.

—Tranquilízate —dijo él, mirando también a su alrededor—. No debemos sacar conclusiones precipitadas, Amita. Hacerlo ya nos ha metido en problemas antes. Podría tratarse perfectamente de una muerte natural.

—Simon Nakamba, un eminente director de televisión, un nombre muy conocido, aparece muerto a las puertas de un teatro. Vamos,

Jason, a veces eres un poco lento, pero no tanto.

—¡Oye! —gritó él.

Algunos de los demás se giraron para mirar: Barbara McLemore, del grupo del salón municipal, les lanzó una mirada de sospecha a ambos. Jason sonrió educadamente y volvió a la conspiración.

—Ya te lo dije antes —continuó—. Por el estado en que se encontraba Nakamba anoche en el restaurante, podría haberse hecho daño fácilmente, un daño permanente. No estaba en condiciones de hacer nada, y nadie lo acompañó cuando se marchó.

—¿Por qué no fuiste a ver cómo estaba? —preguntó ella.

—¿Yo? —resopló—. ¿Por qué iba a ir a ver cómo estaba? Él estaba con otras tres personas y ninguna de ellas parecía muy preocupada. Se ganó la antipatía de todos los comensales antes de tambalearse, robar una copa de vino y romperla, y, por cierto, empujarme después de la forma más grosera posible. Está claro que no era una persona muy sociable, Amita.

—¿Por qué dices eso? —preguntó ella, con suspicacia.

—Bueno, como te venía diciendo. —Se rascó la barbilla de nuevo —. Te haces una idea de cómo es la persona casi al instante. ¿Cómo es ese viejo refrán? Solo se puede causar una primera impresión una vez.

—Muy cierto —asintió ella con la cabeza.

—Daba la impresión de ser un payaso, además de egocéntrico y arrogante —continuó—. Se pavoneaba ante sus compañeros, alardeando de cómo había conseguido las cosas por sí mismo y de cómo había tenido que aguantar a todo tipo de gente. Fue bastante desagradable, no te voy a mentir. Y, cuando se marchó, todo el mundo en el local pareció un poco más feliz.

Amita seguía haciendo gestos de asentimiento. Se notaba que le daba vueltas a la cabeza. Jason prácticamente podía oír los engranajes y las ruedas girando dentro de su cerebro.

—Espera —dijo él—. Espera un momento. No hagas lo que creo que estás haciendo, Amita.

—Esa frase no tiene sentido —repuso ella con brusquedad—. Se supone que eres periodista.

—¡No cambies de tema! —La señaló con el dedo—. Sé que vas a caer en la trampa fatal de convencerte a ti misma de que está pasando algo siniestro antes incluso de que los poderes fácticos hayan abandonado la escena.

—¿Vas a culparme por ello? —soltó Amita.

Era el turno de Jason de suspirar. Se pellizcó el puente de la nariz.

—No, no lo hago. —Gimió—. Es solo que…, bueno…, no siempre tenemos que temernos lo peor. Las personas se mueren. Esas cosas pasan. No siempre tenemos que estar persiguiendo a los tipos malos.

—Y a las tipas malas —intervino ella.

—Y a las tipas malas. Para eso está la policía. Ni siquiera sabemos si hay algún malo o mala a quien perseguir en este caso. Puede que simplemente haya sido un accidente, se haya golpeado la cabeza y haya sucumbido a la cantidad francamente espantosa de alcohol que bebió anoche durante la cena. Cualquier cosa. O, tal vez, solo tal vez, le había llegado la hora.

Amita consideró todo esto. Lo había estado considerando desde que llegaron al salón de la iglesia. Quería creerlo, de verdad. Pero ese instinto visceral, esa vocecita que asomaba su fea cabeza una y otra vez, le susurraba al oído.

—¿Tú crees eso? —le preguntó a su yerno.

Jason parpadeó.

—¿Qué? —preguntó, tratando de ganar tiempo.

—¿Crees todo eso, lo que acabas de decir, que tuvo un accidente o que simplemente le había llegado la hora? —le preguntó—. ¿Crees que la muerte de Simon Nakamba fue simplemente natural?

—Bueno… —dijo inflando las mejillas—. No lo sé. La verdad es que no lo sé, Amita.

—¡Exacto! —gritó ella—. Y ahí es adonde quería llegar, Jason. No lo sabemos. No podemos afirmar con certeza si fue un accidente, el destino o algo siniestro. Simplemente no podemos asegurarlo.

—Eso es lo que intentaba decirte —respondió él—. No tiene sentido meterse en un lío por un asesinato cuando podría ser simplemente una muerte natural, Amita. Pensaba que a estas alturas ya sabríamos eso.

Amita asintió con la cabeza. Sabía que tenía tendencia a dejar volar su imaginación. No obstante, también hay que decir que en el pasado eso les había servido de ayuda. Tenía que mantenerse concentrada, tranquila y relajada. Puede que no hubiera nada de todo eso, como explicaba Jason. Simon Nakamba podría haber muerto simplemente en la calle. Una tragedia, por supuesto, pero nada más. Solo que había algo que no encajaba, algo que no podía quitarse de la cabeza.

—Tú lo viste sentado allí, ¿verdad? —le preguntó en voz baja.

—Sí —respondió él.

—Viste cómo estaba sentado, apoyado contra las puertas de la sala de conciertos. Estaba allí sentado, sin vida.

—Estaba muerto, Amita. Esa es una de las características que definen a los cadáveres.

—Y las luces. —Ahora miraba más allá de él—. Las luces del plató. Le iluminaban, le enfocaban, como si las hubieran colocado así de forma deliberada. Eso no es normal, Jason. No es nada normal.

Las mejillas de Jason palidecieron un poco. Empezó a intentar explicarlo todo, pero se detuvo antes de poder decir nada.

—Alguien lo puso allí, Jason, lo sé —dijo ella, con el rostro contraído por la preocupación—. No fue un accidente ni un giro del destino. A Simon Nakamba lo han asesinado. Y el asesino quería que lo encontraran así.

Jason tragó saliva. El sabor rancio del té del club de bingo le provocó náuseas. Sin embargo, sabía que había algo más. Se recostó en la silla e infló las mejillas.

—Caramba —dijo.

—Caramba, efectivamente —respondió Amita.

—Estoy seguro de que la policía nos lleva mucha ventaja en esto —dijo él—. Son detectives profesionales, Amita. No necesitan que hagamos nada.

—Podrías preguntarles —sugirió ella.

—¿Preguntarles qué? ¿Si necesitan ayuda?

—Podrías preguntarles si lo están tratando como un asesinato —aclaró ella—. Sería una buena historia para ti. Tal vez te daría algo

de atención nacional nuevamente. Simon Nakamba era una figura pública de muy destacado nivel. Piensa en eso como una exclusiva.

Jason sintió una pequeña punzada de emoción. Por horrible que fuera, la palabra «exclusiva» tenía un efecto estimulante en él.

—Una vez más, veo lo que intentas hacer —dijo—. Quieres que llame a la inspectora Arendonk y la ponga en un compromiso, solo para saber si tu teoría es correcta y poder lanzarte a otra caza de asesinos.

—¿Y qué hay de malo en eso? —preguntó ella sin rodeos.

—Bueno…, es que…

No tenía una buena respuesta para ella. Amita le dedicó una sonrisa cómplice, pero esta se desvaneció rápidamente.

—Si hay otro asesino suelto, me gustaría saberlo —dijo ella—. Tú y yo tenemos una obligación. Puedes burlarte y llamarme la *sheriff* de Penrith, Jason, pero en los últimos años nadie ha velado por esta ciudad tanto como nosotros. Y, si hay otro asesino suelto, debemos hacer todo lo posible por atraparlo, ¿no?

—¡Esta noche no, chicos! —Sandy se despertó sobresaltado.

Olfateó y resopló, parpadeando para volver al mundo de los vivos. Jason y Amita concluyeron su conversación y disimularon delante de Sandy.

—Lo siento —se disculpó Sandy—. He madrugado, y ya sabéis. Debo de haberme quedado dormido. ¿Qué pasa?

—No pasa nada, Sandy —dijo Amita.

—Te has perdido el reclutamiento de Georgie Littlejohn para su misión de alimentar a los cinco mil.

Sandy se rio. Se frotó los ojos y se quitó la gorra. Frunció el ceño y miró a Jason y Amita.

—¿Qué os pasa a vosotros dos? —quiso saber—. Parece que acabáis de ver un fantasma.

[7] *Danse Macabre* es el tema musical de la serie de televisión británica de la BBC *Jonathan Creek*. La pieza es una adaptación de la *Danse Macabre* de Camille Saint-Saëns.

7. *An Ordinary Copper*[8]

La inspectora Sally Arendonk tenía dolor de cabeza. Últimamente siempre le dolía la cabeza. Se preguntaba si era parte de su trabajo. Era inspectora jefe de una ciudad de la provincia de Cumbria. Sobre el papel, al menos, el suyo parecía un puesto bastante agradable, incluso tranquilo. Una de las principales razones por las que se había trasladado desde la policía de Merseyside era para llevar una vida más relajada. Pasar del ajetreo y el bullicio de una ciudad como Liverpool a la bucólica tranquilidad de Penrith y Cumbria le había parecido el cambio de puesto de trabajo ideal. Eso fue hasta que llegó allí.

En su breve tiempo como nueva inspectora, se había visto envuelta en asesinatos y caos. Desde empresarios locales brutalmente asesinados en la flor de la vida hasta ancianas con un pasado peligroso, el Distrito de los Lagos no había sido lo que ella esperaba. Se suponía que era una zona tranquila, donde el robo de ovejas y los pequeños hurtos estaban a la orden del día. No una frontera salvaje sacada directamente de una película del Oeste.

Los jueves por la mañana se suponía que eran su momento de tranquilidad. Las oficinas del CID[9] solían estar vacías hasta las nueve. Los demás detectives acababan llegando arrastrando los pies, con la ropa manchada del desayuno a medio comer, todos un poco aturdidos por la noche anterior en el *pub*. A Arendonk le gustaba llegar un poco antes, antes de que los teléfonos empezaran a sonar sin parar y el olor a alcohol rancio saturara el aire acondicionado.

Era entonces cuando podía ocuparse del papeleo. Era entonces cuando podía responder a todos esos correos electrónicos que se habían ido acumulando en su bandeja de entrada. Era entonces cuando podía hacer todas esas otras cosas que no tenían que ver con atrapar a los malos. Sin embargo, aquel jueves por la mañana fue un poco diferente.

Se dio cuenta de inmediato de que no debería haber contestado el teléfono. Empezó a vibrar sobre el escritorio y ello había hecho que su té se agitara, como si un *T. rex* se acercara caminando a la comisaría a pisotones. Miró el gran reloj que había al lado de la puerta y vio que aún no eran las siete. Demasiado temprano, pensó, demasiado temprano para que hubiera ocurrido nada grave. Pero, por supuesto, debería haberlo sabido.

En su experiencia como detective, había aprendido algunas cosas sobre el trabajo de policía. En primer lugar, nunca acababa realmente, ni siquiera después de que terminara tu turno. Y, en segundo lugar, cualquier llamada telefónica antes de una hora decente del día siempre era una mala noticia. Con cautela, había cogido el teléfono.

«Simon Nakamba ha muerto», había sido el mensaje seco y sencillo de un agente que se encontraba en el plató de rodaje.

Cuatro palabras. Eso fue lo único que hizo falta para arruinarle el día, la semana y, posiblemente, el año. El rodaje en el centro de Penrith había sido una constante espina clavada para la policía local. Desde las interrupciones del tráfico hasta las discusiones y negociaciones con la oficina de turismo y los políticos, que lo consideraban lo mejor que les había pasado desde que se inventó el pan cortado. Además, había que lidiar con el equipo de producción y el reparto. Algunas estrellas habían exigido protección adicional. Otras querían seguir a agentes reales para perfeccionar su papel.

Afortunadamente, Arendonk no había tenido que lidiar con los problemas cotidianos. Pero desde que comenzó el rodaje, un ambiente agrio se había apoderado de la comisaría. Todos los policías de la ciudad estaban hartos y estaban deseando perder de vista aquellos enormes remolques y camiones que se suponía que iban a traer algo de glamur a Penrith, pero que, en realidad, lo único que habían traído era un montón de papeleo y turnos extras.

Si Arendonk esperaba librarse de todo, esas aspiraciones se habían desvanecido en el espacio de una frase. Afortunadamente, su instinto policial se había activado y había pasado al piloto automático, dando instrucciones a los agentes que se encontraban en el lugar para que lo acordonaran todo y se prepararan para una

inspección completa. De lo contrario, seguiría allí sentada, mirando al vacío, tratando de comprender las implicaciones de lo que acababa de oír.

La muerte sospechosa de una celebridad muy conocida. En su zona. Antes de haber tomado su primer sorbo de té. Sabía que iba a ser un caso complicado.

El dolor de cabeza había comenzado poco después de las nueve. El hecho de que hubiera conseguido aguantar dos horas sin que el dolor diera la cara era poco menos que un pequeño milagro. Pero ahora estaba ahí y la estaba volviendo loca. Para ser justos con el dolor de cabeza, no era solo culpa suya. La oficina del CID estaba ahora efervescente por la emoción y los nervios por este extraño caso que les había caído en las manos. Algunos agentes parecían contentos de tener la oportunidad de demostrar su valía en un escenario nacional. Casi esperaban que fuera siniestro. Luego estaban otros que temían la investigación.

Los teléfonos no paraban de sonar y vibrar. Si no era el alto mando de la policía de Cumbria exigiendo novedades apenas unos segundos después de su última llamada, era la oficina de prensa, que se afanaba por crear una estrategia. Arendonk se encontraba en el centro de la vorágine. Años de experiencia le habían enseñado que, aunque la rapidez era esencial, no sustituía a la investigación y el análisis adecuados, dos cosas que eran más difíciles de conseguir bajo la mirada atenta de los medios de comunicación. Sin embargo, famosos o anónimos, todos eran iguales para Sally cuando su número de expediente llegaba a su escritorio, y, como agente de policía, sentía que su deber para con los muertos era tan importante como su deber para con los vivos.

Le rugió el estómago. Su té seguía intacto, junto al bollo de canela que se había comprado en la panadería que abría las veinticuatro horas que había al final de la calle. Extendió la mano para coger el bollo, pero se detuvo. Parecía haber desarrollado un sexto sentido para las catástrofes inminentes. No era necesariamente un rasgo negativo para una detective de policía, lo admitía. Sin embargo, esta nueva conciencia espiritual causaba estragos en sus hábitos

alimenticios. Y normalmente ello se traducía en que acababa pasando hambre.

Miró fijamente el teléfono que estaba junto a su rollo de canela. Deseó que reaccionara, que se iluminara con un mensaje o una llamada entrante, cualquier cosa. No podía explicar la sensación; era como un hormigueo por todo el cuerpo. Para el resto de la sala de la comisaría, debía de parecer ridícula, sentada allí mirando fijamente el pastel y su teléfono. Pero a Arendonk no le importaba. Sabía que algo iba mal, que algo se avecinaba, y no quería que la pillaran con la boca llena de migas.

Entonces se le ocurrió una idea. En el tiempo que había pasado anticipando algo que arruinaría su desayuno, ya podría haberse comido el bollo.

—Esto es ridículo —dijo en voz baja.

Sally Arendonk era una profesional, una buena detective, una buena policía y una buena persona. Si quería comerse su rollo de canela, podía hacerlo, cuando quisiera. Sin miedo a represalias o interrupciones.

Con esa nueva motivación en mente, cogió el bollo y fue a darle un mordisco. En ese momento, su teléfono empezó a vibrar.

—¡Por el amor de Dios! —gritó, y dejó el rollo de canela sobre la mesa y cogió el teléfono de un solo movimiento—. ¡Más vale que sea importante! —dijo.

—¿Sally? —dijo una voz familiar.

—Jason Brazel, ¿me estás espiando? —preguntó ella.

—¿Qué? —soltó él con un carraspeo.

—Tú, al igual que todos los demás, pareces saber exactamente cuándo intento tener treinta segundos para mí. Es inquietante, tan inquietante que estoy empezando a sospechar que hay micrófonos en mi apartamento, que mi teléfono está hackeado y que probablemente estés sentado mirándome a través de la *webcam* de mi ordenador mientras hablamos.

Ella saludó con indiferencia a su monitor. No pasó nada.

—No estoy seguro de qué se me acusa exactamente —dijo Jason —. Sin embargo, todo suena muy serio y muy difamatorio. ¿Debería comunicarme con mis abogados?

—¿Tienes abogado? —preguntó Arendonk.

—Sí, una muy buena —respondió él riendo—. Es tan buena que además es mi esposa.

—¿Tu esposa es abogada? —preguntó ella, sin poder creer lo que estaba oyendo—. Y aun así tú y tu suegra os veis envueltos en todo tipo de travesuras claramente ilegales con demasiada frecuencia.

—«Con demasiada frecuencia» es un poco exagerado. Sé justa, Sally.

—Para ti soy la inspectora Arendonk, Brazel —repuso ella.

—Sí, perdona.

Arendonk se frotó la frente. De repente se sintió culpable por haberle respondido mal a Jason.

—Ha sido una de esas mañanas —dijo.

—Ya lo creo —asintió él—. Una celebridad asesinada y abandonada en público: eso no es precisamente bueno para la materia gris, ¿verdad?

—Se podría decir así. Sin embargo, no creo que me hayas llamado para decirme algo tan obvio. Y, además, ¿quién dice que sea un asesinato?

—Maldita sea —dijo él.

—Tienes que levantarte muy temprano para pillarme, Brazel —sonrió ella—. Y, además, eres mejor periodista que eso.

—Es muy amable por tu parte, inspectora. —Pudo oír cómo sonreía al otro lado del teléfono—. Pero da la casualidad de que me he levantado muy temprano esta mañana, así que no, no es una llamada social.

—¿Qué quieres?

—Bueno, en realidad, no se trata de lo que quiero, sino de lo que puedo ofrecer.

Arendonk se incorporó.

—Adelante, tienes toda mi atención.

Jason carraspeó. Fue un ruido tan fuerte que ella tuvo que apartarse el teléfono de la oreja.

—Anoche salí a cenar con Radha, mi esposa, la abogada —dijo.

—Vale —respondió ella.

—Y el señor Nakamba estaba sentado en otra mesa, justo detrás de nosotros, de hecho.

—Eso no es un delito.

—No, pero su comportamiento era… extraño, por decirlo suavemente.

—¿Extraño en qué sentido? —preguntó Arendonk.

—Extraño en el sentido de que dio un auténtico espectáculo delante de algunos comensales bastante horrorizados, entre los que me incluía yo.

—¿Tú? ¿Horrorizado? No me lo creo ni por un segundo, Jason. Eres un periodista curtido que se adentra en los rincones más extraños de la sociedad. O al menos eso es lo que dice tu perfil de LinkedIn.

—¿Tengo un perfil en LinkedIn? —preguntó.

—Oh, sí.

—No lo sabía. Debo de haber sucumbido a alguna presión digital de mis compañeros…

—¿Qué estaba haciendo Nakamba entonces?

—Estaba borracho, eso estaba claro. Gritaba, chillaba a los demás que estaban con él.

—¿Viste quiénes eran?

—No, no los reconocí —dijo Jason—. Supusimos que eran del equipo de producción. Él parecía conocerlos bastante bien, aunque los acusaba de no conocerlo a él en absoluto, de no saber por lo que había pasado.

—¿A qué hora fue eso? —preguntó ella, arrancando un trozo de papel de un bloc y buscando su bolígrafo.

—Debían de ser casi las diez. Teníamos una mesa reservada para cenar tarde en el Herdwick Hogget para celebrar nuestro aniversario —dijo él—. Después de dar aquel espectáculo, se marchó. Salió directamente por la puerta. Tropezó con unas mesas por el camino, pero lo que le pasó debió de ocurrir después de salir del local.

—Has dicho que estaba borracho, ¿no? —preguntó ella, tomando notas.

—Como una cuba —respondió Jason—. No estaba en condiciones de hacer nada, y mucho menos de defenderse si lo atacaban, que

supongo que fue lo que pasó.

—Creía que a los periodistas se les prohibía hacer suposiciones —dijo ella, guardándose el bolígrafo en el bolsillo.

—Realmente no nos conoces bien, ¿verdad, detective?

Arendonk se rio. Se recostó en su silla y miró fijamente el trozo de papel. Estaba pensando, tratando de reconstruir los movimientos de Nakamba, con quién había estado, quién podría haber tenido motivos para hacerle daño. Todo el buen trabajo de detective que había aprendido y en el que tenía plena confianza. Entonces, un pensamiento alarmante interrumpió su flujo de ideas.

—Espera —dijo—. ¿Por qué me cuentas esto?

Jason no respondió.

—¿Qué pretendes, Brazel? Amita y tú no estaréis pensando en hacer ninguna tontería, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! —gritó él—. Créeme, cuando se ha tenido un par de encuentros inesperados con víctimas de asesinato, como he tenido yo, a uno le apetece mucho evitar tropezarse con más.

—Me temo que evitarlas no es un lujo que yo me pueda permitir —dijo ella con ironía—. Vamos, suéltalo —continuó—. A pesar de lo que piense de mis conocimientos generales sobre periodismo, te conozco un poco mejor. Y, lo que es más importante, sospecho que estás buscando un intercambio.

—Quizá —dijo él.

—¿Qué quieres?

—Nada, en realidad —respondió él—. Solo una pequeña exclusiva sobre cuándo vas a anunciar que se trata de una investigación por asesinato, eso es todo.

—¿Eso es todo? —dijo ella.

—Vamos, Sally…, inspectora Arendonk. Últimamente estoy un poco desesperado en lo que respecta a las firmas. Solo busco ganar algo de dinero para poder pagar la hipoteca y dar de comer a mis hijos…, ya sabes…

Arendonk suspiró. Le caía bien Jason Brazel y, ya que estamos, también su suegra Amita. Y no podía negar la maravillosa ayuda que le habían prestado en su primer caso importante en Penrith. Sin embargo, no le gustaba hacer tratos con periodistas. Le parecía

demasiado sórdido para su gusto, demasiado cercano a saltarse las reglas.

Según su propio criterio y el de sus colegas, la inspectora Arendonk era una persona recta como pocas. Dicho esto, también era un ser humano, y le gustaba pensar que parte de esa humanidad se reflejaba en su trabajo y la convertía en una mejor agente de la ley.

Miró a su alrededor para ver quién la observaba. Los demás detectives del CID estaban ocupados, o al menos intentaban parecerlo. Se inclinó un poco, fingiendo recoger algo de debajo de su escritorio.

—No puedo hacer comentarios —dijo en voz baja—. Sin embargo, si informaras de que se ha iniciado una investigación por asesinato tras encontrarse marcas sospechosas en los brazos del fallecido, no tendría que corregirte. Y, antes del mediodía, cuando se haga pública la información oficial, podría serte de utilidad. No sé si me entiendes.

—Creo que te entiendo perfectamente —contestó él.

—Bueno, entonces eso es todo —dijo ella.

—Supongo que sí. Ha sido un placer hablar contigo de nuevo, como siempre.

—Ay, déjalo ya, Brazel, por favor —dijo ella—. Antes de que necesite un cubo.

—Muy bien.

Estaba a punto de colgar cuando un pensamiento le cruzó la mente como un rayo.

—¡Jason! —gritó, lo suficientemente alto como para que toda la sala de la comisaría pudiera oírlo.

—¿Qué?

—No empecéis vuestra propia investigación de esto, ¿me entiendes? —dijo con severidad—. Agradezco todo lo que hicisteis en el pasado. Pero este no es, repito, no es el tipo de caso en el que quisierais involucraros. No con lo famoso que era Nakamba. Demonios, ni siquiera yo quiero involucrarme. ¿Lo entiendes?

—Por supuesto que lo entiendo —dijo él—. Tienes mi palabra, Sally.

—Inspectora Arendonk.

—Sí, lo siento, inspectora Arendonk. Gracias otra vez.

La línea se cortó. Apagó la pantalla y dejó el teléfono bocabajo sobre su escritorio. El trozo de papel con los detalles de horas que Jason le había dado estaba junto a su rollo de canela. Fue a coger el bollo y finalmente se lo metió en la boca.

—¡Sally! —gritó alguien desde el otro lado de la sala—. Es Sheila Mulberry, de la oficina de la policía militar, al teléfono. Quieren saber qué pueden decir sobre Simon Nakamba.

Justo a tiempo, se le quitó el apetito.

[8] *An Ordinary Copper* es el título de la melodía de la serie policiaca de televisión británica *Dixon of Dock Green,* que se emitió de 1955 a 1976.

[9] CID: El Departamento de Investigación Criminal (CID, por sus siglas en inglés, Criminal Investigation Department) es la rama de una fuerza policial a la que pertenecen la mayoría de los detectives vestidos de civil del Reino Unido.

8. *News Scoop*[10]

Jason se recostó y empezó a mover los dedos de los pies. El calor de la estufa eléctrica le sentaba muy bien en las plantas de los pies. Los agujeros de la planta de sus calcetines, que dejaban pasar el calor, ayudaban a ello.

Por supuesto, ese calor no solo provenía de la estufa. Jason se sentía bastante aliviado. En gran parte, gracias a Sally Arendonk. Su exclusiva de que a Simon Nakamba lo habían asesinado le había dado a Jason el salvavidas que necesitaba después de unos meses difíciles. Un rápido correo electrónico de doscientas palabras que envió a un par de editores ávidos de noticias, y su noticia de última hora se difundió por todo internet, treinta minutos antes del anuncio oficial.

Para celebrarlo, mientras los contables de Londres calculaban sus honorarios, decidió tomarse la tarde libre y dejar de buscar más noticias de última hora. Si alguien encontraba una patata frita con la forma del lago Ullswater, o un bache provocaba un atasco en la estación en hora punta, la primicia tendría que esperar hasta mañana. Ahora estaba de vuelta abajo, frente a la chimenea, disfrutando de la paz y la tranquilidad de su salón, satisfecho por creer que había superado su bloqueo como reportero.

Había esperado lo suficiente para tener esta sensación. De hecho, en los últimos meses había habido momentos en los que se había preguntado si volvería a sentirla alguna vez. Ahora que estaba ahí, iba a saborear cada dulce momento, caldeado por la electricidad.

La puerta principal se abrió con un clic. Una ráfaga de aire cortante, propio del comienzo del invierno, entró con fuerza y casi lo tiró de lado en el sofá.

—Sí, aquí mismo, gracias —indicó Amita desde el vestíbulo.

Tenía el tono de una directora de colegio, no, de un sargento instructor, ladrando instrucciones y órdenes que debían obedecerse. Más tonto sería el hombre o la mujer que no hiciera exactamente lo

que ella decía. Eso significaba problemas, por supuesto. Jason se levantó. Su tranquilidad se había acabado.

Asomó la cabeza con cautela por la puerta del salón. El aire frío fue como una bofetada en la cara.

—Amita —dijo.

—Espera, Jason, solo un momento —dijo ella—. Deja que estos caballeros coloquen esto primero.

—Amita.

Dos hombres gruñones y de rostro hosco subieron por el camino de entrada. Llevaban entre los dos una enorme pizarra portátil que chirriaba y se tambaleaba sobre ruedas viejas. Golpeó con fuerza el escalón de la entrada, y uno de los hombres soltó una maldición de descontento.

—¿Dónde va esto, querida? —preguntó, olfateando ruidosamente con sus enormes fosas nasales.

—En el salón —respondió ella.

—Amita… —dijo Jason con cautela.

—Ponlo delante de la chimenea por ahora, gracias.

—¡Amita!

—Discúlpenos, amigo —dijo don Fosas Nasales.

Empujó a Jason y casi lo tira de espaldas. El repartidor y su compañero procedieron a girar, inclinar y manipular la pizarra gigante para pasarla por la puerta principal y llevarla al salón.

—Amita, ¿qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loca? —le preguntó a su suegra.

—No seas tonto, Jason —le reprendió ella—. Es para el trabajo.

—¿Para el trabajo? Es una maldita pizarra. No he visto una de esas cosas desde que estaba en el colegio.

—¿Así que fuiste al colegio? —preguntó ella con una sonrisa burlona.

Se oyó un fuerte golpe. Los repartidores volvieron a maldecir y Jason se apresuró a entrar en el salón. No vio ningún daño, solo la pizarra gigante, que ahora ocupaba la mayor parte de la pared del fondo e incluso tapaba una pequeña esquina del televisor. Gruñeron al pasar junto a él y salir por la puerta principal.

—No lo entiendo, Amita, ¿por qué demonios te traes algo así a casa? No me malinterpretes, es muy amable por tu parte interesarte por mi trabajo y, de hecho, te alegrará saber que estoy recuperando mi inspiración periodística. Pero soy reportero, no un maestro de escuela victoriano, así que no estoy seguro de que esta sea precisamente la tecnología punta que me va a llevar a la portada de los periódicos nacionales. Además, esa rueda torcida y ese lateral astillado sugieren que este cacharro está aún más decrépito que yo. Me atrevo a decir que es… una porquería.

—No es una porquería, Jason. Es esencial para nuestros planes. Y no para tu trabajo, sino para nuestro trabajo —dijo ella.

—¿Nuestros planes? ¿Nuestro trabajo? —preguntó Jason con los ojos muy abiertos.

—¿Cuántas veces, mientras investigábamos, te he pedido que hicieras algo, que hablaras con alguien, que aportaras alguna idea o pista sobre quién era el asesino, o que anotaras alguna de mis corazonadas? ¿Y cuántas veces te has olvidado por completo de hacerlo?

—¿No es porque normalmente estoy ocupado sugiriendo que no nos metamos en los asuntos de la policía? —dijo él.

—Es cierto, muy cierto, de hecho. —Acarició con la mano la superficie gomosa y manchada de la pizarra—. Y sabes que solo digo que debemos involucrarnos si creo que nuestros amigos de la comisaría han pasado por alto algún pequeño detalle. Por eso conseguí hacerme con esta querida vieja cosa. Puede ser una ayuda para todas nuestras ideas, todas nuestras pistas, todo lo que encontremos en las investigaciones diarias.

Antes de que Jason pudiera echar por tierra las ideas de Amita de que eran los justicieros enmascarados de Cumbria, un fuerte estruendo lo hizo sobresaltarse. Se dio la vuelta. Don Fosas Nasales había vuelto y lo miraba con ira.

—Tiza —gruñó.

Señaló un cubo metálico lleno hasta el borde de tizas de colores. Una pequeña nube de polvo se elevaba lentamente del mismo, como si fuera la réplica de una bomba.

Don Fosas Nasales tosió ruidosamente, se limpió la frente con la manga y se marchó de nuevo.

—¡Gracias por tu ayuda! —gritó Amita—. Dile a tu jefe que ya tengo el dinero para él.

—¡¿Has pagado por esta monstruosidad?! —gritó Jason.

Don Fosas Nasales gruñó algo y los dos repartidores salieron por la puerta principal.

—No voy a darle explicaciones a Radha —dijo Jason, cruzando los brazos—. Esto es culpa tuya, Amita. Asume la responsabilidad.

—No pasa nada —respondió ella, quitándose el abrigo—. A mí me parece maravillosa. ¿A ti no? ¿Te puedes creer que esa preciosa escuela primaria de Yanwath esté tirando todas esas pizarras antiguas tan bonitas? Al parecer, las están sustituyendo por pizarras interactivas. No es lo mismo.

—Ya me conoces: no sé manejar nada más tecnológico que mi viejo teléfono, pero para los niños de hoy en día esas cosas son algo natural. Es el progreso, Amita. ¿Quiénes somos nosotros para interponernos en su camino?

Amita no tuvo oportunidad de responder. Sonó el timbre dos veces y alguien llamó desde el pasillo.

—Toc, toc.

Un hombre de aspecto desaliñado asomó la cabeza por la puerta del salón. Esbozó una sonrisa que a Jason le recordó a un cocodrilo acechando su próxima presa. Era bajito, con una barriga prominente que sobresalía por encima de los pantalones arrugados de su traje. Llevaba la chaqueta arrugada y la corbata floja alrededor del cuello.

—Ah, señor Brunger —dijo Amita—. ¿Cuánto le debo por la pizarra?

—Eso es lo que me gusta de usted, señora K, que siempre paga puntualmente —respondió frotándose las manos y sin dejar de sonreír.

Entró arrastrando los pies en el salón y miró el lugar de arriba abajo.

—Tiene usted una casa muy bonita, señora K, un pequeño refugio encantador alejado del bullicio. Podría conseguirle un buen precio por ella en el mercado libre.

—No es suya y no está en venta —dijo Jason, arqueando una ceja —. ¿Y usted es?

—Jason, no seas tan grosero —le regañó ella, buscando su bolso.

—No pasa nada, señora K, no se preocupe —dijo Brunger—. Usted debe de ser Jason. Creo que no nos han presentado formalmente, ¿verdad?, pero aun así la señora K me ha hablado mucho de usted. Habla muy bien de usted, señor.

Le tendió la mano. Jason la miró y se fijó en sus uñas sucias.

—Malcolm Brunger —dijo, esbozando una sonrisa tan amplia que Jason pudo ver que tenía un diente de oro donde en su día hubo una muela.

—¿De qué conoce exactamente a mi suegra? —preguntó con recelo—. No parece lo bastante mayor como para llevar las cuentas del club de bingo. Y desde luego no parece el tipo de persona que frecuenta el Instituto de la Mujer.

—Jason —siseó Amita, rebuscando en su bolso.

—Me cae bien su yerno, señora K. Me cae muy bien —se rio Brunger—. Es un tipo divertido. Tal y como usted dijo.

—¿Un tipo divertido? —Jason frunció la nariz.

—De vez en cuando hago pequeños negocios con su suegra y sus amigos del salón parroquial —dijo Brunger—. Esos encantadores ancianos me dan una lista de las cosas que necesitan y yo se las consigo, baratas, claro.

—¿No hay supermercados para ese tipo de cosas? —preguntó Jason.

—Sí, claro, si quiere que le timen. —Se rio—. ¿Ha visto lo caras que están las cuchillas de afeitar últimamente? Y no me haga hablar de los huevos, porque, si empiezo con eso, estaremos aquí hasta las ocho y media de la noche. Están por las nubes.

—El señor Brunger nos ayuda a todos —dijo Amita, agitando su bolso—. Cada dos días se pasa por el salón parroquial con su furgoneta y toma los pedidos. Tiene muchos amigos en el mercado de materias primas, ¿verdad?

—Por supuesto. —Hizo una pequeña reverencia—. Verás, Jace, estos encantadores abuelos solo tienen sus pensiones para vivir. Y

eso no da ni para alimentar al gato hoy en día. Así que los ayudo en todo lo que puedo.

—Y se llevará un buen beneficio, por supuesto, imagino —dijo Jason.

Brunger inclinó ligeramente la cabeza. Sin embargo, seguía sonriendo: su expresión no había cambiado.

—Todos tenemos que comer, ¿no, Jace?

—Así es, tenemos que comer —dijo Amita, lanzando a Jason una mirada severa de desaprobación—. Y el señor Brunger ha sido muy amable con su tiempo y sus esfuerzos con todo el club de bingo y más allá. Me ha conseguido esta preciosa pizarra antigua y estoy segura de que le daremos un buen uso.

Le entregó un puñado de billetes. Brunger se los guardó en el bolsillo interior de la chaqueta sin contarlos. Le guiñó un ojo a Amita y le hizo un saludo poco entusiasta a Jason.

—Es un placer hacer negocios con usted, como siempre, señora K. —Le lanzó un beso—. Y encantado de conocerte después de tanto tiempo, Jace. Tienes una casa preciosa.

Salió del salón silbando. La puerta principal se cerró de un portazo.

—¿Jace? —dijo Jason con desdén—. ¿Jace? Nunca en mi vida me han llamado Jace. ¿Quién demonios es este Brunger, Amita?

—Es un joven muy amable que nos ayuda a mí y a los demás —respondió ella lacónicamente, y cogió un poco de tiza del cubo—. Lo cual es más de lo que se puede decir de ti.

—Parece sospechoso —dijo él—. ¿Has visto cómo miraba todo lo que hay en el salón? Probablemente estaba estudiando el terreno. Esta noche pondré una silla debajo del pomo de la puerta principal, por si acaso.

—No seas ridículo —dijo ella, y empezó a escribir en la pizarra—. Sí, quizá sea poco…, poco convencional en sus técnicas de venta. Pero ha sido el salvavidas de un montón de jubilados del club. Y por eso le estamos agradecidos.

Jason no podía discutir eso. Se acercó a la ventana para asegurarse de que Brunger se había ido. No había ni rastro de él en el jardín ni en la calle. A regañadientes, se retiró.

—¿Qué estás escribiendo? —preguntó.

—Estoy haciendo un pequeño diagrama para ordenar algunas de mis ideas —respondió ella—. En el centro está Simon Nakamba y a partir de ahí iremos resolviendo.

Jason volvió a sentarse en el sofá. La pizarra bloqueaba convenientemente todo el calor de la chimenea. Chasqueó la lengua en silencio.

—Típico —dijo.

—¿Qué dices? —preguntó ella.

—Nada.

Amita estaba ocupada creando su obra maestra. Él la observaba, observaba cómo se movía, escribiendo frenéticamente en su nuevo juguete. Era peor que los niños. Aunque tenía que admitir que era agradable verla tan llena de energía. Ahora se sentía un poco culpable por haber estado antes tirado en el sofá. Le vendría bien un poco del dinamismo de su suegra.

—Si no me equivoco —dijo, recostándose—, esto parece el comienzo de la investigación de un asesinato.

Amita no contestó. Estaba demasiado ocupada.

—He dicho —se levantó— que esto parece el comienzo de la investigación de un asesinato. No será esto lo que tenías en mente cuando no parabas de hablar de «nuestro trabajo» y «nuestros planes» antes, ¿verdad? Esperaba que me estuvieras reclutando para organizar un nuevo turno de té para el club de bingo, no para arrastrarme a otra de tus investigaciones. Estoy ocupado, tengo que trabajar.

Se acercó a la pizarra. Amita estaba garabateando, con sándwiches que se ramificaban desde el nombre central de «Nakamba».

—Amita, ¿me estás escuchando? —preguntó él.

—Sí —contestó ella—. Y te estoy ignorando. Además, no parecías muy ocupado cuando entré, así que no veo qué daño puede hacerte responder un par de preguntas.

Había dibujado varios signos de interrogación en la pizarra con palabras como «motivos» y «sospechosos» subrayadas. «Pip Potter» y «Derek Veland», los dos protagonistas de la serie de televisión,

también estaban rodeados con un círculo, junto con otras frases, horas y lugares.

—¿Le dijiste a Arendonk que viste a la víctima anoche? —volvió a preguntar ella.

—Así es.

—Bueno, y ¿qué te dijo?

Amita parecía ahora impaciente. Podía sentir cómo su curiosidad se apoderaba de ella, su sensación de que se debía hacer justicia, pasara lo que pasara. Jason casi podía oler ese entusiasmo.

—Me dio las gracias por la información —dijo él—. Entonces le dije que le agradecería que me concediera la primicia de la exclusiva si se trataba de una investigación por asesinato. Ella dijo que sí. Llamé a un editor que conozco, escribí la historia y voy a recibir un cheque. Eso es todo, Amita, eso es todo lo que ha pasado desde que te vi esta mañana hasta ahora mismo.

—Ya veo —dijo ella solemnemente.

—Y realmente eso es todo, Amita. Le he dado mi palabra a Arendonk de que no interferiríamos.

Amita no le respondió. No tenía por qué hacerlo. Él ya sabía la respuesta y probablemente no tenía por qué preguntarlo.

—Siempre dices lo mismo, Jason —dijo ella.

—Lo sé —respondió él—. Y lo digo en serio cada vez. Este es un caso de gran repercusión mediática. Al parecer, Nakamba era muy famoso. Corremos el riesgo de vernos envueltos en todo esto y que husmeen en nuestras propias vidas si nos metemos donde no nos llaman. Mañana la prensa estará por todas partes y vendrá de todas partes. Especialmente ahora que se ha corrido la voz de que se trata de un asesinato.

—Gracias a ti —dijo ella.

—Es mi trabajo —contestó él, a la defensiva—. Ya lo sabes. No me importa que juegues a ser detective aquí, en el salón, con tu nueva pizarra, pero tiene que quedarse ahí y no ir más allá.

—¿No quieres saber qué pasó? —intentó ella débilmente.

—Lo sabré cuando Arendonk y la policía obtengan las respuestas. Con eso me basta.

—Sabes que eso no es cierto —repuso ella.

—Lo es. —Cruzó los brazos, mostrando por primera vez un atisbo de vacilación en sus convicciones—. Estoy perfectamente feliz de sentarme, dejar que los hábiles detectives de la Policía de Su Majestad hagan su trabajo y leer sobre ello, como todo el mundo.

—¡Tonterías! —Fue el turno de Amita de gritar—. Nunca te he visto «sentarte» y «leer sobre ello, como todo el mundo». No es tu estilo, Jason Brazel. Eres un farsante y, francamente, demasiado buen periodista como para venirme con tonterías como esa.

—Es la segunda vez que oigo eso hoy. Quizá no sea tan buen periodista como tú y los demás pensáis, Amita.

Hubo un momento de silencio. Amita le dirigió una mirada incrédula y de desaprobación. Jason finalmente cedió.

—No, tienes razón, tengo curiosidad —admitió, y volvió a sentarse —. Pero eso no significa que crea que tú y yo debamos llevar nuestras especulaciones más allá de estas cuatro paredes.

Se pasó las manos por el pelo por enésima vez. Sabía que debía dejar de hacerlo; Radha le decía que se estaba quedando calvo en un lado de la cabeza. No quería acabar pareciéndose a su padre. Bajó las manos y las apoyó en los muslos, decidido a no volver a moverlas.

—Me lo estás poniendo muy difícil, Amita —dijo—. Le he dado mi palabra a Sally. Es una buena mujer, una gran policía. Me echó un cable hace poco. Gracias a ella, mañana mi nombre saldrá en los periódicos. Me hizo prometer que no haría nada por mi cuenta y realmente quiero cumplir mi palabra.

Amita bajó la cabeza. Comprendía el dilema al que se enfrentaba su yerno. No debía de ser fácil para él. Había visto la confusión y el estrés que había sufrido durante las últimas semanas sin trabajar. Por mucho que a Jason Brazel le gustara mostrarse un poco fanfarrón a veces, Amita sabía que era desesperadamente frágil cuando se trataba de su empleo. Ahora, tras haber hecho un buen trabajo, estaba volviendo a recuperarse.

—No puedo hacerlo sola —dijo ella con la boca seca—. Sabes que no puedo, Jason. Y tampoco quiero.

—Entonces, no lo hagas —contestó él—. En serio, tú no tienes nada que ver con esto, Amita. No es que no se vaya a investigar: él

es famoso y todos los altos mandos se asegurarán de que se sigan todas las pistas. Deja que la policía haga su trabajo. Es su cometido. Atrapar a los asesinos es un asunto peligroso, ambos lo sabemos. Deja que otros corran el riesgo.

—Lo sé —dijo ella con un suspiro triste, negando con la cabeza—. Sé lo peligroso que es. Sé los riesgos que hemos corrido. Pero no se trata del peligro y, aunque parezca increíble, tampoco se trata de nosotros. Se trata de garantizar que se haga justicia. Como hemos comprobado en los últimos años, a veces la policía pasa por alto cosas. Los crímenes inusuales requieren perspectivas inusuales. Nakamba no fue asesinado sin premeditación, sino que lo colocaron en la sala de conciertos, abatido por un profesional, por un experto. Lo sabes, Jason. No podemos dejar que este tipo de cosas queden sin investigar delante de nuestras narices. Tenemos que cumplir con nuestra obligación.

—Es la policía la que tiene esa obligación, no nosotros, Amita —dijo él, mirando al techo en busca de inspiración—. Es su trabajo. Nosotros tenemos que vivir nuestra propia vida. Yo soy periodista y tú… tú juegas al bingo.

El labio inferior de Amita le tembló un poco. Jason vio que estaba conteniendo las lágrimas. Se giró hacia la pizarra, alejándose de él. Jason sintió un nudo en el estómago.

—Amita —la llamó—. Amita, lo siento. No quería decir… No quería decir eso. ¡Tú mantienes unida a toda la familia! De hecho, es precisamente porque te necesitamos tanto por lo que no quiero que te metas en este negocio tan arriesgado. Solo intento cuidar de nosotros, de los dos, de toda la familia. Eso es todo.

Ella intentó sonreír, pero su boca no le respondía. Jason se sintió fatal. Se acercó a su suegra, la abrazó y la estrechó con cariño.

—Lo siento —se disculpó—. Últimamente he estado muy gruñón, lo sé. Es solo por no tener trabajo, que me deprime.

—Lo sé, lo sé, Jason —dijo ella, y se apartó y lo miró—. Tienes razón, sé que no debería meter las narices donde no me incumbe. Y sé que nunca, jamás, debería poner en peligro tu relación con Sally Arendonk o con cualquiera de tus fuentes. Sé que solo soy un vejestorio chapado a la antigua que tiene demasiado tiempo libre.

—Venga ya, Amita —dijo él, sonriendo cálidamente—. No eres tan vieja. —Intentó esbozar una débil sonrisa—. Y, en cuanto a lo de que eres un vejestorio chapado a la antigua, ¿acaso un vejestorio tendría la mejor ropa *casual* con lentejuelas al norte del salón de baile de Blackpool?

Eso les hizo sentir mejor a ambos. Amita sacó un pañuelo de la manga de su rebeca. Se sonó la nariz y suspiró.

—Tienes razón, deberíamos dejar que la policía haga su trabajo. Parece que esta vez se lo están tomando en serio.

Jason asintió con la cabeza. Le había prometido a Arendonk que no se involucraría. Y eso era lo que pretendía. Puede que no fuera lo que él quería, pero estaba agradecido a la inspectora por toda su ayuda y sabía que el caso estaba en buenas manos.

Aun así, la curiosidad seguía ahí. Amita tenía razón en eso. Sabía que no debía hacer caso ni a su curiosidad ni a su suegra. Quizá así no tomaría las decisiones dudosas que tenía la mala costumbre de tomar.

—¿Estamos de acuerdo? —dudó—. Esa pizarra se utilizará únicamente para investigaciones teóricas. No nos meteremos en los asuntos de la policía y, solo cuando ellos den a conocer cualquier información, la anotarás aquí y te mantendrás alejada de cualquier peligro.

Amita se quedó callada y Jason interpretó claramente su silencio como un sí.

—En ese caso, no pasa nada por repasar lo que sabemos, ¿no? Ya que solo estamos…, ya sabes…, siguiendo la pista.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Amita, secándose las lágrimas.

—Encontraron a Nakamba a la salida de la sala de conciertos de la ciudad —dijo él—. No presentaba signos de lesiones: no lo habían degollado, ni tenía el cuello roto, ni nada por el estilo.

—Al menos, nada que pudiéramos ver —dijo Amita, percibiendo claramente la intriga en la voz de Jason y deseosa de no interrumpir su línea de pensamiento—. Parecía un hombre, pero había algo extraño, algo inhumano en él. Era espantoso.

—Sí, lo sé —confirmó él.

Amita miró fijamente a su yerno. Cuando se ponía a pensar, los tendones de las sienes se le tensaban y contraían una y otra vez.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Nada —respondió él.

—Estás pensando en algo.

—¿Qué? No, nada, no es nada.

—Estabas pensando en hacer una tontería, ¿verdad, Jason?

Se sonrojó un poco.

—Un vistazo —dijo Jason—. Un único vistazo a la escena del crimen, mañana, después de que Radha regrese y todos se hayan ido a casa por la noche. No veo cómo eso podría causar gran consternación a nuestra amiga, la honorable inspectora Sally Arendonk. Y, después de eso, definitivamente volveremos a la pizarra. Solo teoría. Después de mañana.

—Podría ser solo una casualidad que pasemos por la sala de conciertos, después de todo —dijo Amita como quien no quiere la cosa.

—Exacto —convino Jason—. Al fin y al cabo, es un país libre, la gente puede ir a donde quiera, ¿no?

—Que yo sepa puede —dijo ella.

—Muy bien —dijo él—. Quedamos, mi suegra y yo, en pleno invierno, para ir a ver dónde le robaron la vida a un hombre. Maravilloso.

[10] *News Scoop,* de Len Stevens, fue el tema original de *Grandstand,* un importante programa deportivo de la BBC.

9. *Light and Tuneful*[11]

Esa tarde soplaba un viento gélido. El débil sol se atenuaba cada vez más a medida que se hundía en el cielo invernal. Las calles de Penrith ya empezaban a oscurecerse. Amita se ajustó un poco más el abrigo. Nunca le había gustado esta hora del día en invierno. El ayuntamiento nunca conseguía sincronizar bien las farolas. Siempre había una hora más o menos en la que probablemente podría haber más luz, pero tampoco era una oscuridad total. Ese purgatorio siempre la inquietaba un poco. Y no dejaba de mirar por encima del hombro para asegurarse de que no los seguían.

El plató se alzaba ante ellos, una vez más. Los enormes camiones y furgonetas de producción se erigían como gigantes silenciosos e intimidantes. Todas las grandes luces y focos estaban apagados ahora y parecía que el lugar estaba desierto. Solo la cinta policial, que ondeaba al viento, indicaba que se trataba de la escena de un crimen. No había nadie haciendo guardia.

—Vaya, qué frío hace —dijo Jason, a su lado.

Metió la barbilla dentro de la bufanda y frunció el ceño mientras avanzaba contra el viento. Amita rebuscó en el bolsillo de su abrigo y sacó un par de guantes de repuesto.

—Toma —dijo ella—. Deberías llevar siempre los tuyos.

—No puedo ponérmelos —contestó él, mirándolos.

—¿Por qué no?

—¡Míralos!

Jason cogió los guantes con sus manos heladas. Los agitó delante de la cara de Amita.

—¡Son de color rosa brillante con lunares! ¡No puedo ponérmelos! Soy un reportero de investigación, no un presentador de programas de televisión infantil.

—¿Y prefieres que se te congelen las manos? Madura, Jason —replicó ella.

Él resopló e intentó soplar aire caliente en sus manos ahuecadas. No funcionó. Emitió otro gruñido ininteligible y se puso los guantes de lana rosa brillante. Aunque no lo dijo en voz alta, sintió un alivio instantáneo.

—No hay mucha gente por aquí esta tarde —comentó Amita, señalando con la cabeza hacia el plató.

—Los *pubs* están abiertos. Probablemente todo el equipo esté ahogando sus penas en uno —respondió Jason.

—Supongo que no se les puede culpar. Debe de haber sido un *shock*.

—Lo único más impactante fue su comportamiento anoche en el restaurante —dijo—. Me imagino que, si nuestro señor Nakamba no fuera el asesinado, estaría apoyado en la barra de un bar en este mismo momento.

—¿Tan mal estaba? —preguntó Amita mientras se acercaban a la cinta policial y al borde del plató.

—Estaba completamente borracho. — Jason silbó—. He visto a gente muy borracha. Dios mío, yo mismo lo he estado varias veces, antes de que digas nada.

—Mis labios están sellados.

—Pero Nakamba estaba en el punto peligroso: lo suficientemente ebrio como para decir lo que pensaba sin filtros, pero no tan borracho como para que fuera ininteligible y salirse con la suya. Oh, no, atraía a bastante público, tambaleándose, y gritaba y maldecía a la gente con la que estaba. Fue bastante incómodo. O al menos lo habría sido si no me hubiera sentido tan asustado por todo aquello.

—¿Asustado? —preguntó Amita, olfateando.

Jason se encogió de hombros.

—No sé qué era —dijo—. En ese momento no podía identificarlo. Creo que simplemente estaba muy sorprendido. Pero había algo realmente intimidante en Nakamba. Quiero decir, no era el tipo más grande que hayas visto nunca. Pero su voz era como una sirena de niebla. Y su forma de comportarse, incluso borracho como una cuba. No me habría gustado ponerme a malas con él, como la gente de su mesa. Les estaba echando una bronca e insistía en lo mucho que había sufrido y que había tenido que luchar constantemente por

hacerse un hueco en la industria del cine. No me imagino lo que le habrán dicho para provocarle ese berrinche.

Amita asimiló todo eso mientras se acercaban al borde del plató. La entrada a la sala de conciertos estaba fuertemente acordonada, con cinta policial enrollada alrededor de las manijas de las puertas. Las tiras se extendían hasta las farolas. Amita redujo la velocidad al acercarse. Jason notó que estaba inquieta.

—¿Estás bien? —le preguntó, apretándole el codo.

—Sí, estoy bien —mintió ella—. Cuéntame con quién estaba Nakamba. ¿Reconociste a alguno de ellos?

—No —respondió él—. Creo que Radha tampoco. Fue ella quien vio a Nakamba primero. Supongo que habría dicho algo si hubiera reconocido a alguno de los demás.

—Eso pienso yo también. Se lo preguntaremos luego —dijo Amita —. Y ¿cuántos eran?

—Otros tres, o quizá cuatro, en realidad. No lo sé, estuve observando a Nakamba todo el tiempo. Para serte sincero, era difícil apartar la vista de él. Estaba montando un gran escándalo. —Jason señaló con la cabeza hacia las escaleras de la sala de conciertos—. Aquí estamos, de vuelta en la escena del crimen. Sigue costando, ¿verdad?

Amita asintió con la cabeza. Tragó saliva. Tenía la garganta y la boca secas y un sabor horrible que le provocaba náuseas. Esto estaba resultando más difícil de lo que había pensado. Se alegraba de que Jason estuviera allí con ella.

—¿Deberíamos echar un vistazo más de cerca? —preguntó ella.

—Tranquila, Amita —dijo él, mirando a su alrededor—. Sé que dijimos que solo íbamos a dar un paseo y todo eso. Es un poco más difícil de explicar cuando hemos pasado por debajo de rollos y rollos de cinta policial, ¿no crees?

Pero la insaciable curiosidad de Amita se había despertado. Abrió su bolso, sacó una lata de caramelos de viaje y los dejó caer. Rodaron por las piedras del pavimento y quedaron debajo del cordón. Amita se concentró en la escena del crimen que tenía delante y se armó de valor. Levantó la cinta, se agachó rápidamente y se apresuró hacia el teatro y la sala de conciertos.

—Espera —dijo Jason—, no creo que rescatar unos caramelos Murray Mints sea motivo suficiente para contaminar la escena del crimen, Amita.

Pero ella ya estaba a mitad de camino de las escaleras, y él no iba a dejarla ir sola, así que, tras mirar por encima del hombro, la siguió.

Cruzaron la calle trotando lentamente, serpenteando entre los enormes camiones y el equipo que estaba desperdigado por el plató. Era extraño lo diferente que parecía ahora toda la calle a este lado de la cinta. Amita y Jason debían de haber recorrido este tramo de la vía un millón de veces. Sin embargo, como ahora iba a salir en la televisión, todo parecía nuevo, casi de mentira, como si una ráfaga de viento pudiera derribar las fachadas y revelar que todo era solo atrezo.

A medida que se acercaban, Jason empezó a ponerse un poco nervioso. Siempre le pasaba lo mismo en calles desiertas como esta. Nunca estaba seguro de si alguien iba a saltar y gritar «¡sorpresa!» en cualquier momento. Jason odiaba las sorpresas, especialmente si venían de la policía.

—Hagamos esto rápido y vámonos —dijo, aplaudiendo y pisoteando el suelo para entrar en calor—. No quiero tentar a la suerte.

Amita se detuvo en la acera, a unos metros de las puertas de la sala de conciertos, agarrando en la mano algunos caramelos que había recuperado. La cinta policial ondeaba con más fuerza aquí y se enredaba como si fueran serpentinas. El golpeteo del plástico era casi como un aplauso que les daba la bienvenida al lugar. A Amita le entraron escalofríos. Intentó concentrarse.

—Esto era una especie de mensaje, del asesino, quiero decir —le dijo a Jason.

—¿A qué te refieres? —preguntó él, sin dejar de mirar todo el rato arriba y abajo de la calle para asegurarse de que no los veía nadie.

—No puede ser una coincidencia que a Nakamba lo encontraran aquí, a la salida de un teatro; alguien quería que el telón se bajara para él de forma deliberada. Y ya viste que los focos también lo apuntaban.

Jason asintió con la cabeza con severidad.

—Eso significa que lo hicieron a propósito —continuó ella—. No sabemos si lo mataron aquí, o si lo asesinaron en otro lugar y lo trajeron después. Casi da igual. Quienquiera que haya sido quería que lo encontraran a la salida de la sala de conciertos. Es un mensaje, Jason, estoy segura.

—¿Un mensaje para quién? —preguntó él—. ¿O es que hay algo que no estoy entendiendo?

—No lo sé —respondió ella.

—¿Por qué Nakamba? ¿Por qué no alguien de la zona, o uno de los actores? Luego está el equipo, que debe de estar formado por docenas de personas. ¿Qué tenía él de especial?

—Eso tampoco lo sé —dijo Amita—. Esta serie de televisión es muy popular, muy importante. Seguro que habría objetivos más obvios para causar un mayor impacto si lo que buscaba el asesino era publicidad. Nakamba era el director, un nombre muy conocido, pero apuesto a que los fans y los espectadores no lo reconocerían en una rueda de identificación. No como a los actores.

—¿Te refieres a alguien como Pip Potter?

—Creía que no veías la serie —preguntó Amita con una sonrisa irónica.

Jason se sonrojó un poco.

—¿Cuántas veces tenemos la oportunidad de ver a actrices glamurosas en esta ciudad, Amita? Déjame vivir, ¿quieres?

Amita se rio un poco.

—No se lo diré a Radha si tú tampoco lo haces.

—Sería muy amable por tu parte —dijo él. Entonces, Jason centró rápidamente su atención en la escena del crimen antes de que su suegra cambiara de opinión—: Bueno, no sé tú, pero yo no sé qué estoy buscando aquí —continuó diciendo—. Solo son unas puertas con cinta policial. La policía ya habrá registrado este lugar con lupa y se habrá llevado todo lo que pudiera ser de interés.

—Sí, supongo que tienes razón —dijo ella.

Un fuerte ruido metálico resonó en el plató vacío y los hizo saltar a ambos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Jason, sin aliento.

—No estoy segura —respondió Amita, escudriñando la calle.

Ahora todo estaba en silencio. El sol se había ocultado tras los altos edificios de la calle y todo estaba en penumbra. Las farolas aún no se habían encendido, y largas y densas sombras se deslizaban desde cada puerta de tienda, ventana y rincón.

—Quizá no haya sido nada —dijo Jason.

—Sí, tal vez —respondió ella—. O el viento.

Permanecieron completamente inmóviles, esperando de alguna manera que, al no moverse, se mimetizaran con el resto del decorado y el equipo apagado. Entonces, un destello blanco y brillante los cegó a ambos. Gritaron y se taparon los ojos rápidamente. Jason tropezó hacia atrás. Sus piernas se enredaron en la cinta policial y perdió el equilibrio. Amita lo agarró a ciegas para evitar que cayera y también se cayó. Aterrizaron hechos un montón a la entrada de la sala de conciertos.

—¿Qué… qué pasa? —gritó Amita.

—¡Tu rodilla me está presionando la vejiga! —chilló Jason.

En un instante, la luz se apagó. Ambos parpadearon, tratando de adaptar sus ojos mientras se desenredaban. Se oyeron pasos acercándose a ellos y Amita logró ponerse de pie.

Cuando recuperaron la visión, miró a través de la penumbra. Una pequeña figura con una chaqueta acolchada que le quedaba grande y una gruesa capucha de piel apareció en la oscuridad.

—¿Quién… quién es usted? —jadeó Amita.

—«East 17», por lo que parece. —Jason parpadeó, todavía cegado por la luz.

—Yo iba a preguntaros lo mismo a vosotros —dijo la figura del abrigo grande.

Amita ayudó a Jason a levantarse y se retiraron de la sala de conciertos arrastrando los pies.

—Lo siento, solo estábamos… —dijo ella, sin terminar la frase.

—Sí, solo estábamos… —repitió Jason, frotándose los ojos.

La figura se bajó la capucha de la chaqueta acolchada y dejó al descubierto a una joven de rostro fresco. Sus ojos color esmeralda eran grandes y brillantes, incluso en la penumbra. Miró fijamente a Jason y Amita un momento, como si estuviera pensando en algo. Luego dio una palmada.

—Dios mío —dijo—, eres Amita Khatri.

Amita estaba a punto de soltar la excusa que finalmente se le había ocurrido, pero se detuvo en seco.

—Yo… —balbuceó.

—Eres tú, ¿verdad? Eres Amita. Deduzco entonces que tú eres Jason Brazel, su yerno.

Jason no fue tan educado con su sorpresa.

—¿Quién demonios eres tú y cómo sabes quiénes somos?

La joven volvió a aplaudir. Su sonrisa amistosa se extendió de oreja a oreja.

—No puedo creer que seáis vosotros. Sois una especie de leyenda local. Esto es una locura, una auténtica locura. Esperad a que se lo cuente a mis amigos. Bueno, a mis únicos amigos, en realidad. Son un poco raros, como yo. Les encantan los casos de crímenes reales. Estoy deseando ver sus caras cuando les cuente que he conocido a una pareja de detectives de verdad. Esto es increíble, tengo mucha mucha suerte. ¿Puedo hacerme un selfi con vosotros?

Sacó su teléfono. A Amita le costaba mucho esfuerzo seguirle el ritmo. Jason, que se había quedado muy atrás, agitó las manos en el aire.

—Espera, espera, tiempo muerto, por favor —dijo—. Vuelve al principio, porque parece que me he perdido la primera parte de esta farsa. ¿Cómo sabes quiénes somos? ¿Nos conocemos?

Ella chasqueó la lengua.

—Eso es muy típico de Jason. —Sonrió.

Él no le devolvió la sonrisa. Amita contuvo la risa cuando la joven se adelantó. Se agachó entre ellos y se hizo una foto con ellos con el móvil. Tras comprobarla, se la llevó al corazón.

—Muchas gracias por esto —dijo—. Significa mucho para mí. Estoy encantada, realmente abrumada por haberos conocido. He seguido todo lo que habéis hecho: el caso Frobisher, ese asunto con el cuadro…, todo. Sois muy buenos. Deberíais tener vuestro propio programa de televisión o algo así.

—¡Ya está bien! —gritó Jason—. ¡Tienes que decirnos ahora mismo quién eres y cómo sabes tanto sobre nosotros!

Amita le puso una mano en el hombro, tratando de calmarlo. Aunque la joven no parecía intimidada, Amita pensó que una táctica menos agresiva podría resultar más eficaz.

—Nos sentimos muy halagados, querida —dijo—. Y tendrás que disculpar a mi yerno. Se emociona demasiado cuando está estresado.

—¿Estresado? —Jason tragó saliva—. ¡Conoce la historia de nuestra vida, Amita! No la hemos visto nunca y sabe lo que hacemos.

—Si pudieras ponernos un poco en antecedentes, querida —le dijo a la chica ignorando a Jason—. Para que estemos en la misma onda.

La joven asintió con la cabeza.

—Sí, claro, por supuesto —contestó, esforzándose por poner cara seria—. Debería haberlo dicho, tenéis razón. Me llamo Lisa. Soy una de las asistentes de aquí, del plató. Me gusta investigar antes de que me envíen al lugar donde se va a rodar. No llevo mucho tiempo en este trabajo, pero me encanta conocer los entresijos de los sitios. Siempre he sido así: cuando era más joven volvía loca a mi madre.

—Oh, aún eres joven, querida —sonrió Amita.

—Eres encantadora, Amita —dijo ella—. Me encantan los crímenes reales, supongo que por trabajar en una serie policiaca como *The Locus*. Encontré un blog en internet que hablaba de dos vecinos que resolvían crímenes en su tiempo libre: un periodista y su suegra.

—¿Un blog? —preguntó Jason.

—Una página web —dijo Amita, y, refiriéndose a la joven, preguntó—: ¿Lo tienes ahí?

Lisa asintió con la cabeza. Abrió la página en su teléfono. Amita la reconoció inmediatamente.

—Barry —dijo.

—¿Barry? —preguntó Jason—. ¿Te refieres a ese teórico de la conspiración que encontraste en internet? ¿Está escribiendo sobre nosotros?

—Es muy bueno —dijo Lisa—. Os defiende, dice que sois el último bastión del bien en un mundo que se ha vuelto loco.

—Sí, es Barry —confirmó Amita—. Fue muy amable al ayudarnos con algo en lo que trabajábamos antes. Es un hombre encantador,

pero creo que necesita salir más.

—Probablemente, pero ¿quién no?, ¿verdad? —se rio Lisa—. Como he dicho, esto es muy emocionante para mí. Barry hace un trabajo tan estupendo con los detalles que tengo la sensación de que es como si ya os conociera a los dos…

Se calló. Miró a su alrededor, a la calle, y luego hacia la entrada de la sala de conciertos. A Jason se le había quedado un trozo de cinta policial pegado al zapato. La chica se agachó, la despegó y la cogió.

—Un momento —dijo con cara de asombro—. ¿Estáis… estáis investigando el asesinato de Simon?

Antes de que Jason o Amita pudieran responder, Lisa empezó a saltar y a gritar emocionada. Intentaron callarla, pero sus gritos resonaban en el silencioso plató.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó—. Me he topado con una de vuestras investigaciones. ¡Esto es increíble!

—Por favor, Lisa, cálmate —dijo Amita—. No deberíamos estar aquí. Lo sabes si formas parte del equipo.

—Esto es increíble —dijo ella—. Estoy… Me he quedado sin palabras.

—No me lo creo —murmuró Jason.

—¿Qué habéis descubierto? —preguntó ella.

Amita se mostró un poco reacia a revelar ningún detalle.

—No podemos contártelo, Lisa —dijo—. Podrías acabar perdiendo tu trabajo.

—No te preocupes por eso: esto es más importante —dijo ella, e hizo un gesto con la mano para que se callara—. ¿Ya habéis hablado con Pip Potter?

—¡Pip Potter! —La voz de Jason alcanzó un tono al que no había sido capaz de llegar en casi treinta años.

Amita chasqueó la lengua.

—Intenta contener tu entusiasmo, por el bien de todos, Jason —dijo.

—Pip Potter, sí —se rio Lisa—. Ahora mismo voy a recogerla. Tenemos una reunión de producción, y ella es la estrella del espectáculo. O, al menos, le gusta pensar que lo es. Podéis

acompañarme si queréis. Incluso intentaré que os dé un autógrafo, si lo preferís.

—No estoy segura…

—¡Por supuesto! —dijo Jason, interrumpiendo a su suegra—. Sería estupendo.

—Bien —sonrió Lisa—. Entonces seguidme. No me lo puedo creer. He conocido a Jason y Amita. ¡Este es el mejor día de mi vida!

Empezó a caminar por la calle. Jason estaba a punto de seguirla cuando Amita le tiró del brazo.

—¿Estás seguro de que es buena idea? —le susurró.

—Solo vamos a saludar —respondió él—. Y, nunca se sabe, puede que esa Pip Potter tenga alguna información sobre nuestro difunto amigo Simon Nakamba. Al fin y al cabo, trabajó codo a codo con él. Si no preguntas, no obtienes respuesta: es un viejo mantra periodístico.

—Has cambiado de opinión muy rápido —dijo Amita, arqueando una ceja—. Que sepas que estaré a tu lado cada segundo mientras estemos con la señorita Potter.

—Sí, sí, sí. —Jason la apartó con un gesto.

Él se puso en marcha por la calle tras Lisa. Amita tuvo que tomarse un momento para recomponerse. Descubrir que tenía una admiradora no entraba precisamente en sus planes para ese día. Nunca se le había ocurrido que pudiera tener admiradores. Añádele un espantoso asesinato y una cita con una celebridad auténtica, y tendrás todos los ingredientes para un día memorable. Últimamente había tenido muchos de esos. Y no todos habían salido según lo planeado.

[11] *Light and Tuneful* es el tema musical de apertura de la BBC para Wimbledon desde 1972, compuesto por Keith Mansfield.

10. *Silks and Satins*[12]

—Y entonces mi agente me llama y me dice que unos frikis de los cómics de Hollywood quieren que interprete a un alienígena con tentáculos en lugar de brazos, ¿te lo puedes creer?

La masajista puso los ojos en blanco. Se había asegurado de que Pip Potter no pudiera verla. La joven actriz estaba tumbada bocabajo en la camilla, y le masajeaban los hombros con fuerza.

No era la primera vez que ponía los ojos en blanco. Y dudaba que fuera la última antes de que terminara la sesión.

—Le dije: Tony, si crees que voy a pasar seis meses rodando una película en la que tengo que estar diez horas al día maquillándome, te equivocas —siguió Pip—. Y así es como acabé aquí, en Penrith, en pleno invierno, con el agua de los charcos hasta el cuello. Menuda vida, te lo digo yo.

La actriz se dio la vuelta. La terapeuta no había terminado, pero había renunciado a intentar hablar con la estrella de televisión. En lugar de ello, se acercó a los pies de Pip y comenzó a masajearlos. La actriz se mostró un poco recelosa y la miró fijamente a través de la mascarilla.

—¿Va todo bien ahí abajo? —preguntó.

—Sí, muy bien, señorita Potter, muy bien —respondió la terapeuta.

—No estás hablando mucho.

—Solo me concentro en sus pies —dijo—. Tiene mucha tensión ahí. Quiero intentar aliviarla un poco.

—Lo único que aliviará mi tensión es un tren rápido que salga de Penrith.

Pip acercó su mano a una mesita que había junto a la camilla. Cogió con delicadeza dos rodajas de pepino y se las colocó sobre los ojos.

—Me han tenido corriendo unos ocho kilómetros al día, arriba y abajo, por esa maldita calle principal, bajo la lluvia, por supuesto.

Aquí siempre llueve. Si tuvieras que hacer eso, tú también tendrías mucha tensión en los pies.

—Sí, probablemente sí —respondió la masajista con una risa nerviosa, mientras le daba un masaje a Pip en el arco del pie.

—Sinceramente, las cosas que tengo que hacer por este trabajo. Quizá debería haber elegido lo de los tentáculos.

El suave arrullo del canto de las ballenas y la tenue luz de las velas perfumadas repartidas por la sala de terapia mantenían una apariencia de calma. La terapeuta estaba feliz por el silencio.

Ese silencio no duró mucho. Un fuerte golpe en la puerta hizo que se le resbalaran los nudillos. Pip soltó un chillido y se incorporó de golpe, sentándose en el sillón reclinable.

—¡Maldita sea! —gritó.

—Lo siento, señorita Potter —dijo la terapeuta—. Voy a ver quién es. No deberían molestarnos.

—Asegúrate de que no lo hagan —dijo la actriz—. La productora está pagando mucho dinero para que me traten y se espera que salga relajada, no como un cordel masticado. Abre la puerta, por favor.

La masajista reprimió su frustración. Se levantó, maldijo sus doloridas rodillas y abrió la puerta. Una ola de aire fresco la envolvió, arrastrando consigo el aroma cálido de la sala de tratamiento, y por un momento temió haber dejado entrar sin pensar a los *paparazzis*. El alivio duró poco, ya que al otro lado había tres personas muy extrañas, las tres, sonriéndole.

—¿En qué puedo ayudarles? —les preguntó.

—Venimos a ver a Pip Potter —dijo Lisa—. Es urgente.

—Pero… le estoy dando su terapia de masaje.

—Sí, lo sé, pero, como he dicho, es un poco urgente.

—Pero… pero…

La terapeuta se trabó al hablar. Antes de que pudiera oponer más resistencia, Lisa entró en la sala de terapia. Amita y Jason la siguieron de cerca, disculpándose al entrar.

Pip estaba sentada con los brazos cruzados sobre el pecho. El albornoz mullido y la mascarilla facial de color carbón sorprendieron un poco a Jason. No esperaba ver a una de las estrellas más

importantes de la televisión en una situación tan relajada. La sangre le subió a la cabeza y de repente se puso muy nervioso y bajó la mirada al suelo.

—Ay, lo siento mucho —tartamudeó—, debería, deberíamos volver más tarde.

—Ya me habéis arruinado el masaje —soltó Pip—. Más vale que entréis y os pongáis cómodos, seáis quienes seáis. —Lejos de estar incómoda, no parecía importarle en absoluto encontrarse casi sin vestir en compañía de otras personas.

—Somos grandes admiradores tuyos —dijo Amita, tendiéndole la mano, sin parecer en absoluto nerviosa por encontrarse con una de sus heroínas envuelta solo en un albornoz—. Bueno, yo al menos lo soy. Te he seguido en *The Locus* desde el primer episodio. Haces que la pantalla cobre vida cuando apareces en la serie.

Pip disfrutó del halago, luego levantó las manos y movió los dedos.

—Estoy cubierta de aceite, tendréis que perdonarme —dijo—. No esperaba fans, ni tampoco al equipo, esta tarde. Tú eres del equipo, ¿no? Estoy segura de que conozco tu cara. Se supone que debo estar descansando y curando mi trauma.

Lanzó una mirada poco impresionada a Lisa. La mascarilla le daba un aire amenazador. Sin embargo, por los pocos segundos que había estado en su compañía, Jason consideró que Pip Potter no necesitaba nada adicional para intimidar.

—Sí, es culpa mía —dijo Lisa—. Me han enviado a buscarte. Los productores van a celebrar una reunión de emergencia a las seis.

—¿Para qué? —suspiró Pip.

Lisa no respondió. Miró a Amita y luego a Jason, que seguía enfocando al suelo. Incluso la terapeuta parecía un poco desconcertada por la pregunta de la actriz.

—Por el señor Nakamba —dijo Lisa lentamente.

—Sigue muerto, ¿no? —se burló ella, teatralmente.

Hacía calor y la habitación estaba cargada, pero el ambiente se había vuelto gélido. Jason cerró los ojos. La situación era más que incómoda. Era bien sabido que tenía muy poca tolerancia a las

situaciones embarazosas. Nunca había deseado tanto que la tierra se lo tragara. O que lo hiciera rápido.

Pip Potter pareció detectar el cambio. Su comentario había creado una atmósfera fúnebre. Se aclaró la garganta.

—Sí, bueno, siempre fue muy exigente —dijo, quitando los pies del borde de la mesa—. Si no era por una cosa, era por otra. Era un hombre complicado en vida y supongo que lo será igual en la muerte. ¿Qué decimos entonces, nuestras frases para la prensa, «terrible tragedia, triste pérdida para la profesión, etc., etc.»?

Lisa se metió las manos en los bolsillos de su enorme parka acolchada. Eran tan profundos que sus brazos quedaban sumergidos casi hasta los codos. Chasqueó la lengua.

—Sí, supongo —dijo, fingiendo dar una patada a algo con la punta del zapato—. Lo único que sé es que los productores van a celebrar una reunión de emergencia en Askling Manor sobre las seis de la tarde. Me han enviado a buscarte. Es una orden imperativa. Esas son mis instrucciones.

—Si no hay más remedio —dijo Pip—. Tendré que cambiarme. No puedo aparecer con este aspecto, como si fuera la novia de Frankenstein, ¿no?

Ella esbozó una risa alegre. Nadie se unió a ella. Jason sentía que sus mejillas se calentaban cada vez más.

—Han sido unos días muy estresantes —dijo Pip, tratando de mostrar al menos algo de buena voluntad—. Simon Nakamba lo era todo para mí en muchos sentidos. A veces era difícil trabajar con él, pero ¿no lo son todos los genios? Su muerte fue un *shock* terrible para mí cuando me enteré ayer.

Había algo falso en sus palabras que molestó a Jason. Se preguntó si su dolor sería tan fingido como su trabajo en la pantalla. Amita obviamente también se dio cuenta. Dio un paso adelante, con las preguntas preparadas.

—Amita Khatri —dijo—. Y este es mi yerno Jason.

—¿Sois policías? —preguntó la actriz.

—No, no somos policías —respondió ella.

—No lo creo —dijo Pip—. Para empezar, los dos sois demasiado bajos.

Jason vio fugazmente las espinillas desnudas de Pip mientras ella rodeaba la mesa de terapia. Se sonrojó aún más y mantuvo la mirada fija en el suelo.

—Mis hermanos son policías en Mánchester —continuó ella—. Y no creo que vosotros dos cumpláis con los requisitos de altura.

—Muy bien, sí. —Amita fingió una risa—. No, no somos de la policía. Solo somos un par de ciudadanos preocupados, eso es todo. De vez en cuando investigamos este tipo de cosas. ¿Verdad, Jason?

—¿Qué?

Levantó la vista instintivamente. Pip, Amita, Lisa la asistente y la masajista descontenta lo miraban fijamente. Jason no era ajeno a los conflictos, era algo inherente a su profesión de periodista. Y, si los últimos años de su vida servían de referencia, debería estar completamente acostumbrado a este tipo de situaciones.

Solo que esta vez era diferente. Granjeros enfadados con escopetas, asesinos enloquecidos blandiendo palas. Ni siquiera los jubilados maniacos podían compararse con cuatro mujeres expectantes que lo miraban esperando a que dijera algo.

—Caramba —logró decir—. ¿Hace calor aquí o solo me lo parece? Hace calor aquí, ¿verdad? No me lo estoy imaginando, ¿no?

Ninguna de ellas respondió. Amita se limitó a negar con la cabeza con tristeza.

—Perdónalo, señorita Potter, normalmente no es así —dijo—. Una de sus habilidades más encomiables es la de construir frases con sentido, sobre todo, teniendo en cuenta que es periodista de profesión.

—Ya veo —dijo la actriz—. Bueno, sea como sea, imagino que esta no es una visita social, ¿verdad?

—No, no lo es —le confirmó Amita—. Como te he dicho, estamos llevando a cabo nuestra propia investigación, paralela a la oficial. Y nos preguntábamos si tú podrías tener alguna información sobre las actividades del señor Nakamba.

Pip se quitó lentamente la mascarilla facial de carbón vegetal. Debajo su rostro apareció completamente diferente, natural y limpio. Jason sabía que los actores tenían muchas caras, pero esto fue bastante literal, incluso para él. Allí de pie, junto a la puerta, Jason

no pudo evitar quedarse mirándola, medio esperando que hubiera otra capa debajo de la última que Pip se había quitado.

—¿Información sobre Simon Nakamba? —dijo Pip—. Esa es una pregunta que seguro que cientos de psiquiatras han intentado responder.

—¿Perdón?

—Era intenso —dijo la actriz, arrojando la mascarilla a la papelera, pero no la alcanzó y quedó ahí tirada en el suelo junto a ella, como si fuera un sudario—. Estaba completamente loco.

—Pero creí que habías dicho que lo era todo para ti —se extrañó Amita.

—Y lo era. En el plató, quiero decir. Era el alma creativa de esta serie —dijo ella—. Era un genio, por supuesto. Convirtió lo que era una pequeña serie policiaca en el programa más visto de Europa, y quizá llegue a serlo incluso del mundo, si los índices de audiencia siguen subiendo como hasta ahora. Su visión, su capacidad para crear magia en la pantalla, todo eso era obra suya. Pero perdía los nervios por cualquier tontería. Era capaz de paralizar toda la producción si las cosas no salían tal y como él había ordenado. Incluso he oído que no se molestaba en acudir al trabajo cuando no hacía el tiempo que él quería. Un tirano y un maniaco absoluto, eso es lo que era, pero también tenía mucho talento. No creo que nada fuera lo bastante bueno para Simon Nakamba. Nadie era tan perfecto como él quería y nadie más estaba dispuesto a sacrificarse tanto por su obra como él.

—Ganó varios premios, ¿no es así? —preguntó Amita.

—Así es —dijo Lisa, y dio un pasito adelante—. Le dieron varios premios por su trabajo, especialmente, en los últimos años.

—Incluyendo los de *The Locus* —dijo Pip—. El año pasado ganamos un BAFTA al mejor drama. Madre mía, todavía veo cómo estábamos todos sentados a la mesa, esperando el anuncio. Estaba muy nerviosa. Simon, sin embargo, estaba completamente tranquilo, girando los dedos como si estuviera esperando a recoger una comida para llevar. Lo que pensabas que le molestaría no le hacía ni levantar una ceja siquiera. Luego, una cosa insignificante, algo sin importancia, le hacía perder los estribos y salir furioso del plató.

—¿Y alguna vez le hiciste enfadar? —preguntó Amita.

—¿Cuánto tiempo tenéis? —se rio Pip—. Los actores no éramos las personas favoritas de Simon. Y eso es una pena cuando eres director, porque el director nos necesita a los actores para montar todo el espectáculo, ¿entendéis lo que quiero decir?

—Me hago una idea —dijo Amita—. ¿Crees que había alguien que quisiera hacer daño al señor Nakamba? ¿Alguien en particular en este rodaje, por ejemplo?

—De nuevo, ¿cuánto tiempo tenéis? —Pip señaló a Lisa con la cabeza—. Yo estaba acostumbrada a él: llevo años trabajando en este programa. Pero los nuevos asistentes, el equipo de esta temporada, muchos de ellos nunca habían visto sus arrebatos. No creo que se lo tomaran muy bien.

Amita miró a Lisa. La joven asistente seguía callada.

—¿Qué pasó la noche antes de su muerte? —preguntó—. ¿Estuviste con él? Tenemos entendido que salió al centro, a cenar tarde.

—No sé muy bien qué hacía Simon cuando se marchaba del plató por la noche —dijo Pip—. Era muy reservado para algunas cosas. Podría haber estado metido en cualquier cosa y yo no lo habría sabido. Es, era, un hombre difícil de tratar, no era una persona que abriera su corazón fácilmente. Me perdonaréis si no me sorprende del todo que hayan acabado asesinándolo.

El comentario pareció quedarse en el aire. Pip se apoyó en la camilla. Un rizo de pelo rojo se le había escapado de debajo de la toalla que le cubría la cabeza. Se lo apartó de los ojos con calma y serenidad. Había algo imperioso en ella. Se mantenía erguida y digna mientras todos los demás se apiñaban en la pequeña habitación.

—Ahora, si me disculpáis, creo que he sido más que complaciente —dijo.

—Sí, por supuesto —contestó Amita—. Muchas gracias por tu tiempo y por la información.

—Supongo que me informaréis de lo que vaya sucediendo —le tanteó Pip a Lisa—. Ya he pasado todo el día sin hacer nada. Me gustaría irme a casa si vamos a dar por concluido el asunto.

—No estoy segura, señorita Potter —dijo Lisa—. Mis instrucciones eran solo venir a recogerte y llevarte al hotel para la reunión. El resto del reparto ya está allí, creo, junto con los productores.

—¿El resto del reparto? No me hagas reír —dijo Pip—. Buena suerte con Derek Veland si quieres conseguir que haga algo durante las horas de luz. Conociéndolo, debe de seguir borracho desde anoche.

Guio a Amita, Jason y Lisa hasta la puerta. La masajista la abrió y los acompañó a todos fuera.

—Gracias de nuevo, señorita Potter —dijo Amita, inclinándose un poco—. Soy una gran admiradora de la serie y ha sido un verdadero placer conocerte, aunque haya sido en circunstancias bastante desagradables.

—Sí, bueno, buena suerte —dijo Pip.

Cerró la puerta. La cerradura hizo clic al cerrarse.

—¡Encantado de conocerte! —gritó Jason, recuperando por fin la voz.

Inmediatamente sintió un gran alivio al salir de la habitación y alejarse de la compañía semidesnuda de Pip Potter. Se roció con desinfectante de manos en la puerta para intentar eliminar la incomodidad que había sentido. Amita y Lisa lo miraron perplejas.

—¿Qué? —preguntó, y se dio cuenta poco a poco de que lo que acababa de aplicarse generosamente era ambientador.

—Sinceramente —dijo Amita, poniendo los ojos en blanco y negando con la cabeza a Lisa—. No se le puede llevar a ningún sitio.

Las mujeres se alejaron por el pasillo, con Jason siguiéndolas. No sabía cómo iba a explicarle esto a Radha, sobre todo, porque llegaría a casa envuelto en una nube tóxica de algo llamado, de forma bastante desafortunada, «Lakeside Romance».

[12] *Silks and Satins,* de Peter Yorke, era el tema de cierre de *Emergency Ward 10,* una telenovela médica británica emitida por ITV entre 1957 y 1967.

11. *I Could Be So Good for You*[13]

—Te dije que esto te vendría bien —dijo Amita.

Estaba dibujando grandes círculos y líneas en la pizarra que ahora dominaba el salón. Jason intentaba asomarse por detrás de ella para ver lo último de las noticias y los deportes en la televisión. Cada vez que creía haber encontrado un ángulo, su suegra le tapaba los detalles importantes. Hacía ya rato que había dejado de intentar escuchar lo que decían en la tele. Al menos podía admirar los dibujos y los colores.

—No puedo creer que te parezca bien —le dijo a Radha, sentada a su lado en el sofá—. Tenía muchas ganas de que le leyeras la cartilla a tu madre por tener esta monstruosidad en el salón.

—Es más fácil dejarse llevar —dijo ella, suspirando—. Cuando estás todo el día en el trabajo y luego tienes dos animales salvajes que alimentar y entretener al llegar a casa, aprendes a respirar y tomártelo con calma.

—Clara y Josh no son tan malos —dijo él.

—No me refería a los niños.

Jason se lo tomó a pecho. Sabía cuándo le habían vencido. Cruzó los brazos e intentó mirar de nuevo por encima de Amita para ver los resultados de mitad de semana.

—No sé cómo nos las arreglábamos sin esta maravillosa pizarra antigua, Jason. De verdad que no lo sé —dijo ella.

—No, yo tampoco —se quejó él.

Amita dio un paso atrás para contemplar su trabajo. La televisión ahora estaba completamente tapada. Jason se mordió la lengua e intentó seguir el ejemplo de su esposa. Contó hasta diez, con la esperanza de que eso ayudara. No fue así.

—He puesto a Pip Potter en la columna de sospechosos, como puedes ver —dijo ella, rodeándola con un círculo de tiza roja—. Creo que ese pequeño arrebato que vimos antes es suficiente para, al menos, despertar nuestras sospechas. ¿No te parece?

Él no estaba de acuerdo. Miró los diagramas de araña que ahora llenaban la pizarra. Le dolía la cabeza al intentar desentrañar la maraña de líneas, círculos, flechas, nombres y palabras.

—¿Qué te hace pensar que ella mató a Nakamba? —preguntó—. Aunque no hablara muy bien de él, yo estuve en compañía de ese hombre durante cinco minutos y no puedo culparla.

—No he dicho que creyera que ella mató a Nakamba. He dicho que la incluía en la lista de sospechosos, esto es, que podría haberlo matado. Y nos ha dado un motivo: su aversión hacia él. Aunque, sí, reconozco que dijo que era algo habitual. —Amita jugueteó con la tiza—. Dijo que otros miembros del equipo y del reparto podrían no apreciar su comportamiento en el plató. Así que podría tener un motivo —dijo—. Fue bastante franca al decirnos que Simon Nakamba tenía mal genio. ¿Y si la hubiera maltratado en el pasado? Ese es el tipo de cosas que se enquistan en la imaginación de la gente.

—Es bastante débil, Amita —repuso él—. Pip Potter no me pareció el tipo de persona que deja que le afecten unas cuantas palabrotas y un comportamiento de divo. Ella es tan famosa como él, quizá incluso más. Ella está delante de la cámara, ¿no? Él está detrás. Ella tendría más que perder si hiciera algo así. No me lo creo.

—Quizá —dijo ella—. Pero había algo en la forma en que hablaba de él… Como si ya tuviera el discurso preparado.

—Pero eso es lo que hacen los actores —repuso Jason—. Espero que los actores sean más abiertos hoy en día a la hora de revelar los horrores que solían ocurrir en los sofás de *casting*.

—¿Qué? —preguntó Radha—. ¿Era uno de esos cretinos de los que se lee en los periódicos?

Amita frunció la nariz. Jason se estremeció.

—No lo sabemos. Hasta ahora no hay indicios de nada parecido —dijo—. Sin embargo, Pip Potter parecía convencida de que él era capaz de perder los estribos por la más mínima cosa. No creo que eso contribuya a crear un ambiente de trabajo muy agradable.

—Ser un mal compañero de trabajo, o incluso un borracho empedernido, puede que no sea agradable —dijo Amita—, pero no es motivo para asesinarlo. Hay un asesino en alguna parte que debe

de saber más sobre Nakamba de lo que hemos descubierto hasta ahora. Tenemos que hablar con más gente que lo conociera.

—Es muy poco probable que lo consigamos. Tal vez estén sentados con todos los demás jefazos en Askling Manor mientras hablamos —supuso Jason.

—¿Es ahí donde se alojan? —preguntó Radha.

Jason asintió con la cabeza. Amita trazó unas líneas debajo del nombre del hotel y complejo turístico en la pizarra.

Jason miró el resto de lo que había escrito. En el centro estaba el nombre de «Simon Nakamba». Al igual que en la producción de *The Locus*, él estaba allí, en el ojo del huracán. Ahora estaba muerto. En algún lugar entre todo ese ruido, estaba la respuesta.

—¿Has dicho «Askling Manor»? —preguntó Radha.

Jason y Amita se volvieron hacia ella.

—¿Ahí es a donde iba Pip Potter esta noche?

—Sí, tenían una reunión de producción de emergencia —dijo Amita—. Esa joven encantadora, ¿cómo se llamaba?, ¿la asistente?

—Lisa —dijo Jason.

—Sí, Lisa. Iba a llevarla allí cuando nos… topamos con ella.

—Suena doloroso —dijo Radha.

—No tan doloroso como que te reconozcan —dijo Jason.

—¿Os reconocieron? —Una sonrisita se dibujó en la comisura de los labios de su esposa.

—No nos hagas hablar —contestó Amita, haciendo un gesto con la mano para que se callara—. Fue solo una coincidencia, nada más. Ni siquiera me planteo la idea de la fama. No, cuando hay un asesino suelto.

Radha miró a Jason. Él se encogió de hombros, pretendiendo ser cortés.

—¿Qué puedo decir? Tienes un marido famoso —dijo.

—Tristemente famoso, más bien —corrigió Radha—. Ese sitio, Askling Manor, es bastante elegante.

—Son gente bastante elegante —dijo él—. Actores, equipo técnico y gente así. No puedo decir que me sorprenda: es el lugar perfecto para esconderse. Aislado, en medio del campo, con un montón de instalaciones y restaurantes de lujo. Tiene sentido.

—Me pregunto si Sarah sigue dirigiéndolo —dijo ella, cogiendo su teléfono.

—¿Sarah? —preguntó Jason.

Amita dudó un momento. Él notó cómo se tensaba.

—¿Quién es Sarah? —preguntó él.

—Sarah Paris —respondió Amita—. Radha y ella eran amigas en el colegio.

Había un tono de desaprobación en su voz. Incluso pronunciar el nombre de aquella mujer parecía ser amargo y doloroso para ella. Jason sintió curiosidad.

—Gracias, mamá —resopló Radha—. ¿«Amigas en el colegio»? Éramos inseparables. Durante años, fuimos como de la misma familia.

—Como si no lo supiera —murmuró Amita.

—¿«Inseparables»? ¿Cómo es que nunca he oído hablar de ella entonces?

La tensión entre las dos era tan palpable que se podía cortar con un cuchillo. El salón se había convertido de repente en un campo de batalla. Y él estaba en tierra de nadie.

—¿Quieres decírselo tú, mamá? ¿O lo hago yo? —dijo Radha, sin dejar de mirar su teléfono y evitando deliberadamente el contacto visual.

—No es justo, Radha —replicó Amita—. Fue hace mucho tiempo. Ahora ya eres mayor. Las dos lo sois.

—¿Alguien quiere decirme qué pasa? ¿Qué me he perdido?

No hubo respuesta. Radha miraba fijamente su teléfono. Amita se miraba fijamente las zapatillas.

—Esto es ridículo —dijo él, levantando los brazos al aire—. ¿Qué puede ser tan grave como para que las dos os hayáis quedado literalmente sin palabras? ¿Esa tal Sarah mató a alguien? ¿Os robó la hucha?, ¿o qué?

Radha levantó la vista. Le mostró el teléfono a Jason, con la página web de Askling Manor en la pantalla.

—Es la propietaria y consejera delegada —dijo—. La biografía que hay de ella en la página web dice que heredó el complejo de sus

padres cuando fallecieron. Parece que al final ha hecho algo con su vida, ¿eh, mamá?

Amita no respondió. Seguía mirándose fijamente los pies y daba vueltas a un trozo de tiza que tenía entre las manos.

—Dije lo que dije e hice lo que hice, Radha —musitó—. Ahora nada puede cambiar eso. Pensé que estaba haciendo lo correcto, por ti, por la familia. No puedes guardar rencor por algo que ocurrió hace tanto tiempo.

—En realidad, esa es la definición de «rencor» —dijo Jason.

Eso le valió miradas fulminantes por parte de las dos. Tragó saliva con dificultad.

—Solo he dicho que eso es lo que significa, nada más —dijo levantando las manos—. No culpen al mensajero, sobre todo, cuando no tiene ni idea de lo que pasa.

Radha dejó de mirarlo con odio. Se levantó y se guardó el teléfono en el bolsillo.

—Me voy a la cama —dijo—. Tengo que levantarme temprano por la mañana, despedir a los niños…, ese tipo de cosas. Si tus investigaciones te llevan a Askling Manor, saluda a Sarah de mi parte, ¿quieres? Estoy segura de que le encantará volver a verte, mamá. Después de todos estos años.

Salió del salón pisando fuerte y dio un portazo. Jason había aprendido a acostumbrarse a los portazos en la casa. Los niños montaban rabietas de vez en cuando, y tenía que admitir que él también lo hacía cuando quería enfatizar algo. Incluso Amita, cuando estaba enfadada de verdad, podía dar un buen portazo, uno de esos que hacen que las bisagras vibren.

Cuando el fuerte golpe dejó de resonar en los oídos de Jason, se volvió hacia su suegra. Tenía el rostro tenso, los labios fruncidos y la mirada fija en la pizarra.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Quieres decirme qué ha hecho que mi mujer se vaya a la cama a las siete de la tarde? Me gustaría saberlo antes de subir a la boca del lobo.

—No es nada —dijo ella secamente—. Solo un desacuerdo que ocurrió hace mucho tiempo. No vale la pena volver a abrir viejas heridas.

—Desde mi punto de vista, no es así —repuso él—. Desde aquí, la herida parece estar muy abierta.

Amita miró fijamente la pizarra. Él se dio cuenta de que estaba muy lejos, sumida en sus pensamientos, repasando lo que acababa de pasar y cómo habían llegado hasta allí. Siempre se le contraían los tendones de las sienes cuando pensaba intensamente. Era un pequeño detalle que Jason había aprendido a detectar a lo largo de los años. En ese momento, esos tendones estaban más tensos que las cuerdas de un piano.

—Probablemente deberíamos intentar hablar con algunos de los demás miembros del equipo de producción —dijo Amita—. Para hacernos una idea más clara de cómo era Simon Nakamba en el plató. No podemos basarnos solo en el testimonio de una persona, aunque sea la estrella de la serie. No sería justo ni exhaustivo.

Menos mal que iba a ser tan solo un ejercicio puramente teórico. Su charla improvisada con Pip Potter parecía haber convertido esto en una investigación a gran escala. Jason hizo una mueca al pensar en cómo se lo explicaría a Sally. Pero al mismo tiempo no intentaba disuadir a Amita. Ella sabía que él también estaba decidido.

—¿Una visita a Askling Manor, entonces? —preguntó él—. ¿Debería llevarme el bañador?

Amita no respondió. Era evidente que una parte de su mente seguía dándole vueltas a la discusión que había tenido con su hija. Jason sabía que debía dejar el tema en paz.

Pero, al fin y al cabo, era periodista. Y eso le convertía en un cotilla por naturaleza.

[13] La canción *I Could Be So Good for You,* interpretada por Dennis Waterman y escrita por Gerard Kenny y Patricia Waterman, era el tema principal de la serie de televisión británica *Minder,* una comedia dramática, que se emitió de 1979 a 1994, sobre el submundo criminal londinense.

12. *Where You Lead*[14]

Askling Manor se alzaba indomable en el horizonte. La majestuosa casa de campo medieval era achaparrada y maciza. Había resistido siglos de nieve, aguanieve, lluvia y sol en Cumbria, aunque costara creerlo. Todo el edificio era robusto y orgulloso, casi desafiante, frente a la ondulada campiña, a pocos kilómetros al sur de Penrith.

A Jason siempre le gustaba conducir por allí. Creía que la esplendorosa belleza de Cumbria alcanzaba su máximo esplendor en esa parte. No estaba muy seguro de dónde le había venido esa idea; solo sabía que así lo creía desde que era niño. Askling Manor no hacía más que reforzar su teoría. El grandioso edificio principal estaba considerado uno de los mejores hoteles de la zona y era famoso por sus huéspedes, igualmente conocidos, y su personal de servicio.

—Debemos tener mucho cuidado aquí —dijo Amita.

No había hablado mucho durante el viaje. El desayuno había sido breve. Radha se había mantenido prácticamente en silencio, había evitado deliberadamente la mirada de su madre y salió corriendo temprano al trabajo. Amita, por su parte, no había intentado tender puentes ni intercambiar palabras. Afortunadamente, los niños no se habían enterado de nada, ya que Jason los había llevado enseguida al colegio. Él se sentía atrapado en medio de las dos superpotencias de su hogar.

Sin embargo, sabía que era mejor no insistir. Si no querían hablar de Sarah Paris, no pasaba nada. Por ahora.

—La verdad saldrá a la luz —se dijo a sí mismo.

—¿Qué dices? —preguntó Amita.

Jason entró en pánico por un momento. Estaba perdido en sus propios pensamientos, que volvían a la discusión de la noche anterior y del desayuno. No se había dado cuenta de que había hablado en voz alta.

—Nada —respondió, un poco nervioso.

La carretera describía una curva. La silueta característica de Askling Manor desapareció tras las copas de los árboles. Todo parecía un poco más claustrofóbico allí, aunque Jason sospechaba que era el elefante en la habitación lo que le hacía sentir un poco agobiado. La carretera serpenteó por el bosque hasta que surgió una espléndida verja. Se detuvieron y siguieron el largo camino de entrada, bordeado por imponentes pinos que se alzaban firmes y flanqueaban el acceso.

La entrada principal de la finca se abrió ante ellos. El aparcamiento estaba lleno de coches deportivos y todoterrenos que hacían alarde de su elevado precio. Jason se sintió un pobretón con solo echar un vistazo. Se detuvo en un rincón tranquilo de la explanada exterior del complejo y salieron del coche.

—¿Cuál es el plan? —preguntó, con los pies crujiendo sobre la grava arenosa.

—Esperaba que tú tuvieras alguna idea —dijo Amita—. No creo que nos dejen entrar y empezar a fraternizar con el reparto y el equipo, así, sin más, ¿verdad?

—No, no lo creo —respondió él—. Sobre todo, cuando acaban de asesinar al director, lo cual me recuerda una cosa.

Se detuvo y miró por el aparcamiento. Frunció los labios y soltó un gruñido.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—No veo a ningún policía por aquí —dijo él—. Es un poco extraño, ¿no crees? Han asesinado brutalmente al hombre que estaba al mando de toda esta producción hace solo unas noches, todos los personajes relevantes están metidos en este hotel de lujo, ¿y no hay ni un solo policía patrullando?

Amita frunció el ceño. No se había dado cuenta de la ausencia de policía al llegar. Su mente estaba a miles de kilómetros de distancia. Ahora que Jason lo mencionaba, era evidente. Se maldijo a sí misma por no haberse dado cuenta.

—Es extraño —convino ella—. Quizá hayan hecho todo lo que podían con los testigos y demás.

—Sí, pero cabría pensar que estarían protegiendo al resto del equipo de producción —repuso Jason—. Quiero decir, ¿y si fuéramos

los asesinos? Podríamos entrar tranquilamente por la puerta principal y matar a quien quisiéramos.

—Ya basta con ese tipo de comentarios, Jason —protestó Amita con un chasquido de lengua—. Sé que estoy en buena forma, pero no creo que me confundieran fácilmente con una asesina.

—No lo sé —dijo él, mirando sus pies—. Esas zapatillas con lentejuelas gritan «asesina a sueldo internacional» con mucho estilo.

Atravesaron la entrada principal y pasaron al vestíbulo del complejo. Era grandioso y acogedor al mismo tiempo, con un interior impecablemente moderno, a pesar del aspecto antiguo del exterior. Los huéspedes y el personal estaban ocupados moviéndose rápidamente delante de ellos y nadie pareció darse cuenta de su llegada. Era lo mejor, pensó Jason, ya que no dejaba de mirar fijamente a su alrededor. Nunca había estado en ese lugar, pero había oído hablar mucho de él: que era un lujo extravagante en el corazón de Cumbria, y cosas por el estilo. Ahora que se encontraba allí, estaba claro que los responsables de relaciones públicas habían acertado.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó una voz amable, aunque ligeramente firme, desde atrás.

Jason y Amita se giraron al unísono. Un hombre bajito con uniforme de hotel, corbata, chaleco y chaqueta elegante los miraba con severidad desde detrás del mostrador de recepción. Sus delicados rasgos seguían siendo correctos y pulcros, aunque sus ojos los taladraban a ambos.

—Maldición —susurró Amita—. Ya nos han descubierto y apenas hemos entrado.

—Espera —dijo Jason, a quien de repente se le ocurrió una idea.

Se dirigió con determinación hacia el mostrador de recepción. El empleado observaba cada uno de sus movimientos, evaluándolo mientras se acercaba.

—Buenos días, amigo —dijo Jason, con un acento refinado afectado.

Amita logró tragarse al menos parte de su sorpresa. Mantuvo la boca bien cerrada, a pesar de que quería abrirla de par en par ante el repentino cambio de acento de su yerno.

—Jeffrey Brazel-Smythe —continuó—. Soy reportero de la revista *About Town;* seguro que ha oído hablar de nosotros.

El hombre de detrás del mostrador arqueó una ceja. Jason no le dio oportunidad de responder.

—Parece que los de la redacción se han liado con las fechas de mi entrevista a Derek Veland —continuó—. Se suponía que debía estar aquí hace dos noches, pero acabo de bajar del tren, ya ve, tras cambiar la fecha después de todo ese desagradable asunto con el director. ¿Podría indicarme dónde está Derek? Se lo agradecería mucho.

Jason intentó mantener la calma. No estaba muy seguro de dónde había salido todo eso. Pero, como la mayoría de las cosas en su carrera periodística, simplemente siguió adelante. Incluso se fue animando con su actuación a medida que continuaba. Ojalá se hubiera puesto una corbata esa mañana. Por supuesto, tendría que tener una corbata antes de poder ponérsela, supuso.

—Y ¿quién es… ella? —preguntó el hombre, mirando a Amita.

—Despierte, viejo amigo —resopló Jason—. Es mi fotógrafa. No esperaría que yo hiciera las fotos; por Dios, no. No sé nada de cámaras. Para eso tengo aquí a Dulcie, mi mano derecha. ¿No es así, Dulcie?

Amita asintió con la cabeza en silencio, se produjo una pausa incómoda y luego hizo un gesto como si estuviera haciendo una foto, como si estuviera en un juego de charadas bastante lento.

—Ahí lo tiene —dijo Jason volviéndose hacia el recepcionista—. No quiero meterle prisa, amigo, pero nos gustaría coger el tren de vuelta a Londres esta tarde. Entraremos y saldremos rápidamente y no le molestaremos más.

El hombre de detrás del mostrador consideró todo esto. Jason siguió mirándolo fijamente. Sabía que estaba tentando a la suerte. No vestía precisamente como un escritor de sociedad para una revista de estilo de vida de lujo. La chaqueta sucia y los vaqueros desgastados que no le quedaban bien lo delataban un poco. Pero se mantuvo seguro, impasible, y solo esperaba que fuera suficiente para que los dejaran entrar. Cuanto más elegante eres, más desaliñado pareces, le había dicho alguien una vez. Si eso era cierto,

entonces podrían confundirlo con alguien muy muy elegante, o al menos eso esperaba.

—Muy bien —suspiró el recepcionista—. Cuanto antes se vayan estos tipos de la televisión, mejor, en mi opinión.

—¿Por qué? —preguntó Amita, recuperando por fin la voz.

—Exigencias, exigencias, exigencias, eso es todo —dijo con amargura—. Normalmente atendemos a un tipo concreto de huéspedes aquí, en Askling Manor. No a la chusma que ha entrado a todas horas con estos huéspedes en particular.

—Eso es un poco esnob, ¿no cree? —preguntó Amita, enfadándose.

El hombre le dirigió una mirada de desprecio. Estaba a punto de decir algo cuando Jason intervino.

—No le hagas caso a Dulcie. —Se rio—. Es una fotógrafa de talla mundial, pero sus ideas políticas son un poco cuestionables a veces. Si pudiera, nos haría compartir hasta el cepillo de dientes. ¿Verdad, querida?

Eso provocó una risa altiva por parte del recepcionista. Jason también se rio. La cara de Amita era como una losa de hormigón.

—Muy bien —dijo, y se secó una lágrima de sus pequeños ojos de ratón—. El señor Veland está en la *suite* Ruskin, en la planta superior. Puedo llamarle por teléfono y decirle que están de camino.

—No, no —dijo Jason, apartándolo con un gesto exagerado de la mano—. Prefiero darle una sorpresa. Los dos éramos *dry bobs* en Eton. El muy cabrón solía copiar mis deberes antes de clase, y los *beaks*[15] nunca se dieron cuenta. ¿Se lo puede creer?

Retiró a Amita del mostrador y se dirigió rápidamente hacia la escalera que había al otro lado del vestíbulo. Cuando estuvieron lo bastante lejos como para que el recepcionista no alcanzara a oírlos, ella se volvió hacia Jason.

—¿*Dry bobs, beaks,* Eton?, ¿qué era todo eso, Jason? —preguntó ella—. ¿Cómo sabes a qué colegio fue Derek Veland?

—No tengo ni la más remota idea, Amita —dijo mientras subían las escaleras—. Pero ya sabes cómo son estos tipos del teatro, son todos iguales, todos son antiguos alumnos de colegios privados. Estábamos en un aprieto y tenía que pensar rápido, ¿no? Pensé en

arriesgarme y usar algunos de los viejos trucos de Brazel con ese zoquete de la recepción para que nos dejara entrar. Y ha funcionado, ¿no?

Amita sonrió con ironía. Había funcionado. Subieron las escaleras y atravesaron el hotel hasta llegar a la última planta. No había nadie, los pasillos estaban silenciosos y vacíos. Pasaron por delante de las puertas y llegaron al final del corredor. Sobre la cerradura electrónica había una pequeña placa de latón con la inscripción «*Suite* RUSKIN».

—Al señor Veland le gusta el champán, por lo que veo —dijo Amita, fijándose en las botellas vacías, los platos sucios y los cubiertos que había en una bandeja junto a la puerta.

—Un apetito insaciable por la vida —coincidió Jason.

Llamó a la puerta una vez. No hubo respuesta. Lo intentó de nuevo. Tampoco hubo respuesta. Miró a Amita.

—Quizá aún no se haya levantado —dijo.

Amita miró su reloj.

—Son más de las nueve y media —se quejó con desaprobación—. Un hombre de su posición debería estar ya levantado y listo, para aprovechar el día.

—Tranquila, Amita —dijo Jason—. Es actor y, por lo que parece, un borracho.

Dio un golpecito a una de las botellas vacías con el pie.

—No todos tenemos hijos que llevar al colegio, ni suegras a las que les guste perseguir a asesinos salvajes.

—Ya sabes a lo que me refiero, Jason —dijo ella.

Amita llamó a la puerta de la *suite*. Una vez más, no hubo respuesta al otro lado.

—¿Quizá ha salido? —dijo Jason—. O aún no ha vuelto a casa.

—O quizá le haya pasado algo malo.

A Jason no le gustó cómo sonaba eso. Había un tono siniestro en la voz de su suegra. La ausencia de policía en los alrededores del hotel le había parecido una rareza sin importancia hacía solo unos momentos. Ahora, como nadie respondía a sus llamadas a la puerta de Derek Veland, todo parecía un poco más sombrío.

—Seguro que no —dijo—. Quiero decir… Probablemente haya una docena de razones por las que no contesta ni abre.

—¿Como cuáles? —preguntó ella.

—Como…

Jason no tuvo tiempo para pensar. Se oyeron pisadas fuertes en el pasillo. Se asomó por encima del hombro de Amita y vio al recepcionista malhumorado haciendo todo lo posible por no echar a correr. Le acompañaban otros dos hombres, ambos vestidos con el mismo uniforme, aunque parecían mucho más corpulentos y brutales.

—Maldita sea —dijo Jason.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó Amita, mirando a su alrededor.

—¡Ustedes! —gritó el recepcionista—. ¡Deténganse ahí ahora mismo! ¡Este es un hotel privado y han entrado sin autorización!

—¡Rápido! —Amita agarró a Jason de la mano.

Lo arrastró por el pasillo y se alejaron de la *suite* Ruskin. Abrieron una puerta de un empujón y se adentraron en una escalera llena de corrientes de aire.

—¡Pensé que les llevaría más tiempo darse cuenta de que soy un fraude! —gritó Jason tras Amita, persiguiéndola por las escaleras—. ¡Creía que había sido bastante convincente!

—¡Sigue corriendo! —le dijo ella.

El recepcionista y sus matones les pisaban los talones. Jason podía oírlos bajar ruidosamente las escaleras detrás de ellos. Era una pesadilla. Lo único en lo que podía pensar era en lo que pondrían en el informe policial. Se imaginó la mirada de decepción que le lanzaría la inspectora Arendonk al leer su ficha policial. Pillan a un periodista haciéndose pasar por periodista y huyendo del personal de un hotel de lujo. No era precisamente su mejor momento.

Por muy malo que fuera todo eso, no era nada comparado con lo que se jugaba Amita. Jason pensó que ella sería capaz de soportar la vergüenza, e incluso ser el tema de conversación en Penrith sería soportable. Pero ¿cómo le iría si la expulsaban del club de bingo si la pillaban? A sus compañeros les encantaría que uno de los suyos salvara el día o jugara a ser Miss Marple y juntara las pistas, pero solo si todo era estrictamente legal. El club de bingo de Penrith no

toleraba que se infringieran las normas, ya fuera por usar el tipo de rotulador incorrecto o por entrar de forma fraudulenta en un hotel de lujo.

Llegaron al final de las escaleras y se encontraron con otra puerta. Esta vez, Jason fue el primero en atravesarla. Al otro lado los esperaba un pasillo estrecho. Allí apestaba a humedad y las luces fluorescentes parpadeaban.

—Aquí no se está tan bien —dijo él.

—Date prisa —dijo Amita empujándolo por el pasillo, con los pasos resonando tras ellos.

Ella vio una puerta entreabierta un poco más adelante en el pasillo. Pensando rápido, empujó a Jason al interior. Antes de que él pudiera protestar, le tapó la boca con la mano. Escondidos en la oscuridad, miraron a través de la pequeña rendija. El recepcionista y los matones pasaron corriendo por delante de ellos. No se detuvieron. Sus pasos y gruñidos se desvanecieron lentamente y tanto Jason como Amita respiraron aliviados.

—Maldita sea —dijo ella—. Por poco. No volveré a dejarte llevar la iniciativa, Jason. Nos metes en todo tipo de problemas.

—¡¿Yo?! —gritó él, liberando su boca—. ¡He perdido la cuenta de las veces que has molestado a la gente!

—Sí, pero tú deberías saberlo mejor.

—¿Que debería saberlo mejor? Se supone que tú eres la más veterana de este equipo.

—¡¿Perdona?!

—Yo solo soy el lacayo, el que hace el trabajo duro. Tú eres la que siempre dice que eres el cerebro y el alma de la operación. De hecho, tú eres la que me convenció para que te acompañara aquí hoy.

—No seas ridículo. Estabas muy entusiasmado, cualquier excusa era buena para seguir investigando, y te apuntaste a venir en un santiamén.

—¿Queréis callaros los dos?

Esta tercera voz de la conversación los sobresaltó a ambos. Las luces parpadearon sobre ellos, revelando un estrecho armarito lleno de toallas y ropa de cama. Cerca de la pared del fondo había un

gran cubo lleno de ropa sucia. El montón comenzó a moverse y agitarse hasta que una cara emergió de entre las sábanas, fundas de almohada y otras prendas sucias.

—Algunos tenemos una resaca digna del mismísimo Zeus —se quejó Derek Veland, saliendo desorientado de entre las sábanas. En realidad, parecía más un Poseidón barato que Zeus.

El actor se liberó de la ropa sucia y se frotó la cara. Aspiró hondo el aire viciado del armario y soltó un eructo asqueroso antes de dedicarles una sonrisa diabólica a Jason y Amita.

—¿Cómo estáis? —dijo con una voz semejante a un tanque petardeando, fuerte y dramática—. Soy Derek Veland. —Hizo una reverencia exagerada. Al hacerlo, casi tropieza con las pilas de lejía y geles de ducha que había allí. Cuando quedó claro que su escaso público no iba a soltar ningún grito ahogado ni aplauso, continuó—: Estrella del teatro y la pantalla, pero probablemente ya lo sepáis. ¿Sois del servicio de habitaciones?

Jason y Amita habían visto muchas cosas impactantes a lo largo de los años. La imagen de una famosa estrella del teatro y la pantalla emergiendo de una montaña de ropa sucia de hotel y con aspecto de estar a punto de desmayarse o de soltar un monólogo ante una estantería llena de hervidores de viaje era posiblemente una de las más extrañas de todas.

[14] *Where You Lead* es una canción compuesta en 1970 por Carole King con la letrista Toni Stern, en el álbum de 1971, *Tapestry*. La canción fue el tema principal de la serie de televisión de 2000-2007, *Gilmore Girls,* en una versión interpretada por King y Louise Goffin.

[15] En Eton, los chicos deportistas se dividen en *dry bobs,* que juegan al críquet, al tenis o al atletismo, y *wet bobs,* que reman en el río Támesis y en el lago de remo. Por otra parte, a los profesores se les llama *beaks,* «picos».

13. *College Boy*[16]

El olor cada vez más intenso a alcohol rancio, sudor y ese tipo de colonia barata que ella creía que habían dejado de fabricar en los años ochenta casi hizo llorar a Amita. Derek Veland se tambaleaba y estaba tan desaliñado como solo un ser humano puede estarlo. Su largo abrigo estaba manchado y empapado, su camisa, prácticamente desabrochada hasta el ombligo, y sus zapatos chapoteaban con cada paso descoordinado que daba.

Se acercó cansadamente desde el cesto de la ropa sucia, dándose palmaditas en el pecho. Tras maldecir en voz baja para sí, al final encontró un cigarrillo torcido detrás de su oreja.

—Ah, aquí está —dijo, y se lo colocó con notable delicadeza entre sus labios arrugados y agrietados—. ¿Por casualidad no tendrás un mechero?

—No fumo —respondió Jason, hipnotizado por el actor.

—Buen chico —dijo, y le guiñó un ojo lentamente—. Es malísimo para el pecho y te arruina la garganta. ¿Te puedes creer que antes te decían que era bueno para la salud? ¿Te lo puedes creer?

—Sí —dijo Jason—. Y, si sabes que es malo para la salud, ¿por qué sigues fumando?

Veland hinchó el pecho. Intentó mirar con descaro a Jason, pero su falta de equilibrio le impedía hacerlo. Se colocó de lado, como si fuera a empezar un duelo, bajó un hombro y un ojo saltón se posó en él.

—Porque soy un maldito idiota; por eso —balbuceó—. Y la idiotez hace lo que la idiotez quiere.

—De todos modos, no se puede fumar aquí dentro —replicó Amita, más para ocultar el hecho de que ella también habría hecho cualquier cosa por un cigarrillo en ese momento.

Veland se volvió hacia ella. Su agresividad ligeramente sombría se transformó de inmediato. Se apartó el pelo de los ojos y sorbió ruidosamente por la nariz.

Amita se preparó para una diatriba sobre su derecho a fumar donde quisiera. Veland parecía un hombre bastante acostumbrado a salirse con la suya.

—Madame, usted es, sinceramente, la mujer más hermosa que he visto en mi vida —dijo con la cabeza bien alta.

—¿Perdón? —soltó Amita, incapaz de ocultar la sonrisa de su rostro.

—Es cierto —continuó el actor—. He actuado en todos los teatros, clubes, antros y garitos que hay desde Keswick hasta Calcuta, desde Londres hasta Little Rock, desde Shenyang hasta Santiago de los Caballeros, y usted es, con diferencia, la criatura más hermosa que he tenido el distinguido placer de contemplar. ¿Sabe? Siempre me han gustado las mujeres mayores, la experiencia de la vida hace que las cosas sean…, digamos…, ¿interesantes?

—Ay, déjalo ya —dijo Amita, haciendo un gesto con la mano—. Está claro que todavía estás borracho, Veland.

—Tonterías —contestó él, sonriéndole con los brazos extendidos—. Nunca estoy borracho cuando es de día. Pero, si me está ofreciendo rellenar mi copa, como escribió una vez el Bardo, «buenos amigos, entrad y probad un poco de vino conmigo».[17]

Señaló con un dedo tembloroso hacia la puerta y pasó por delante de ellos. Cuando la abrió, Jason y Amita no pudieron hacer otra cosa que seguirlo. Comprobaron que no había moros en la costa; ni rastro del recepcionista ni de sus compañeros.

—Veland, creo que deberíamos llevarte de vuelta a tu *suite* —dijo Jason—. Y ¿serías tan amable de responder a un par de preguntas que nos gustaría hacerte?

—No puedes hablar en serio, Jason —le susurró Amita—. ¡Este hombre está más borracho que una cuba!

—No empieces tú también a citar letras de canciones[18] —soltó él.

—¿Qué letras de canciones?

Jason negó con la cabeza. Le dio un suave golpecito en el hombro a Veland y lo guio por el pasillo hacia la salida de incendios.

—¿Por qué no volvemos a tu habitación?, ¿eh? Para charlar un rato.

—Eres muy descarado —se burló Veland—. Te informo de que no soy ese tipo de persona, señor…

—Jeffrey Brazel-Smythe —dijo, imitando de nuevo su acento—. Soy reportero de la revista *About Town,* y esta es…

—Ay, Jason, déjalo ya —protestó Amita con un suspiro de cansancio—. No volvamos a pasar por todo eso otra vez. No creo que pueda soportarlo.

Veland los miró a ambos con expresión desconcertada. Jason asintió con la cabeza a regañadientes. De todos modos, no estaba seguro de poder seguir con la farsa mucho más tiempo. Por otra parte, seguramente Veland no estuviera en condiciones de saber quiénes eran. Jason no estaba del todo convencido de que el actor supiera siquiera dónde se encontraba.

—Vale, perdona —dijo—. Yo soy Jason y ella es Amita, mi suegra.

—Ah, Amita, verdad y amistad infinitas. —Sonrió—. Por supuesto que sí. No se me ocurre un nombre mejor para una mujer de atractivo indómito.

Abrió los brazos como si esperara que Amita fuera a desmayarse en ellos. Ella se apartó y ayudó a Jason a guiarlo por los escalones que llevaban al tercer piso. Empujaron a la estrella de un lado a otro, subiendo un escalón tras otro. Veland protestaba de vez en cuando, frotándose la cabeza y quejándose del dolor, pero al final lo consiguieron. El tercer piso del hotel seguía desierto cuando llegaron tambaleándose a la puerta de su *suite*.

—¿Tienes la llave, Veland? —preguntó Amita, sin aliento.

—Busca en sus bolsillos —dijo Jason.

Rebuscó en el abrigo de Veland y encontró una tarjeta llave. Al pasarla, la puerta de la *suite* se abrió y entraron. La habitación habría sido lujosa si no estuviera hecha un asco. La cama estaba sin hacer, la barra de la cortina colgaba de la pared, y había una mesa y unas sillas volcadas en el suelo. Había un olor persistente a humedad que la hizo sentir bastante mal.

Sentaron a Veland en el borde de la cama. Él se dejó caer hacia atrás y empezó a reírse de algo. Amita se acercó inmediatamente a las ventanas y las abrió, dejando entrar una ráfaga de aire fresco que, según supuso, era la primera vez que entraba allí en días, si no

en semanas. Al otro lado de la habitación, dos grandes puertas acristaladas daban a un balconcito. También las abrió. A través de las cortinas ondulantes se veía el campo, que se extendía hasta el horizonte. Una vista preciosa, si tuviera tiempo para disfrutarla.

—No creo que sea buena idea —dijo, volviéndose hacia Jason—. No está en condiciones de responder a nuestras preguntas, Jason. Míralo.

—¿Ahora crees que no es buena idea? —replicó él—. ¿Ahora, y no cuando montaste una pizarra y una sala de sucesos improvisada y casera que rivalizaba con el GCHQ[19]? ¿O cuando entramos y vimos a Pip Potter vestida solo con rodajas de pepino y una toalla? ¿De repente te entran escrúpulos? Bueno, ya estamos demasiado metidos en esto, diría yo. Dime que mi breve condición de exalumno de Eton y la carrera de cien metros que hemos tenido que hacer para escapar del personal no fueron en vano, Amita. Puede que no tengamos otra oportunidad. Es decir, es cierto que no está precisamente en su mejor momento, pero es mejor que nada.

—No lo sé —dijo ella.

Veland estaba tumbado en la cama, con los brazos abiertos. Un suave ronquido hacía silbar su nariz, y su rostro mostraba una sonrisa beatífica y cómplice. Amita levantó las cejas.

—No estoy segura de que esto sea precisamente ético, Jason.

—Podrías haberlo pensado antes de cruzar la cinta de la escena del crimen ayer o, por lo demás, cuando tuvimos ese problema con la señora Mulberry el año pasado. Pero ¿qué me dijiste entonces? «Los principios nobles y los ideales elevados son cosas maravillosas, pero, cuando hay un asesino suelto, no siempre hay tiempo para respetar las normas».

—De acuerdo. —Asintió ella con la cabeza—. Pero hagámoslo rápido.

Jason también asintió con la cabeza, como si necesitara convencerse a sí mismo.

—Puede que la mayoría de la gente no tenga una opinión muy buena de los periodistas, pero yo tengo mi propio código de honor, y no lo mancharía si no creyera que estamos haciendo algo bueno, además de por la pequeña cuestión de la exclusiva, lo admito. —Se

inclinó sobre Veland—. Derek —dijo en voz baja—. Derek, despierta, despierta. Queremos hacerte un par de preguntas, si no te importa.

El actor siguió roncando. Jason miró a Amita y se encogió de hombros.

—¡Veland! —gritó ella de repente.

Fue suficiente para despertar de golpe a la estrella de televisión, y casi hace que Jason se caiga al suelo del susto.

—¡Maldita sea! —jadeó—. Ahora todo el mundo, desde aquí hasta Helvellyn, está despierto.

Amita ignoró la burla. Se sentó junto a Veland en el borde de la cama y le frotó suavemente la espalda.

—¿Te sientes mejor, Veland? —le preguntó.

Veland parecía estar un poco más recuperado. Parpadeaba y se humedecía los labios.

—¿Agua? —pidió con voz ronca—. Necesito agua.

Jason se dirigió al minibar destrozado y encontró una botella sin abrir. Se la entregó al actor, que se bebió la mitad de un trago. Se limpió la boca con la manga, infló las mejillas y miró a su alrededor.

—Ha sido una noche dura —dijo—. Espera, ¿no tenía yo un cigarrillo?

—Ya te dije que no se puede fumar dentro —dijo Amita.

Él soltó un suspiro.

—Sí, claro —dijo—. Pero sigo pensando que eres preciosa.

—Ay, hermano. —Jason puso los ojos en blanco.

—Veland, hemos venido a preguntarte por Simon Nakamba, si no te importa.

—¿Simon? —El actor pareció desanimarse de repente—. Es horrible lo que le ha pasado. Horrible. Ha sido un gran *shock* para mí.

—No me extraña —dijo Jason, sin parecer muy convencido.

—¿Lo conocías bien? —preguntó Amita—. Me refiero, aparte de por trabajar en *The Locus*.

—No, la verdad es que no —respondió él con desdén—. En realidad, era un poco imbécil. Un auténtico prima donna. Siempre sabías que estabas trabajando en un plató de Simon Nakamba

porque le gustaba recordarte cada diez segundos lo brillante que era.

—¿Era difícil trabajar con él?

—¿Difícil? —Veland se rio y luego empezó a toser—. Era imposible. Todos los días había una cosa nueva, alguna pequeña molestia que no dejaba pasar. No me malinterpretes: tenía motivos suficientes para quejarse la mayor parte del tiempo. Deberías ver el estado de algunos miembros del equipo en este rodaje. Sinceramente, dirías que estamos montando una obra de teatro escolar, no rodando un drama policiaco galardonado. Pero cualquier cosa le sacaba de quicio. Tenía muy mal genio, ya sabes.

Se bebió toda el agua de la botella y la dejó entre sus pies.

—Algunos de tus colegas nos han dicho que Nakamba era un perfeccionista —dijo Jason—. ¿Crees que eso fue lo que le costó la vida?

—¿Colegas? —se burló Veland—. Soy actor, no contable. No tengo colegas. Tengo compañeros de reparto, aunque prefiero considerarlos actores secundarios. Y eso es ser generoso en esta serie. Sería más exacto decir que tengo gente que se esfuerza por arruinar las tomas en las que salgo y se queja constantemente de la mala comida y las malas condiciones de trabajo. Y ella, que normalmente se levanta alrededor de la una de la tarde, si tienes suerte.

—¿Pip Potter? —preguntó Amita nerviosa.

—La misma. Habréis hablado con ella, supongo.

—Sí —dijo Jason, y se sintió aliviado de que, al menos, este interrogatorio se estuviera llevando a cabo con todos completamente vestidos.

—Dios mío —dijo Veland—. Nunca dejaremos de oír lo desolada que está ahora. Sin duda, se pasará años hablando en los programas matutinos de televisión de la pérdida de «un amigo íntimo y fuente de inspiración». Casi puedo oírla ahora mismo. Estará parloteando sobre lo «profundamente traumático» que ha sido y, sin embargo, «verdaderamente transformador para su proceso creativo». Si llega a decir que «la nación ha perdido a una de sus figuras más destacadas», me debes diez libras.

—Entonces, ¿vosotros dos no os lleváis bien? —preguntó Amita.

—Eso sería quedarse corto —dijo Veland.

—Y ¿cómo te llevabas con Simon? —preguntó Jason.

Se frotó la cara, rascándose la barba de varios días. Al levantarse, se tambaleó un poco antes de recuperar el equilibrio. Se acercó con paso lento a una de las pocas sillas que no habían sido destrozadas y desplegó unos pantalones.

—Ya te lo dije, ese hombre estaba completamente loco —dijo mientras rebuscaba en los bolsillos—. No reconocería mi talento ni aunque se lo presentara y le diera una bofetada en toda la cara, lo cual hice, varias veces, de hecho.

—¿Te peleaste con él?

—Todo el tiempo. —Encontró un mechero y un paquete de cigarrillos—. Se creía un gran héroe de la clase obrera. Un hombre de verdad, ¿sabes? Así que un par de veces le dije que me enseñara lo que tenía, que me demostrase de lo que era capaz. Una vez me dejó un ojo morado. Las chicas de maquillaje se las apañaron para ocultarlo muy bien. Creo que esperaba que abandonara la serie o que lo denunciara, pero se equivocó de persona. Él sabía dar puñetazos, pero yo siempre tenía ventaja. Solía boxear en el internado. Sé defenderme y, cuando ese imbécil quería pelea, le devolvía su merecido.

Lanzó unos puñetazos imaginarios que casi lo lanzaron al suelo. Sin aliento, encendió un cigarrillo.

Amita carraspeó y señaló con la cabeza un cartelito que había en la pared, junto a la puerta. Veland le echó un vistazo rápido, mientras exhalaba el humo.

—¿Ni siquiera en el propio tocador? —preguntó entrecerrando los ojos—. Sinceramente, ¿qué será lo próximo? Hoy en día no se puede fumar en ningún sitio. Si decido acortar mi vida de cien formas placenteras, ¿a quién le importa?

—Es una *suite* de hotel bastante bonita de una casa de campo del siglo XII, Veland —dijo Amita educadamente—. No creo que al personal o a los propietarios les importen un comino tus pulmones,

pero supongo que sí les importa su papel de seda pintado a mano y su cama antigua con dosel, que parece bastante inflamable.

Veland gruñó algo inaudible y le hizo un gesto para que se retirara un poco. Dio tres largas y ardientes caladas al cigarrillo y lo apagó en la alfombra.

Amita hizo una mueca de dolor.

—Un momento —dijo él, mirando a su alrededor—, ¿cómo demonios he vuelto aquí?

—Te hemos subido por las escaleras —dijo Jason—. Estabas en un carrito de lavandería dentro de un armario.

—Ah, es verdad. —Se frotó la frente—. Como he dicho, ha sido una noche dura. ¿Sois del hotel?

—No, no lo somos —dijo Amita, poniéndose de pie—. Estamos investigando la muerte del señor Nakamba.

—Así que ¿sois polis?

—No, no somos policías —dijo Jason.

—No sois policías y tampoco sois empleados. Entonces, perdonad mi lenguaje soez, ¿quiénes cojones sois y por qué demonios debería responder a vuestras preguntas?

Amita miró a Jason con incomodidad.

—Solo somos dos ciudadanos preocupados, Veland, eso es todo —dijo ella—. La policía está llevando a cabo su propia investigación del asesinato, pero creemos que a veces nuestros amigos del CID están demasiado ocupados para examinar todos los ángulos, así que nos gusta pensar que estamos ayudando a la buena gente de Penrith asegurándonos de que no se pase nada por alto, utilizando nuestros propios métodos.

—¿Vuestros propios métodos? —preguntó él, sin parecer muy convencido—. Perdóname, querida, pero no pareces una investigadora privada.

—Tu perdón tendrá que esperar, Veland —dijo ella con un destello de ira—. Y, si no te importa que te lo diga, tú no pareces ni te comportas como el respetado actor que el público ha llegado a apreciar a lo largo de tu carrera.

Jason no pudo ocultar su sonrisa. Contuvo la risa y apenas pudo evitar levantar el puño en señal de celebración por la réplica de

Amita. Veland pareció darse cuenta y soltó un gruñido de aprobación.

—Muy bien —dijo, inclinando la cabeza hacia ella—. Como dije antes, eres hermosa, pero perdona a un viejo tonto si eso me cegó momentáneamente en cuanto a tu intelecto, bella dama.

Jason rara vez había visto una actuación más exagerada que esta. Pero entonces vio cómo Veland dejaba de lado brevemente su representación de actor cuando su lenguaje corporal cambió.

—Mira, llevo casi treinta y seis horas de juerga. Tienes suerte de que pueda mantenerme en pie con la cantidad de alcohol y sustancias químicas que me he metido en el cuerpo durante ese tiempo. ¿Hay algo más en lo que pueda ayudarte?

Veland empezaba a impacientarse. Cuanto más tiempo llevaba despierto, más sobrio iba estando. Amita se dio cuenta de que se les había acabado el tiempo.

—No, gracias, Veland —dijo ella—. Creo que ya te hemos robado bastante tiempo, pero gracias por tus comentarios.

Se dirigió hacia la puerta. Veland se quedó a un lado, con los pies crujiendo sobre los cristales rotos que había esparcidos por el suelo. Jason se unió a su suegra. El actor lo detuvo con una mano pesada, clavándole los dedos en el hombro.

—¿Sabes?, sería una verdadera lástima que algo de esto se hiciera público —dijo con voz siniestra y amenazante.

—¿Algo de qué? —preguntó Jason, genuinamente perplejo, al igual que Amita.

—De esto —dijo Veland señalando la habitación—. De cómo vivo aquí, de mi aspecto, de dónde me encontrasteis…, ese tipo de cosas. Tengo cierta reputación, por difícil que sea de creer, pero soy bastante respetado en los círculos de actores. Y, como tú dices tan rotundamente, señorita Amita, también por el público. Una vez me consideraron para interpretar a James Bond, ¿lo sabías?

—¿A ti? —dijo Jason, antes de darse cuenta de que se le había escapado la pregunta.

—Sí —dijo el actor, humedeciéndose los labios—. Creo que los fans de *The Locus* ya han sufrido bastante estos últimos días. No me gustaría que tuvieran que leer cosas de mis juergas y escapadas sin

importancia, ¿verdad? Ya sabes cómo son estos malditos periodistas, hoy en día publican cualquier cosa con tal de hacer reír a alguien. Que me haya tomado unas copas de más no significa que deba aparecer en las columnas de cotilleos, solo porque algún plumífero no tenga la habilidad de encontrar noticias de verdad. Son unos holgazanes, unos vagos.

Amita conocía a Jason desde hacía mucho tiempo. Conocía sus peculiaridades, sus hábitos y hasta dónde ella, o cualquier otra persona, podía llevar su paciencia. También sabía muy bien lo que le sacaba de quicio, cosa que incluía cualquier atrevimiento contra su integridad profesional. El aire parecía efervescer sobre su cabeza mientras se quedaba mirando a Derek Veland, con las pupilas reducidas a pequeños puntos. Es cierto que ninguno de los dos parecía estar en condiciones de infligirse mucho daño mutuamente, pero ambos parecían dispuestos a intentarlo.

—Nadie se enterará de nada de esto, Veland —dijo ella, interponiéndose entre ellos—. Puedes confiar en nuestra discreción. Te doy mi palabra. ¿No es así, Jason?

Jason tardó un momento en responder. Tenía la mandíbula apretada con fuerza, y los tendones, tensos. Solo cuando sintió la mano de Amita en su pecho apartándolo de Veland, salió de su furia ardiente.

—Sí —dijo, reprimiendo sus ganas de gritar que pensaba que al público le preocuparía más el hecho de que encontrasen a un asesino que enterarse de que Derek Veland no sabe hacer su propia cama.

—Eso estaría fenomenal —dijo Veland con una risa arrogante—. Toma, esto te ayudará a recordar tu palabra.

Sacó un fajo de billetes de cincuenta libras de su bolsillo. Se los puso en la mano a Jason, los palmeó y le guiñó un ojo.

—Comprad algo bonito de camino a casa, ¿vale? Una buena botella de Bollinger o algo así. Siempre es agradable conocer a unos fans. Me atrevo a decir que fue ver la serie lo que os llevó a meteros en todo esto de la investigación. Es otra carga invisible que soporto, la de ser una inspiración para gente corriente como…, bueno…, como vosotros dos.

Ahora fue Amita la que se enfadó. Se contuvo lo suficiente como para llegar a la puerta, guiando a Jason por el codo. Estaba a punto de cerrar la puerta de la *suite* detrás de ella cuando Veland gritó.

—Y, si veis a los de la limpieza, decidles que se den prisa, ¿vale? Estoy viviendo en una pocilga.

La puerta se cerró con un clic. Jason y Amita se quedaron un momento de pie, hirviendo de ira, mirando al otro lado del pasillo, sin decir nada. Tardaron un momento en romper el hechizo. Jason miró el dinero que tenía en la mano, más de trescientas libras, por lo que podía ver.

—Un tipo encantador —dijo con sarcasmo—. Una joya nacional.

—Sí —coincidió Amita—. Un tipo muy agradable.

[16] *College Boy* es la sintonía del concurso británico *University Challenge,* escrita por Derek New. La versión original es de la década de 1960.

[17] Shakespeare, *Julio César,* acto 2, escena 2.

[18] La expresión del original inglés que hemos traducido como el equivalente «Este hombre está más borracho que una cuba» es una frase hecha que se hizo ampliamente conocida gracias a la canción de Elton John *Saturday Night's Alright (For Fighting),* en cuya letra dice: *My old man's drunker than a barrel full of monkeys*.

[19] El GCHQ (Government Communications Headquarters; Cuartel General de Comunicaciones del Gobierno) es uno de los tres servicios de inteligencia del Reino Unido.

14. *Thank You for Being a Friend*[20]

Amita deseaba poder encontrar consuelo en el club de bingo. Pero le resultaba difícil concentrarse en nada después de su encontronazo con Derek Veland. Las palabras del arrogante actor aún resonaban en sus oídos y parecían dominar sus pensamientos. El comportamiento de Veland había suscitado, por supuesto, la inevitable pregunta de si sería él el asesino de Simon Nakamba. Amita no podía estar segura.

No había duda de su capacidad. Veland era un hombre grande, capaz de defenderse por sí mismo y claramente propenso a arrebatos erráticos y destructivos cuando estaba bajo los efectos del alcohol. La forma en que había detenido a Jason, su presencia física…, todo en él demostraba que, si se enfadaba, no había quien lo detuviera. Y, desde luego, no había hablado muy bien de Simon Nakamba en el poco tiempo que ella había estado en su compañía. Si eso era suficiente para convertirlo en un sospechoso genuino o no, esa era otra cuestión. No parecía tener nada que ocultar, aparte de lo que pudieran escribir columnistas de cotilleos.

Amita sabía muy bien que no podía permitir que su aversión por Veland se interpusiera en su investigación. No obstante, era muy difícil dejarla de lado. El hombre era un esnob grosero, ebrio de su propia fama, por no mencionar otras cosas. Ya se había dejado llevar por su aversión hacia las personas en otras ocasiones. Era una táctica peligrosa. Tenía que ser lo más imparcial y objetiva posible. Eso es lo que haría un buen investigador, pensó.

Cruzó el salón de la iglesia. Estaba extrañamente silencioso. Había algunos clientes habituales en sus asientos en otras mesas. Los saludó con una inclinación de cabeza mientras se dirigía a su sitio habitual. Solo había una persona en su mesa: Pauline Saxon. Miró su reloj para asegurarse de que no se había equivocado de hora.

—Buenas noches, Pauline —dijo, dejando su bolso sobre la mesa —. Esta noche hay muy poca gente. ¿Dónde están todos?

Pauline Saxon llevaba poco tiempo acudiendo a las reuniones de los miércoles por la noche. Por eso, Amita no sabía casi nada de ella. Se había cambiado a la mesa de Amita con total naturalidad y, todas las veces que había hablado con ella, se había mostrado educada y amable. Por lo que Amita había oído, sobre todo de Georgie, claro está, Pauline era nueva en Penrith y se había jubilado recientemente tras una carrera en el sector de las tecnologías de la información. Parecía una persona libre, tranquila y relajada. Se diría que no le importaba lo que el resto del mundo pensara de ella, ni los chismes de Penrith. Las blusas holgadas de Pauline, sus faldas con volantes, el pelo encrespado y despeinado y las sandalias no le recordaban a Amita en absoluto a Silicon Valley. Más bien al contrario, de hecho.

Pauline estaba ahora dormitando, recostada en la silla y con los pies, calzados con sandalias, sobre la mesa. Lucía una sonrisa de satisfacción y total relajación en su rostro bronceado. Abrió lentamente los ojos.

—Hola, Anita —dijo, sin dejar de sonreír—. No te he oído entrar.

Amita iba a corregirla, a decir que su nombre era con eme. Odiaba hacer cosas así, pues siempre le preocupaba parecer mezquina o, peor aún, vanidosa. Estaba a punto de armarse de valor cuando Pauline empezó a estirarse. Giró los hombros varias veces antes de llevar una pierna hacia atrás lo suficiente como para poder ponerla detrás de la cabeza. Amita inmediatamente apartó la mirada, avergonzada.

—¿Estás bien, Anita? —preguntó Pauline.

—Yo…, eh…, sí… —respondió—. Es que… nunca había visto a nadie que fuera capaz de hacer eso.

—¿Hacer qué? —preguntó Pauline.

—Eso —respondió, completamente incómoda.

Hizo un gesto con la mano hacia Pauline, que estaba detrás de ella. No se atrevía a mirar atrás. La otra jubilada se limitó a reírse un poco.

—Ah, claro —dijo—. Sí, lo siento. Esta tarde no he tenido tiempo de hacer yoga. Tenía un poco de prisa y he tenido que salir

corriendo. Pero necesitaba estirarme; si no, me quedo rígida como una tabla.

—Sí, seguro que sí —dijo Amita, sin dejar de mirar hacia otro lado.

—Si te parece raro, deberías haberme visto hace diez años —continuó Pauline—. Era como un muñeco de goma.

Amita intentó borrar de su mente la imagen de Pauline Saxon doblándose y contorsionándose. Se dio cuenta de que no podía seguir allí de pie, mirando hacia otro lado. Respiró hondo, se dio la vuelta, se sentó e intentó no mirar fijamente los *leggings* arcoíris de Pauline, que parecían una *Boa constrictor*. Sin embargo, no funcionó, pues Pauline seguía estirándose, ahora con los tobillos detrás de la cabeza. Amita ya no podía apartar la mirada: Pauline no solo parecía estar desafiando las leyes de la física, sino que también parecía estar arriesgándose a sufrir un accidente bastante desagradable. Se balanceaba un poco hacia delante y hacia atrás en el firme asiento de plástico. Amita se entretuvo sacando su secante y sus gafas del bolso y esperó no tener que recordar el curso de primeros auxilios al que había asistido el año anterior. Hasta ahora, la única vez que alguien lo había necesitado fue cuando uno de los miembros del Club Rotario había inhalado accidentalmente la guarnición de un tronco de Navidad y Sandy había aplicado la maniobra de Heimlich. Ahora, si Pauline no dejaba de estirarse, Amita preveía que tendría que sacar su kit de costura. Temía que se rompiera una costura casi tanto como que Pauline se cayera.

Por fin, Pauline se detuvo. Sacó las piernas de detrás de la cabeza y soltó un suspiro de satisfacción.

—Así está mejor —dijo—. ¿Decías algo, querida?

Con las acrobacias de su vecina en la silla, Amita había olvidado casi todo. Ante el alivio de no tener que seguir viendo partes de Pauline Saxon de las que no quería ser consciente, su mente volvió a ponerse en marcha.

—Solo comentaba lo tranquilo que está esto esta noche —dijo—. El bingo empieza en diez minutos y no hay casi nadie aquí.

—Me temo que todavía soy nueva en todo esto —dijo Pauline—. La verdad es que aún me cuesta recordar los nombres de todos, Anita.

Amita no dijo nada.

—¿Qué tal lo estás llevando? —preguntó en su lugar—. ¿Te gusta estar aquí, en Penrith?

—Oh, sí —respondió Pauline—. El ritmo de vida aquí es muy diferente al que he tenido durante los últimos treinta años.

—¿Dónde vivías?

—Aquí y allá —respondió ella—. En Londres, Nueva York, Los Ángeles…

—Vaya —dijo Amita.

—Tokio, Hong Kong, Tel Aviv, Ciudad del Cabo, Buenos Aires —continuó—. Melbourne, Ámsterdam, Zúrich. Conocí al yogui más guapo que jamás hayas visto cuando vivía en Bangalore. Me enseñó a controlar mi *citta* y otras cosas que no mencionaré en compañía educada.

Le guiñó un ojo a Amita, que hizo todo lo posible por ignorarla.

—Eres india, ¿no? —preguntó Pauline.

—Soy de Penrith —respondió con una voz que apenas ocultaba lo harta que estaba de que le hicieran preguntas como esa—. Vía Sheffield. Mis padres emigraron y trajeron a la familia a Inglaterra.

—Claro —dijo Pauline—. Creo que la mujer severa me lo dijo.

—¿La mujer severa? —preguntó Amita.

—Ya sabes, la que siempre está mandando a todo el mundo. ¿Cómo se llama? —Chasqueó los dedos, tratando de recordar el nombre.

—Georgie —dijo Amita.

—Eso es —se rio Pauline—. Ya te lo he dicho: no se me dan bien los nombres. Estaba aquí hace un momento.

Amita nunca se había sentido tan aliviada al saber que Georgie estaba cerca.

—¿Adónde ha ido? —preguntó.

—Salió por la puerta trasera, creo —dijo Pauline, señalando perezosamente hacia la parte de atrás del salón—. Ella y unos cuantos más dijeron que tenían que recoger una cosa. No lo sé, Anita, no presté mucha atención.

Amita no se quedó allí, sino que se levantó rápidamente de su sitio habitual, sin darle explicaciones a Pauline. Se acercó a toda prisa a

la entrada trasera del salón de la iglesia y abrió la pesada puerta de la escalera de incendios. Esta chirrió tan fuerte en sus bisagras que todos los jubilados que estaban reunidos al otro lado de la puerta se dieron la vuelta con cara de culpa. Georgie agarraba dos bolsas de plástico que parecían pesadas. Judy Moskowitz, Barbara McLemore, Albert Chamberlain…, todos los habituales estaban a su lado. Y en el centro del grupo estaba Malcolm Brunger, con su sonrisa de cocodrilo de siempre, una gran carretilla llena hasta arriba y más bolsas de plástico a su lado.

—¡Amita, querida, qué alegría verte! —gritó, y su voz resonó en las húmedas paredes del pequeño patio de la parte de atrás del salón de la iglesia—. Estoy tomando nuevos pedidos, ¿te apuntas?

—¿De qué? —preguntó ella.

—De escocés —dijo Albert Chamberlain—. El señor Brunger tiene un contacto en Edimburgo que nos puede conseguir *whisky* a precio de coste. Es una ganga, joder.

Levantó una bolsa de plástico que llevaba e hizo que sonaran las botellas que había dentro.

—Y luego está la mantequilla —intervino Barbara McLemore—. La semana pasada me costó cinco libras un paquete de mantequilla en el supermercado. El señor Brunger me consiguió la industrial que se usa en las panaderías por la mitad de ese precio.

—Así es —se rio Brunger—. La mitad de precio y el doble de cantidad. Es estupenda.

Todos los presentes estuvieron de acuerdo y hubo entre ellos murmullos de aprobación. Amita sintió como si hubiera interrumpido una reunión secreta de una secta.

—¿Qué hacéis aquí fuera con este frío? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular—. Os va a dar algo.

—Sí, es una historia un poco larga —dijo Brunger, rascándose la oreja.

—Es ese maldito padre Ford —dijo Judy Moskowitz—. Se ha enfadado mucho porque compramos gangas al señor Brunger aquí, dentro de una propiedad de la iglesia.

—¿Qué?

—Sí —dijo Brunger—. Parece que no le sentó muy bien que le ofreciera una botella de vodka letón importado de regalo a cambio de que hiciera la vista gorda.

—Oh —dijo Amita.

Brunger se encogió de hombros.

—Aun así, he hecho negocios en lugares mucho peores, señora K, créame —dijo riendo—. Ahora, ¿quién es el siguiente?

De repente, se produjo un revuelo. Amita no pudo evitar reírse al ver a Georgie Littlejohn y los demás agitando sus pequeños recibos ante Brunger y su carretilla. Por un breve instante, dejó de pensar en los sospechosos y en si había un asesino entre ellos. Sin duda, fue un alivio. Aunque fuera algo efímero.

—Ejem —se oyó una voz descontenta detrás de ella.

El padre Ford había aparecido a su lado. Tenía un aspecto severo, o tan severo como podía tenerlo un párroco rural de modales afables. Cruzó los brazos, tratando de parecer intimidante. No funcionó y rápidamente los dejó caer a los lados, más incómodo de lo habitual. Amita podía ver el sudor en su tembloroso labio superior.

—Estaba a punto de comenzar el bingo de esta noche, damas y caballeros —dijo con la voz ligeramente quebrada—, pero veo que están muy ocupados aquí, con el señor Brunger.

Los miembros del club allí reunidos detuvieron su compra impulsiva. Todos miraron al suelo, con la cabeza gacha, como niños pequeños a los que se les ha regañado por comer demasiadas galletas. Poco a poco, comenzaron a regresar con paso cansado al salón de la iglesia. Sus bolsas tintineaban al pasar junto al padre Ford, quien, a pesar de sus nervios, se mantenía firme en su desaprobación. La multitud se disipó y Georgie Littlejohn fue la última en entrar. No miró a Amita al pasar, sino que mantuvo la cabeza gacha mientras el párroco le lanzaba una mirada de desaprobación.

Con el rebaño de vuelta a salvo en el salón de la iglesia, el padre Ford se volvió hacia Brunger. El comerciante, que siempre había parecido un poco sospechoso, seguía sonriendo. Su carretilla estaba de todo menos vacía de bolsas de plástico.

—¿A la misma hora la semana que viene, padre? —preguntó con descaro—. Esta semana me van a llegar de Albania unos bonitos cárdigan negros, de esos que le gustan. En la ciudad cuestan unas cuarenta libras, pero, como usted es un hombre de la Iglesia, se los dejaré por diez libras cada uno.

El padre Ford se sonrojó, aunque Amita no estaba segura de si era por ira o por vergüenza. Murmuró algo entre dientes e hizo un gesto para cerrar la puerta de la salida de incendios. Amita sonrió irónicamente a Brunger, que le guiñó un ojo.

—Nos vemos, señora K —dijo, haciendo una pequeña reverencia.

La puerta se cerró de golpe con un fuerte estruendo que le hizo zumbar los oídos. Una vez estuvo fuera Brunger, el padre Ford pareció respirar un poco más tranquilo. Se desplomó contra la pared, parpadeando mientras se secaba la frente.

—Dios mío —dijo.

—¿Está bien, padre? —preguntó Amita.

—¿Qué? Sí, perfectamente, gracias, Amita. —Jadeó—. Es solo que no estoy acostumbrado a enfrentamientos tan terribles. ¿Has visto la mirada asesina de ese hombre? Pensé que iba a abalanzarse sobre mí con un cuchillo por poner fin a su negocio ilegal en el mercado negro.

Amita tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echarse a reír. El señor Brunger, a pesar de su verborrea, no era precisamente un mafioso de la época de la ley seca. Lo único que pudo hacer fue darle una palmada en el hombro al párroco para tranquilizarlo y decirle que estaba a salvo. Volvieron al salón principal y todos ocuparon sus asientos. Amita regresó a su mesa. Se sintió aliviada al ver que las piernas de Pauline estaban ahora debajo de la mesa y que los demás parecían debidamente castigados por su frenesí minorista. Sandy había llegado con Ethel, que parecía haber recuperado su excelente salud.

—¿Qué os pasa? —preguntó el hombre corpulento—. Tenéis una cara que parecéis sofás reventados.

Nadie respondió. Miró a Amita.

—¿Es por algo que he dicho? —preguntó.

—Ambigüedad económica, Sandy —dijo Amita—. Es mejor que no te involucres si aún no lo estás.

—Ah —dijo, tocándose la nariz—. Malcolm Brunger ha estado aquí, ¿no? Ese vendería hasta a su abuela.

—Solo si hubiera demanda —respondió ella—. Y no estoy segura de que ninguno de nuestros amigos aquí presentes necesite otro jubilado en la despensa.

—No, en absoluto. —Sandy se rio con calidez—. Aunque, dicho esto, ¿sabes lo que llevo buscando desde hace mucho tiempo? Uno de esos viejos aparatos de radio, ya sabes, con botones, sintonizador y todo lo demás. Como los que escuchábamos cuando éramos niños.

—¡Los antiguos de baquelita, sí! —dijo Amita.

—Los mismos —dijo chasqueando los dedos—. Hacían un buen clic cuando girabas los botones. Ahora todo es pantalla táctil y digital. No sé cómo funcionan esas malditas cosas. Una de esas radios antiguas sería mágica.

—Y el olor —dijo ella—. ¿Te acuerdas del olor de aquellas viejas radios?

—Ay, no, Amita, no sigas —dijo él—. Me vas a poner nervioso.

—Bueno, estoy segura de que el señor Brunger podrá ayudarte en ese aspecto, Sandy. Como puedes ver, tiene bastante fama de complacer al público.

—Sí. —Sandy se rio para sus adentros mientras comenzaba la partida.

Si la presencia de Brunger había sido una agradable distracción, Sandy había alegrado el corazón de Amita. Tenerlo cerca parecía hacer que todo fuera un poco más brillante. Y en ese momento, con todo lo que estaba pasando, eso era exactamente lo que ella necesitaba.

[20] *Thank You for Being a Friend* es el tema principal de la serie de televisión estadounidense *The Golden Girls* (*Las Chicas de Oro*). La canción original fue escrita por Andrew Gold en 1978, y para la serie, fue versionada por Cynthia Fee.

15. *Chicken Man*[21]

Había un silencio incómodo en el salón de la casa de Jason. Nadie quería decirles a los demás que apagaran *The Locus*. Nadie quería arriesgarse. Jason, menos que nadie. Ya lo habían regañado demasiadas veces por atreverse a sugerir que no le gustaba la serie ni la veía. Ahora todos estaban atrapados viendo un episodio repetido que se había puesto en homenaje a Simon Nakamba.

Además, había que lidiar con la guerra fría entre Amita y Radha. Las cosas estaban empezando a descongelarse ligeramente. Hubo una breve interacción después del bingo, un reconocimiento y una propuesta de sentarse a hablar. Sin embargo, Jason aún podía sentir la tensión entre ellas. Había rencor, todo debido a esa mujer, Sarah Paris. No se habían quedado en Askling Manor para averiguar más sobre ella, y él no tenía el valor de indagar en casa. Al menos, no esa noche.

—No puedo creer lo joven que parece Pip Potter —dijo Radha, acurrucada en el sofá a su lado.

—En realidad, su rostro tiene un aspecto muy fresco en la vida real —dijo él.

Las palabras salieron de su boca antes de que tuviera tiempo de pensárselo mejor y no decirlas.

—¿En serio? —dijo Radha, acusadora—. ¿Te refieres a cuando te dejaron solo en una habitación con ella y únicamente llevaba un albornoz y una sonrisa?

—Radha, vamos, sé justa —dijo él—. No solo estaba tu madre allí, sino también su masajista y una asistente. Y yo me pasé la mayor parte del tiempo mirando al suelo y sintiéndome ridículo. ¡Amita, díselo!

Amita no respondió. Estaba mirando la pantalla, mordiéndose la uña del pulgar. Estaba absorta en el episodio, viendo cómo se desarrollaba la acción por décima vez desde que se había emitido originalmente hacía años.

—El silencio de mamá lo dice todo, Jason —dijo Radha.

—¡Estaba mortificado! —gritó él—. Apenas la miré. Ni siquiera habríamos estado allí si no hubiera sido por la insistencia de tu madre. ¡Échale la culpa a ella!

—Parece que dejaste a un lado tu vergüenza el tiempo suficiente para darte cuenta de lo joven que parece su tez —dijo ella.

—¡Es una estrella de televisión! —exclamó él—. Siempre se untan sangre de unicornio en la cara y todo ese tipo de cosas en busca de la eterna juventud. Solo comentaba que parecía notablemente más joven en la vida real de lo que a veces parece en la pantalla.

—Así que para ti solo importa la apariencia, ¿verdad, Jason? —continuó Radha—. ¿Tienes idea de lo difícil que es para los actores, especialmente para las actrices, seguir consiguiendo papeles decentes a medida que envejecen? Y eso se debe principalmente a personas como tú, que se fijan de forma tan malsana en su aspecto y en su complexión.

—Pero… pero…

Jason volvió a mirar a Amita, esperando que ella al menos le ayudara con sus explicaciones. Su suegra seguía absorta viendo la televisión. Jason se volvió hacia Radha, dispuesto a suplicarle de nuevo. Pero se detuvo antes de empezar. Ella estaba sentada a su lado, con una sonrisa diabólica en el rostro.

—¡Sinvergüenza! —gritó, y le lanzó un cojín—. Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—¡Por supuesto que sí! —Le arrojó el cojín de vuelta a su marido —. ¿Por quién me tomas? ¿Por una completa idiota? Te pones incómodo si ves un poco de tobillo o un beso en la televisión. ¡No te tengo por alguien con un comportamiento lascivo con las auténticas celebridades!

Jason recostó la cabeza en el sofá, preguntándose por qué siempre entraba al trapo con las bromas de Radha.

—Me has dado un buen susto —dijo—. Pensé que me había metido en un buen lío.

—Vamos, Jason, compórtate —dijo Radha—. De todos modos, Pip Potter te comería vivo.

Él frunció el ceño y se volvió hacia ella.

—¿Perdón? —preguntó—. Solo apartaba la mirada para protegerla de mi rudo machismo, para que lo sepas.

Radha se rio y asintió con la cabeza hacia la pantalla.

—Parece que nuestra actriz favorita está a punto de tener un final espantoso.

La acción era rápida y borrosa en la pantalla. Pip conducía a toda velocidad en un coche de policía por las calles de Londres o Mánchester —Jason no sabía decir cuál de las dos ciudades—. Perdió el control y el automóvil salió disparado de la carretera, atravesó una pared y voló por los aires antes de aterrizar en un canal con un gran chapoteo. La última escena era de Pip Potter luchando con la puerta mientras el coche patrulla se hundía bajo la superficie del agua. Luego aparecieron los créditos.

—Apuesto a que sobrevive —resopló Jason.

—Por supuesto que sí: hay dos temporadas más después de esta. Y ahora están rodando la nueva —dijo Radha.

—Si es que siguen filmando después de todo lo que ha pasado —dijo Amita.

—Oh, ¿has decidido unirte a nosotros? —preguntó Jason.

—¿Qué?

—Estabas absorta viendo un episodio que probablemente ya has visto una docena de veces —dijo él—. Y no fuiste de mucha ayuda cuando mi esposa, tu hija, me acusó de tener una aventura con Pip Potter.

—¿Una aventura? —dijo Amita—. ¿Tú? ¿Y la señorita Potter? Vamos, Jason, si es preciosa.

—¿Y eso qué quiere decir? —añadió Jason con falsa indignación.

—No estoy tan segura de que emitir eso fuera un homenaje muy apropiado para Simon Nakamba —dijo Amita, recostándose en su sillón—. Había mucha violencia en ese episodio —añadió negando con la cabeza—. No creo que sea adecuado, dado que lo han asesinado. El crimen es mucho menos divertido cuando ocurre en tu calle y no en tu pantalla.

—Cierto. ¿Más té? —preguntó Radha.

Amita y Jason dijeron que sí. Radha fue a la cocina a poner la tetera. Los dos siguieron sentados en silencio.

—¿En qué piensas? —le preguntó a su suegra.

—No estoy segura —respondió Amita, sin dejar de morderse las uñas—. Hemos hablado con Pip Potter y Derek Veland. Ninguno de los dos parecía tener muy buena opinión de su director.

—Es cierto. —Suspiró él—. ¿Creemos que el temperamento de Nakamba y todas sus juergas son suficientes para justificar su asesinato?

—Nada justifica que se mate a nadie, Jason. Lo sabes.

—Ya sabes a qué me refiero —dijo él—. Ya hemos pasado por esto antes y sabes que el motivo es la clave. Puede que Simon Nakamba tuviera mal genio, y parece que trabajar con él era una pesadilla, pero ¿es eso suficiente para que una persona acabe asesinando a otra? Y, de ser así, ¿por qué ahora? ¿Por qué aquí? Ha tenido una carrera ilustre. ¿Qué tiene de especial este rodaje aquí en Penrith? ¿Y si solo fue mala suerte, como, por ejemplo, que se topó con el tráfico de drogas o que se puso a insultar a gritos al tipo equivocado a la salida de un *pub*?

—Olvídalo, Jason. La postura del cuerpo, el lugar donde estaba… es deliberado, acuérdate. Penrith no carece de callejones y rincones oscuros, pero eligieron la sala de conciertos. Esto es personal, pero ¿personal para quién? —Juntó las manos bajo la barbilla—. No estoy segura. La gente puede hacer cosas muy extrañas cuando se ve empujada al límite. Lo hemos visto muchas veces. Potter y Veland son demasiado obvios, y están demasiado dispuestos a decirles a desconocidos que no les caía bien su director. Tenemos que encontrar a los callados.

—Es verdad —dijo Jason, frotándose la nuca.

Amita repasó todo mentalmente. Se levantó y se acercó a la pizarra que seguía delante de la chimenea. Infló las mejillas.

—Sin embargo —dijo—, había algo en Derek Veland que no me cuadraba. No creo que sea nuestro asesino, pero está ocultando algo.

—¿Es ese el protagonista? —preguntó Radha, que traía ya el té.

—Sí, nos pareció bastante abierto, aunque un poco voluble.

—Completamente borracho —añadió Jason—. Y oliendo a cervecería, según todos los indicios.

—Definitivamente era muy voluble —dijo Amita—. En un momento está sentado hablando con nosotros abiertamente de la pelea con Nakamba y, al siguiente, nos tira billetes a Jason y a mí e insiste en que no vayamos a la prensa.

—Pasa todo el tiempo —dijo Jason—. Estas grandes estrellas no quieren que salga mala publicidad cuando no está en sus planes. Les gusta ocultar sus vicios hasta el último momento. Luego, cuando un periódico se entera, hacen una entrevista muy mediática y le dan la exclusiva, con las condiciones que ellos ponen, por supuesto.

—Si estaba borracho o drogado cuando hablaste con él, no puedes considerar razonablemente que su comportamiento refleje cómo es —dijo Radha—. Siempre puede alegar responsabilidad atenuada debido a sus adicciones. Ya imaginarás las entrevistas llorosas y egocéntricas que daría…

Amita asintió con la cabeza.

—Pero tampoco veo a Pip Potter capaz de asesinar a Simon Nakamba y luego dejar el cadáver tirado a la salida del teatro.

—¿Cómo sabes que no lo mataron allí? —preguntó Radha.

—Lo hemos deducido —dijo Jason, y señaló una pequeña línea temporal dibujada con tiza en la parte inferior de la pizarra—. Si salió del restaurante antes que nosotros, entonces tuvo que ir a otro sitio. Si hubiera ido directamente a las escaleras del teatro y lo hubieran matado allí, alguien lo habría encontrado antes de la mañana. Todavía habría gente merodeando por el plató hasta última hora de la noche.

—Así que se marchó de la cena muy alterado, fue a otro sitio, lo mataron y luego lo dejaron a la salida de la sala de conciertos —dijo Radha.

—Eso es lo que creemos —dijo Amita.

—Entonces, el asesino tiene que ser físicamente fuerte —dijo ella —. No porque hiciera falta mucha fuerza para dominar a Nakamba, que estaba muy borracho cuando lo vimos, sino para moverlo. Eso no es tarea fácil. ¿Qué hay del arma homicida o de la causa de la muerte? ¿Ha revelado la policía esos detalles?

—No —respondió Jason—. Solo que había marcas en sus brazos cuando encontraron el cuerpo. Estaba pensando en preguntarle a la

inspectora Arendonk si tiene alguna información más que pueda compartir, pero, a decir verdad, no creo que pueda mirarla a los ojos en este momento. Bastaría con una de sus miradas severas para que le confesara todo sobre nuestra escapada a Askling Manor.

Las noticias de última hora ya estaban en pantalla. Radha subió el volumen cuando comenzaron a dar la noticia sobre el asesinato de Nakamba. Un reportero estaba al borde del plató, con la escena del crimen del teatro al fondo.

—Aquí es donde apareció el cuerpo de Simon Nakamba, en el centro de Penrith, a principios de esta semana —dijo el periodista—. La policía ha confirmado que hay sospechas acerca de la muerte y se ha iniciado una investigación para tratarla como posible asesinato. Aún no se ha revelado la causa de la muerte. Ha sido una gran conmoción en la industria del entretenimiento, donde Simon Nakamba era una figura muy bien considerada y respetada. Pip Potter, protagonista de *The Locus,* que se está rodando aquí, en Penrith, en estos momentos, dijo lo siguiente sobre el difunto director.

La pantalla pasó a un vídeo en el que se veía a Nakamba en varias alfombras rojas. Sonreía, saludaba a las cámaras, elegante y sofisticado con un esmoquin que cubría su robusto pecho. Pip Potter apareció en pantalla, con un maquillaje perfecto y los ojos un poco llorosos.

—No puedo creer que se haya ido —dijo—. Estaba lleno de vida. Era tan entusiasta… Le encantaba trabajar en esta serie y pensaba que la nueva temporada iba a ser la mejor hasta ahora. Era un hombre amable, generoso y bondadoso que tenía tiempo para absolutamente todo el mundo en el plató. No puedo expresar con palabras cuánto lo voy a echar de menos.

Amita resopló un poco.

—¿Mamá? —preguntó Radha—. ¿Estás bien?

—No es nada —respondió ella—. Es solo que la señorita Potter ha declarado todo lo que Derek Veland había dicho, con bastante amargura, que diría. Casi palabra por palabra, como si estuviera leyendo un guion. Aun así, sus lágrimas son bastante convincentes. Me pregunto si estará escondiendo media cebolla fuera de cámara.

La emisión mostró más momentos destacados de la carrera de Nakamba antes de volver a conectar con el reportero que se encontraba en la escena del crimen.

—No ha habido ninguna declaración oficial por parte de la productora acerca de si el rodaje continuará tras el asesinato de Simon Nakamba —dijo—, ni sobre qué homenajes se están preparando para el director. La policía local afirma que las investigaciones continúan y que esperan tener novedades pronto. Volvemos al estudio.

Radha volvió a bajar el volumen.

—Ahí lo tenemos —dijo—. Oficialmente, la policía no ha avanzado nada.

—Es un verdadero rompecabezas —se lamentó Jason, vaciando su taza—. Un director que no le cae bien a nadie, dos estrellas que dicen tonterías en público y lo odian a muerte entre bastidores. Y nada más que un cadáver a la salida de la sala de conciertos. ¿Qué hay de ese avance inminente? ¿Qué es lo que saben y no le dicen a la gente?

Amita también intervino:

—Exacto. ¿Dónde están las pruebas de las cámaras de seguridad? ¿Dónde está la petición pública para que se presente cualquier persona que estuviera en los alrededores en el momento de la muerte?

—Sospecho que no están revelando esa información directamente al círculo íntimo del club de bingo de Penrith, mamá —se rio Radha. Era lo más amistosas que habían estado en días.

—Quizá —dijo Amita—. O quizá no.

—¿Tienes un plan? —preguntó Jason.

—Creo que deberíamos investigar un poco más a Derek Veland —dijo ella, tocando su nombre en la pizarra—. Como siempre, lo que realmente importa no es lo que la gente nos dice, sino lo que no dice.

—¿Y qué hay de Nakamba? —preguntó Jason—. ¿No crees que deberíamos rebatir algunas de las cosas que se dicen sobre él?

—¿A qué te refieres? —preguntó Amita.

—Bueno, el tipo no puede defenderse, ¿no? —dijo él—. Estamos dando por válido lo que Pip, Veland y Lisa, la asistente, dicen sobre él. Como acabamos de ver, Pip Potter es una actriz excepcional que puede llorar cuando quiere. Veland es un borracho y un mujeriego. Y Lisa es solo una asistente del plató sin experiencia para comparar cosas. No son precisamente testigos de carácter de primera calidad, ¿verdad?

Ella pensó por un momento en lo que él decía. Luego estuvo de acuerdo.

—Tienes razón —dijo—. ¿Por qué no te encargas tú de la historia de Nakamba, y yo investigo a Veland? Así abarcaremos más terreno.

—De acuerdo —accedió Jason—. Solo prométeme que podrás defenderte si intenta alguna de las suyas.

Amita señaló su bolso, que nunca estaba lejos de ella. Jason no estaba seguro de que fuera el arma más eficaz, pero, por otra parte, nunca se atrevería a mirar dentro para ver qué llevaba su suegra. Bostezó. Amita se inclinó sobre él. La miró.

—¿Qué? —preguntó Jason.

—¿A qué esperas?

—¿Perdón?

—¿Y bien? —dijo Amita.

—¡Son casi las once de la noche, Amita!

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy —replicó Amita —. Mi querida madre solía decir eso, ¿verdad, Radha?

—Sí —dijo Radha—. También estaba como una cabra. Así que perdóname si no sigo los sabios consejos de la abuela Matangini como norma de vida.

—Estás hablando de tu abuela —dijo Amita.

—Creo que mañana lo veremos con otros ojos, Amita —propuso Jason.

—Está bien —resopló Amita—. Si tú no vas a empezar, lo haré yo. Buenas noches a los dos.

Salió del salón enfadada. Dio un portazo al salir. Jason miró a su esposa y frunció el ceño.

—Ya lo has hecho —dijo—. Has cuestionado la cordura de la abuela Matangini. Tendré que lidiar con las consecuencias de ese

comentario durante meses.

—¡Es la verdad! —exclamó Radha—. La mujer solía coleccionar fotos de pasteles y las guardaba en un álbum. Y eso que era diabética.

Dejando a un lado la herencia genética, Jason estaba listo para irse a la cama. Se estiró de nuevo y se dirigió a la puerta. Se detuvo justo antes de tocar el pomo.

—¿Qué pasa? —preguntó Radha.

—Voy a tener que trabajar un poco antes de acostarme, ¿no? —le preguntó él con una mueca de dolor.

Radha sonrió. Se levantó, recogió las tazas y le dio un beso en la mejilla.

—Eres un buen yerno —le dijo.

De alguna manera, eso no hizo que Jason se sintiera mejor ante la perspectiva de tener que pasar las primeras horas de la madrugada iluminado tan solo por el brillo de la pantalla de su ordenador portátil.

[21] *Chicken Man* es una pieza musical compuesta en 1975 por Alan Hawkshaw que se utilizó como tema de la serie de televisión británica *Grange Hill*.

16. *Brand New Day*[22]

La primera luz difusa del amanecer se coló por la rendija de las cortinas de la habitación de Amita. Fue suficiente para despertarla. Estaba de mal humor. Se incorporó y su teléfono se le cayó del pecho al suelo con un golpe seco. Tardó un momento en darse cuenta de dónde estaba y qué había pasado. Debía de haberse quedado dormida en las primeras horas de la madrugada. Todavía llevaba puesto el chándal y las zapatillas.

—¡Buenos días, rayito de sol!

A Amita casi le da un ataque. Mientras sus ojos se acostumbraban a la luz, no se había dado cuenta de que Jason estaba sentado en el rincón. De repente, le entró mucha vergüenza y se apresuró a buscar su edredón.

—¡Jason! —gritó—. ¡¿Qué haces aquí?!

—Eh…, es mi casa, Amita —dijo él.

—Sí, lo sé, soy muy consciente de ello. Lo que quiero decir es: ¿qué haces en mi dormitorio? ¡Nunca estás aquí! ¿Me estabas mirando mientras dormía?

—¿Qué? ¡No! —gritó él—. ¿Por qué tipo de bicho raro me tomas?

—No voy a responder a esa pregunta.

—En realidad, vine a traerte un café y un *hash brown* —dijo, lamiéndose los dedos—, pero me aburrí esperando a que te despertaras, así que me lo he comido. El café sí que lo tienes aquí.

Se levantó y le entregó a Amita una taza aún humeante. Ella la cogió agradecida, sin soltar el edredón, que se había echado sobre el pecho.

—Y tengo noticias aún mejores —dijo él.

—Más vale que sean buenas —replicó ella—. No estoy acostumbrada a despertarme así, con hombres extraños mirándome mientras duermo. Estoy jubilada; tengo derechos, ¿sabes?

—Parece que se te ha olvidado el derecho a permanecer callada —dijo él en voz baja.

—¿Qué has dicho?

—Nada —respondió él—. Mira, estamos perdiendo un tiempo muy valioso. Anoche investigué un poco, a pesar de que me gustaría haberme acostado a una hora razonable.

—¿Y? —preguntó ella.

—Bueno. —Sacó unos papeles doblados del bolsillo trasero y se sentó en el borde de la cama de Amita—. Parece que tanto Pip Potter como Derek Veland tenían razón.

—¿Sobre qué? —preguntó ella, mientras el cálido aroma del café disipaba su somnolencia.

—Al parecer, el señor Simon Nakamba no era lo que se dice una persona tranquila.

—Eso ya lo sabíamos, Jason. Tú y Radha lo visteis en plena acción. Lo que tenemos que determinar es si se trata de un patrón de comportamiento, o solo de un giro reciente de los acontecimientos.

Jason comenzó a hojear las páginas. Amita las cogió una por una. Cada una era una noticia que él había imprimido. Había fotos de Nakamba en distintos momentos a lo largo de su carrera. En algunas se le veía muy joven.

—Irrumpió en escena a finales de los noventa —continuó Jason—, recién salido de la RADA,[23] donde fue el mejor de su clase en teatro técnico y dirección escénica. Durante dos años estuvo trabajando en pequeños proyectos, en películas independientes que fueron nominadas a premios; nada que le reportara dinero; ese tipo de cosas… Finalmente, unos seis años después de graduarse, tuvo la oportunidad de dirigir una obra en el Globe de Londres para la Royal Shakespeare Company.

—*Mucho ruido y pocas nueces* —dijo Amita, que había encontrado una crítica.

—Eso es. Ahora está en la cima, o eso es lo que cree —dijo Jason —. La obra fue un poco un fracaso; los críticos la calificaron de demasiado contemporánea para Shakespeare, lo cual tiene sentido, supongo, cuando todos los personajes son veteranos de la guerra del Golfo y cosas por el estilo. Personalmente, prefiero que Shakespeare lleve gorgueras y mallas.

—¿Y cuándo fue la última vez que viste algo de Shakespeare? —preguntó ella.

—*Touché* —dijo Jason—. En cualquier caso, la reputación de Nakamba como joven director de éxito se ve un poco afectada. Hasta que se va a los Estados Unidos y se junta con la gente de Hollywood. Allí hace trabajos para la televisión y, en 2012, le contratan para dirigir una gran superproducción basada en un cómic. Es el golpe de suerte que estaba esperando, el billete dorado. Solo que…

—Las cosas no salen según lo previsto —lo interrumpió Amita, mirando fijamente una noticia de la época.

—No, no salen —dijo Jason—. Los rumores de peleas internas, acoso, misoginia, etcétera, se arremolinan a su alrededor. Los jefes del estudio se cansan de este problemático advenedizo inglés y a los tres meses lo despiden. Es una vergüenza, así que vuelve a casa y es como si desapareciera de la faz de la tierra. Hasta que empieza una pequeña serie policiaca llamada *The Locus* en la televisión nocturna y se convierte en un éxito inmediato.

—Le dan una oportunidad —dijo Amita—, una oportunidad de redención. La serie es un éxito rotundo y vuelve al circuito de entregas de premios, y ahora la nación llora su pérdida.

—Exacto —dijo Jason.

Se recostó en su asiento y esperó los elogios por su trabajo de esa noche. Amita no dijo nada.

—¿Sabes algo de sus antecedentes? —preguntó ella—. ¿Dónde creció, el tipo de hogar del que provenía?

—Por lo que pude deducir de las entrevistas que ha concedido a lo largo de los años, parece que era gente bastante corriente —respondió Jason—. Tenía madre y padre, vivían en una casa adosada en Streatham. Creo que ambos han fallecido. No se menciona a ningún otro familiar. Era hijo único. —Jason revisó su investigación—. Desde luego, no hay nada muy inusual en su pasado y su entorno.

—No —dijo Amita, preocupada—. Sin embargo, estaba claro que esos rumores sobre su comportamiento en el plató de rodaje estaban bastante fundamentados como para que el estudio lo despidiera. Y tendría sentido que guardara rencor por ello.

—Es mucho más fácil deshacerse de una persona desconocida detrás de la cámara que de alguien que tiene una repisa llena de premios y galardones —dijo—. Y, por mucho que me duela admitirlo, *The Locus* es uno de los programas más importantes de la televisión. Y gran parte de eso se debe a Nakamba.

Amita asintió con la cabeza. Miró fijamente las noticias y los artículos esparcidos por toda su cama. El panorama estaba claro: Simon Nakamba tenía sus propios demonios con los que luchar. Con razón o sin ella, su reputación parecía seguirle a todas partes. Pero nada de eso los acercaba a descubrir el motivo de su espantosa muerte.

—¿Y tú? —preguntó Jason—. ¿Has encontrado algo comprometedor sobre nuestro protagonista borracho?

—Nada que no supiéramos ya —respondió Amita con un bostezo —. Debí de quedarme dormida anoche viendo entrevistas que ha concedido a lo largo de los años. Sin embargo, sospecho que tenías razón sobre los vicios secretos. Probablemente, un poco de alcohol encaja con su carácter enérgico, pero cualquier cosa más alocada que eso…, bueno…, no creo que el que eso saliera a la luz beneficiara mucho su reputación como venerado titán del escenario.

—No —dijo Jason—. Normalmente se necesita tocar fondo para alcanzar esa etapa.

—Sin embargo, se ve a sí mismo como una especie de seductor —dijo Amita, recordando lo que había visto en internet—. Cada vez que lo entrevista una mujer, él siempre es…, no sé…, más adulador que con los hombres. Es casi como si pensara que es…, que es…

—¿Un regalo de Dios para las mujeres? —Jason sonrió con ironía.

—Sí, algo así —dijo Amita.

—¿Y tú, Amita? ¿Te has resistido a su sonrisa encantadora y contagiosa y a su personalidad electrizante?

—Jason, compórtate —le reprendió ella—. Tengo edad suficiente para ser su madre. Y, además, cuando te ha gritado y puedes ver los capilares rotos de la nariz de un hombre mientras se pone rojo como un tomate delante de ti, ya no hay vuelta atrás.

—Me parece justo —dijo Jason.

Se dio una palmada en los muslos y se levantó. Recogió los papeles y esperó instrucciones.

—¿Cuál es nuestro siguiente paso? —preguntó.

—Creo que probablemente deberíamos intentar hablar con el resto del personal.

—Me parece muy sensato —dijo Jason—. ¿Volvemos a Askling Manor?

—Solo si siguen allí —respondió ella.

—¿Y cómo lo averiguamos?

—Espera un momento —dijo ella, buscando su teléfono—. No me llevará mucho tiempo averiguar el paradero de las estrellas.

Jason puso los ojos en blanco. La rapidísima red de personas mayores de Penrith era algo que le sorprendía y le molestaba a partes iguales. Un escalofrío le recorrió la espalda al pensar en lo que podrían tener contra él. Prefería no pensar en ello.

[22] *Brand New Day* es el tema principal de la serie de televisión estadounidense *Lie to Me*.

[23] La RADA es la Real Academia de Arte Dramático (Royal Academy of Dramatic Art, por sus siglas en inglés).

17. *Park Avenue Beat*[24]

Jason vio algo a través de los espigados árboles del bosque que bordeaba ambos lados de la carretera. Estaban cerca del complejo turístico. La entrada se encontraba a la vuelta de la esquina.

—Espera —dijo, y redujo la velocidad del coche—. ¿Qué es todo esto?

Pasaron al camino de entrada al hotel. Amita miró hacia delante: había luces azules intermitentes repartidas por la entrada del hotel. Varios agentes de policía con chalecos reflectantes deambulaban por los alrededores. También había una furgoneta grande de protección civil en el aparcamiento que había delante de Askling Manor.

—Todo esto me resulta inquietantemente familiar —dijo ella—. Ojalá se hayan dado cuenta de que la seguridad que había aquí ayer era tan laxa que los hacía vulnerables. Quizá les hayamos hecho un favor al demostrarles lo fácil que es acceder a los pasillos. —El optimismo de su voz sonaba forzado y se desvaneció cuando ambos contemplaron la escena.

Al acercarse a la entrada del edificio histórico, un agente uniformado se acercó a ellos. Levantó una mano enguantada y se dirigió al lado del conductor. Jason bajó la ventanilla.

—Buenos días, amigos, ¿estamos alojados aquí? —preguntó.

—Solo somos visitantes —respondió Amita.

—Me temo que esta mañana no hay visitantes. Todo el lugar está cerrado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jason.

—No estoy autorizado a decirlo, señor. Si quieren dar la vuelta y regresar a la carretera principal, seguro que pronto habrá noticias sobre cuándo volverá a abrir el edificio.

Las instrucciones del agente tenían un tono definitivo. Se enderezó, sacando pecho, lo suficiente como para indicar que no iba a aceptar más preguntas. Jason subió la ventanilla y comenzó a dar la vuelta con el coche.

—Tengo un mal presentimiento sobre todo esto —dijo Amita.

—Sí, yo también —coincidió Jason—. Me siento como un pavo al que acaban de elegir para la cena de Navidad.

—Por favor, Jason —dijo ella.

Volvieron por el camino de entrada hasta llegar a la salida a la carretera principal. Jason puso el intermitente, pero Amita lo apagó.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él.

—Para en ese apartadero de ahí, al otro lado de la carretera —dijo ella señalando el pequeño apartadero que tenían enfrente.

—¿Para qué?

—Tenemos que averiguar qué está pasando ahí dentro —respondió ella—. Y la policía reconocerá el coche si volvemos allí ahora.

—Y ¿cómo vamos a entrar si no?

Amita sacó su teléfono. Tecleó un poco y luego le mostró unas fotos a Jason.

—El hotel tiene un *spa* —dijo—. Hay una entrada independiente. Ocupa toda la parte trasera del edificio y da a los campos. Algunas chicas del Instituto de la Mujer han ido allí a nadar y a darse un capricho. No es lo mío, como ya sabes. Yo soy más de cardio. Prefiero correr y mantenerme en forma a escuchar flautas de Pan mientras me dan masajes.

—Cierto.

—Georgie, en cambio, no sale de ahí. Su generosísimo hijo no deja de regalarle vales para ese tipo de cosas. Creo que lo hace solo para no tener que pasar tiempo con ella.

—Ah, sí, el famoso hijo generoso. —Jason puso los ojos en blanco —. Nos ha hecho quedar mal al resto de los hijos y familiares en los últimos cien años. —Se sentía culpable por el calentador de pies que le había comprado a Amita para su último cumpleaños. Entonces recordó el conjunto de fajín y tirantes de tartán que ella le había comprado. No sabía quién tenía un estilo de vida para llevar fajín, pero desde luego él no.

—A Georgie le encanta, por supuesto —continuó Amita—. Gracias a ello puede intentar congraciarse con la propietaria, Sarah Paris.

Jason sintió una sacudida. La mención de Sarah Paris fue una sorpresa. Ese nombre había sido como una palabrota durante el último día. Al oír a Amita pronunciarlo con tanta tranquilidad, no supo muy bien qué hacer.

—Sí, sobre eso… —dijo, y empezó a tamborilear con los dedos sobre el volante.

Amita no le miraba a los ojos. Se frotaba las manos una y otra vez. Ese era un detalle que Jason había aprendido a detectar con los años. Por lo general, ella no era una persona inquieta. Solo se comportaba así cuando algo le preocupaba.

—Mira, no tienes por qué contarme nada, Amita —dijo él—. Pero está claro que Radha y tú tenéis un problema con esa mujer. Probablemente sea mucho más fácil si lo sacáis a la luz, y yo ya no tengo que seguir sin enterarme de nada.

Para su sorpresa, ella asintió con la cabeza.

—Era muy amiga de Radha en el colegio —dijo—. Era una chica rebelde, un espíritu libre, por decirlo de forma amable. No me caía especialmente bien, no voy a negarlo, Jason. Era insubordinada con los profesores, conmigo, con sus padres…, con todo el mundo. Era una mala influencia. Pero Radha y ella tenían un vínculo especial. Eran muy amigas, muy íntimas.

—Caramba —se sorprendió él—. Y ¿qué pasó?

Una mirada de profunda vergüenza se dibujó en el rostro de Amita.

—Hubo un incidente —dijo—. Justo antes de que Radha se presentara a los exámenes de GCSE[25]. Se esperaba que sacara todo sobresalientes. Era capaz de ello, ya lo sabes. Pero a Sarah no le interesaba estudiar. Salía hasta altas horas de la madrugada, fumaba, bebía…, ya sabes. Sus padres eran los propietarios y gestores de Askling Manor, que, por supuesto, no era lo que es hoy en día, pero aun así el negocio les iba bien. A Sarah nunca pareció importarle.

—Ya veo por dónde va esto —dijo él.

—Le prohibí a Radha que viera a Sarah, que pasara tiempo con ella —dijo Amita—. Solo hasta después de los exámenes. Esperaba que eso rompiera el ciclo, que tal vez le mostrara a Radha que no

necesitaba estar cerca de alguien como Sarah Paris. Pero ya sabes cómo son los adolescentes, Jason.

—Lo sé —contestó él—. Yo también lo fui, por mucho que te cueste creerlo.

—Hubo un desagradable incidente en el colegio, diez días antes de que empezaran los exámenes de GCSE. Habían robado dinero de la colecta de la organización de beneficencia. Los profesores estaban convencidos de que habían sido Radha y Sarah. Yo dije que era imposible que fuera mi hija, que la habría castigado duramente si hubiera hecho algo así. Eché toda la culpa a Sarah Paris.

—¿Y Radha era inocente? —preguntó Jason.

A Amita se le llenaron los ojos de lágrimas. Negó con la cabeza.

—Maldita sea —dijo Jason—. ¿Qué le pasó a Sarah?

—La expulsaron —respondió Amita con voz ronca—. Radha me lo confesó y me dijo que tenía que contárselo al colegio, pero me lo callé. No quería que peligrara el futuro de mi hija. Intenté hacerle entender que yo solo quería lo mejor para ella. Sarah acabaría descarrilando, y yo no quería que arrastrara a Radha con ella. Al final, tu mujer lo superó, o me perdonó, no sé cuál de las dos cosas.

—No estoy tan seguro de eso —dijo él—. La otra noche parecía tener muy claro lo que pasó y cómo se sintió. ¿Y Sarah? ¿No delató a Radha? ¿Cómo reaccionaron sus padres?

—No sé si les importó mucho —dijo ella—. Eran una pareja extraña, muy centrados en sus negocios y muy ambiciosos. Creo que por eso ella era como era. Siempre buscando atención, ya fuera de ellos, de Radha, de todos o de cualquiera, en realidad. Murieron en un accidente de coche hace años. Sarah no tenía hermanos, era hija única. Heredó toda la propiedad para ella sola. Aunque oí rumores de que había tenido un hijo, no vi ningún compromiso ni boda en el *Herald,* y ya sabes que nunca me pierdo la columna de nacimientos, matrimonios y defunciones.

No me digas. Sobre todo, las muertes.

—Bueno, está claro que tuvo que tener mucho trabajo cuando heredó y empezó a dirigir un hotel como ese ella sola, y lo ha hecho muy bien, ya sea en memoria de sus padres o a pesar de su negligencia —dijo Jason—. Sin embargo, entiendo que Radha se

sienta tan molesta por todo esto: la culpa y la ira combinadas son una mezcla terrible.

—Un asunto espantoso. No debería haberlo hecho. Sarah era culpable, pero Radha también. Quiso confesar y luego tuvo que ver cómo castigaban a su amiga.

Jason había visto remordimiento durante su etapa como reportero. Cuando no estaba cubriendo concursos de calabazas gigantes o apariciones en rebanadas de pan tostado, había realizado algunas entrevistas serias y contundentes a políticos locales, empresarios o simplemente a personas que estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado. Había aprendido a captar las señales y el lenguaje corporal, y a saber cuándo alguien mentía. Amita, su suegra, era tan sincera como él sabía que podía ser. Tenía aspecto de sentirse fatal, de sentirse culpable, con los hombros caídos y derrotada.

—Es lo que hay —dijo él, lo cual no sonó muy reconfortante.

—Sí, me temo que sí —sollozó ella, tratando de animarse—. Si podemos dar la vuelta por detrás, lejos de la policía, deberíamos poder colarnos dentro sin que nadie se dé cuenta. Ya ves por qué Sarah Paris no me recibiría con los brazos abiertos si me viera. Pero tenemos que entrar como sea.

Jason no estaba convencido. Dejó escapar un gemido para indicarlo.

—O hacemos eso, o no descubrimos lo que ha pasado ahí dentro y llegamos al fondo de esto antes de que más gente resulte herida —dijo ella—. ¿Qué prefieres que pase?

—Prefiero que no nos arresten por entrar en la escena del crimen.

—No lo harán —dijo Amita, esta vez sin parecer muy convincente —. En realidad, no sabemos si ha habido otro delito. Puede que solo seamos dos personas que necesitan urgentemente un día de *spa*. No hay nada ilegal en eso.

Amita se giró en su asiento. Miró por la ventana trasera y vio los coches de policía a lo lejos, al final del largo camino de entrada que llevaba al complejo turístico.

—Vamos, Jason, solo echaremos un vistazo rápido —dijo—. Aquí está pasando algo y tenemos que averiguar qué es. Si no es nada,

perfecto; quien no arriesga no gana.

—Pero nunca es nada, ¿verdad, Amita? A estas alturas, eso ya lo sabemos los dos.

[24] *Park Avenue Beat,* también conocido como el «Tema de *Perry Mason*», fue el tema musical de la serie dramática de la CBS *Perry Mason,* de 1957-1966. Es obra del compositor Fred Steiner.

[25] El GCSE es el Certificado General de Educación Secundaria, por sus siglas en inglés (General Certificate of Secondary Education), del Reino Unido.

18. *Falling*[26]

Jason y Amita salieron del coche y empezaron a andar por la carretera de servicio que conducía a la parte trasera de Askling Manor. Estaban a mitad de camino cuando ella salió del asfalto.

—Vamos —dijo.

—¿Qué? Vamos ¿adónde? Amita, eso es un puñetero bosque —dijo él, señalando los árboles.

—Tú solo sígueme, ¿vale? —dijo ella.

Treparon por una pequeña valla de alambre. El barro estaba húmedo, y las hojas viejas caídas en otoño crujían bajo las zapatillas y las botas. Serpenteando entre los árboles, no perdían de vista las luces intermitentes de los vehículos policiales que había frente al complejo turístico.

El suelo cedió un poco y Jason casi se cae. La tierra le llegaba hasta la rodilla. Amita se detuvo y lo ayudó a liberarse, y siguieron adelante. Se fueron alejando proyectando un amplio arco con respecto a la casa solariega para mantenerse fuera de la vista.

El bosque rodeaba el edificio principal, y la enorme anexión acristalada de la parte trasera quedó a la vista. Los árboles dieron paso a un campo abierto entre ellos y el edificio del *spa*. Amita se detuvo. Se aseguró de que nadie los hubiera visto vagando por el bosque.

—Vamos a tener que correr —dijo, con el aliento formando una nube de vapor frente a ella.

—¿Correr? Amita, yo no corro —se quejó Jason—. No he vuelto a correr desde que terminé la escuela.

—Pues ahora vas a tener que correr —le reprendió ella—. Si no, la policía nos verá y nos meterá en la cárcel.

—¡Eso no es lo que dijiste en el coche! ¿Qué ha pasado con lo de que solo somos unos entusiastas del *spa*? —se atrevió a preguntar Jason.

—Estás cubierto de barro hasta la rodilla y tienes ramitas en el pelo; no parece que estés dando un paseo antes de ir a la sauna, Jason, así que volvemos a mi plan original: ¡correr!

Amita salió corriendo a campo abierto. Corrió ágilmente por el campo, deslizándose con destreza sobre la hierba llena de baches y los montones de césped. Jason respiró hondo. Su propia carrera no era ni mucho menos tan elegante ni eficiente. Se tambaleó y se retorció, reprimiendo un gemido mientras se torcía los tobillos y avanzaba trabajosamente por el campo.

Afortunadamente, los imponentes muros de Askling Manor pronto se alzaron ante él. Se derrumbó en el camino que bordeaba el exterior del edificio, jadeando para recuperar el aliento.

—Deberías hacer algo de ejercicio —le aconsejó Amita—. No eres un anciano, Jason. Esa distancia no tendría que ser difícil para una persona de tu edad.

—Ahora no, Amita —dijo, levantándose lentamente—. Ahora no.

Se miró. No solo estaba cubierto de barro, sino también de una capa de sudor. Le goteaba la nariz y le ardían los pulmones. Aunque consiguieran entrar, desentonaría por completo entre los huéspedes acicalados y relucientes del complejo de ocio.

—Probemos una puerta —dijo Amita.

Avanzaron por el borde del edificio, pasando por ventanas y pequeñas terrazas con mesas y sillas de hierro fundido que seguían estando fuera desde los meses de verano. El enorme anexo acristalado estaba justo delante. Las ventanas estaban empañadas y se veían figuras borrosas moviéndose al otro lado. Cuando llegaron a los gigantescos paneles panorámicos de cristal, Amita se detuvo.

—Debería haber una salida de incendios o algo así por aquí —dijo.

—Aquí, ¿qué tal esto?

Jason empujó una larga barra. Se abrió una puerta y salió una ráfaga de aire caliente. El olor a cloro se mezclaba con el de eucalipto y le hizo llorar los ojos a Jason.

—Vamos allá —dijo mientras entraban.

La impresionante estructura de cristal albergaba una piscina de buen tamaño y una serie de bañeras y *jacuzzis* más pequeños. Había unos cuantos huéspedes repartidos por el borde, tumbados en

hamacas disfrutando del ambiente o de un baño matutino. Si se había cometido algún delito, no había rastro del mismo en este palacio del placer.

—Vamos, rápido —dijo Amita.

Se colaron dentro y se dirigieron hacia la entrada principal del *spa*. El único personal que vieron estaba reunido en grupo hablando, y nadie pareció darse cuenta de ellos cuando pasaron por delante rápidamente. Caminaron a toda prisa por un pasillo que conducía al cuerpo principal del hotel.

—¿No es raro esto?

—¿Qué? —preguntó ella.

—Nadie parece habernos visto.

—Quizá tengan problemas más importantes —dijo Amita—. Después de todo, hay policías por todas partes, solo que no se están dando una vuelta por la piscina.

—Es cierto —asintió Jason.

El vestíbulo principal del lujoso hotel se abrió ante ellos. Así como los pasillos del *spa* estaban desiertos, este lugar era un hervidero de actividad. El personal, los huéspedes y la policía se arremolinaban alrededor de los mostradores principales y de la entrada principal. Nadie parecía saber adónde iba, pero tenía que llegar adonde fuera rápidamente.

—Cuidado —dijo Jason.

Agarró a Amita por los hombros y la empujó hacia la pared. Estaban protegidos del bullicio detrás de una enorme planta decorativa de *Monstera*. Mirando a través de las hojas, Amita se liberó del agarre de Jason.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella.

—Mira allí —dijo Jason.

Señaló a través de la planta hacia el vestíbulo abierto. Allí, en medio del caos y la confusión, la inspectora Sally Arendonk informaba a un grupito de agentes vestidos de paisano.

—Oh, no —susurró Amita.

—Oh, no, tienes razón —coincidió Jason—. ¿Nos habrá visto?

Jason sintió cómo se le iba el color de la cara. Si solo se tratara de un refuerzo de la seguridad, Sally no estaría allí. Observó a

Arendonk desde el resguardo de la planta. Parecía preocupada, concentrada. No quería decepcionarla dejándose pillar husmeando por el hotel.

—Creo que deberíamos irnos —susurró—. No podemos arriesgarnos a que Arendonk nos vea. Se ha portado demasiado bien con nosotros como para seguir provocándola.

El sonido de alguien carraspeando respondió a Jason antes de que su suegra pudiera hacerlo. Lentamente, la pareja se dio la vuelta. Un caballero mayor que vestía un chaqué similar al del recepcionista del otro día, con un chaleco a juego, los miraba fijamente. Arqueó una ceja perfectamente depilada, con sus ojos azules claros mirando por encima de unas gafas de media luna.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó—. Estaré encantado de organizar el transporte de nuestras plantas a sus habitaciones para que las examinen. Si es que, efectivamente, son huéspedes del hotel.

Jason y Amita se pusieron lentamente de pie. El elegante miembro del personal los miró de arriba abajo. Se detuvo en la pierna sucia y las botas estropeadas de Jason y luego volvió a esbozar una sonrisita burlona.

—No será necesario —dijo Amita, tratando de sonar amigable—. Estábamos buscando el *spa*. Es solo que… nos sorprendió un poco ver a todos estos policías.

La mueca de desprecio del empleado se acentuó. Echó un rápido vistazo al vestíbulo y volvió a aclararse la garganta.

—Sí, un asunto desafortunado —dijo—. Nos han asegurado que las interrupciones en los servicios normales del hotel se reducirán al mínimo mientras estén aquí.

—¿Qué asunto desafortunado exactamente? —preguntó Jason.

—No estoy autorizado a decirlo, señor —fue la respuesta.

—Venga, dígalo —insistió Jason—. Un lugar tan elegante como este, repleto de policías. Y usted, como… —Hizo una pausa para mirar la insignia de la solapa del hombre—. Usted, como recepcionista jefe, tiene que estar al tanto, ¿no?

El hombre se movió un poco inquieto, haciendo chirriar sus zapatos bien lustrados. Miró a su alrededor, asegurándose de que

nadie estuviera escuchando.

—Un huésped se ha puesto enfermo —dijo en voz baja—. Y ahora la policía está involucrada. Es todo lo que puedo decir.

—¿Enfermo? —preguntó Amita—. ¿Cómo de enfermo? ¿Es contagioso?

—No puedo decir nada más —dijo el hombre cortando el aire con las manos—. Ahora bien, si ustedes se alojan en el hotel, les recomiendo encarecidamente que regresen a sus habitaciones hasta que la policía haya concluido su trabajo. Mi personal está repartiendo vales para nuestro restaurante, por cortesía de Askling Manor, como pequeña muestra de agradecimiento, dadas las circunstancias. Si buscan el *spa,* creo que allí les pueden proporcionar cubrezapatos. Yo…

—¡Oye!

La voz de Arendonk pareció resonar por encima del bullicio del vestíbulo. Jason y Amita giraron instintivamente la cabeza hacia la detective. Ella los miraba fijamente, y su grupo de agentes también los observaba.

—Ay, no —dijo Amita.

—¡Tenemos que salir de aquí rápidamente! —siseó Jason, empujando a Amita hacia la puerta del pasillo.

Esta vez no había ningún armario de lavandería a mano. Pensó en suplicarle a Arendonk que les dejara marchar, pero fueron sus oficiales subalternos los que irrumpieron por las puertas tras ellos. No parecían tan comprensivos como la inspectora.

—¡Corre! —gritó Jason.

Por segunda vez esa mañana, se encontró corriendo. Y no solo eso, sino que una vez más estaba atravesando a toda velocidad uno de los hoteles más bonitos de Cumbria. Las astillas que se había clavado antes en la espinilla aún estaban lo suficientemente frescas como para causarle un gran malestar. Cojeando por el pasillo, corrió de vuelta hacia el *spa*. Amita no tenía esos problemas y se adelantó rápidamente. Se abrieron paso entre los demás huéspedes y el personal hasta llegar al anexo del *spa*.

Jason sabía que iba demasiado rápido para detenerse. Era un instinto, un recuerdo largamente enterrado de su falta de

coordinación que lo transportaba a los días de deporte del colegio y a las pesadillas que los acompañaban. Su pie resbaló sobre algo mojado cerca del borde de la piscina. Perdió el equilibrio, pero su impulso lo llevó hacia delante. Hubo un momento de quietud, casi de paz, en el que debió de estar suspendido en el aire, sin ninguna parte de su cuerpo en contacto con el suelo. Luego vino el chapoteo cuando cayó de cabeza en la piscina.

Una ráfaga de burbujas y de miedo lo envolvieron mientras su mente intentaba ponerse al día con su cuerpo. Intentó gritar, pero su boca se llenó de agua. Se agitó hasta que todo se inundó en una cacofonía de ruido y caos.

Alguien lo agarró y lo sacó del agua. Lo dejaron en el borde de la piscina, tosiendo y escupiendo agua, empapado hasta los huesos. Dos pies aparecieron a su lado, unas botas discretas y los bajos de unos pantalones de traje igualmente discretos. Jason no necesitó levantar la vista para saber quién era.

—Señor Brazel —dijo Arendonk, agachándose a su lado—. Nos apetecía un baño matutino, ¿verdad?

[26] La canción instrumental *Falling,* compuesta por Angelo Badalamenti, es el tema principal de la serie de televisión *Twin Peaks,* creada por David Lynch y Mark Frost.

19. *Straight Up and Down*[27]

—Estoy un poco harto de presentarme en las comisarías vestido solo con un albornoz —dijo Jason.

Le castañeteaban los dientes mientras se ajustaba el cuello mullido del albornoz de Askling Manor. Sus rodillas desnudas le temblaban bajo la mesa de interrogatorios, y las chanclas de cortesía aplaudían con cada golpe.

—Te está bien empleado por correr como un loco —dijo Amita, sentada a su lado—. ¿Nunca te han dicho que no debes correr por los bordes de las piscinas?

—Sí —respondió él—. Y no habría estado corriendo si tú no hubieras salido corriendo cuando Arendonk nos vio.

—¿Yo? —preguntó Amita con una voz extrañamente aguda—. Fuiste tú quien dijo que corriéramos.

—No, no lo dije —dijo Jason—. Detesto correr.

—Sí lo dijiste, Jason —insistió ella—. ¿Acaso yo aprobaría huir de los detectives de la policía? Soy una persona mayor respetable.

—Ahora ya da igual —dijo él—. Estamos aquí. Nos pillaron in fraganti, y me estoy congelando el trasero por haberme dado un chapuzón inesperado. Por una vez, solo por una vez, me gustaría estar sentado en esta comisaría completamente vestido y sin nada de qué sentirme culpable. ¿De verdad es eso tan difícil de pedir?

—Se recoge lo que se siembra —dijo Amita.

—¿Y eso qué significa?

Ella resopló y se irguió un poco en la silla.

—Mi madre solía decir eso —dijo—. Creía firmemente en que el universo te devuelve lo que das. Es una idea muy popular hoy en día, pero ella siempre lo repetía. Nos enseñó a mis hermanos y a mí que en este mundo puedes crear tu propia suerte y que tus acciones siempre tienen consecuencias.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jason.

—Mira lo que hemos pasado estos últimos años. Todo se reduce a acciones y consecuencias. Las cosas nunca cambian realmente, ¿verdad? Quiero decir, la tecnología, la moda, el ancho de los pantalones pueden cambiar, pero sigue siendo el mismo mundo, solo que con un aspecto un poco diferente. La historia siempre se repite.

—Gracias por eso. —Suspiró Jason—. Si antes no estaba deprimido, ahora sí lo estoy.

La puerta de la sala de interrogatorios se abrió con un dramático silbido. Sally Arendonk entró con paso firme, llena de determinación y energía. Rodeó la mesa y ni se molestó en sentarse. Se inclinó sobre Jason y Amita, que tensaron los hombros como niños que se preparan para un encuentro con el director.

—Bien, vosotros dos —dijo la inspectora—, antes de que empecéis a bombardearme con excusas, quiero saber dos cosas. Uno, ¿qué hacíais en Askling Manor? Y tened en cuenta que he visto la lista de huéspedes, así que sé que no estabais allí para pasarlo bien el fin de semana.

—¿Con mi sueldo? Debes de estar bromeando —se burló Jason.

Arendonk le lanzó una mirada prolongada y severa. Después de eso, se quedó callado.

—Y dos —continuó ella—, ¿qué parte de «no os involucréis en un caso de asesinato de un famoso» no entendéis? ¿Es la parte de «un famoso», o lo del asesinato? ¿O tengo que explicaros, palabra por palabra, lo que significa en realidad «no os involucréis»?

Silencio. Jason miró a su suegra en busca de inspiración. No obtuvo nada, ya que Amita se volvió hacia él en busca de lo mismo.

—Bueno… —comenzó ella.

—¡Un momento! —dijo Arendonk levantando un dedo—. Piensa muy muy detenidamente lo que vas a decir, Khatri. Podría marcar la diferencia entre que ambos salgáis de aquí por vuestra propia voluntad o que os aplique todo el peso de la ley y os envíe a la cárcel durante mucho tiempo.

—¿Por qué cargo? —preguntó Jason.

—No lo sé. Aún no se me ha ocurrido ninguno —respondió la inspectora—, pero seguro que se me ocurre algo.

—Corrupción policial manifiesta —murmuró Jason entre dientes.

—¿Cómo?

—Nada.

Las dagas de Arendonk continuaron apuntando en dirección a Jason. Amita se inclinó hacia delante sobre la mesa.

—Inspectora, sabemos que ha sido un error, pero de verdad que no pretendíamos causar perjuicios —dijo.

—Vale, no es el comienzo que esperaba —dijo Arendonk, y se sentó frente a ellos, desarmada por el arrepentimiento—. Esperaba que me dijerais que estabais practicando un poco de salvamento, con tu chapuzón completamente vestido, Jason. Pero una disculpa, eso es inesperado. Voy a morder el anzuelo. Continuad.

—Simplemente teníamos curiosidad por ver a qué se debía toda la actividad policial que había en el vestíbulo, eso es todo —explicó Amita.

—Todo perfectamente inocente, por curiosidad, es verdad, pero no era nada ilegal —dijo Jason.

—Entonces, ¿por qué echasteis a correr cuando os vi? —preguntó la inspectora—. ¿Por qué tuve que poner a cuatro de los mejores agentes del CID a mi disposición a perseguiros por un hotel de lujo para acabar sacándote, Brazel, de la piscina como a un hurón medio ahogado?

—Eh… —dijo Jason.

—Exacto. ¿Cómo habríais visto la actividad policial en Askling si no hubierais venido a meter las narices en mi investigación? —preguntó Arendonk frunciendo los labios—. Así que lo intentaré de nuevo: ¿qué hacíais en el hotel?

Amita pensó en inventarse una excusa poco convincente, pero respetaba demasiado a Sally Arendonk como para hacerlo. Suspiró.

—Esperábamos hablar con el señor Derek Veland —dijo.

—¿Hablar con él sobre qué exactamente?

—Sobre Simon Nakamba —dijo Jason.

—¿Por qué?

—Pensamos —Amita carraspeó— que él podría saber algo más del asesinato del señor Nakamba.

—O eso, o que él es el culpable —añadió Jason.

Eso provocó una mueca de Arendonk. Frunció el ceño y le aparecieron unas ligeras arrugas en la frente.

—Así que, o bien estabais acosando a un famoso, o bien estabais pasando el rato con un asesino. Bonitas opciones, chicos. Y ¿por qué pensaríais exactamente que Derek Veland tenía algo que ver con el asesinato de Simon Nakamba? —preguntó en voz baja.

—Tuvimos la suerte de encontrarnos con el señor Veland hace uno o dos días —dijo Amita—. Pero se encontraba en un estado lamentable.

—Borracho como una cuba —añadió Jason.

Los ojos de Arendonk se movían rápidamente de uno a otro.

—Sí, ebrio —dijo Amita—. Nos ofreció dinero para que no contáramos a la prensa el estado en que se encontraba.

—¿Se puso violento con vosotros? —preguntó ella.

—No —respondió Amita—. Aunque gritó bastante. Estaba claro que todavía estaba bajo los efectos de lo que fuera que hubiera tomado. Dijo que había tenido sus propios problemas con Simon Nakamba en el plató, como la mayoría de las personas que trabajaba con el director. Solo que Jason y yo no estábamos del todo convencidos de que pudiéramos tomar en serio su testimonio, dado lo… inestable que parecía.

—Lo que mi suegra intenta decir, Sally, es que Veland estaba fuera de sí y podría haber dicho cualquier cosa. Pero es lo suficientemente grande y fuerte como para mover un cuerpo, y tenía los medios y el motivo para hacerle algo desagradable a Simon Nakamba si hubiera querido. Y nos pagó para que nos calláramos.

Arendonk apartó la mirada de la pareja por primera vez desde que irrumpió en la sala de interrogatorios. Golpeó la mesa con un dedo, reflexionando sobre algo. Luego se levantó rápidamente. Rodeó la mesa y se dirigió hacia la puerta. Miró al pasillo y volvió a entrar, asegurándose de cerrar la puerta tras de sí. Amita y Jason estaban perplejos.

—Lo que voy a contaros no debe salir de aquí —dijo la detective, volviendo a su silla.

Dudó un momento, como si estuviera luchando con lo que iba a decir. Amita y Jason se inclinaron hacia delante.

—Sea lo que sea —dijo Amita—, puedes contárnoslo, inspectora. Puedes confiar en nosotros.

—¿Confiar en vosotros? —Se rio—. ¡Él es periodista y tú eres la jubilada con más contactos de Penrith! Además, confié en vosotros para que no interfirierais en este caso y mirad a dónde me ha llevado eso.

—Técnicamente, soy un periodista en paro —dijo Jason—. Y ella no tiene tantos contactos como cree.

—¿Perdón? —exclamó Amita.

Arendonk se frotó la frente.

—Ni una palabra de esto sale de esta habitación —dijo—. ¿Entendido?

—Por supuesto —dijo Amita.

—Desde luego —dijo Jason.

—Bien —continuó la inspectora—, alrededor de las cinco de la mañana recibimos una llamada del personal de Askling Manor para informarnos de que habían encontrado a un huésped muerto en su habitación.

—¡Lo sabía! —exclamó Amita chasqueando los dedos.

—Sí, enhorabuena por tropezar con otro cadáver —dijo Arendonk con severidad—. Cuando llegaron los agentes, encontraron al huésped en su habitación, tumbado bocarriba en la cama, con lo que parecía ser un montón de frascos vacíos de medicamentos recetados y varias botellas de alcohol vacías esparcidas a su alrededor. A primera vista, una muerte accidental.

—Terrible —dijo Jason.

—Sin embargo, tras una investigación más exhaustiva, los agentes que acudieron al lugar se percataron de la identidad del huésped y de que dicho huésped era una persona de interés en una investigación de asesinato en curso. —La actitud tranquila de Arendonk se volvió dura—. ¿Entendéis lo que intento decir?

—Un momento —dijo Jason—. ¿Estás tratando de decirnos que, en primer lugar, Derek Veland está muerto?

—¿Y que estaba en tu lista de posibles sospechosos del asesinato de Simon Nakamba? —preguntó Amita.

Arendonk apretó los labios con tanta fuerza que parecía que no tenía boca.

—Maldita sea —dijo Jason, recostándose en su asiento—. ¿Veland está muerto y vosotros pensabais que podía ser el asesino?

—No lo has oído de mí —dijo la detective.

—Espera —dijo Amita—. Si sospechabais de Derek Veland, debíais de tener pruebas bastante sólidas que apuntaran a que era capaz de asesinar a Simon Nakamba.

Arendonk soltó un largo y cansado suspiro. Tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—No puedo creer que vaya a decir esto, ya que sospecho que ninguno de los dos necesita que le doren la píldora en este momento —dijo—. Pero el equipo de investigación superior había llegado a la misma conclusión que vosotros.

Jason soltó una carcajada. Dio una palmada en la mesa y luego apretó los hombros de Amita.

—¿Has oído eso? —se burló—. Ellos también pensaban que Veland era el asesino. Es lo bastante grande, lo suficientemente inestable y tiene motivos para hacerlo. ¡Teníamos razón, Amita! ¡Dimos en el clavo!

—Era —dijo Amita.

—¿Qué?

—Veland era lo bastante grande, inestable, etcétera. Está muerto, Jason. Y tengo la sensación de que la inspectora Arendonk está a punto de decirnos que no cree que haya sido un mero accidente.

Jason se volvió hacia la detective, con el rostro inexpresivo al darse cuenta de lo que estaba pasando.

Arendonk tenía el rostro sombrío.

—Si estáis a punto de sugerir que podríamos estar ante un asesino en serie, entonces no tendría que corregiros —dijo.

Jason y Amita se estremecieron al unísono.

—Pensé que eso llamaría vuestra atención —añadió Arendonk.

—Maldita sea —susurró Jason.

—Esto es horrible —coincidió Amita—. Un asesino en serie, aquí, en Penrith. Es increíble.

—Créeme, Amita, es muy posible —dijo la detective—. Pero eso también significa que creo que vosotros dos deberíais manteneros alejados. Por vuestra propia seguridad.

Amita pensó que se la veía cansada. Una expresión demacrada se había apoderado de sus rasgos juveniles. Las arrugas de su frente se hacían más profundas por segundos. La energía vivaz que Amita y Jason esperaban de la inspectora de policía había desaparecido. En su lugar, había una pesadez, una preocupación que parecía brotar de todos sus poros.

—Huelga decir que los medios de comunicación y el público aún no saben nada de esto —dijo—. Y me gustaría que siguiera siendo así hasta que nuestro equipo haya encontrado algo. Lo último que necesitamos es que cunda el pánico.

—¿Cómo puedes estar segura de que las dos muertes están relacionadas? —preguntó Jason—. Quiero decir, tal vez solo sea una terrible coincidencia.

Arendonk metió la mano en el bolsillo. Sacó su teléfono y lo deslizó por la mesa. Jason, intuyendo que no iba a ser una imagen agradable, cogió el dispositivo y miró primero. Hizo una mueca al comprender lo que veía en la pequeña pantalla. Se lo estaba devolviendo a la inspectora, para ahorrárselo a Amita, cuando su suegra se inclinó, respiró hondo y también miró. Se tapó la boca con la mano, sorprendida por la imagen del teléfono, a pesar de sus intentos por armarse de valor. El rostro pálido e hinchado de Derek Veland la miraba fijamente desde la foto, con gruesos moratones alrededor de la garganta y el cuello.

—Lo siento —dijo la detective—. Pero, como podéis ver, su prematura muerte no se debió solo a todas las pastillas y polvos que seguro encontraremos en el organismo de Derek Veland cuando lleguen los resultados de la autopsia. Es evidente que lo estrangularon hasta matarlo.

—De nuevo, podría ser solo una coincidencia —dijo Jason.

—Ay, déjalo ya, Jason —dijo Amita, apartándose de la foto—. ¿Dos personas, un actor y un director de renombre, ambos asesinados, con una semana de diferencia, mientras trabajaban en la misma

producción? No hace falta ser un policía del prestigio de la inspectora Arendonk para darse cuenta de lo que está pasando aquí.

—Vale, vale, cálmate —dijo levantando las manos—. Solo estaba haciendo de abogado del diablo, eso es todo. Mi trabajo consiste en no sacar conclusiones precipitadas.

—¿Qué estáis haciendo al respecto? —preguntó Amita a la inspectora—. Supongo que tenéis vigilados a todos los actores principales de la producción.

—Por supuesto que sí —respondió la detective con un chasquido de lengua—. Y hemos juntado a todo el equipo de producción y hemos escoltado a cada uno de ellos a sus respectivos alojamientos por toda la ciudad. Nadie más que el personal de Askling se ha dado cuenta de que pasa algo raro, de momento. He pedido a la producción que no informe a la prensa sobre la muerte de Veland.

—No se mantendrá en secreto para siempre —dijo Jason.

—Me gustaría pensar que al menos intentarás mantener la boca cerrada —dijo Arendonk.

—No es por mí por quien tienes que preocuparte —dijo él—. Debe de haber como cien empleados en este hotel. Por no hablar de todos los huéspedes. No hace falta ser un periodista curtido como yo para darse cuenta de que ha pasado algo grave. Y ahí es cuando la gente empieza a atar cabos.

La expresión sombría de Arendonk se acentuó.

—¿Por qué nos cuentas todo esto? —preguntó Amita. Era una buena pregunta—. ¿Qué tenemos de especial?

Arendonk guardó su teléfono con calma y delicadeza. Juntó las manos sobre la mesa que tenía delante e inclinó la cabeza hacia un lado.

—Vuestras experiencias pasadas con este tipo de cosas en Penrith y los alrededores no han pasado desapercibidas para mí ni para algunos de mis colegas —dijo diplomáticamente—. Y, como investigadora principal, pensé que sería prudente al menos consultar con vosotros para ver si teníais alguna teoría viable sobre quién podría ser el culpable.

—Lo que estás diciendo es que necesitáis nuestra ayuda —dijo Jason.

Tenía una sonrisa descarada en el rostro. Arendonk lo percibió e hizo todo lo posible por no saltar sobre la mesa y darle un puñetazo en la nariz.

—Lo que digo es que, en una situación como esta, estoy abierta a cualquier sugerencia sobre cómo llevar a este maniaco ante la justicia. Sé que hay agentes que recurren a todo tipo de medios extraoficiales (videntes, delincuentes, psicólogos de mascotas…), cualquier cosa con tal de obtener respuestas. Así que, si vosotros dos, Poirots de salón, creéis que tenéis algo que aportar, ahora es el momento.

—Ella necesita nuestra ayuda —le dijo Jason a Amita, encantado.

—Jason, por favor —replicó su suegra—. Inspectora, como siempre, cuenta con toda nuestra colaboración. No diremos ni una palabra de esto a nadie fuera de esta comisaría. Y cualquier cosa que descubramos se la comunicaremos inmediatamente.

—Bien —dijo Arendonk—. Eso es todo lo que quería oír. Así que tu salto de cisne a la piscina fue completamente innecesario, Jason. Solo quería asegurarme de que supierais en qué os estabais metiendo. No podía dejaros hacer vuestro habitual papel de detectives sin que supierais que este podría ser un tipo de criminal completamente diferente a los otros a los que os habéis enfrentado en el pasado. No quiero tener que incorporar vuestras muertes a mi lista de casos, ni a mi conciencia.

Se levantó, y su silla chirrió al deslizarse por el linóleo desgastado. Rodeó la mesa, abrió la puerta y se quedó a un lado.

—Han dejado vuestro coche en el aparcamiento —dijo—. Uno de nuestros conductores lo ha traído desde Askling Manor.

—¿Y mi ropa? —preguntó Jason.

—En una bolsa de plástico en el maletero —respondió la detective.

Arendonk los acompañó por los familiares pasillos de la comisaría de Penrith, donde solo unas pocas cabezas se giraron al ver a una jubilada con ropa deportiva adornada con pedrería y a un hombre de mediana edad, empapado, en albornoz. Los dejó en una salida lateral que daba al aparcamiento. Su coche estaba al otro lado, rodeado de coches patrulla y furgonetas.

—La versión oficial, como siempre, es que no debéis entrometeros —dijo—. Sin embargo, sé que eso es como pediros que aprendáis griego antiguo de la noche a la mañana. Así que, si surge algo que creáis que puede ser de ayuda o de interés para la investigación oficial, no dudéis en llamarme. ¿Entendido?

—Por supuesto —dijo Amita.

—Y no hace falta decir que todo esto es estrictamente confidencial y extraoficial. ¿Está claro, Brazel?

Jason no dijo nada. Entonces Amita le dio un codazo en las costillas.

—Sí, sí, por supuesto —dijo—. Caramba, hoy en día no se puede publicar nada.

—No hagáis ninguna tontería —dijo la inspectora—. Seguís siendo ciudadanos de a pie y, como he dicho, no quiero tener que sacaros a ninguno de los dos del río Eden. ¿Queda claro?

—Muy claro —dijo Jason.

—Gracias, inspectora —dijo Amita, tendiéndole la mano—. No te defraudaremos.

Arendonk les estrechó la mano y les hizo un gesto con la cabeza. Cerró la puerta de la comisaría tras de sí y los dejó en el aparcamiento, azotados por un viento frío.

—Esto es malo —dijo Amita, dirigiéndose al coche—. Esto es muy muy malo, Jason. Un asesino en serie, aquí, en Penrith. No puedo creerlo.

—No es nada bueno, lo sé —dijo él—. Arendonk los atrapará. No es de las que se quedan de brazos cruzados ante algo tan grave como esto. No creo que debamos preocuparnos demasiado.

—¿Que no hay que preocuparse? ¿No has oído lo que ha dicho? —gritó ella—. Hay un lunático suelto por la ciudad que mata a la gente como si fuera un juego o algo así. ¿Cómo no voy a preocuparme?

—También está toda la policía del condado buscándolo en este momento —dijo Jason—. Y, tan pronto como se difunda la noticia, puedes esperar ver policías de todo el país patrullando por nuestras callecitas. Créeme, Amita, estas cosas nunca duran mucho. Y, por horrible que parezca, el hecho de que nuestras dos víctimas estuvieran relacionadas me sugiere que el asesino no va «corriendo

por la ciudad» matando al azar a la gente de Penrith, sino que nuestro culpable tiene un plan. Eso lo convierte en alguien frío, calculador y peligroso, sin duda, pero yo diría que eso significa que no va a apuntar a cualquiera. —Jason esperaba que Amita no notara el quiebro en su voz mientras intentaba tranquilizarse a sí mismo tanto como a su suegra.

A lo largo de los años había informado sobre todo tipo de sucesos trágicos, y el hecho de que esperara que el asesino no estuviera matando a gente al azar no disminuía la conmoción de saber que se habían apagado dos vidas. Y la verdad tácita flotaba en el aire en medio de ellos: si el asesino había atacado dos veces, seguramente no dudaría en eliminar a cualquiera que se acercara demasiado a descubrir su identidad.

Llegaron al coche y se subieron. Las llaves estaban en el contacto. Él encendió el automóvil y puso la calefacción al máximo para ahuyentar el frío. Seguía temblando bajo su albornoz de Askling Manor. Intentó entrar en calor. Entonces vio el logotipo en su pecho.

—Espera —dijo—. ¿Qué hay de Sarah Paris?

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Amita, mordiéndose las uñas.

—¿Crees que hablaría con nosotros…, bueno…, quiero decir, conmigo? —preguntó él—. ¿Podría darnos un poco más de información que a la policía? ¿Una cara amiga que es un vecino de la localidad en un momento de crisis, alguien tan interesado como ella en asegurarse de que la reputación de Penrith no se vea empañada? ¿Algo así?

—No, Jason, no creo que lo haga. No, si me ha visto contigo. No, después de todo lo que pasó.

—Pero ella es la dueña de este sitio, Amita. Seguro que sabe algo —dijo él—. Tú misma lo has dicho: hay un lunático corriendo por los pasillos matando gente. No puedes dejar que los errores del pasado te impidan atrapar a un asesino.

Amita dejó de morderse las uñas. Sabía que él tenía razón, por supuesto. Este era el momento que había estado temiendo desde que se enteró de que el reparto y el equipo se alojaban en el lujoso complejo turístico. Solo de pensar en Sarah Paris se ponía nerviosa. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había visto a

esa mujer. Habían pasado muchas cosas, para todos. Veinte años podían hacer eso. Sin embargo, la culpa seguía ahí. Amita lo sabía muy bien.

—Alguien debe de haber visto algo anoche —dijo Jason, rompiendo su concentración—. Derek Veland no era un huésped cualquiera, era una celebridad. Los tipos como él no pueden evitar llamar la atención. Quizá Sarah sepa algo.

—Es posible —dijo Amita.

Jason notó su incomodidad.

—Mira, podría ser el momento de zanjar este asunto —dijo—. Podrías venir conmigo, disculparte por lo que hiciste, decirle que Radha intentó confesar y que tú se lo impediste. No tienes que hablar con ella tú sola. Fue hace mucho tiempo, Amita. Es la propietaria de un hotel de lujo. Aquella falta juvenil no le ha impedido prosperar. Probablemente haya olvidado todos los detalles. Yo no recuerdo lo que desayuné, y mucho menos alguna infracción que cometí en el colegio.

Él estaba haciendo todo lo posible, Amita lo reconocía. Asintió con la cabeza débilmente, sabiendo que era lo correcto.

—Me comportaré lo mejor posible —dijo él, sacando el coche de la comisaría—. Te lo prometo.

—Sí —dijo Amita, claramente escéptica sobre si era prudente seguir los consejos de un hombre que conducía un coche en albornoz húmedo—. Eso es lo que me preocupa.

[27] *Straight Up and Down* es una canción de The Brian Jonestown Massacre. Se utilizó como sintonía de la serie de HBO *Boardwalk Empire*.

20. *Hi Ho Silver*[28]

La tarde avanzaba cuando Jason y Amita regresaron a Askling Manor, ahora los dos vestidos de forma más convencional. La policía se había marchado, por lo que podían ver, pero toda la finca parecía ahora mucho más sombría. El cielo encapotado coincidía con el ambiente lúgubre que se respiraba en el interior. En lugar de merodear y escabullirse por el *spa,* esta vez la pareja se alegró de entrar tranquilamente por la entrada principal y, aunque el zumbido y el parloteo de los *walkie-talkies* de la policía habían sido sustituidos por música clásica, todos los empleados tenían una mirada ansiosa y agobiada. Jason supuso que se les habría encomendado la tarea de que el hotel volviera a funcionar con normalidad de la forma más rápida y discreta posible, pero también imaginó que no era una tarea fácil cuando, en alguna *suite* del piso de arriba, los especialistas forenses estarían registrando cada centímetro de la escena del crimen.

Para gran alivio de Jason y Amita, el recepcionista que los había perseguido por el hotel no estaba en su puesto. En su lugar, una joven de rostro alegre los saludó cuando se acercaron al mostrador.

—Buenas tardes y bienvenidos a Askling Manor —dijo—. ¿Van a registrarse?

—No —respondió Amita—. Me temo que no. Nos preguntábamos si sería posible hablar con la propietaria, la señorita Sarah Paris.

La recepcionista se sorprendió, pero no dejó que eso alterara su fachada de profesionalidad. Parpadeó y recordó su formación.

—¿Tienen cita? —preguntó.

—No, somos viejos amigos suyos —dijo Jason, apoyándose en el mostrador.

—Ya veo. —Parecía escéptica—. La señorita Paris no suele aceptar reuniones no concertadas. Tiene una agenda muy apretada y es raro que pueda hacer hueco para algo más sin previo aviso.

—¿No hay nada que puedas hacer, querida? —dijo Amita—. Es una vieja amiga de mi hija, Radha Khatri. Fueron juntas al colegio. Nos gustaría mucho hablar con ella sobre un asunto un poco delicado.

—Sobre el asesinato de Derek Veland —dijo Jason, con bastante franqueza.

Amita casi se atraganta de la sorpresa. Emitió un extraño silbido y se volvió para mirar a su yerno.

—¿Qué? —preguntó él—. Para eso estamos aquí, ¿no?

La joven recepcionista se mostró mucho más controlada. Cogió un teléfono cercano y marcó tres números.

—Señorita Paris, hay dos personas en recepción que desean hablar con usted sobre el suceso de anoche —dijo con calma—. Una señora afirma que usted es una vieja amiga de su hija, Radha Khatri.

Hubo una pausa. Amita contuvo la respiración.

—Excelente —dijo la recepcionista—. Los enviaré arriba inmediatamente.

Colgó el teléfono y sonrió.

—Si quieren tomar el ascensor hasta la última planta, la señorita Paris les estará esperando cuando lleguen.

Amita asintió con la cabeza y le dio las gracias. Jason estaba haciendo lo mismo cuando ella lo agarró y empezó a empujarlo por el vestíbulo.

—¿Te has vuelto loco, Jason? —le susurró enfadada.

—Dicen que lo estoy —respondió él.

—Has corrido un riesgo terrible. La inspectora Arendonk nos ha confiado esa información. Es confidencial.

—Ay, déjalo ya, Amita, ¿no oíste lo que le dije a Arendonk en la comisaría? Todo el mundo en este hotel sabrá lo que le ha pasado a Veland. De hecho, probablemente lo sabían incluso antes de que llegara la policía. En estos lugares, como en cualquier gran negocio, abundan los rumores. No se puede ocultar nada. Me atrevería a decir que la velocidad de los chismes aquí rivaliza con la de los rumores de los jubilados. Esa encantadora joven de la recepción estaba más que al tanto de lo que pasó anoche. Esperemos que su jefa esté dispuesta a darnos un poco más de información.

Entraron solos en el ascensor. Este los llevó a la última planta a una velocidad asombrosa. Las puertas se abrieron y ante ellos aparecieron un pasillo y unas estancias mucho menos opulentos. Habían desaparecido las finas alfombras, los muebles y los detalles decorativos que cabría esperar encontrar en un complejo turístico de cinco estrellas. En su lugar, había un techo bajo, paredes blancas estériles y un olor a aire viciado mezclado con lejía.

—Está claro que el lujo no es para el personal que trabaja entre bastidores —dijo Jason al salir del ascensor.

—Amita Khatri, no me lo puedo creer.

Sarah Paris se acercó a ellos con los brazos extendidos. Era alta, y aun así llevaba tacones, y caminaba con determinación sonriendo cálidamente a Amita.

—Sarah, qué alegría verte —respondió ella, vacilante—. Ha pasado mucho tiempo.

—Sí —dijo ella—. Demasiado tiempo.

Jason se quedó atrás observando a las dos mujeres. Tenía la inquietante sensación de que le habían quitado la anilla a una granada. Estaba esperando a que todo explotara. Pero la explosión nunca llegó.

Sarah soltó a Amita. Se apartó, se retiró el pelo de la cara y miró a Jason con una sonrisa.

—¿Y quién es este? ¿Tu juguete? —Se rio.

—No, por Dios —dijo Amita—. Este es Jason Brazel. Es mi yerno, el marido de Radha.

—Las mujeres Khatri siempre han tenido muy buen gusto —dijo Sarah, guiñando un ojo.

—Oh, déjelo, por favor —dijo Jason fingiendo timidez—. Encantado de conocerla, señorita Paris. Su hotel es impresionante.

—Sí, ese es el objetivo —dijo ella—. Aunque me va a llevar a la tumba antes de tiempo, como les pasó a mis padres. En realidad, quizá no sea la mejor frase para decir en un momento como este, ¿verdad?

Apretó los dientes. Jason se rio y Amita esbozó una sonrisa educada.

—Lamentamos mucho tener que estar aquí en estas circunstancias —dijo ella rápidamente—. ¿Hay algún lugar donde podamos hablar en privado?

—Por supuesto, acompañadme a mi despacho. ¿Os apetece tomar algo? ¿Té, café, algo del bar?

Tanto Amita como Jason rechazaron la oferta. Siguieron a Sarah hasta su oficina, una pequeña y estrecha habitación situada en una de las torres esquineras de la antigua mansión. Sarah despejó dos sillas de papeles y archivos y se las ofreció. Se dejó caer en su propio asiento, situado debajo de un intimidante cuadro de un hombre con el ceño fruncido.

—Menudo retrato —dijo Jason.

—Sí, es el primer conde que construyó este lugar —respondió ella —. Ojalá tuviera una máquina del tiempo para poder volver atrás y animarle a que pensara en las corrientes de aire y la calefacción.

Ella se rio ante eso. Jason también. Amita se mostró un poco más seria.

—Sarah, una vez más, no puedo expresar lo mucho que lamento haber aparecido sin avisar, en estas circunstancias —dijo—. Me dio mucha pena cuando me enteré del fallecimiento de tus padres.

—Gracias —sonrió la directora del hotel.

Metió la mano en un cajón y sacó una pequeña foto con un marco plateado. La miró con cariño antes de entregársela a Amita.

—Son ellos en su trigésimo aniversario de bodas —dijo—. Cerramos el hotel aquel fin de semana solo para nosotros. Nos pareció lo más adecuado, después de todo, era su vida entera. No podíamos imaginar que ambos fallecerían menos de un año después.

—Qué terrible —dijo Amita—. Debería haberme mantenido más en contacto. Debería haber preguntado por vosotros.

—No seas tonta. —Sarah volvió a sonreír y recuperó la foto—. Tienes tu propia familia y tu propia vida, Amita. Y nietos, según he oído.

—Dos —dijo ella—. Son la luz de mis ojos.

—Debes de estar muy orgulloso —le dijo Sarah a Jason.

—Muchísimo —respondió él—. También estoy orgulloso de los niños. Y de su madre, por supuesto.

Lo había dicho sin pensar. Temiendo que otra mención de Radha pudiera desencadenar algo, se irguió en su asiento y se preparó, maldiciendo en silencio.

—¿Y qué tal está Radha? —preguntó Sarah, sin rastro de amargura o enfado—. Bueno, espero que bien.

—Lo está —dijo Jason—. Bueno, tan bien como se puede estar estando casada conmigo y viviendo con ella. —Señaló a Amita, que estaba mortificada.

—Vamos, vamos, no te haces justicia a ti mismo, Jason, estoy segura.

Las mejillas de Jason se sonrojaron al oír eso. Echaba de menos a su esposa. Y se prometió comprarle flores antes de que ella llegara a casa del trabajo.

—Pero esto no es una visita social, ¿verdad? —preguntó ella.

Amita respiró hondo.

—No, me temo que no —respondió—. Jason y yo hemos estado investigando algunos de los sucesos más desagradables que han ocurrido en la ciudad en los últimos tiempos.

—Asesinatos, se refiere a asesinatos —aclaró Jason.

—Por decirlo sin rodeos, gracias, Jason —dijo ella—. Estamos ayudando a la policía con la reciente muerte de Simon Nakamba.

—La policía no tienen ninguna pista y, si puedo contártelo en confianza, necesitan nuestra ayuda —dijo Jason.

—Y tuvimos la oportunidad de hablar con el actor Derek Veland antes de su prematura muerte. Esperábamos poder hacerle un par de preguntas más cuando él… no estuviera tan cansado y alterado.

—Borracho y drogado —dijo Jason.

—Solo que, cuando llegamos aquí esta mañana, el hotel estaba rodeado por la policía, y enseguida descubrimos por qué.

—Así que queríamos saber, Sarah —Jason se inclinó hacia delante —, ¿qué sabes tú que la policía no sepa? —Siempre había sido partidario del enfoque directo.

Sarah Paris seguía tranquila y serena. Estaba sentada perfectamente quieta en su silla, bajo el cuadro bastante intimidante, tan imperturbable como si estuviera en una reunión de negocios normal en un día cualquiera, y no en una conversación

sobre un asesinato cometido justo debajo de donde estaban sentados. Sus dos visitantes buscaban cualquier signo de angustia o preocupación, cualquier cosa que delatara lo que realmente estaba pensando. No había nada.

Entonces llegaron las lágrimas. Amita se sorprendió al principio. Sarah parecía tan serena solo unos segundos antes. Ahora lloraba, sollozando entre sus manos.

—Oh, Sarah —dijo, levantándose para consolarla—. No pasa nada, cariño, no pasa nada.

—No lo entiendes —dijo la jefa del hotel, sin dejar de llorar—. Esto es lo último que necesitábamos. Lo último.

Amita abrazó a Sarah con fuerza. Jason quedó sentado al otro lado del escritorio sintiéndose completamente inútil. Había pensado que su encuentro con Pip Potter era lo más embarazoso que le iba a pasar esta semana y ahora, una vez más, no sabía dónde mirar ni qué decir. A menudo acusaba a Amita de ser como un elefante en una cacharrería, pero, cuando se trataba de cualquier tipo de interacción emocional, ella le llevaba mucha ventaja.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, tratando de ofrecer su ayuda.

Sarah seguía sollozando en silencio. Amita le acariciaba la espalda. Cuando estaba en el colegio, Sarah era el alma de la fiesta, le había contado Amita a Jason. Era entusiasta, generosa y extrovertida. Verla así ahora era devastador; desde luego, no parecía el momento de echar sal en la herida y sacar a relucir las incómodas circunstancias que rodearon su expulsión.

—Lo siento —dijo Sarah—. Lo siento mucho. Esto no es muy profesional.

—No tienes que ser profesional con nosotros —dijo Amita—. Somos amigos, buenos amigos en su momento, y estamos aquí para ayudarte. De todos modos, soy yo quien debería disculparse por…, bueno…, por muchas cosas, pero ahora mismo por haber perdido el contacto y aparecer así. Debería haber estado más presente para ti.

Amita soltó a Sarah. Rebuscó en el bolsillo de su cárdigan y encontró un pañuelo de repuesto. Sarah lo cogió con gratitud e intentó recomponerse. Se frotó los ojos, con el labio inferior aún temblando.

—No sé qué me ha pasado —sollozó—. Estos últimos días, incluso semanas, han sido un auténtico sándwich de estrés de tres pisos. Y luego, con todo lo que sucedió anoche, creo que verte, Amita, después de tanto tiempo, me ha destrozado.

Se acercó y le apretó la mano a Amita. Ella le devolvió el gesto.

—Lo sé —dijo—. Y siento mucho no haber estado ahí para ti, Sarah, desde que perdiste a tus padres. Tú y Radha erais como hermanas en su momento. Te debía mucho y no debí dejar que nos distanciáramos. Especialmente después de todo lo que pasó.

—Es una relación en dos direcciones —dijo ella—. Apenas he estado en contacto contigo o con Radha. ¡Por el amor de Dios, éramos amigas íntimas, como hermanas! Al principio me sentí culpable, luego enfadada, luego incómoda… Después crecí y supongo que la vida se interpuso. Soy madre soltera y tengo mi propio negocio. Hace una eternidad que no tengo tiempo para mis amigos. Este lugar domina todos mis pensamientos cuando estoy despierta, e incluso cuando no lo estoy. Imagínate tener sueños sobre facturas de lavandería y cursos de formación para el personal de sala de etiqueta.

—No me imagino que sea fácil dirigir un complejo turístico de cinco estrellas —dijo Jason.

Sarah asintió con la cabeza. Levantó las manos hacia la destartalada oficina de la torre oscura y lúgubre de la antigua mansión.

—Los clientes ven suelos bien pulidos y bombones en sus almohadas, pero esta es mi realidad —dijo—: Húmeda, con corrientes de aire y viviendo en el alero. Es lo mismo para todo el personal; yo no soy una excepción.

—Se predica con el ejemplo, ¿eh? —preguntó Jason.

—Algo así —respondió ella—. Mientras los huéspedes se vayan de aquí pensando que los han tratado como a la realeza, supongo que vale la pena. No sé, el negocio hotelero es bastante competitivo, en el mejor de los casos. Especialmente cuando se trata de casas de campo antiguas como esta. El mantenimiento cuesta una fortuna porque todo está catalogado. Y eso, sin que aparezca un famoso

muerto en una de tus *suites* y la policía haga acto de presencia, lo que no es precisamente una gran bienvenida para nuestra clientela.

Sarah se sonó la nariz. Se frotó la frente y se apoyó en el escritorio. Amita seguía sosteniéndole la mano.

—Siento tener que preguntarlo —dijo esta—, pero ¿hay algo, cualquier cosa, que no le hayas contado a la policía? ¿Algún detalle extraño o peculiar que te pareciera demasiado insignificante, demasiado tonto…?

—Nada. —Sarah negó con la cabeza—. La policía se ha llevado todas las cintas de las cámaras de seguridad disponibles de Veland en el hotel ayer y anoche. Estuvo cenando aquí, se retiró al bar para mantener una reunión durante unas cinco horas y luego subió a su habitación.

—¿Y estaba solo? —quiso saber Jason, preguntándose si en ese momento el equipo de Arendonk tenía imágenes de él y Amita de la mañana anterior; hacer de detectives era una cosa, pero aparecer como sospechosos era otra muy distinta.

—Salió solo del bar, si es eso lo que preguntas —respondió ella—. No sé qué pasó, de verdad que no lo sé. Aquí todo se cierra con llave después de medianoche; se necesita un mando, un pase o una llave para acceder a cualquier lugar. Nadie puede entrar o salir del edificio sin que alguien se dé cuenta. La idea de que lo estrangularan en su propia habitación es una locura.

Jason se giró hacia su suegra. Intercambiaron miradas preocupadas.

—¿Cómo lo estás afrontando? —le preguntó Amita a Sarah.

—«Afrontando» no es la palabra adecuada —respondió ella—. Es solo otro problema más al que se enfrenta este lugar. Como ya he dicho, mantener un edificio como este cuesta una fortuna. Ya solo las facturas de calefacción se llevan la mayor parte del margen de beneficio. Y luego están todas las tonterías de la sociedad histórica con las que tengo que lidiar. Si a eso le sumamos la temporada baja y la llegada de la Navidad, siento que me va a explotar la cabeza. Habría preferido que a Derek Veland lo hubieran asesinado en otro lugar. Que fuera problema de otra persona, ¿sabes?

—Sí, claro. —Amita le volvió a apretar la mano—. No pasa nada, Sarah. Todo va a salir bien; superarás todo esto. Tú no tienes la culpa de que hayan matado a Veland, y la reputación de un lugar como Askling Manor habla por sí sola. ¿No es así, Jason?

—¿Qué? —Parecía un poco sorprendido de que le preguntaran nada—. Ah, sí, claro. Todo el mundo conoce Askling Manor. Especialmente su piscina. Yo se la recomendaría a todo el mundo…

—Pues esa es otra —dijo Sarah con una risa triste—. Un tonto ha acabado allí hace un rato. Será otro caso legal que tendré que defender cuando ese cretino me demande por no haber puesto carteles que advirtieran de que no se puede correr por los bordes mojados de una maldita piscina.

Jason se sonrojó. Amita no dijo nada.

—Gracias a los dos —dijo Sarah—. Me ha alegrado volver a verte, Amita. Y siento haberte utilizado como confidente. No sé hasta qué punto he ayudado.

—Nos has ayudado mucho —dijo Amita—. Te llamaré mañana, cuando termines de trabajar, solo para charlar. Si quieres, podemos hacerlo de forma habitual. Necesitas liberar la presión de vez en cuando. No es saludable llevar el peso del mundo sobre tus hombros como lo has estado haciendo.

Sarah volvió a asentir con la cabeza. Tenía los ojos llorosos y parecía a punto de volver a romper a llorar. Un rápido golpe en la puerta de la oficina bastó para detenerla y se enderezó, se arregló la blusa y se soltó de la mano de Amita.

—¿Quién es? —preguntó.

La puerta se abrió con un clic. Una joven con el pelo y los ojos color avellana asomó la cabeza por el marco de la puerta.

—He oído llorar. ¿Estás bien, mamá? —preguntó.

—¡Abi! Entra —dijo Sarah.

La hija de Sarah entró con cautela en la oficina. Miró a Amita y a Jason de arriba abajo antes de acercarse a darle un abrazo a su madre.

—Abi, estos son viejos amigos míos —dijo Sarah—. La hija de la señora Khatri y yo fuimos juntas al colegio. Ella conocía a tus abuelos. Y este es su yerno, Jason.

—Hola —dijo Abi.

—Encantada de conocerte —la saludó Amita.

—Igualmente —dijo Jason.

—Abi está estudiando para ser enfermera —explicó Sarah, radiante de orgullo.

—¿En serio? —preguntó Amita—. ¿Sabes?, creo recordar que tu madre quería ser enfermera en algún momento.

—Creo que en algún momento quise ser de todo, Amita —dijo Sarah riendo.

—Es muy cierto —confirmó ella.

—Yo quería ser astronauta —contó Jason—. Pero no tenía la vista necesaria para ello.

—No creo que fuera solo el diagnóstico del oftalmólogo lo que se interpusiera en ese sueño —dijo Amita.

—Es cierto —reconoció Jason—. Supongo que he de admitir que no hay muchas oportunidades para los astronautas en Cumbria. La enfermería es una elección mucho más sensata. Una profesión honorable y valiosa. Nunca te faltará trabajo y puedes ir a donde quieras con un título como ese.

—Solo quiero ayudar a la gente —dijo Abi—. Hay tanta miseria que es hora de que todos demos un paso adelante y aportemos nuestro granito de arena. Si todos lo hiciéramos, el mundo sería un lugar mucho mejor. Para todos.

Amita sonrió. Le gustaba esta joven.

—Estarás orgullosa de ella —le dijo a Sarah.

—Por supuesto. Estoy muy orgullosa de ella. Y sé que sus abuelos también lo estarían si aún estuvieran aquí. Se enfadaron mucho cuando les dije que estaba embarazada. Acababa de salir de la adolescencia y no había ningún padre a la vista. Pero Abi fue mi salvación. Cuando tuvo la edad suficiente, vine a trabajar aquí con mis padres. El resto es historia. Puede que ya no estén, pero sentimos su presencia todos los días.

Un escalofrío recorrió a Jason, que se movió incómodo. No parecía que hubiera recuerdos felices de los padres de Sarah aquí, pero supuso que la mayoría de las mansiones como esta se había construido sobre intrigas, disputas familiares y la búsqueda del

dinero. Sarah alisó el pelo de Abi mientras Jason miraba hacia la puerta, incapaz de decidir cuál era la mejor manera de retirarse.

—Gracias por tu tiempo —dijo—. Siento mucho que hayamos tenido que conocernos en estas circunstancias.

—Si se te ocurre algo, Sarah, por favor, háznoslo saber —pidió Amita, y le anotó su número de teléfono—. Te llamaré mañana cuando termines de trabajar. ¿A qué hora sales?

—¿Quién sabe? —dijo Sarah con cansancio—. Estoy aquí hasta que cierra el restaurante, a las diez.

—Y después —añadió Abi.

—Sí, por desgracia.

—Por mí está bien; de todos modos, me acuesto tarde. Quiero que te cuides —dijo—. Y no te preocupes por este asunto de Derek Veland. Atraparán al asesino, te lo prometo.

Le dio a Sarah otro largo abrazo. Salió por la puerta, Jason la siguió y se dirigieron hacia los ascensores. Mientras descendían a la parte principal del hotel, él infló las mejillas.

—Bueno, ha ido mejor de lo que imaginaba. En lugar de negarse a verte, parecía encantada. No había rencor ni ira. Extraordinario. Está claro que todo es agua pasada. Aunque esperaba que tuviera algo más que contarnos sobre Derek. Lo único que tenemos es la corroboración de lo que ya sabíamos. Se quedó en el bar, se fue solo, no hay indicios de que nadie intentara entrar en la habitación o salir de ella. Empiezo a pensar que fue un fantasma quien acabó con Veland —dijo.

—Los fantasmas no existen —repuso Amita, saliendo al vestíbulo —, aparte de en nuestros recuerdos, diría yo. Todos estamos obsesionados con ellos, ¿no? —Se quedó quieta un momento, como si se enfrentara a algún fantasma de su propio pasado. Jason rara vez la veía así y se preguntó si debía preguntarle qué era lo que la obsesionaba. Pero entonces ella pareció salir de su ensimismamiento y el momento pasó—. Y, de todos modos, los moratones alrededor del cuello de nuestro amigo actor no los causó ningún demonio descontento.

—Entonces, ¿quién lo hizo? —preguntó él.

—No lo sé —respondió Amita—. Pero te daré una lección del pasado, Jason: no estoy tan segura de que Sarah Paris no sepa nada, como aparenta.

[28] *Hi Ho Silver* es el título de la canción del artista Jim Diamond, que se utilizó como tema principal de la serie de televisión británica *Boon*.

21. *Save Me*[29]

El ambiente en el salón de la iglesia era francamente sombrío. Amita podía sentir la cautela flotando en el aire. Nadie estaba concentrado, y mucho menos entusiasmado con el juego que se estaba desarrollando. Había sido letárgico hasta que alguien había dicho línea cada vez. Incluso el padre Ford parecía deprimido, pues la atmósfera ominosa sofocaba su habitual nerviosismo de los miércoles por la noche.

Había pasado menos de una semana desde que la muerte de Derek Veland fuera noticia. Todo el club estaba devastado. Como fans incondicionales de *The Locus,* era como si se sintieran casi responsables de que estas muertes hubieran ocurrido en su territorio. Los asesinos estaban muy bien en la televisión, pero los de la vida real que acechaban en las calles de su ciudad les resultaban mucho menos agradables. Además, el asesinato de un segundo miembro del reparto y del equipo era una mala noticia tanto para sus agendas como para su estado de ánimo. El futuro de la serie pendía de un hilo. ¿Qué iban a ver si la cancelaban?

La última partida antes del descanso llegó y acabó. Cuando el párroco anunció que se servían el té y las galletas, todos se levantaron lentamente y se estiraron, cojeando y arrastrando los pies hasta las teteras. Nadie se peleó por quién iba a coger las obleas rosas, ni hubo empujones furtivos por quién se quedaría con la taza desconchada. Amita se quedó donde estaba. No tenía apetito ni sed. Respiró hondo y empezó a hacer puntos sin sentido con el rotulador en la parte superior de su cartón de bingo.

—Bueno, esto es realmente deprimente —dijo Georgie, chasqueando la lengua—. Me gusta venir aquí y tener un poco de vida social y conversar. Hubiera sido mejor quedarme en casa y ver cómo se secaba la ropa en mi nueva secadora.

—¿Al final, la compraste? —preguntó Judy Moskowitz.

—Sí —dijo Georgie—. Me la trajeron ayer. Es de gama alta, ya sabes. Tiene más botones y mandos que un transbordador espacial. Puede secar la ropa casi en diez minutos, y elimina todas las arrugas…

—Y la dobla y la guarda en el armario —interrumpió Sandy.

Amita y Judy esbozaron una sonrisa, al igual que algunas otras personas sentadas alrededor de la mesa. Georgie no le vio la gracia.

—No, claro que no, Sandy —dijo ella, enfadada—. No seas tonto.

El hombre corpulento se encogió de hombros, aliviado por haberla interrumpido antes de que ella empezara a leer el manual o, tal vez, la etiqueta del precio.

—Por supuesto —dijo—. Todos nos alegramos de que tengas una secadora nueva, Georgie. Enhorabuena, espero que seáis muy felices juntos.

El silencio volvió a apoderarse del grupo. Nadie tenía ganas de iniciar otra conversación, y menos aún Amita. De vez en cuando levantaba la vista de su ociosa tarea.

Vio que Sandy levantaba la vista. Amita la apartó rápidamente antes de que él la pillara. Intentó fingir que estaba ocupada mirando la cola para el té y las galletas. Ya estaba disminuyendo, sin los habituales cotilleos en la fila. Normalmente no se podía hacer cola para las galletas Custard Cream sin enterarse de lo que pasaba en el club de bolos o de quién había olvidado regar las azaleas de la competición Britain in Bloom. Hoy, sin embargo, hacían cola como si fueran a entrar en la abadía de Westminster.

—Necesitamos un baile —dijo Ethel al final de la fila, rompiendo el tono sepulcral.

—¿Qué dices? —preguntó Georgie.

—Que necesitamos un baile. A todo el mundo le gusta un buen baile. Deberíamos levantarnos todos y bailar. Eso animará a todo el mundo.

—No creo que la gente tenga ganas de bailar en este momento —dijo Sandy.

—¡Bailando se te quitan las penas!

—No vamos a bailar, Ethel, así que déjalo —dijo Georgie.

—A todo el mundo le encanta dar unas vueltas por la pista —se rio la integrante más anciana del club de bingo de Penrith—. Anima.

—No vamos a bailar —soltó Georgie.

Ethel se encogió en su silla de ruedas. Amita dejó de dibujar puntos. Tenía que decir algo en defensa de Ethel.

—No es el momento ni el lugar adecuado, Ethel —dijo con suavidad—. Todo el mundo está un poco deprimido después de todo lo que ha pasado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ethel.

Hubo un gemido colectivo de todos menos de Amita.

—Un horrible asesinato, Ethel. Han asesinado al director y al protagonista de *The Locus,* Ethel —dijo Georgie, negando con la cabeza.

—Me gusta *The Locus* —dijo ella.

—Sí, a todos nos gusta —siseó Georgie—. Por eso estamos todos tan tristes. Es una vergüenza que vengan a Cumbria y se arruine la serie. Ojalá nos dijeran lo que está pasando. Ojalá la policía encuentre al delincuente que ha llegado a la ciudad y ha causado todo esto, y así podríamos seguir adelante.

—Es la espera lo que te mata —suspiró Pauline Saxon.

Ethel empezó a reírse a carcajadas. Golpeó el reposabrazos de su silla de ruedas, señalando y riéndose a carcajadas de Pauline.

—¡Te mata! —exclamó—. ¡Esa sí que es buena! ¡Porque están muertos!

Georgie tenía una cara que parecía como si hubiera chupado un limón. Se levantó con un ademán teatral.

—Sí, bueno, yo todavía no estoy muerta —dijo—. Y no voy a quedarme aquí sentada lamentándome mucho más tiempo. Voy a por una galleta.

Se marchó enfadada hacia las teteras. Los demás la dejaron ir sin protestar. Cuando estuvo fuera del alcance del oído, Sandy fue el primero en hablar.

—No dejes que te moleste —le dijo a Ethel—. Sabes que en realidad no es tan fría y calculadora como todos piensan.

—No, es peor —contestó Ethel.

—Estuve viendo la reposición de ese episodio que pusieron en homenaje a Simon Nakamba la otra noche —dijo Judy.

—No podía creer lo jóvenes que estaban todos los actores —comentó Sandy.

—Con caras frescas de actores recién salidos de la escuela de arte dramático —dijo Amita.

—Es difícil creer que solía emitirse tan tarde por la noche. Ahora es el programa estrella y un éxito rotundo en todo el mundo. ¿Cómo consiguen que te enganche tanto?

—¿Te acuerdas de aquel en el que tenían que ir a las Highlands? —dijo Sandy.

Todos asintieron con la cabeza.

—Ese episodio me tuvo dándole vueltas a la cabeza durante días, incluso cuando ya sabía quién era el asesino. Cada vez que lo veo, descubro algo nuevo. Es absolutamente brillante.

—¿No fue la primera temporada de Nakamba? —preguntó Amita.

—Creo que sí —dijo Sandy—. Estuvo genial. Aunque ayuda rodar con ese paisaje.

—Igual que aquí —dijo Judy—. Y ¿qué me dices de los traficantes de drogas en Mauricio? ¿Te acuerdas de la persecución en lancha rápida? Se me paró el corazón.

—Una vez más, no vi venir el giro —dijo Amita—. De hecho, creo que estábamos tan enredados y confundidos que ninguno de nosotros vio el final que ellos vieron.

—Fue maravilloso —confirmó Sandy.

—Y cuando encontraron a ese gánster a la salida de la sala de conciertos —dijo Ethel.

Amita miró a los demás. Todos se habían quedado blancos.

—¿Qué pasa, Ethel? —preguntó.

La anciana miraba fijamente a lo lejos. Movía la cabeza de un lado a otro.

—Cuando encontraron al gánster a la salida de la sala de conciertos —repitió—. El episodio en el que encontraron al gánster a las puertas del teatro. Oh, era un tipo malo, un auténtico canalla. Pero recibió su merecido, ¿no?

Amita se devanó los sesos. Era la primera en admitir que su conocimiento de *The Locus* no era enciclopédico, a diferencia de algunos superfans. Sabía que había foros y comunidades *online* que podían contarte los detalles más minuciosos de la trama, los personajes y la producción en cuestión de segundos. Pero normalmente recordaba a las víctimas de los asesinatos, y, sin embargo, en este caso no se le ocurría nada.

—No lo recuerdo —dijo Sandy.

—Yo tampoco —coincidió Judy.

—¿Seguro que no te estás confundiendo, Ethel? —preguntó Amita —. Se parece mucho a lo que le pasó al señor Nakamba, el director.

—¿Confundirme? ¿Yo? —preguntó Ethel con el ceño fruncido y una expresión de dolor—. Sé de lo que estoy hablando. El episodio en el que mataron al gánster a la salida de la sala de conciertos. Es uno de mis favoritos.

Amita intentó recordar a qué se refería Ethel. No le gustaba contrariar a la anciana, ni mucho menos. Pero a veces se confundía.

—Eso es nuevo para mí —dijo.

—¿Qué pasa? —preguntó Georgie, que regresaba con su té y galletas.

—El gánster, asesinado a las puertas del teatro —dijo Ethel—. En *The Locus*. Es uno de los mejores episodios.

Georgie parecía confundida.

—Eso no es un episodio de la serie. Los he visto todos y lo recordaría. Sobre todo, porque yo también voy a conciertos, así que estaría especialmente atenta.

—Ocurrió —dijo Ethel cruzando los brazos y resoplando.

—No, no pasó.

—Vale, vale, calmémonos todos —dijo Amita.

La tensión volvió a aparecer. Sabía que Ethel podía confundirse. Y sabía muy bien que Georgie odiaba dar marcha atrás. Era como el choque entre un objeto inamovible y una fuerza irresistible. Todo ello envuelto en cárdigan y perlas.

—Solo es un programa de televisión —dijo—. No hace falta que nos peleemos por eso, ¿no?

Ni Georgie ni Ethel respondieron. Las dos estaban muy enfadadas, la una con la otra o con Amita, esta no sabría decirlo. Por suerte, la salvó el elegante golpeteo de un cuchillo contra la vajilla.

—Señoras y señores, si quieren tomar asiento, podemos comenzar la segunda parte —dijo el padre Ford, que estaba en la parte delantera del salón.

Amita se sintió aliviada cuando todos dejaron de mirarse con ira y obedecieron la orden de que bajaran la vista.

—Y el primer número es… ochenta y cinco. Seguimos vivos.

[29] *Save Me,* de Remy Zero, era el tema principal de la serie estadounidense de Superman *Smallville*.

22. *Searchin' My Soul*[30]

—Una semana es mucho tiempo en la investigación de un asesinato —dijo Jason, dirigiéndose a los presentes en su salón—. ¿Cuál es la vieja estadística en estos casos, que las primeras cuarenta y ocho horas después de que alguien ha sido asesinado son cruciales? Cuando pasan más días, se llega a una etapa preocupante en la que las preguntas se multiplican.

—Estoy de acuerdo —dijo Amita—. No resolver una muerte ya es bastante malo, pero la perspectiva de no atrapar a un asesino en serie que anda suelto por Penrith es espantosa. Deberías haber sentido el ambiente que había en el bingo esta noche: Judy se agachó para recoger un rotulador que se le había caído y todo el mundo se quedó paralizado, como si estuviera buscando una pistola. La gente está muy nerviosa; todos piensan que cualquiera puede ser sospechoso en potencia… o potenciales víctimas. El asesino ya se ha cobrado dos vidas. Quién sabe si habrá más.

Si Amita esperaba que el ambiente se distendiera cuando volviera a casa después del bingo, estaba muy equivocada. Estaba claro que Jason se había metido bien en su papel de detective. Le gustaba fingir que era Amita quien lo arrastraba a todas esas investigaciones, pero ella sabía que, una vez que olía un caso, su yerno se convertía en un sabueso.

—Todavía hay una cosa que no entiendo —dijo gesticulando ante la pizarra contra la que había protestado con tanta vehemencia.

—¿Qué?

—El hotel, Askling Manor. Seguro que el personal debe de haber visto a alguien entrar o salir de la habitación de Derek Veland. Quiero decir, en un lugar como ese, hay cámaras de seguridad por todas partes. Con tantos huéspedes famosos y ricos y todo eso, seguro que tienen un sistema de seguridad de primera categoría.

—Ya te lo he dicho, no estoy convencida de que Sarah nos contara todo lo que sabe —dijo Amita—. Había algo vacío en lo que decía. Y

tienes razón: tiene que haber algún tipo de prueba del asesino entrando en la habitación de Veland, ya fuera antes o después de que nuestro difunto protagonista estuviera allí.

—Maldita sea —dijo Jason.

—¿Qué pasa?

—¿Te das cuenta de que has estado de acuerdo conmigo no una, sino dos veces en unos treinta segundos? —dijo él.

—Jason, compórtate —le reprendió ella—. Estamos intentando atrapar a un asesino en serie.

Se dejó caer en el sillón que había junto al televisor. La casa estaba en silencio. Se estaba haciendo tarde. Radha y los niños estaban acurrucados en la cama. La idea de Jason había sido acostarse también después de recoger a Amita del bingo. Pero no conseguía dejar de darle vueltas a la cabeza. La total falta de avances, tanto por parte de la policía como por parte de ellos mismos, lo estaba volviendo loco.

—Deberíamos empezar desde el principio —dijo Amita—. Para ver si se nos ha escapado algo. No sirve de nada dar vueltas en círculos si no llegamos a ninguna parte.

—Es verdad —dijo él—. ¿Qué tenemos? Un director muerto, un actor protagonista muerto, que también era nuestro principal sospechoso, una semana de silencio y ningún indicio de que el asesino haya vuelto a actuar.

—Eso es más o menos todo, sí —dijo Amita.

Ambos reflexionaron sobre los hechos durante un momento: una mezcolanza de contradicciones y callejones sin salida.

—Esto es intolerable —dijo Jason—. ¿Qué demonios está pasando aquí, Amita? ¿Qué clase de asesino en serie que se precie ataca a dos hombres tan conocidos y luego desaparece sin dejar rastro? Y eso que estaba rodeado de cámaras, por cierto. Es extraño.

—Es extraño, te lo concedo —dijo ella—. Sin embargo, ya nos hemos enfrentado a cosas extrañas antes. De hecho, me atrevería a decir que es algo en lo que somos especialistas. Así que, si volvemos a lo básico, sé que podemos atrapar a este asesino. Lo hemos hecho antes y podemos volver a hacerlo.

—Sí, lo hemos hecho —dijo él, y se levantó, animado por el discurso de Amita. Luego, se encogió de hombros—. Pero aquellas otras situaciones eran completamente diferentes. En primer lugar, hasta ahora solo teníamos un cadáver por caso. En segundo lugar, siempre sentí que había un motivo discernible, por enredado que estuviera, pero dos cadáveres lo cambian todo. Si Derek Veland siguiera entre nosotros, me centraría en él. Tenía los medios y el motivo para acabar con Simon Nakamba. Pero el hecho de que él también haya aparecido muerto, estrangulado según todos los indicios, en una habitación de hotel donde nadie vio entrar ni salir a nadie, es como algo sacado de un episodio de su propia serie.

Amita se estaba mordiendo las uñas otra vez. Esta vez se dio cuenta y se detuvo. Empezaban a dolerle.

—Y no somos los únicos que no sabemos nada, ¿verdad? —dijo—. ¿No has tenido noticias de la inspectora Arendonk?

—Ni una palabra. ¿Y tú? Normalmente en el bingo te enteras de todos los rumores y confesiones posibles —se atrevió a decir.

—Nada —dijo ella con un suspiro.

Volvieron a quedarse callados, sumidos en sus pensamientos. Radha había comprado hacía poco un reloj nuevo para el salón. Estaba colocado sobre la repisa de la chimenea, entre fotos de graduaciones y de los niños. El tictac parecía hacerse más fuerte en la silenciosa habitación. Casi incitaba a Jason y Amita a pensar.

—¿Qué hay de Sarah Paris? —preguntó Jason—. ¿Has hablado con ella desde que fuimos a visitarla sin avisar?

—No —respondió Amita con gravedad—. Y eso me preocupa. Le di mi número con la esperanza de que se pusiera en contacto conmigo para poder saber cómo estaba. Pero nada. No he intentado contactar con el hotel para no parecer entrometida.

—Probablemente sea lo mejor —dijo Jason—. Hemos estado allí tres veces y nos han echado dos. No espero que nos hagan descuentos en las habitaciones en un futuro próximo.

—Por las tonterías que hicimos —dijo ella—. Bueno, digo «hicimos», pero sobre todo las hiciste tú.

—Está bien, está bien —dijo él levantando las manos—. No volvamos a ese tema.

—Me preocupa Sarah —confesó Amita—. No parecía estar en su mejor momento cuando la vimos.

—¿Qué crees que está ocultando? ¿Está protegiendo al asesino?

—No —respondió ella—. Si supiera quién es el asesino, estaría mucho más nerviosa, estoy segura. Quizá sean problemas económicos. Mantener esa mansión debe de costar una fortuna.

—Entonces, ¿qué? No creo que matar a una estrella de televisión vaya a ayudar a pagar las facturas.

—No lo sé, Jason —dijo ella—. No sé si está tratando de proteger a alguien, o de protegerse a sí misma o al negocio.

—Hay otra posible explicación —dijo él encogiéndose de hombros —. ¿Crees que podría ser nuestra asesina?

La pregunta embistió a Amita como un tren de mercancías. Sintió que se le revolvía el estómago ante esa terrible idea. Estaba a punto de decirle a su yerno que eso era absolutamente imposible, que Sarah Paris era o había sido muchas cosas, pero no podía ser una asesina, y mucho menos una asesina en serie. Sin embargo, algo la detuvo. La verdad era que no podía estar segura.

—Yo…, bueno…, no lo sé —dijo.

—Vaya —dijo Jason—. Cualquier cosa que no sea un no es una bomba, Amita. ¿Cuándo ibas a decirme que ella seguía estando en la lista de sospechosos?

—No iba a decírtelo —respondió ella—. No había pensado en ello. Porque no estoy segura de que sea algo en lo que pensar. Quiero decir, ¿qué motivo tendría para hacer algo así? ¿Cómo iba a querer entonces que Derek Veland muriera y lo encontraran en su hotel?

—Es la propietaria —dijo él—. Es su reino. Conocerá cada centímetro cuadrado de ese lugar, cada punto débil, cada rincón y, lo que es más importante, tiene acceso a todas las habitaciones y, muy probablemente, a todas las cámaras de seguridad y grabaciones.

Amita notó un tono de euforia en su voz. Él se creía sus propias palabras, lo iba resolviendo todo mientras hablaba. A ella no le gustaba el rumbo que estaba tomando esta línea de pensamiento, pero no tenía más remedio que dejarlo seguir. Encajaba con las pruebas mejor que cualquier otra hipótesis que hubieran barajado.

—Es posible —dijo Amita—. Pero ¿qué motivo tendría para matarlo? ¿O a Nakamba, para el caso?

Jason dudó. Amita se sintió un poco aliviada. Lo último que quería era investigar a Sarah Paris. Tenía la misma edad que su Radha; habían pasado juntas por todos los ritos de iniciación de la adolescencia: las discotecas, arreglarse para salir, los exámenes y las fiestas de pijama. No podía ser una asesina. ¿O sí?

—Quizá no lo hizo —dijo Jason, con los ojos iluminados—. Quizá todos hemos visto demasiada televisión y nos hemos obsesionado con la idea de los asesinos múltiples. Quizá Veland mató a Nakamba y Sarah se deshizo de Veland.

—¿Por qué?

—Tenemos que afrontar la posibilidad de que hayamos estado enfocando esto de forma equivocada —contestó—. Quizá la razón por la que estamos desconcertados es porque el asesino de Simon Nakamba era quien pensábamos que era. Y, con el asesinato de Derek Veland, el caso se ha enfriado. Quizá no haya ningún asesino en serie. Si Veland fue el primer asesino y ahora también lo han asesinado, si lo ha matado Sarah, entonces se trata de una reacción en cadena, no de una especie de ola de asesinatos.

Amita no había pensado en eso. Nadie lo había hecho, claramente. Tenía mucho sentido.

—Entonces, ¿qué relaciona a Derek Veland con Sarah Paris? ¿Y por qué ella querría verlo muerto? —preguntó.

—Eso es lo que tenemos que averiguar —dijo Jason—. No lo sé. ¿Eran amantes? ¿Salía Sarah con Nakamba y quiso vengarse? ¿Salía con Veland y estaba harta de sus payasadas? Tú misma lo dijiste: cambiaba de ánimo cada dos por tres. Quizá ella simplemente estalló y dijo basta. Sin duda tenía los medios para hacerlo. Y luego está el factor de la publicidad.

—¿La publicidad? —preguntó ella.

—Abras el periódico que abras, y enciendas las noticias que enciendas, Askling Manor no deja de aparecer. Nombres, fotos, vídeos…, todo. El asesinato de Nakamba fue noticia nacional, Veland está a punto de provocar un duelo nacional. No se puede comprar ese tipo de cobertura, por muy horrible que sea.

—Esto es espantoso. —Se frotó la frente—. Es absolutamente horrible en casi todos los sentidos.

—Lo sé —dijo Jason. Bajó la voz—: Quizá deberíamos ocultárselo a Radha hasta que tengamos pruebas.

—Sí, por supuesto —concordó Amita—. Una cosa así la destrozaría. ¡A mí ya me ha destrozado!

—Tranquila, Amita, aún no estamos seguros —intentó consolarla —. Es solo una teoría. Tenemos que averiguar si había relación entre Sarah y Veland, o entre Sarah y Nakamba. Si hay algún vínculo, cualquiera que sea, podría ser la clave para resolver este caso.

Amita no pudo evitar empezar a morderse las uñas de nuevo. Ese hábito era doloroso, pero curiosamente reconfortante. Su mente iba a mil por hora, pensando en Sarah Paris, en Derek Veland, en Simon Nakamba y en todo el lamentable asunto. Estaba dividida entre el deseo de que el asesino o los asesinos fueran llevados ante la justicia, a cualquier precio, y la cercanía, la culpa y la responsabilidad que sentía por Sarah.

Luego estaba Radha. Odiaba ocultarle cosas a su hija, especialmente algo como esto. Sin embargo, Jason tenía razón: no había necesidad de armar un escándalo si no tenían pruebas. No había necesidad de alterar a Radha de forma innecesaria. Al menos, por el momento.

—¿Qué crees que deberíamos hacer? —preguntó él.

—Lo más fácil del mundo es decir la verdad —respondió ella—. Sabes que soy una gran defensora de eso, Jason. Creo que simplemente debería preguntarle a Sarah qué está pasando y si conocía a las víctimas antes de que todo esto ocurriera.

—¿Deberías? ¿No querrás decir «deberíamos»?

—No, iré yo sola —dijo ella.

—Pero podría ser una asesina, Amita.

—Soy consciente de ello —dijo ella—. También podría no ser una asesina y ser solo una vieja amiga de tu esposa que está pasando por un mal momento. Pruebas, Jason, necesitamos pruebas.

—De acuerdo, me parece justo —dijo él levantando las manos—. ¿Qué quieres que haga?

Amita se levantó. Sus rodillas y su espalda crujieron y ella hizo una pequeña mueca de dolor.

—Puede que Sarah no sea tan comunicativa al responder como nosotros al preguntar —dijo—. Si creo que ahora está ocultando algo, puede que se cierre en banda y bloquee todo. Deberíamos investigar un poco para ver si se ha hablado de ella en el plató.

—Creo que ya casi han terminado de recoger —dijo Jason—. Pasé por allí antes y todos los camiones grandes se han ido.

—Entonces tendremos que darnos prisa —propuso Amita—. Ve allí a primera hora de la mañana y averigua lo que puedas. Lisa, la asistente, fue muy servicial. Quizá haya visto a Sarah en el plató o merodeando por los alrededores. Quizá también podrías intentar hablar con Pip Potter.

—Pip Potter. —La voz de Jason subió varios tonos—. ¿Por qué iba a tener que hablar con ella? Es decir, otra vez.

—Cálmate, Jason —dijo ella—. Nadie era más cercano a Derek Veland y Simon Nakamba que ella. Si alguno de los dos conociera de algo a Sarah o a cualquier otra persona, ella lo sabría.

—¿Y si ella también se ha ido ya? ¿Y si ha hecho las maletas y se ha largado a Mánchester o Londres?

—Tendrás que improvisar —dijo Amita—. Piensa rápido. Eres periodista, no necesitas que te lleve de la mano a cada paso que das. ¿Qué hacías antes de que te ayudara?

—Muy bien, *sheriff*. —Fingió una sonrisa.

La propuesta le había dado energía, pero por la misma razón por la que los habituales del bingo estaban callados: había demasiada muerte en el aire como para no vigilarse las espaldas. Aun así, intentó hacer una especie de saludo cuando Amita se levantó.

Amita se rio. Se dirigió al pasillo, lista para acostarse. No es que fuera a pegar ojo en toda la noche. Había demasiados malos pensamientos dando vueltas en su cabeza.

—No habrá paz para los malvados —se dijo en voz baja—. Y menos aún para los buenos.

[30] *Searchin' My Soul* es el tema principal de la serie de televisión estadounidense *Ally McBeal,* que se emitió entre 1997 y 2002. La canción fue

interpretada por Vonda Shepard, quien también aparecía en la serie como cantante en el bar al que acudían los protagonistas.

23 . *In the Sun*[31]

Jason se recordó a sí mismo, por enésima vez desde que había salido de casa, que estaba allí para hacer un trabajo. No estaba muy seguro de por qué estaba tan nervioso. Era periodista, estaba acostumbrado a entrevistar a gente de todos los ámbitos de la vida. No obstante, últimamente no lo había hecho mucho. Pero era una destreza de la vida, como montar en bicicleta, que nunca se olvida.

Dobló la esquina hacia la calle principal. El plató estaba justo delante. O lo que restaba de él. Solo quedaban algunos indicios de que el lugar se había utilizado para rodar. Unos cuantos focos aquí y allá, unas cuantas cruces marcadas con cinta adhesiva en la calle, un par de furgonetas aparcadas cerca de la entrada del teatro. Incluso los residentes de Penrith parecían haber perdido interés en todo aquello y se ocupaban de sus asuntos sin siquiera mirar en dirección al plató, o quizá evitando mirarlo de forma deliberada: se podía limpiar la escena de un crimen, pero el espíritu del asesinato seguía pesando.

—Solo entra y sal, eso es todo —se dijo a sí mismo.

Una joven le miró con extrañeza cuando pasó junto a ella, al verlo hablar solo. Jason no la culpó. Él habría hecho lo mismo.

Le sudaban las manos, a pesar del frío que hacía. Notaba la garganta seca y tenía un sabor horrible en la boca, pese a haber desayunado hacía poco. Era absurdo.

—Eres un profesional, Jason —se dijo—. Estás aquí para hacer preguntas, para obtener respuestas, y nada más. Contrólate.

Lo que quedaba del plató de *The Locus* se alzaba ante él. La calle tenía un aspecto más parecido a como era antes. Había algo familiar en ella que tranquilizó un poco la mente de Jason. Cruzó la calle y entró en el mundo de la serie de televisión sin que nadie le abordara.

En circunstancias normales, eso habría sido un resultado positivo. Sin embargo, en esta ocasión, estaba solo y necesitaba

desesperadamente algo de orientación. Miró a su alrededor. Todo parecía triste y abandonado. No había ni rastro de los asistentes, ni del equipo, ni de nadie en absoluto. Y, lo más importante, no estaba Pip Potter.

—¡¿Hola?! —gritó—. ¿Hay alguien?

Como era de esperar, no hubo respuesta. Jason corrió por el plató. Miró dentro de las furgonetas vacías, que tenían las puertas abiertas. Se alejó de un grupo de focos que estaban tirados de cualquier manera casi en el borde de la acera. Lo último que quería era tropezar con ellos y que se rompieran en mil pedazos. Conociendo su mala suerte, eso era exactamente lo que pasaría. Parecían caros. Por un momento pensó que, si tropezaba con los focos y estos se escacharraban, el estruendo atraería a quien pudiera quedar en el plató, pero luego lo consideró más detenidamente y se ciñó a su plan original.

Seguía buscando cuando su teléfono empezó a vibrar. Presa del pánico, se revolvió, pues había olvidado en qué bolsillo estaba. Cuando lo encontró, no reconoció el número. Desesperado por oír otra voz, contestó.

—¿Hola?

—Brazel, bien, sigues vivo —dijo una voz al otro lado.

—¿Qué? ¿Quién es?

—Ayanna Smith.

Jason se sintió aliviado de inmediato. Dejó caer los hombros.

—¡Smiffy! —dijo.

—¿Qué te he dicho sobre no llamarme así? —repuso la periodista londinense.

—Ah, sí, lo siento. Se me debe de haber olvidado.

—Bueno, te estás haciendo mayor —dijo ella, sin ningún atisbo de frivolidad—. Supongo que sigues en Penrith.

—Sí —respondió él—. Déjame adivinar: me llamas por Simon Nakamba.

—Así que estás al tanto de las noticias. Las sorpresas nunca cesan.

Normalmente, Jason se habría ofendido. Pero Smiffy, a pesar de hacerle sentir viejo, era una reportera de éxito y, de hecho, muy

buena en su trabajo. No le importaban las pequeñas discusiones que tenían.

—Te lo perdonaré —dijo—. Casi esperaba verte de vuelta husmeando por la ciudad. La mayoría de tus colegas de la gran ciudad están aquí.

—Eso es para los periodistas de a pie —dijo ella—. Ahora soy la subdirectora de noticias en funciones.

—¿Qué? —exclamó él—. ¡Pero si solo tienes doce años!

—Eso es discriminación por edad —dijo ella—. Podría hacer que el sindicato te hiciera pasar por un calvario por un comentario como ese.

—Lo siento —contestó él débilmente—. ¿Qué quieres, entonces?

—Información —respondió ella—. Cualquier información. El equipo que me han asignado aquí es una porquería.

—Quieres decir que no es culpa tuya.

—En pocas palabras —dijo Smiffy—. Y, como eres tan mayor que probablemente ya estabas aquí cuando se inventó el signo de interrogación, quería saber si sabes algo de lo que está pasando.

Jason lo pensó un momento. Sus experiencias pasadas escribiendo para los grandes periódicos de Londres no habían sido precisamente un paseo por el parque. Ni mucho menos. Smiffy le caía bien, de verdad. El hecho de que ella ocupara un puesto tan importante tan pronto en su carrera no le sorprendía en absoluto. Por lo tanto, se debatía entre ayudar a alguien a quien admiraba y salir corriendo.

—Puede que sepa un par de cosas —dijo—. Y quizá un poco más si no me distrajeras.

—Por mí está bien. ¿Quinientas palabras y quinientas libras te parece bien?

—¿Es esa la tarifa habitual?

—Lo es para ti —respondió Smiffy secamente.

—Tiene sentido.

—Historias normales, todos los días. Las quiero en mi bandeja de entrada antes de las seis —dijo ella—. Si te retrasas, no te daré ni un penique.

—Espera un momento —dijo él—. ¿Me estás ofreciendo un trabajo? En mi época había que presentarles propuestas a los

editores y esperar que no te quemaran con su aliento de fuego. Ahora me hacen propuestas por teléfono.

—Bienvenido al siglo XXI —dijo ella con un gemido—. Ah, y, Brazel.

—¿Sí?

—No lo estropees, ¿vale?

Ella colgó. Jason parpadeó y guardó lentamente el teléfono. ¿Contactos en las altas esferas?, pensó él. ¿Quién lo hubiera imaginado?

Un fuerte estruendo lo sobresaltó. Le siguió una serie de palabrotas que habrían hecho sonrojar a Jason si hubiera sabido lo que significaba la mitad de ellas. Hubo un golpe, luego otro estruendo y finalmente un golpe sordo. Jason siguió la cacofonía hasta un callejón que discurría junto a la sala de conciertos.

Se encontró con la indeseada visión del trasero de un obrero. Un hombre estaba encorvado, cargando el material del equipo en grandes cajas acolchadas. Jason carraspeó para que el individuo que maldecía supiera que estaba allí.

—Disculpe —dijo.

El hombre se incorporó. Tenía una expresión hosca, como si no supiera lo que era una sonrisa, ni mucho menos la hubiera esbozado alguna vez.

—¿Sí? ¿Quién eres? —preguntó con un acento *cockney* estridente.

—Jason Brazel, soy periodista y…

—No hablo con los medios de comunicación —dijo el hombre, volviendo inmediatamente a su trabajo—. Para cualquier cosa, tienes que pasar por la oficina de prensa. Y no, no puedo conseguirte ningún autógrafo del reparto, ni sentarme aquí a escuchar tus teorías sobre la segunda temporada. No es mi trabajo, amigo. Así que lárgate, antes de que te eche yo.

—No, no soy un fan, soy…

—No es mi problema —le soltó el hombre, sin levantar la vista.

Quizá fuera por su tono, o porque no estaba nada convencido de que los vaqueros, ya de por sí bajos, fueran a aguantar mucho más, pero Jason no estaba dispuesto a soportar más. Se acercó al descontento trabajador y le dio una palmada en el hombro. Solo

entonces se dio cuenta de que era unos centímetros más bajo que aquel hombre hosco y considerablemente más delgado. Pero ya no había nada que hacer. Tenía que mantenerse firme.

Entonces pensó en Amita. ¿Qué haría ella en una situación como esta? Ella era imperturbable, tenía un carácter fuerte, nunca se rendía, y todo eso. Actuaba como si tuviera el derecho divino de estar dondequiera que se encontrara. Pensó que más valía intentarlo antes de que ese trabajador le reordenara la cara.

—Escuche… —balbuceó—. Estoy buscando a una persona. Y lo único que quiero es que me dé unas indicaciones, eso es todo. No hace falta ser tan grosero.

—¿Grosero? —La cara del hombre cobró un aspecto aún más desagradable—. ¿De qué estás hablando, amigo?

—Digo que un poco de buenos modales no estaría de más —dijo Jason, tratando de mantenerse erguido—. Estoy buscando a Pip Potter o a Lisa, la asistente. ¿Las conoce?

—¿Que si las conozco?

—Eso es lo que le he preguntado, ¿no?

El hombre lo miró con incredulidad. Se quedó pensando un momento, con la mirada fija en Jason. Luego pareció suavizarse.

—Al final de la calle —dijo, señalando hacia el callejón—. El resto del reparto y todos los asistentes que aún no se hayan largado estarán allí. Si te das prisa, probablemente los alcanzarás antes de que se vayan y me dejen a mí limpiando el desastre. Como siempre.

Jason estaba tan sorprendido de que imitar a su suegra hubiera funcionado que casi se pierde las indicaciones.

—Vale, de acuerdo, gracias —dijo, sacando la barbilla. «Sé más Amita». Quizá esa tuviera que ser su nueva máxima.

El hombre le hizo un gesto con la mano para que se marchara y volvió a continuar cargando y metiendo el equipo en cajas. Jason decidió no poner a prueba su determinación. Se despidió rápidamente y se apresuró a bajar por la calle.

—Si se lo cuento a ella, no me dejará en paz —se dijo.

Pero su optimismo se tambaleó conforme se iba acercando al lugar donde le había enviado el ayudante. Apenas había señales de que un equipo de rodaje hubiera estado cerca de Penrith, y mucho

menos de que hubiera ocupado el lugar durante casi un mes: los logotipos de las tiendas que habían sido cubiertos volvían a estar como siempre, las señales de tráfico falsas volvían a sus destinos habituales. Jason se detuvo. Miró a su alrededor en busca de algún rastro de *The Locus* o de alguien que hubiera trabajado en el rodaje. Empezó a pensar que se había precipitado al elogiar el método de Amita Khatri para conseguir cosas. Quizá la forma singular que tenía la *sheriff* de Penrith de tratar con la gente solo le funcionaba a ella. A lo mejor el hombre enfadado le había indicado mal.

Su miedo cesó cuando oyó varias voces. Dos jóvenes con grandes chaquetas acolchadas y gorras a juego salieron por una puerta. Llevaban colgados al hombro unos inconfundibles tableros electrónicos. Cruzaron la calle. Jason los dejó pasar y saltó hacia la puerta por la que habían salido. Se metió dentro, agradecido de resguardarse del frío.

Se desató la bufanda y miró hacia arriba, a los escalones de una escalera comunitaria. Más voces resonaban en la escalera. Empezó a subir. Al llegar al primer piso, encontró las puertas del rellano cerradas con llave. Como seguía oyendo las voces, continuó subiendo. En lo alto del siguiente tramo, la puerta de uno de los apartamentos estaba abierta. Había gente dentro, riendo y charlando. No parecía la guarida de un asesino, ni tampoco sonaba como tal, pensó. «Es hora de volver a ser Amita otra vez», se dijo.

Al entrar en el apartamento, el calor le humedeció un poco las manos. Se asomó por la puerta, buscando a los dueños de las voces. Las habitaciones estaban vacías, sin muebles ni adornos, como si las hubieran vaciado recientemente. Cuando encontró la cocina, vio una cara familiar.

—¡Jason! —gritó Lisa.

Ella interrumpió su conversación con un chico alto y con la cara llena de granos y se acercó para darle un abrazo a Jason. Él no se lo esperaba y dejó que sus brazos flotaran en el aire como tentáculos. Se sintió aliviado cuando ella lo soltó.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó ella—. ¿Y dónde está Amita?

—Ella tenía otra cita —respondió él—. ¿Qué es este lugar?

Miró en torno, por la cocina. Innumerables tarros de café vacíos estaban dispuestos por las encimeras. Había platos sucios en el fregadero, y montones de cajas de comida para llevar sobresalían de los cubos de basura.

—Bienvenido a la sede del equipo de *The Locus* —dijo Lisa—. Aquí es donde a todos los simples mortales que participamos en la creación de la serie policiaca británica más importante nos gusta pasar el rato, relajarnos y alejarnos de los gritos de los directores maniacos y los actores borrachos.

Se tapó la boca con la mano y abrió mucho los ojos.

—Vaya, ¿he dicho eso en voz alta? —preguntó—. Que quede entre nosotros, ¿vale, Jason?

Él se rio con nerviosismo.

—No es precisamente la glamurosa sede que esperaba. De hecho, es peor que mi habitación cuando estaba en la universidad.

—Me lo creo perfectamente —dijo Lisa—. Puede que sea nueva en este sector, pero enseguida he aprendido que el personal suele ser la parte menos glamurosa de cualquier rodaje. Pero es acogedor y hay mucho café y galletas, si te apetece.

—No, gracias —dijo Jason, al ver la taza sucia que le tocaría si aceptaba—. En realidad, me preguntaba si podrías ayudarme a encontrar a Pip Potter. No sé si sigue por aquí o si ha vuelto a Londres. Me gustaría preguntarle un par de cosas, si es posible.

—Si quieres su número, te lo puedo dar —ofreció Lisa con una sonrisa irónica.

—¿Qué? ¡Dios, no! ¡No me refería a eso! —exclamó Jason, entrando en pánico—. No, no, tiene que ver con los asesinatos.

—¿Para qué quieres a Pip? ¿Tiene que ver con tu investigación?

Lisa le dio un codazo a su amigo en las costillas.

—Jason y su suegra son investigadores privados, Darrel —dijo ella —. Van por la ciudad resolviendo asesinatos que la policía no puede resolver. Son famosos.

—No te pases, Lisa —dijo él—. No somos Poirot y Hastings.

—Entonces, venga, dime, ¿qué habéis averiguado? ¿Algo escandaloso? ¿Sabéis ya quién es el asesino?

Jason se sintió un poco desconcertado por el entusiasmo alegre de Lisa. Había venido con la esperanza de ser él quien hiciera las preguntas, no de ser objeto de un interrogatorio. Le caía bien Lisa, se la veía entusiasta, inteligente y dispuesta a ayudar, pero también parecía tan contenta y nada preocupada por el hecho de que dos de sus colegas hubieran sido asesinados. Una inquietud persistente que no podía disipar le recordaba que no debía compartir con ella todos los detalles de su investigación.

—La investigación sigue su curso y va avanzando —dijo, tratando de sonreír—. Estas cosas suelen llevar su tiempo.

—Está siendo modesto —dijo Lisa, señalando a Darrel con la cabeza—. Son un auténtico dúo dinámico, como Batman y Robin.

—No te gustaría vernos a ninguno de los dos en mallas, créeme —bromeó Jason.

Se sintió aliviado al ver que eso parecía haber sacado a Lisa de sus pensamientos. Ella vació su taza y la dejó sobre la encimera.

—Limpia todo esto, ¿quieres? —le pidió a Darrel—. Estas son las ventajas de ser un poco más veterana en las filas Junior.

Le guiñó un ojo a Jason y lo guio fuera de la cocina.

—Vamos, te llevaré a dar una vuelta para ver a quién podemos ver. Puedes contarme todos los chismes y…

Lisa se detuvo. Una figura alta y de pecho ancho apareció en la puerta principal, que estaba abierta. Jason sintió un escalofrío repentino y también se detuvo, agarrando instintivamente a Lisa por el brazo para protegerla.

—¿Dónde está? —se oyó una voz grave y enfadada.

—¿Dónde está quién? —preguntó Jason, con un ligero escalofrío recorriendo su piel.

El hombre estaba sumido en la sombra, acechando justo más allá del umbral. Apretaba los puños y su silueta ocupaba la mayor parte del marco de la puerta.

—No lo volveré a preguntar —dijo—. Te lo advierto.

—Creo que te has equivocado de dirección, amigo —respondió Lisa—. Esto lo está utilizando el equipo de rodaje para…

Antes de que pudiera terminar, el hombre se abalanzó sobre ellos. Jason apenas tuvo tiempo de empujar a Lisa para que se metiera en

una de las habitaciones vacías. Fuertes golpes acompañaban al desconocido conforme avanzaba como un torbellino por el pasillo. Jason vio sus enormes manos enguantadas agarrándolo antes de que lo inmovilizara contra la pared. Un rostro duro y burlón se le acercó hasta casi rozarle y lo miró desde debajo de un sombrero Stetson negro. Jason pensó que no se veían muchos sombreros Stetson en Penrith, y después se preguntó si ese sería su último pensamiento.

El hombre iba vestido de negro de pies a cabeza. Tachuelas con forma de calavera adornaban los dedos de sus guantes, a juego con las brillantes puntas de sus botas de vaquero. Empujó a Jason con más fuerza, ahora que lo tenía agarrado por el cuello de la chaqueta.

—¿Dónde está? —volvió a preguntar.

—Escucha, amigo, no sé a quién buscas ni qué tiene que ver conmigo. Te aseguro que no sé de qué estás hablando.

—¡Suéltalo! —gritó Lisa, agarrando al desconocido por el brazo.

Darrel apareció en la puerta de la cocina, con el rostro inexpresivo.

—¡Llama a la policía! —gritó Lisa, sin dejar de tirar del brazo—. ¡Diles que nos están atacando!

El desconocido soltó a Jason inmediatamente. Retrocedió un poco tambaleándose y se subió el ala de su sombrero Stetson. Miró a Jason, luego a Lisa y a Darrel, uno por uno. La ira pareció abandonarlo y escurrirse hasta el suelo por sus magníficas botas.

—Simon Nakamba —dijo, y lanzó los puños con manos temblorosas. Jason vio lágrimas en sus ojos—. ¿Qué le ha pasado?

Lisa miró a Jason, tal vez en busca de inspiración. Él no sabría decirlo.

—Me temo que Simon ha muerto —le dijo al desconocido.

No parecía el tipo de hombre al que le gustara que le trataran con delicadeza.

—Lo sé —dijo el desconocido, y se desplomó en el suelo—. Quiero saber qué le ha pasado. Era lo único que tenía. ¿Qué voy a hacer ahora?, ¿eh? ¿Qué voy a hacer ahora?

Hundió la cabeza entre las manos y las lágrimas comenzaron a brotar.

[31] La canción *In the Sun,* de Joseph Arthur, aparece en sendos episodios de las series de televisión *Scrubs* y *Grey's Anatomy* [*Anatomía de Grey*], en la película de 2004 *Saved!* y en el final alternativo de la película de acción de 2002 *El caso Bourne*.

24. «Won’t You Be My Neighbour?»[32]

El *Concierto para piano en la menor,* op. 7, llegó a su tranquilo final. Sin embargo, Amita no lo escuchó. Se había quedado dormida. De vez en cuando, su cabeza se inclinaba demasiado hacia atrás, y se despertaba sobresaltada. Enseguida volvía a quedarse dormida. Esto había sucedido una y otra vez durante la última hora, como si estuviera dirigiendo su propia actuación privada.

Estaba agotada. Los últimos días empezaban a pasarle factura. No se sentía tan ágil como de costumbre. Nunca antes sus setenta y un años le habían pesado tanto sobre los hombros.

Sentada en un coche, con la calefacción a toda máquina y la compañía reconfortante de Radio Three, se había dejado llevar por la música. Y, voluntariamente o no, había sucumbido al cansancio. En circunstancias normales, esto no habría sido un problema. Pero se trataba de una vigilancia. Se suponía que debía estar recopilando pistas, no dejando que Schumann la calmara.

La pausa de la música fue suficiente para despertarla. Parpadeó y resopló, y entonces le entró miedo. Amita miró alrededor del coche para asegurarse de que seguía sola. Las ventanas estaban empañadas, así que las limpió con la manga de su cárdigan.

—Mantente alerta, Amita —se dijo—. Ya dormirás cuando estés muerta.

Al otro lado de la carretera estaban las puertas que conducían a Askling Manor. Amita había aparcado en el apartadero y estaba esperando. Sarah Paris estaba allí, lo sabía. Necesitaba localizarla, hablar con ella, interrogarla con más insistencia que antes, pero todas las llamadas que le había hecho directamente o a través de la recepción habían sido rechazadas educadamente. Amita sabía que estaba ocultando algo, pero qué y por qué, eso seguía siendo un misterio.

Había pensado en abordar a Sarah en el hotel. Sin embargo, luego lo pensó mejor. Askling Manor podía ser un complejo turístico de lujo de cinco estrellas, pero también era su fortaleza, y, a falta de una forma mejor de describirlo, su patio de recreo. Si Amita quería respuestas, necesitaba que Sarah estuviera lejos de allí.

El día llegaba a su fin. Amita había hecho todo lo que se le había ocurrido para matar el tiempo. Había completado todos los crucigramas, sudokus y retos musicales diarios de su teléfono. Había revisado sus correos electrónicos cada vez que le llegaba un mensaje. Incluso había conseguido limpiar el asiento del copiloto de migas y otros residuos. Cuando el reloj del salpicadero marcó las cuatro, estaba aburrida y, al mismo tiempo, aún más agotada que antes.

Los faros de un coche a la entrada del hotel la deslumbraron. Amita se incorporaba cada vez que pasaba un coche, pero el ir y venir de huéspedes en sus relucientes utilitarios deportivos y coches eléctricos solo había traído desconocidos durante todo el día. Ahora, que ya había oscurecido, no estaba segura de poder reconocer a Sarah, aunque hubiera terminado su turno. Amita se protegió los ojos con la mano mientras el coche se acercaba. El auto puso el intermitente y comenzó a descender por el camino en dirección sur. Amita no podía ver quién conducía, pero entonces vio la matrícula: «S4 RAP».

—«Sarah P» —dijo, y encendió el motor.

Salió a la carretera y se mantuvo a una distancia prudencial, siguiendo al BMW mientras este serpenteaba por las carreteras rurales. El sol se había puesto, y todo se había teñido de colores apagados en medio del crepúsculo. Amita odiaba conducir de noche; por eso siempre insistía en que Jason la llevara al bingo. Se concentró en las luces traseras de lo que esperaba que fuera el coche de Sarah, que iba delante de Amita. Siguió avanzando hasta que la carretera se convirtió en poco más que un camino.

Una pequeña aldea surgió de la penumbra. Amita hizo todo lo posible por mantenerse cerca del BMW, pero era imposible sin conocer las carreteras. Finalmente, el motor se detuvo delante de una vieja casa de campo que había al otro lado de un estrecho

puente. Amita aparcó. Salió del coche y bajó a toda prisa por el camino.

—¡Sarah! —gritó.

Sarah Paris se quedó sorprendida y miró a través de la penumbra.

—¡¿Amita?! —gritó ella a su vez—. ¿Qué demonios haces aquí?

Amita suspiró aliviada en silencio mientras cruzaba el puente. Afortunadamente, había acertado y no se había alejado del hotel en un viaje inútil.

—Te he seguido desde Askling Manor —dijo cuando alcanzó a Sarah—. No conseguía contactar contigo por teléfono. Estaba preocupada. Me preguntaba si podía entrar.

—¿Me has seguido? ¿Para qué?

—Por favor, creo que deberíamos entrar antes de que los vecinos empiecen a hablar.

—¿Los vecinos? Amita, ¿qué pasa? ¿Me estás acosando o algo así?

—Sarah, por favor —dijo con voz baja y seria.

Sarah captó la indirecta. Cogió su bolso y una pila de carpetas y archivos de su coche y lo cerró con llave. Le indicó a Amita el camino que conducía a la puerta principal y entraron. Nada más cerrar la puerta, se volvió hacia Amita.

—¿Me puedes explicar qué está pasando aquí, Amita? —preguntó con tono incisivo—. Apareces gritando en la oscuridad como una loca y empiezas a hablar como si fueras de la Interpol. ¿Qué te pasa?

Amita se quedó un poco sorprendida. La sorpresa de oír a Sarah hablar así le recordó que hacía mucho que esta había dejado de ser la chica que Amita había conocido en su día. Sarah siempre había sido capaz de inventarse buenas historias, y quizá estaba a punto de hacerlo de nuevo.

—Derek Veland —dijo Amita—. Estoy aquí para preguntarte por Derek Veland y lo que le pasó.

Una mirada de disgusto hizo que el rostro de Sarah se crispara. Empujó a Amita y se alejó por el pasillo. Amita la siguió. A su paso, fueron dejando atrás fotos de la familia colgadas en las paredes: de Sarah con sus padres, de Sarah cuando era adolescente, e incluso fotos escolares de cuando era más pequeña.

—¿Era esta la casa de tus padres? —le preguntó—. Perdí el contacto con ellos después de que se marcharan de Penrith. No sabía que se habían mudado aquí.

—Oh, sí, les encantaba este lugar —dijo Sarah con voz llena de rencor—. Lo llamaban su El Dorado. Menudo santuario, a solo veinte minutos de ese maldito hotel que tanto les importaba.

Sarah estaba ahora en el salón. Había cajas apiladas unas encima de otras, todas repletas de papeles. Estaba apoyada contra la pila más cercana, frotándose la nuca.

—Si hubiera sabido que venías, me habría esforzado en ordenar esto —dijo—. Habría puesto una manta sobre los papeles o algo así, no sé.

Amita no sabía si reírse. Se fijó en una enorme foto escolar que colgaba sobre el sofá. Se acercó y vio a Radha, sonriendo torpemente, con un flequillo espeso y aparatos en los dientes. Unas filas más arriba estaba Sarah.

—Yo tenía esta foto, pero se perdió en una mudanza —dijo Amita —. Recuerdo el día en que la hicieron. A Radha y a todos los de vuestro curso os acababan de vacunar contra el sarampión.

—Y algunos niños iban por ahí dándose puñetazos en los brazos —dijo Sarah, acercándose a ella—. A los delegados se les dijo que reprendieran a cualquiera que pillaran haciéndolo. Por supuesto, nadie lo hizo. O comes, o te comen, incluso entonces…

—No me lo creo ni por un segundo —replicó Amita volviéndose hacia ella—. Además, tú siempre cuidabas de Radha. Y ella también te cuidaba a ti.

—Porque ella no era como los demás niños —dijo Sarah—. Era inteligente y se preocupaba por los demás.

—Es verdad —asintió Amita—. Todos mis hijos lo son. Incluso mis yernos pueden tener sus momentos.

—Oh, sí, el guapo de Jason —dijo Sarah, esbozando una sonrisa —. Radha siempre tuvo muy buen gusto.

Sarah se pasó la mano por el pelo. Levantó unas cajas y le ofreció un asiento a Amita. Luego se dejó caer en la silla libre que había junto al televisor.

—Ni siquiera puedo ofrecerte algo de comer, porque no hay nada —seamentó—. Como en el trabajo, cuando me acuerdo, o, si no, Abi trae algo cuando vuelve de la universidad o de su clase de taekwondo.

—¿Cómo lo está llevando?

Sarah se frotó los ojos. Amita vio que el estrés se apoderaba de ella. La situación estaba complicada, ya lo había visto antes. Ahora que se encontraba en casa de Sarah, estaba claro que había mucho que desvelar. La casa estaba hecha un desastre y no había nada de comer en los armarios, señales estas que revelaban que no lo estaba llevando bien.

—Lo está intentando —dijo Sarah—. Le advertí, le dije que el trabajo de enfermera es uno de los más duros que hay. No solo por los turnos, sino también por la carga emocional que te llevas a casa por la noche. Ella dijo que podía soportarlo, pero yo no estoy tan segura, Amita. No sé si tiene la resistencia necesaria, ¿sabes? Algo así es más que un trabajo.

—Como dirigir Askling Manor —opinó Amita.

—Qué razón tienes —dijo Sarah, poniendo los ojos en blanco—. Solo que eso fue una pasión que me impusieron, en lugar de una elección. Abi es una chica maravillosa, tiene la misma determinación que tenía mi madre. ¿Te acuerdas? Rhona Paris podía asaltar las playas de Normandía y aun así preparar una cena de Navidad completa antes del atardecer.

—Lo recuerdo. —Amita se rio al pensar en ello.

—Me preocupa que Abi haya renunciado a su primera vocación y ahora esté buscando algo con lo que sustituirla. Ha probado con todo tipo de aficiones, desde el ganchillo hasta el kárate, pero ninguna parece llenarla tanto como su pasión infantil.

—¿Y cuál era?

—Subir al escenario —sonrió Sarah—. No importaba lo que hiciera allí arriba, cantar, bailar, actuar, hacer magia…, lo que fuera. Recuerdo cuando tenía tres años y participó en el belén del jardín de infancia. Las profesoras prácticamente tuvieron que bajarla del escenario, porque no paraba de hacer reverencias. ¡Y eso que solo era una oveja!

Sarah había dejado de mirarla. Enfocaba al vacío. Su mirada se posó en una foto de marco plateado que había sobre la repisa de la chimenea. Se levantó y la cogió.

—Mi padre acabó con ese sueño —dijo con amargura—. Como hizo con tantos otros sueños a lo largo de los años.

—¿Era tan duro con ella como contigo?

—¿Duro? —Sarah se rio—. Hacía que el *rigor mortis* pareciera gelatina. Debes de recordarlo, Amita. Siempre estaba encima de mí con el tema de las notas, las notas, las notas, y lo de tomar el control del negocio algún día, y lo de no parar, y avanzar y avanzar. Era la versión de Gordon Gekko de Cumbria, o al menos eso creía él. Tenía tirantes y un Cartier, supongo. No es de extrañar que fuera tan problemática, viviendo con aquel idiota.

Amita nunca había conocido realmente a Russell Paris. Siempre había sido distante, nunca aparecía en los eventos escolares. Ella siempre había supuesto que estaba ocupado con el hotel y sus otros negocios. Los recuerdos claramente le dolían a Sarah.

—¿Y dijo que Abi no podía ser actriz?

—No lo dijo de forma tan educada, pero sí —respondió Sarah, y volvió a colocar la foto de sus padres—. Así que Abi no lo fue. Estaban decididos a no tener otra chica rebelde en la familia después de mis hazañas de adolescente. Ahora ella está atrapada en un curso que probablemente le está exigiendo más allá de sus límites, y él está ya bajo tierra. Es curioso cómo el universo nos juega malas pasadas, ¿no?

Ahora Sarah sentía una ira controlada, la misma ira que había aparecido cuando vio a Amita fuera. Le llamó la atención que fuese un tipo de ira peligrosa. ¿Qué se hacía con ese tipo de furia reprimida? Según su experiencia, resentirse con los muertos solía ser contraproducente para los vivos.

—Pero no has venido aquí para hablar de los buenos viejos tiempos, ¿verdad, Amita? —preguntó—. No es que todos fueran buenos tiempos, ¿verdad?

La sensación de vacío en el estómago de Amita se hizo más profunda. Esto era lo que había estado temiendo durante mucho tiempo. Había habido momentos en los últimos veinte años en los

que pensó que nunca llegaría. Un enfrentamiento con una chica, la mejor amiga de su hija, a la que había echado a los leones. Había tomado la decisión equivocada, lo supo en su momento. Ahora tendría que pagar por ello.

—Sarah, lo siento —dijo, inclinando la cabeza—. No hice lo correcto, tomé la decisión equivocada en una situación imposible. He vivido con esa culpa todos los días desde entonces y…

—¿De qué estás hablando? —preguntó Sarah.

Amita estaba confundida.

—Del pasado, supongo —tartamudeó.

—Tengo demasiados problemas en el presente como para pensar en el pasado, señora Khatri —dijo Sarah—. Los medios de comunicación de todo el mundo están mancillando el buen nombre de mi hotel y, además, la investigación criminal se está descontrolando. Estaría desolada por las cancelaciones si no estuviera tan aliviada por el hecho de que eso significa que puedo salir de vez en cuando de ese lugar a una hora decente.

—Me ocultaste algo el otro día, Sarah —soltó Amita—. Lo noté, me di cuenta.

—Tonterías —insistió ella—. ¿Por qué te iba a ocultar nada? Me conoces desde que nací.

—Exacto —dijo Amita, levantándose también—. Exacto. Entonces, ¿para qué ocultarme nada? Si puedo ayudarte, Sarah, lo haré. Pero tienes que ser sincera conmigo. Tienes que contármelo todo.

La ira hizo que el rostro de Sarah se contrajera de nuevo. Por un breve instante, Amita pensó que estaba a punto de pegarle. Pensó en apartarse o en ponerse en guardia. Recibir un puñetazo en la nariz de una de las mejores amigas de su hija no era algo que quisiera que sucediera. Aunque se lo mereciera. Eso era más propio del estilo de investigación de Jason que del suyo.

—No es… no es tan fácil como eso —dijo—. Hay más cosas de las que tú sabes, Amita. Deberías mantenerte al margen.

Fuera lo que fuera aquello a lo que se refería, Amita sintió una oleada de satisfacción al comprobar que su instinto no le había fallado. Sin embargo, junto a ese sentimiento, crecía la sensación de

que estaba descubriendo el tipo de secreto que nunca volvería a guardarse en su caja. Ya no había vuelta atrás.

—No quiero mantenerme al margen —repuso—. Sarah, si tienes algún problema, si alguien te está amenazando, si has hecho algo que no debías, quiero ayudarte. No puedo hacerlo si no me cuentas lo que está pasando.

Amita se preparó para lo peor mientras miraba a Sarah, inmóvil como una mujer poseída. Entonces Sarah soltó un grito desgarrador. Era un grito crudo, como el de un animal atrapado en una trampa. Cuando terminó, se dobló por la mitad, boqueando en busca de aire.

—Maldita sea —jadeó—. Lo necesitaba.

Ensordecida, Amita se acercó y le frotó la espalda, aliviada de que la ira de Sarah se hubiera dirigido al universo y no a su invitada.

—¿Qué pasa? —preguntó con delicadeza.

Sarah negó con la cabeza. Se enderezó y se secó las lágrimas.

—Es un desastre, Amita, todo es un desastre —dijo.

—Los desastres se pueden arreglar, ya lo sabes. Tu madre lo decía todo el tiempo.

—Mi madre, sí —dijo Sarah con amargura—. La única que era más ambiciosa que mi padre era ella. Mi padre nunca estaba, y mi madre siempre estaba aquí. Solía quedarme castigada para no tener que estar en la misma casa que ella. Yo era tan decidida como ellos dos, solo que de otra manera. Y ahora mira a dónde me ha llevado esa ambición, cargada con su legado y manipulando pruebas policiales.

Amita se quedó helada. No se dio cuenta, pero había dejado de frotarle la espalda a Sarah. Se había alejado un poco de ella. Sarah detectó el cambio. Se encogió de hombros con indiferencia.

—Eres muy perspicaz, Amita —dijo—. Sigues siendo tan aguda como siempre, después de todos estos años. Nunca dejabas que Radha se saliera con la suya. Cualquier travesura, cualquier lío que planeáramos, tú siempre lo sabías. Nunca me quisiste, ¿verdad?

—Eso no es cierto —respondió ella.

—No pasa nada, puedo soportarlo. —Se rio entre lágrimas—. A poca gente le caía yo bien por aquel entonces. Radha era prácticamente la única. Ella sabía cómo era yo. Era la única persona en la que confiaba. Tenía que serlo, pues veía todas las discusiones

a gritos que teníamos mi madre y yo, y mi padre y yo. No te culpo. Yo habría matado a Abi si hubiera acabado siendo como yo. Pero es buena chica, buena chica. —Asintió con la cabeza, pensando en su hija—. Sin embargo, tú seguías viéndome tal y como era, Amita, incluso ahora. No has cambiado.

—Tú sí —dijo Amita con firmeza—. La chica que yo conocía, aquella chica de ojos brillantes que siempre cogía dos galletas Jaffa de mi lata de galletas cuando le decían que cogiera una, ya no existe. En su lugar, hay una mujer, una mujer de negocios, estresada, claro, pero exitosa. Esa chica que yo conocía no era problemática, sino que solo estaba descarriada. Tú ya no eres ella. Han pasado muchas cosas. Las personas maduran. Pero tienes que decirme lo que has hecho, Sarah. Es importante.

Sarah se secó los ojos de nuevo. Respiró hondo y empezó a dar vueltas por la habitación.

—Tienes que creerme, Amita —comenzó—. Yo no lo maté.

—¿A Derek Veland?

Sarah asintió con la cabeza.

—No lo maté, te lo juro. Pero creo… Creo que puede que haya sido la última persona que lo vio con vida. De hecho, estoy casi segura de ello.

—¿Dijiste que lo viste en el bar?

—Sí —respondió ella—. Pero también lo vi después.

La habitación se hizo un poco más pequeña para Amita. Le llevó un momento entender lo que Sarah intentaba decir.

—¿Sarah? —preguntó, adivinando ya la respuesta.

—Me acostaba con él, Amita.

Su confesión fue clara, concisa, casi pragmática. Amita no había creído realmente la sugerencia de Jason de que Sarah pudiera haber tenido una relación con una de las víctimas. Ahora que lo tenía delante de sus narices, se sentía un poco tonta.

—No fue nada —continuó—. Solo una tonta aventura. Era encantador, guapo…, una celebridad, por el amor de Dios. Nos llevamos bien desde el momento en que se registró el primer día de rodaje. Y una cosa llevó a la otra. Pero yo no lo maté, Amita, tienes que creerme.

—¿Qué pasó? —preguntó—. La noche en que lo mataron, cuéntame exactamente qué pasó.

—Salí de su habitación alrededor de las tres de la madrugada —respondió Sarah—. El hotel estaba tranquilo. Había muy poco personal a esa hora, antes de que llegaran los limpiadores. Salí por una de las puertas traseras y me fui directamente a casa. Apenas me había acostado cuando me llamaron de recepción para decirme que lo habían encontrado muerto.

—¿Qué dijo la policía? —preguntó ella—. Seguro que les contaste todo esto.

Sarah se mordió el labio inferior.

—No lo saben —respondió—. No se lo he contado. No saben nada de nuestra relación, Amita. No podía arriesgarme a que se supiera algo así. Veland me hizo jurar que guardaría el secreto; incluso me ofreció dinero.

Amita frunció la nariz.

—Sí, tenía esa costumbre —dijo.

—Borré todas las imágenes de las cámaras de seguridad en las que yo aparecía cerca de su habitación —dijo Sarah—. No hay nada registrado, ni rastro alguno de él y de mí. Me aseguré de ello. Pero creo que fui demasiado lejos. Cualquier prueba de la otra persona que fue después a su habitación esa noche también se ha perdido: me aseguré de que la cámara de su habitación estuviera convenientemente averiada. No me había dado cuenta de que estaría siendo cómplice y encubriendo un asesinato. —Se derrumbó llorando sobre el hombro de Amita.

—Oh, Sarah —dijo Amita, tratando de reorganizar la historia en su cabeza con esta nueva información.

—Tuve que apagarla, Amita, tuve que hacerlo —se lamentó.

—¿No te preguntó la policía por qué faltaba parte de la grabación?

—Les conté una historia sobre que los aparatos electrónicos del hotel funcionaban mal. Lo cual es verdad, por cierto. No podía permitirme verme envuelta en todo esto, Amita, tienes que entenderlo. Solo fue una aventura, un poco de diversión, para los dos. Créeme, Derek Veland no era el tipo de hombre con el que querrías tener una relación, no cuando había bebido.

—No, ya me imagino que no lo era —dijo Amita—. Pero esto es serio, Sarah, podrías ayudar a la policía con lo que sabes.

—Y ¿qué sé exactamente? —siseó—. Que me acosté con él, lo dejé muy vivo y, al poco tiempo, lo encontraron asesinado. ¿Qué pensarían de eso? ¿De mí? ¿Del hotel? Soy inocente, Amita, no lo toqué. Bueno, no de esa manera. Pero eso no impedirá que la policía, o la prensa, por cierto, sumen dos más dos y obtengan cinco. —Se sentó de nuevo en su sillón y se quedó enfocando al vacío con la mirada perdida—. Sabía cómo hacerte sentir especial. Tenía una energía, un encanto… Era adorable —añadió, con una sonrisa triste.

—Estoy segura de que podía serlo, cuando quería —dijo Amita—. No fue tan encantador cuando me gritó a la cara unas horas antes de que lo mataran.

Pero Sarah no la escuchaba, claramente aliviada por haber podido contarle a alguien su aventura por fin.

—No recuerdo la última vez que un hombre me dijo que estaba guapa —dijo—. Ni un hombre, ni nadie, en realidad. Los últimos años han sido una gran rutina eterna. El tiempo ha perdido todo su significado y estoy constantemente, constantemente, en ese maldito hotel. Ser una adulta responsable y honrar el legado de mis padres me ha costado todo, Amita. Es un trabajo que me ha consumido. No soy la mujer que era cuando empecé allí, ni mucho menos. Me ha dejado agotada y sigue haciéndolo, sigue minando mi energía y mi vida. Si no es el *spa,* es el restaurante, o las tuberías, o una disputa salarial con el personal de la limpieza. Me consume, Amita. Me consume por completo. Ahora, la única vez que bajo la guardia, la única ocasión en la que intento comportarme como cualquier otro ser humano del planeta, me encuentro con un asesinato entre manos que podría arruinarme la vida. ¿Cómo es posible? ¿Cómo va a ser justo?

—La vida nos promete muchas cosas, pero me temo que la justicia no es una de ellas —observó Amita con gravedad.

—Sí —resopló Sarah.

Amita también tuvo que sentarse. Todo se le estaba haciendo un poco pesado. Cualquier sugerencia de que pudiera tratarse de un

crimen pasional significaba que el caso podría ser aún más complicado de lo que pensaba. El corazón no seguía a la razón, y quizá este caso tampoco. Sin embargo, al mirar a Sarah, no le parecía que estuviera ante una asesina, una mujer agraviada o una amante despechada. La ira ya había abandonado a Sarah. Parecía más una persona derrotada que una asesina a la que han pillado in fraganti.

—Tienes que contarle esto a la policía, Sarah. Tienen que saber que tenías una relación sentimental con Derek Veland antes de que lo asesinaran. Te lo debes a ti misma y, lo que es más, se lo debes a él.

—Lo sé —dijo ella—. Sé que tengo que hacerlo. Pero lo he estado posponiendo una y otra vez. Lo he enterrado bajo la montaña de cosas que tengo que hacer y esperaba que desapareciera. Quiero decir, si hubieran encontrado al asesino rápidamente, ¿qué habría importado lo que Derek y yo hiciéramos a puerta cerrada?

—Por desgracia, las cosas no funcionan así —dijo Amita—. Me temo que la vida no es tan fácil.

—Y que lo digas —dijo Sarah.

Se abrió la puerta principal. Sarah se incorporó y se aseguró de haberse secado todas las lágrimas.

—¿Mamá? —gritó Abigail—. ¿Va todo bien? ¿Mamá?

Abi apareció en la puerta.

—Ay, lo siento, no me había dado cuenta de que tenías compañía —dijo.

—No pasa nada, cariño —sonrió Sarah, y se levantó y le dio un gran abrazo a su hija—. Amita solo ha venido a traerme una cosa.

—Vale —dijo Abigail, mirando a Amita—. ¿Te quedas a cenar? He traído arroz frito con pollo.

Agitó una bolsa de plástico llena de cajas de comida para llevar.

—No, no me quedo, pero gracias por la oferta, Abi —dijo Amita—. Sin embargo, voy a tener que pedirte prestada a tu madre un rato esta noche. Tiene una cosa en la que le he pedido que me ayude. Pero volveremos pronto.

Sarah se quedó asintiendo con la cabeza. Abi parecía perpleja.

—¿Quieres que guarde el tuyo en el horno, mamá? —preguntó educadamente.

—Sí, cariño, por favor. —La voz de Sarah se quebró—. No tardaré mucho, lo prometo. Solo tengo que ocuparme de un asunto, nada más. No hay nada de qué preocuparse.

Amita vio que Sarah estaba a punto de volver a derrumbarse. Se movió rápidamente y la guio hacia la puerta. Al igual que hacía con sus nietos, ayudó a Sarah a ponerse el abrigo. Salieron y se dirigieron hacia el coche de Amita.

—Lo siento —dijo Sarah, y se llevó la mano a la boca y empezó a sollozar—. Te he decepcionado, Amita. He decepcionado a todo el mundo.

—No es verdad —contestó Amita, abrazándola con fuerza—. Todo va a salir bien. Solo tienes que decirle la verdad a la policía. Eso es todo. Ya te lo he dicho antes: no hay nada más fácil en este mundo que decir la verdad. Una vez que empiezas, el resto viene solo.

[32] «Won't You Be My Neighbour?» es una frase de la letra del tema principal de la serie de televisión *Mister Rogers' Neighborhood*, interpretada por Fred Rogers. La serie se emitió en los Estados Unidos desde 1968 hasta 2001.

25. *Tossed Salad and Scrambled Eggs*[33]

Jason empujó su plato por la mesa. Todavía quedaba un rollo de queso sin tocar y pensó que al primo de Simon Nakamba le vendría mejor ese alimento que a él. El hombre corpulento, vestido con chaqueta de cuero negro, pantalones y botas de vaquero, parecía tan desdichado como fuera de lugar en el Murphy's Cafe. En cuanto entraron, todo el mundo se volvió para mirar al nuevo visitante de la ciudad. La mesa favorita de Jason, cerca del fondo, afortunadamente estaba vacía. Dejó allí al primo de Nakamba mientras iba a buscar una taza de té y algo de comer.

El Earl Grey no le había gustado. El desconocido había olido el rollo de queso, pero no comía. No había dicho ni una palabra desde que se derrumbó en el apartamento. Jason no sabía muy bien qué hacer.

—No he entendido tu nombre —dijo, tratando de entablar conversación—. Yo soy Jason.

—Viper —dijo el desconocido.

—¿Viper? —Jason carraspeó—. ¿Te llamas Viper?

—Eso es lo que he dicho, ¿no?

—Sí.

—Pues ese es mi nombre.

—Está bien —dijo levantando las manos—. Viper será. ¿Cuándo llegaste a Penrith?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que quiero decir es que te estoy preguntando cuándo llegaste, nada más —respondió él.

—Y ¿qué te hace pensar que no soy de por aquí?

Jason tamborileó con los dedos sobre la mesa. Hinchó las mejillas y asintió con la cabeza a Viper.

—Veamos —dijo—. El sombrero Stetson te delata un poco. Creo que la última vez que se vio un sombrero como ese en Penrith, Larry Hagman estaba haciendo una gira promocional de su libro.

—¿Quién?

—Larry Hag… Da igual. No tiene importancia. Solo era por curiosidad, nada más.

—Hace una hora —respondió Viper con tristeza—. La policía de Cumbria logró enviar un mensaje a mi trabajo en Nairobi para informarme de lo de Simon.

—¿Eres de Kenia?

—Soy de Streatham —dijo Viper—. Mi madre era tía de Simon. Vivíamos cerca de ellos. Me mudé a Kenia hace unos seis años por motivos de trabajo.

—Y ¿en qué trabajas?

—Haces muchas preguntas.

—Soy periodista.

Viper hizo una mueca de desdén. Jason se encogió de hombros.

—Créeme, amigo, he tenido reacciones mucho peores que esa en mi vida.

—En una empresa tecnológica —dijo Viper.

—¿Tecnológica? —dijo Jason—. Perdona, Viper, pero no te pareces mucho a la imagen que tengo de una persona que trabaje en tecnología. De hecho, estás muy lejos de ello.

—Y ¿cómo te imaginas a un empresario del sector tecnológico?, ¿eh? —replicó él—. ¿Con el pelo engominado, chaleco y gafas?

—Bueno…, sí —dijo Jason—. También suelen llamarse Steve, Trevor o Simon, no Viper. Perdona que te lo diga, pero Viper es un nombre demasiado molón para un cerebrito tecnológico.

Viper se abrió la chaqueta de cuero y mostró una camiseta negra con un águila chillando estampada en el pecho.

—Soy cantante de una banda de *thrash metal* —dijo—. Por eso me llaman Viper. Es mi nombre artístico. La tecnología es lo que hago de lunes a viernes, de nueve a cinco, que es cuando soy Peter Nakamba. Pero eso no es lo que soy, ¿entiendes?

Jason levantó las manos.

—Lo siento. No estoy al tanto del *thrash metal* keniano. De hecho, ni siquiera sabía que existía. Lo siento.

Viper lo miró con dureza y enfado durante un momento antes de ceder. Levantó el rollo de queso, le dio un mordisco y lo volvió a dejar en el plato, frunciendo el ceño con desagrado.

—Sabe fatal —dijo.

—Es lo único que les quedaba —dijo Jason—. Van a cerrar en unos minutos, pero pensé que tenía que sentarte aquí para asegurarme de que estabas bien. No confiaría en los idiotas de ese apartamento ni aunque mi vida dependiera de ello.

Viper apartó el plato. Miró a su alrededor en la cafetería.

—¿Te gusta este lugar? —preguntó.

—Ha sido testigo de más momentos familiares y recuerdos de los que puedo contar. Probablemente también haya llenado mis arterias de colesterol y elevado mis niveles de azúcar en sangre a niveles peligrosamente altos. Pero sí, me gusta.

—Me refería a Penrith —dijo Viper.

—Ah, claro —asintió Jason—. Por supuesto que me gusta. Es mi hogar. Es donde trabajo, donde vivo, de donde son mis amigos y mi familia. Es mi pequeño refugio del resto del mundo, que parece empeñado en volverse completamente loco antes de que termine la semana. ¿Por qué lo preguntas?

—Nunca me he sentido realmente como en casa en ningún sitio —dijo Viper—. Ni en Londres, ni en Nairobi, ni en ningún otro lugar. Siempre me he sentido como un extranjero, un vagabundo, y me he limitado a ir de un sitio a otro. Lo único constante en mi vida ha sido Simon. No importa en qué parte del mundo me encuentre, siempre sé que él está al otro lado del teléfono. Él está ahí para mí. Él estaba ahí para mí. —Viper agitó las manos delante de él—. Lo siento —dijo —. No puedo hacerlo. —Se levantó bruscamente.

—Viper, espera —dijo Jason—. Por favor, siéntate, tómate un té y otro trozo de ese horrible rollo de queso. Has recibido una noticia impactante. No deberías quedarte solo. Estoy aquí para ayudarte en lo que pueda.

Viper esperó un momento antes de volver a sentarse en la mesa. Resopló ruidosamente y tomó un sorbo de té. Hizo otra mueca y

dejó la taza.

—Supongo que eres el pariente más cercano de Simon —preguntó Jason.

—Sí —respondió Viper—. Mi madre y mi padre están en una residencia de ancianos de la costa sur, a las afueras de Bournemouth. Soy la única familia que tenía Simon. Todos estábamos muy orgullosos de él cuando triunfó. La gente de Nairobi no me cree cuando les digo que es mi primo. Piensan que me lo invento para alimentar mi ego, para promocionar la banda o algo así.

—La gente puede ser muy rara —dijo Jason—. Viper, no quiero que te lo tomes a mal, pero ¿te habló Simon alguna vez de algún enemigo que pudiera tener?

—Dios mío, todo el tiempo —respondió Viper.

La franqueza del cantante sorprendió a Jason. No esperaba una respuesta tan directa. El dilema moral de interrogar a Viper le había estado pesando mucho. Era evidente que el hombre que tenía delante, por muy agresivo que fuera, estaba muy afligido por la muerte de su primo. Pero Jason necesitaba respuestas.

—¿De verdad?

—Claro —asintió Viper—. Hablé con él por teléfono el día antes de morir y me contó lo de ese rodaje. Dijo que quería matar a sus protagonistas, ¿cómo se llamaban?

—Pip Potter y Derek Veland —dijo Jason.

—Esos son. —Chasqueó los dedos—. Dijo que era una pesadilla trabajar con ellos, que se negaban a hacer nada de lo que les pedía. Y, sobre todo, que eran pésimos actores, palabras suyas, no mías. Hasta pensó en dejarlo.

—¿El programa? —preguntó Jason.

—Sí —respondió Viper—. Dijo que llevaba demasiado tiempo haciéndolo, que había superado demasiados obstáculos y prejuicios como para quedarse atrapado pastoreando por Penrith a un montón de mocosos malcriados. Recuerdo que eso fue exactamente lo que dijo. Me pareció extraño. Nunca antes le había oído hablar así de su trabajo. Siempre había tenido problemas. Tenía mal genio. Pero el arte, su trabajo, siempre había sido intocable para él.

—Y esto fue el día antes de morir.

—Sí —dijo Viper—. Al día siguiente recibí una llamada de la policía diciendo que…, diciendo que lo habían encontrado muerto en la calle. Así que he venido en cuanto he podido. Quiero saber qué le pasó a mi primo, Jason. Necesito saber que está en paz.

—Y ¿qué hay de adicciones o vicios? —preguntó Jason.

—¿Simon? No —respondió—. ¿Por qué?

—La policía me dijo que encontraron unas marcas en el brazo de tu primo. Creen que es algo sospechoso. Me preguntaba si sabías si Simon estaba metido en algo un poco desagradable.

—Por supuesto que no —contestó Viper a la defensiva—. Le gustaba beber, pero eso no tiene nada de ilegal. No tomaba nada más fuerte que el alcohol. Rotundamente no.

Jason podía comprender al hombre que tenía delante. Ahí estaba, solo, en medio de Penrith, buscando respuestas sobre el asesinato de su primo. Era algo difícil de aceptar para cualquiera. Por otro lado, Jason no quería hablar demasiado. Cuando se trataba de la familia y el duelo de los seres queridos, había límites que no se debían traspasar. Lo sabía por su experiencia como periodista.

Decidió ir con cuidado, sin dejar de ser humano.

—¿Has hablado con la policía desde que llegaste? —preguntó, tratando de no emocionarse demasiado por haber encontrado una pista que el equipo de Arendonk no hubiera encontrado.

Viper negó con la cabeza.

—No —respondió—. Vine directamente a la ciudad en tren. Algunas personas me ayudaron a encontrar el lugar donde se estaba rodando. Me dijeron que había un apartamento que estaba utilizando el equipo. Vi la puerta abierta y te encontré allí. Por la forma en que empujaste a esa chica, pensé que eras el culpable.

Jason intentó contener una carcajada y, al mismo tiempo, luchó por no sonrojarse.

—Probablemente deberías informar a la policía de que estás aquí —dijo Jason—. La detective principal es la inspectora Arendonk. Es muy buena.

—No —dijo Viper.

—¿No?

—No, no quiero hablar con la policía —dijo.

—Viper, creo que deberías hacerlo —repuso Jason—. Eres el pariente más cercano de Simon, su única familia. Querrán hablar contigo y tenerte como punto de contacto para la investigación. Sally es agradable; no es como los demás polis. Ella se preocupa de verdad. Simon no será solo el número de un caso para ella.

—¡No quiero a la policía! —exclamó Viper, dando un golpe en la mesa con su mano enguantada.

El golpe fue tan fuerte que los demás comensales se giraron para mirar, y luego fingieron no haberlo hecho. A Jason no le importaba llamar la atención. Cuando estás sentado frente a un gigante de dos metros vestido con cuero negro y un sombrero de vaquero, no puedes esperar pasar desapercibido. Sin embargo, no le apetecía discutir con Viper, al menos, no en ese momento. Ni nunca, pensó mientras volvía a mirar los tachones y las calaveras que cubrían cada extremidad.

—De acuerdo —dijo—. Tus razones tendrás. No me voy a entrometer. Creo que deberías decirles que estás aquí, eso es todo.

—Haré las cosas a mi manera —dijo enfadado.

A Jason no le gustó cómo sonaba eso.

—Y ¿qué se supone que significa eso?

Una mirada peligrosa encendió los ojos de Viper. Había cogido una cucharilla y la retorcía amenazadoramente entre los dedos. Se necesitaba cierta solemnidad para conseguir que una cucharilla pareciera amenazadora. Antes de que Jason pudiera imaginar todas las formas en que Viper podría usarla, este continuó:

—Cuando éramos pequeños, Simon era como un hermano para mí. Éramos muy amigos hasta que él se fue a la escuela de arte dramático y yo me mudé a Kenia. Los periódicos, la policía…, todos dicen que lo han asesinado. Eso significa que hay alguien ahí fuera, ahora mismo, que tiene que pagar por ello. Ojo por ojo, Jason. Ojo por ojo. Me has sido de gran ayuda, pero no puedo quedarme. Lo entenderás, lo sé.

Se levantó rápidamente. Jason se quedó sorprendido. Era la segunda vez en una hora que Viper le tomaba la delantera. Se apresuró hacia la puerta mientras Jason seguía revolviéndose para coger su abrigo.

—¡Espera! ¡Espera! —le gritó.

Viper cruzó rápidamente la plaza del mercado. Cada paso que daba atraía más y más la atención de los lugareños. Los vaqueros ecuatoriales del *heavy metal* no abundaban precisamente en Cumbria. Jason corrió tras él, llamándolo por su nombre.

—Viper, por favor —dijo, alcanzándolo.

Agarró al corpulento hombre por el brazo. Viper se giró y se soltó. Apretó el puño y lo levantó. Jason se preparó para sentir el ardiente dolor de un puñetazo en la cara. Como no llegaba, abrió los ojos, preguntándose qué estaba pasando.

Viper se cernía sobre él. Su mano temblaba, aún flotando en el aire. La dejó caer y empezó a respirar de nuevo.

—Lo siento —dijo—. No debería desquitarme contigo. Me has ayudado mucho, Jason. Pero ahora tienes que dejarme en paz. Tengo que descubrir quién mató a mi primo y hacer que lo pague.

Por un segundo, la calma de Viper fue más aterradora que su ira.

—Viper, no puedes hacer eso —dijo Jason—. Penrith es un lugar pequeño y este es un caso importante, de gran repercusión. Sabes lo popular que era Simon, lo famoso que era. No puedes ir por ahí, como Batman, impartiendo justicia por tu cuenta.

—¿Y por qué no? —preguntó.

—Porque… —titubeó Jason.

Entonces se dio cuenta de que él y Amita no eran tan diferentes de lo que acababa de describir. Quizá llevaban un poco menos de plástico moldeado y artilugios. Pero aun así les gustaba pensar que eran los buenos.

Sin embargo, las cosas eran diferentes, especialmente esta vez. Jason no imaginaba que Viper fuera a limitarse a entregar al culpable a las autoridades, como harían él y su suegra. ¿Y si no informaba de esto a la policía y acababa produciéndose otro asesinato?

—No puedes hacerlo, ¿vale? —dijo—. Hay normas, leyes. Tienes que respetarlas, obedecerlas. Eso de ojo por ojo es cosa de las películas. Esto es la vida real, Viper. Tienes que confiar en que la policía atrapará al hombre que lo mató.

—O a la mujer —dijo Viper.

—Sí, claro —asintió Jason—. Sé que estás enfadado, pero tienes que intentar calmarte y pensar en esto con lógica. Un justiciero enfurecido no va a ayudar a nadie, y menos aún tú. ¿Qué pensaría Simon si acabaras en la cárcel por obstrucción a la justicia?, ¿eh? ¿O por algo peor?

Viper asintió con la cabeza. Jason se sorprendió de lo fácil que le había resultado convencerlo.

Estaba tan ocupado felicitándose a sí mismo que no vio a Viper deslizar un pie detrás de su pierna. Un fuerte empujón en el pecho y Jason cayó de espaldas. Golpeó con fuerza los adoquines de la plaza, y su cabeza se estrelló contra el suelo. Hubo un momento de mareo mientras trataba de entender lo que había pasado. Cuando se le aclaró la cabeza, se incorporó y se sentó. Viper se alejaba corriendo por la calle, pasada Market Square, dejando a su paso un mar de caras confundidas.

Jason se dio la vuelta, tratando de hacer acopio de la fuerza necesaria para levantarse. Nadie parecía interesado en su angustia y, lentamente, con una postura no muy digna, logró ponerse de pie. Miró hacia la calle por la que se había ido Viper. Ya no había ni rastro del hombre corpulento.

La campana del monumento a Musgrave comenzó a repicar y Jason se estremeció. El enorme reloj se alzaba imponente sobre él. Entrecerró los ojos para mirar la esfera. Como si necesitara más recordatorios de que el tiempo seguía corriendo…

[33] *Tossed Salad and Scrambled Eggs* es el tema de cierre de la serie de televisión estadounidense *Frasier*. La canción original la cantaba el protagonista, Kelsey Grammer.

26. *Woke Up This Morning*[34]

Es un signo de los tiempos, pensó Amita mientras entraba en el aparcamiento de la comisaría de Penrith. Recordó la primera vez que había visitado ese lugar. A Jason lo habían metido sin ceremonias en la parte trasera de un coche patrulla, todavía en batín, para interrogarlo. El entonces inspector Frank Alby había tomado aversión a su yerno y, por extensión, a ella también. Amita había ido al centro, llena de ira y vergüenza, a recoger a Jason cuando terminó el interrogatorio.

Por supuesto, ahora los tiempos habían cambiado. Desde aquel primer desafortunado viaje, la comisaría se había convertido en una especie de segundo hogar para ella. Quizá no muy deseado. Cada vez que pisaba sus sagrados y húmedos pasillos, se avecinaban problemas. Y siempre acababa discutiendo. O bien terminaba en una sala de interrogatorios. O, a veces, discutiendo en una sala de interrogatorios.

Accionó el freno de mano. Sarah apenas había hablado durante el trayecto de vuelta a Penrith. Se había sentado junto a Amita, mirando fijamente a través del parabrisas. Había empezado a llover, una lluvia fría que salpicaba el cristal y proyectaba pequeñas sombras sobre su rostro ceniciento. Amita extendió la mano y le tocó a Sarah la suya.

—Ya hemos llegado —dijo.

—Ah, vale —dijo Sarah, parpadeando—. Lo siento. Estaba muy distraída.

—¿Te sientes preparada para todo esto?

—No me queda otra opción, ¿verdad? —dijo—. Tenías razón, tienes razón, Amita. No debería mantener en secreto mi aventura con él. No cuando hay tanto en juego. Fue una tontería. Qué tonta he sido, tonta, tonta, tonta.

Golpeó con el puño el salpicadero. Amita la hizo callar.

—Vamos, no seas tan dura contigo misma —le dijo—. Estás bajo mucha presión en este momento. Cualquiera lo puede entender. Entraré contigo. Conozco a la investigadora jefe. Hablaré en tu favor. Y, cuando todo esto termine, vas a tener que tomarte un descanso. Es hora de que veas que ese lugar puede seguir adelante un día o dos sin ti.

Sarah asintió con la cabeza. Parecía estar a punto de llorar de nuevo, pero fue capaz de mantener la cabeza alta.

—¿Crees que me meterán en el calabozo? —preguntó.

—No —respondió Amita—. Sally Arendonk es una mujer justa. Comprenderá perfectamente lo que ha pasado y se alegrará de tener unas cuantas piezas más del rompecabezas. —Hizo una pausa—. A menos, claro está, que no me hayas contado todo. A menos que Derek y tú hayáis tenido una pelea de enamorados. El amor puede convertirse en odio muy rápidamente. Eso lo sé muy bien —dijo.

Sarah no respondió. Amita sintió un escalofrío recorriendo su cuerpo. Por un instante, pensó que tal vez había cometido un error al intentar atrapar al asesino. Entonces, Sarah habló.

—No soy una asesina, Amita —dijo—. Apenas soy una amante.

Amita se tranquilizó. Sarah había tenido muchas oportunidades de silenciarla si hubiera querido.

—Vamos, acabemos con esto de una vez, ¿te parece? —propuso.

Corriendo bajo la lluvia, se dirigieron a la comisaría. Dentro había mucho ajetreo. Las recibió un murmullo de voces y gritos, y el aire estaba cargado y húmedo por el aliento caliente a alcohol. Los agentes estaban controlando y registrando a una gran multitud de alborotadores, todos ellos vestidos con polos y viseras de golf a juego. Uno de los que se hallaban más adelante estaba en calzoncillos, con una «L» de conductor principiante pegada en el trasero.

Los sargentos de guardia intentaban frenéticamente despachar el papeleo para despejar el espacio. Cientos de discusiones diferentes volaban de un lado a otro por la pequeña zona de recepción de la comisaría. Nadie ganaba.

—Te dije que no te preocuparas por que te metieran en el calabozo —dijo Amita—. Tengo la sensación de que estarán todos

llenos con esta gente. En mi época, las despedidas de soltero solo duraban una noche en el bar del barrio. Hoy en día estos jóvenes pasan todo el fin de semana tambaleándose. A veces incluso más.

Sarah no respondió. Estaba de pie al fondo de la multitud, mirando, preocupada. En el mostrador de la recepción comenzaron a atender a los hombres con trajes de golf y al novio en calzoncillos lo llevaron a la parte de atrás, hacia las celdas. Con unos cuantos cánticos ruidosos y unos cuantos diálogos agresivos más, llegaron al frente.

—¿Por qué están aquí ustedes dos? —preguntó un sargento de rostro rubicundo—. ¿Eran ustedes las *strippers*?

—¡*Strippers*! —Amita casi estalla—. Disculpe, señor. Soy una miembro respetable de esta comunidad. Hago obras de caridad. Soy miembro del Instituto de la Mujer, por el amor de Dios.

—Señora, créame, esta tarde he oído de todo. No me sorprendería que siguiera siendo bailarina gogó a pesar de ser miembro del Instituto de la Mujer.

—Debería darle vergüenza —dijo Amita furiosa—. No he venido a que me insulten. Además, creo que el término preferido en el sector es «bailarina exótica».

El rostro rubicundo del sargento se volvió un poco más morado, y su barba plateada se erizó.

—Tiene razón —dijo, volviendo a su trabajo—. ¿En qué puedo ayudarlas? ¿Vienen a dejar o a recoger?

—Nos gustaría hablar con la inspectora Arendonk, por favor —contestó Amita sucintamente.

—¿De verdad? —preguntó el sargento, golpeándose la barbilla con el bolígrafo—. ¿Saben que la inspectora está investigando un doble asesinato en este momento? Uno muy sonado y…

—Ya lo sabemos —dijo ella—. Tengo muy buena relación con la inspectora. Y, créame, ella querrá saber lo que aquí mi compañera y yo tenemos que contarle.

—¿De verdad? —preguntó él, sin parecer muy convencido.

—Quizá deberíamos irnos —dijo Sarah, frotándose el brazo—. Quizá esto haya sido un gran error, Amita. Quizá debería volver a casa y olvidarme de todo.

—No —dijo Amita—. Tenemos que hacer lo correcto. A toda costa.

El sargento de guardia la miró expectante.

—Por favor, ¿podría decirle que Amita Khatri está en recepción y que le trae una declaración de una testigo clave del asesinato de Derek Veland?

La mención del nombre del actor pareció encender una bombilla en el policía. Se enderezó un poco más.

—¿El asesinato de Veland, dice? —preguntó—. ¿Me está tomando el pelo?

—No, no le estoy tomando el pelo —dijo Amita con disgusto—. Por favor, es de suma urgencia. La inspectora Arendonk me conoce, sabe quién soy. Ella también sabrá, cuando le diga que es urgente, que tiene que venir aquí a vernos.

El sargento se echó hacia atrás en su escritorio. Cogió el teléfono y las miró a ambas.

—¿Saben que, si esto es una broma, las meteré a las dos en el calabozo con esos idiotas ruidosos del golf?, ¿verdad? —dijo.

—Solo haga la llamada, por favor —contestó Amita con firmeza.

Marcó un número y pidió hablar con Arendonk. Le explicó todo lo que Amita le había contado y colgó el teléfono.

—Ya viene —dijo.

—Bien. Gracias —dijo Amita.

—No creo que deba hacerlo —dijo Sarah—. Tengo el pecho oprimido y las manos sudorosas.

—No pasa nada —la tranquilizó Amita, alejándola del escritorio y del indiscreto sargento—. Estoy aquí contigo, Sarah.

—Amita.

Sally Arendonk entró con paso decidido en el vestíbulo. Parecía cansada y pálida, con el pelo peinado hacia atrás en una coleta que le caía sobre el hombro.

—Ha sido un día largo —dijo la inspectora—. ¿Qué tienes para mí? Y, por favor, no te vayas por las ramas. Ya no estoy de humor.

Sarah y Amita aún no habían dicho nada cuando se abrieron las puertas principales de la comisaría. Las tres mujeres miraron al unísono hacia Jason, que se encontraba en la entrada como si estuviera irrumpiendo en un salón del salvaje Oeste. Antes de que

ninguna de ellas pudiera reaccionar, entró a toda prisa en el vestíbulo, jadeando.

—Sally, qué bien que estés aquí —dijo—. Tengo que contarte una cosa.

—Jason, ¿qué haces aquí? —preguntó Amita—. ¿Has hablado con Pip Potter?

—No.

—¿Por qué no? —dijo.

—Es complicado —respondió él.

—¿Qué significa eso?

—Significa que, como siempre, las cosas no salieron según lo planeado.

—Y ¿qué has estado haciendo todo el día? —preguntó Amita.

—He estado trabajando.

—¿Qué haces aquí?

—Tengo que hablar con Sally.

—No, yo tengo que hablar con Sally —protestó Amita.

—Pero esto es importante —dijo él.

—Lo nuestro también es importante.

—Sí, pero esto tiene que ver con el caso de asesinato.

—Lo nuestro también.

—Pero he venido corriendo hasta aquí.

—Eso no es culpa mía —dijo Amita.

—Lo mío es más urgente, Amita. Hay gente que podría estar en peligro.

—Y ¿qué hay más urgente que una prueba clave en un caso de doble asesinato?, ¿eh?

—Pero mi historia tiene como protagonista a un cantante de *heavy metal* de Kenia.

—¿Qué?

—¡Los dos! ¡Ya basta!

La potente voz de Arendonk consiguió que los dos guardaran silencio.

—Ya basta, ¿está claro? —dijo, calmándose.

Jason y Amita se callaron. Se habían dado cuenta de que no debían tentar a la suerte ni abusar de la buena voluntad de la

detective, que estaba agotada.

—Ahora mismo estoy muy ocupada —continuó—. Tengo solicitudes de la prensa para declaraciones y actualizaciones sobre el progreso del caso, mi teléfono está literalmente ardiendo en mi bolsillo por el uso excesivo de mis superiores, que quieren un arresto ya, y ahora estoy haciendo de niñera con vosotros dos y una invitada especial. —Arendonk entrecerró los ojos y miró a Sarah—. Te conozco —dijo, señalándola—. Eres la propietaria de Askling Manor, ¿verdad?

Sarah asintió con la cabeza.

—Iba a decirte, inspectora, que Sarah está aquí para…

—¡Alto ahí! —Arendonk levantó una mano—. Nadie habla hasta que se le dirija la palabra. Sinceramente, los niños de la guardería de mi sobrino se comportan mejor que vosotros dos. Quiero que os calméis, os guardéis vuestras opiniones y me sigáis a un lugar un poco más privado y, lo que es más importante, alejado de la vista del público. La prensa me destrozaría si me viera fraternizando con vosotros de esta manera.

—Yo soy la prensa, ¿sabes? —repuso Jason, a pesar de las miradas escépticas que lo rodeaban.

—Vamos, Clark Kent —dijo Arendonk—. Por aquí.

[34] *Woke Up This Morning* es el tema musical de la serie de televisión estadounidense *The Sopranos* [*Los Soprano*] (1999-2007). La canción es de la banda británica Alabama 3.

27. «A Perfect Line»[35]

Tanto Amita como Jason esperaban encontrar otra sala de interrogatorio. Pero Arendonk parecía decidida a mostrarles otras partes de la comisaría que no habían visto antes. Una pequeña cantina, numerosos armarios repletos hasta los topes, incluso una oficina de conserje con un cubo de agua sucia y maloliente y una fregona eran algunos de los aspectos más destacados.

—¿Adónde nos lleva? —susurró Sarah.

—No estoy segura —respondió Amita.

—Normalmente, a estas alturas ya nos estarían gritando en una sala de interrogatorios —dijo Jason.

—Jason —le regañó Amita.

El rostro ya pálido de Sarah se volvió un poco más blanco. Tragó saliva con dificultad.

—Quizá nos vayan a poner en aislamiento —dijo Jason—. Ya sabes, las celdas que están reservadas para los verdaderos cabrones…

—Te estoy oyendo, ¿sabes? —soltó Arendonk sin detenerse—. Todos los malditos periodistas sois iguales: todos habláis al mismo volumen, esto es, a voces.

—¿Qué? Menuda tontería —dijo Jason—. Puedo estar perfectamente callado cuando quiero.

—Pues hazlo ahora mismo —dijo la inspectora—. Antes de que llame a uno de los uniformados más feos para que te cierre la boca.

Empujó una puerta con las manos. Una ola de aire frío los recibió cuando la siguieron trotando. Afuera había un patio pequeño y claustrofóbico. Las altas paredes de la comisaría los rodeaban, coronadas con alambre de púas de aspecto desagradable. Jason casi tropieza con el pequeño escalón que había al otro lado de la puerta. Había un verdadero tropel de colillas aplastadas esparcidas bajo sus pies.

Había otro detective de pie frente a ellos, fumando. Arendonk le lanzó una mirada severa y volvió la cabeza hacia la comisaría. Él no discutió, apagó el cigarrillo y entró rápidamente. Ella esperó a que se cerrara la puerta antes de sacar un paquete de cigarrillos del bolsillo de su chaqueta.

—No sabía que fumabas —dijo Jason.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí —respondió ella, buscando un mechero en los otros bolsillos—. Y me gustaría que siguiera siendo así, Brazel.

—Toma —dijo Amita.

Acercó el mechero al cigarrillo de Arendonk. La inspectora exhaló alegremente el humo mientras Amita daba un paso atrás.

—¿Desde cuándo llevas mechero? —preguntó Jason.

Su suegra dudó un momento. Luego recuperó la compostura.

—Es útil llevarlo cuando sales. Es increíble lo que la gente te cuenta cuando les ofreces fuego —dijo—. También tengo una navaja, si quieres verla. No sabía que tenía que consultar estas cosas con un comité cada vez que salía de casa.

—Maldita sea. —Jason puso los ojos en blanco—. ¿Qué les pasa a todos hoy? ¿Tengo una pegatina en la frente que dice «ataca a Jason»?

—Ejem —dijo Arendonk—. Si vosotros dos queréis tener una discusión doméstica, podéis hacerlo en vuestro tiempo libre. El mío es demasiado valioso y estos días tengo muy poco. Así que, vamos, soltad lo que tengáis que decir.

Jason y Amita empezaron a hablar a la vez. Al final, Sarah tuvo que intervenir.

—Creo que fui la última persona en ver a Derek Veland con vida —dijo.

El pequeño patio quedó en silencio. Jason parpadeó.

—¿Qué acabas de decir? —preguntó.

—He dicho que creo que fui la última persona que vio a Derek Veland con vida —repitió Sarah—. Salí de su habitación alrededor de las tres de la madrugada. No encontrarán ninguna grabación de las cámaras de seguridad, ya que las destruí y les dije a sus agentes

que se había producido un fallo en la grabación, una interrupción. Lamento que eso no sea exactamente lo que les dije antes.

Arendonk se quedó callada. Su cigarrillo se consumía mientras lo sostenía a un lado, con el humo enroscándose alrededor de su brazo.

—No era mi intención causar más molestias —continuó Sarah—. Solo fue una aventura, una aventura tonta, eso es todo.

—Ha estado sometida a mucho estrés últimamente, inspectora —intervino Amita—. Y el señor Veland era un hombre encantador, cuando quería. Conozco a Sarah prácticamente desde que nació. Es un pilar de la comunidad, por no mencionar que es una de las mujeres de negocios más importantes de Cumbria. Creo firmemente que, si te ocultó la información, fue por una buena razón y…

—¿Qué pasó después de que dejara a Veland en su habitación? —preguntó la inspectora, interrumpiendo a Amita.

Sarah temblaba, a pesar de llevar un abrigo grueso.

—Me… me fui a casa —dijo—. Ningún miembro del personal notó nada. Estoy allí a todas horas. Me consume la vida, inspectora Arendonk. Es lo único por lo que me levanto cada mañana. Por eso y por mi hija. No tengo tiempo de buscar…, bueno…, relaciones, por decirlo de alguna manera. Esta, me refiero a la que tenía con Derek, me encontró a mí, en cambio.

—¿Y no vio a nadie más entrar en la habitación de Veland cuando se marchó?

—No —dijo Sarah, inclinando la cabeza—. No miré atrás. No me sentía orgullosa de tener una relación clandestina. Quiero decir, si tienes que escabullirte en plena madrugada, nunca va a ser algo de lo que te sientas orgullosa. Era un hombre agradable, ya sabe: me decía que era guapa, fuerte, especial. ¿Tiene idea de cuánto tiempo hacía que nadie me decía eso? Era amable y divertido, pero también un desastre. Esa es la última influencia que necesito en mi vida ahora mismo. Siento no haber sido sincera con ustedes antes, pero sabía que manipular las cámaras de seguridad no estaría bien visto.

Arendonk se estremeció cuando el cigarrillo le quemó un poco los dedos. Lo tiró con un gesto brusco.

—Esto es muy grave, señorita Paris —dijo—. Podría acusarla ahora mismo de obstrucción a la justicia. Eso supondría para usted tener antecedentes penales de inmediato.

—Lo sé —dijo Sarah, mirando a la inspectora—. Sé que fue una estupidez, sé en qué lío me he metido. Lo siento, de verdad.

—Lo siente, inspectora —dijo Amita.

Arendonk negó con la cabeza.

—¿Qué tenéis vosotros dos que atraéis los problemas a mi puerta? —preguntó—. Siempre estoy arreglando los desastres y las ruinas que dejáis cuando os involucráis.

—Tú nos pediste ayuda, recuérdalo —dijo Jason con tono incisivo —. Así que ahora te estamos ayudando.

—Lo sé, lo sé. —Arendonk suspiró—. Es este maldito caso. Me está volviendo loca. No estamos más cerca de descubrir quién mató a ninguno de los dos hombres. Y, cada día que pasa sin resolverlo, el caso cobra más fuerza en los medios de comunicación. Se está saliendo de madre.

Se apartó de ellos y comenzó a caminar de un lado a otro por el reducido patio. Hasta que se dio la vuelta y volvió a mirar a Jason.

—Bien, ¿y tú?, ¿qué novedades tienes?

—¿Novedades? —dijo él con indiferencia.

—Sí, vamos, suéltalo, Jason —replicó Amita—. Dijiste que era urgente. ¿Has hablado con Pip Potter como te pedí?

—¿Pip Potter, la actriz? —preguntó la inspectora.

—La misma —respondió Jason.

—¿Para qué quieres hablar con ella? No es una persona de interés para nosotros.

—Ah, ¿no? —preguntó Amita.

—¿Debería serlo? No veo ninguna relación entre ella y los asesinatos. La interrogamos, como hicimos con todo el reparto. Pero tiene coartada para ambos sucesos. Estaba en su apartamento, aquí, en la ciudad, cuando asesinaron a Nakamba y Veland.

—¿No está en peligro? —preguntó Amita.

—Solo podemos protegerla mientras esté en la ciudad —dijo la detective.

Amita había estado dándole vueltas a una teoría durante todo el día. No quería tentar al destino diciéndola en voz alta. Pero las circunstancias ahora la obligaban a hacerlo.

—Por horrible que parezca —dijo—, Pip es la última de las protagonistas de esta producción. Primero fue Simon Nakamba, el director, y luego Derek Veland, el protagonista masculino. Si hay alguien por ahí con rencor o alguna otra maldita idea en la cabeza, la lógica dicta que Pip Potter sería el próximo objetivo.

—¿Sola? —preguntó Jason.

—¿Qué? —preguntó la detective.

—¿Estaba Pip sola en su apartamento cuando se produjeron los asesinatos?

—No puedo revelar esa información —dijo la inspectora—. Menos aún a un periodista. Lo único que necesitas saber es que se ha comprobado su paradero ambas noches.

—Aun así, nos gustaría volver a hablar con ella —dijo Amita—. Puede que tenga alguna información sobre los dos hombres, algo que se nos escapa, alguna parte del panorama general que no vemos por estar demasiado centrados en otros aspectos.

—Bueno, tendréis que reservar billetes de tren a Mánchester —dijo Arendonk.

—¿Por qué? —preguntó Jason.

—La señorita Potter vuelve a Mánchester. La producción se ha cancelado. Tiene otro trabajo al que acudir. Está haciendo las maletas en este momento, al menos, según mis agentes de seguridad. Les he dicho que se retiren.

—¡Rápido! —le susurró Amita a su yerno.

Corrieron hacia la puerta. Arendonk fue tras ellos.

—¡Eh! —gritó ella—. ¡No podéis iros así, sin más!

—Tenemos que hablar con ella antes de que se vaya —dijo Amita —. Es bastante urgente.

—Pero…, Jason, ¿qué novedades tenías? —preguntó la inspectora.

Jason se detuvo en seco en el pasillo. Se llevó la mano a la frente.

—Ah, sí, casi se me olvida —dijo—. El primo de Simon Nakamba está en la ciudad. Se llama Viper, bueno, Peter, pero le gusta que le llamen Viper. Viste con ropa de cuero, botas de vaquero y un gran

sombrero Stetson. No será difícil reconocerlo. Es el único pariente vivo de Simon y está decidido a matar al asesino cuando lo encuentre.

Arendonk se quedó blanca. Abrió los brazos y lo miró fijamente.

—¿Eso es todo? —dijo—. ¿Eso es todo lo que me vas a decir?

—¡Ya te lo he dicho, no tiene pérdida! —gritó Jason, dándose la vuelta y alejándose a zancadas por el pasillo tras Amita.

La inspectora los vio alejarse. Sintió que Sarah Paris se acercaba a ella.

—¿Siempre son así? —preguntó la propietaria del hotel, temblando.

—No —respondió Arendonk. Le puso una mano tranquilizadora en el hombro a Sarah y volvieron a entrar en la comisaría—. Normalmente son mucho peores.

[35] «A Perfect Line» es una frase que aparece en la canción *This Life,* el tema principal de la serie de televisión estadounidense *Sons of Anarchy*.

28. *Princes of the Universe*[36]

—Debería haber preguntado al club de bingo desde el principio, Jason. Sinceramente, si quieres que un trabajo se haga bien, es mejor que lo hagas tú mismo.

Amita chasqueó la lengua mientras se desplazaba por el hilo de conversación de uno de sus numerosos grupos de WhatsApp para jubilados. No tardó mucho alguien en enviar los detalles del apartamento que tenía Pip Potter en la ciudad.

—Oye, eso no es justo —dijo él, jadeando a su lado—. Yo encontré a Viper.

—Más bien parece que él te encontró a ti.

—Eso son detalles —dijo él—. Detalles sin importancia. Lo que importa es que tenemos que encontrar al asesino de Simon Nakamba, y rápido. No me gustaría ponerme en contra de su primo. Si no nos damos prisa, habrá un tercer asesinato, y esta vez sabré quién es el culpable.

—Ahora a la izquierda —indicó Amita.

Giraron bruscamente a la izquierda y se adentraron en una callejuela estrecha flanqueada por bloques de pisos de todas las formas y tamaños. La calle estaba oscura y húmeda, y un resplandor turbio se acumulaba alrededor de las bombillas de las farolas. Al final de la calleja había un edificio achaparrado de dos plantas, con ventanas panorámicas nuevas que no revelaban más que el reflejo oscuro y vacío de la noche. Una valla de hierro fundido rodeaba una pequeña zona ajardinada situada detrás de la acera. Sobre la puerta principal había una placa, cepillada y pulida con chorro de arena, que indicaba como fecha el año 1815.

—¿Qué sitio es este? —dijo Jason.

—Apartahoteles —dijo Amita—. Un poco más personales que los hoteles. Ideales para jóvenes actores que solo pasan aquí unas semanas. Les ofrecen un poco de privacidad, y estamos a solo cinco minutos a pie del centro de la ciudad.

—Sé lo que es un apartahotel, Amita, gracias —dijo él—. Pareces la oficina de turismo local. Lo que quiero decir es que creo que nunca antes en mi vida había pasado por esta calle.

—Deberías salir y explorar más tu ciudad natal, y sentir un poco de orgullo cívico por el lugar donde vives.

—Ya sé dónde te puedes meter tu orgullo cívico —murmuró él.

Amita no lo oyó. O no le dio la satisfacción de admitir que lo había oído. Redujeron la velocidad al acercarse a los apartamentos. No había luces encendidas en las ventanas, y un contenedor de reciclaje vacío yacía volcado de lado, el equivalente municipal a una bola de hierba seca. Amita miró hacia arriba.

—Este sitio está un poco muerto —dijo.

Miró arriba y abajo por la calle vacía.

—No me gustaría caminar por aquí sola a altas horas de la noche.

—Quizá no estuviera sola la mayor parte del tiempo —dijo Jason —. Ya has oído lo que dijo Arendonk: tenía coartadas para ambos asesinatos.

—Sí, a mí también me pareció raro.

—No hay nada de raro en que una joven tenga compañía mientras trabaja, supongo. Estamos en el siglo XXI, Amita.

Olfateó y se frotó las manos contra los brazos, tratando de entrar en calor.

—¿Crees que llegamos tarde y ya se ha ido? —preguntó—. ¿O es posible que tu confidente del club de bingo te haya dado una dirección equivocada?

—Mis fuentes nunca se equivocan —dijo Amita—, ya lo sabes.

—Siempre hay una primera vez para todo —dijo él—. Entonces Potter debe de haberse largado a primera hora de la tarde.

—Deberías haberla localizado antes de que se marchara —protestó ella.

—¿Cómo iba yo a saber que se marchaba? Pensaba que tendríamos al menos unos días más. Todavía había cámaras y furgonetas recogiendo material, y parte del decorado era voluminoso. No creí que pudieran desmontarlo todo tan rápido.

—El decorado… —dijo Amita, sin terminar la frase.

Algo se le pasó por la cabeza. No sabía decir con certeza qué era, pero había algo ahí. Iba a seguir ahondando en ello cuando unos faros casi la dejaron ciega. Jason soltó un grito ahogado y retrocedieron. Las luces que atravesaban la valla de hierro provenían de un pequeño aparcamiento situado en la parte de atrás del edificio. Amita no se lo pensó dos veces. Agarró a Jason por el codo y dio la vuelta a toda prisa.

—Ojalá dejaras de hacerme correr —dijo él con voz entrecortada —. No soy de los que corren, Amita. No se ven pies planos y barrigas como los míos en los maratones, ¿verdad?

—¡Ahí! —gritó Amita.

Había un coche aparcado en una plaza frente a ellos. El motor estaba en marcha y se veía una sombra moviéndose en el asiento del conductor. El coche avanzó con un rugido del motor, pero se detuvo chirriando cuando Amita se interpuso firmemente en su camino.

—¡Alto! —gritó ella.

—Maldita sea, Amita —jadeó Jason—. Podrían haberte atropellado. ¡No eres el rey Canuto, ¿sabes?!

—¡¿Qué demonios crees que estás haciendo?! —gritó Pip Potter asomando la cabeza por la ventanilla y mirando con ira a Amita y Jason, que estaban delante de su coche—. ¡Podría haberte atropellado! —gritó.

—Eso es lo que acabo de decirle —respondió Jason—. Ella no es una especie de señora agente de tráfico rebelde.

—Jason, por favor —dijo Amita con un chasquido de lengua—. Nos gustaría hablar contigo otra vez, señorita Potter, si no te importa. Antes de que te vayas a Mánchester.

—¿Cómo sabéis que me voy a Mánchester? —preguntó la actriz.

—Nos lo ha dicho la policía —respondió Jason.

Si esperaba que con eso iba a apaciguar a la estrella, se equivocaba. Ella gruñó algo desagradable y luego tocó el claxon.

—¡Fuera de mi camino! —gritó, acelerando el motor—. Te atropellaré si hace falta.

—No te lo aconsejo, señorita Potter —dijo Amita, manteniendo la calma—. Mi yerno es periodista, por si lo has olvidado. No creo que

tu imagen pública saliera beneficiada si se supiera que has atropellado a una jubilada.

—Y ¿cómo iba a enterarse nadie?

—Él está grabando todo esto.

Amita le apretó el codo a Jason. Después señaló con la cabeza hacia su bolsillo. Le llevó un momento darse cuenta antes de sacar torpemente su teléfono. No sabía cómo grabar un vídeo con él, así que simplemente lo apuntó hacia Pip.

—¿Lo ves? —dijo Amita.

—Estoy intentando salir y vosotros me estáis bloqueando el paso.

—Solo queremos hablar —dijo Amita.

—¿Hablar de qué?

—De Derek Veland y Simon Nakamba.

—¡Ya le he contado a la policía todo lo que sé! —gritó Pip—. El programa se ha cancelado. Quiero irme a casa. ¡Díselo a tus lectores!

Volvió a acelerar el motor, intentando que se movieran. Jason se estremeció. Amita lo agarró del brazo, impidiéndole retirarse.

—¡Cuanto más intentes marcharte, Pip, peor te irá! —gritó—. ¡Podrías estar en peligro!

—La policía ha dicho que puedo irme. Si ellos no tienen ningún problema, no veo por qué vosotros deberíais tenerlo. Solo sois un par de entrometidos…

—No somos policías, no, pero tenemos estrechos vínculos con ellos —dijo Amita—. ¿Cómo crees que lo verán cuando volvamos y les digamos a los agentes que investigan el caso que querías atropellarnos cuando huías a Mánchester?

Pip los miró a ambos por encima del volante. Amita esperaba de verdad que su farol funcionara. Estaba tratando con una celebridad, probablemente acostumbrada a luchar contra los *paparazzi*. Pero tenía que mantenerse firme. Habían hecho un gran avance con Sarah Paris, pero no era nada definitivo.

—Los señores Nakamba y Veland están muertos —dijo Amita—. Y nadie los conocía mejor en sus últimos días que tú, Pip. Por favor. Eres actriz, estudias a las personas y apuesto a que captas cosas

que la gente normal no capta. —Amita no tuvo reparos en recurrir a los halagos.

El motor se apagó. La estrella de televisión abrió la puerta del coche y salió.

—Cinco minutos —dijo—. Eso es todo. Y ya puedes apagar esa estúpida cámara, si queréis que empecemos.

Levantó la mano hacia el teléfono de Jason. Él lo guardó antes de que ella se diera cuenta de que había estado mirando la pantalla de inicio todo el rato.

—¿Entramos en el coche? —preguntó Amita.

—¿Por qué? No va a llevar mucho tiempo —dijo Pip, sentada en el capó—. Le he contado a la policía todo lo que sé. ¿Qué más me podéis preguntar ahora? No creo que mi psicoanálisis *amateur* de Simon o Derek vaya a servir de nada.

—¿Sabías que Veland se acostaba con la propietaria de Askling Manor? —preguntó Jason.

—Ese nombre no me dice nada —respondió la actriz—. Si es algún lugar emblemático de Penrith, lo siento, disculpad mi ignorancia. No había puesto un pie aquí antes de que comenzara el rodaje. No estoy muy al tanto de la historia local.

Ahora había en ella una arrogancia burlona que Jason y Amita no habían detectado cuando hablaron con ella por primera vez. Cruzó los brazos sobre el pecho y los miró a ambos con ojos penetrantes a través de la oscuridad.

—Es el hotel donde murió Derek. Donde tuvisteis la reunión sobre Simon. Pero no nos interesan tanto tus conocimientos de la región como si sabías algo sobre Veland y sus travesuras —dijo Amita.

Pip resopló.

—Mira, todo el mundo sabía lo de Derek y sus «travesuras», como tú las llamas —dijo ella—. ¿Qué quieres que te diga? Era un actor de mediana edad con la libido de un adolescente. No es precisamente el único que es así en nuestra industria.

—Así que ¿sabías lo suyo con Sarah? —preguntó Jason.

—Sabía que le gustaba salir por las noches, después de terminar el rodaje, si es eso lo que quieres decir —respondió ella—. No podría

decirte ninguno de los nombres de las mujeres. Dudo que ni siquiera él pudiera hacerlo.

—Perdóname, señorita Potter, pero no parece que te preocupe mucho el hecho de que tu coprotagonista haya muerto, ni siquiera habiendo sido asesinado —dijo Amita.

—¿Y qué queréis que haga? ¿Dar una voltereta? ¿Ponerme un brazalete negro? ¿Qué? —preguntó con rencor—. Se veía venir que algo así le iba a pasar a Veland. Era de otra época y se creía un muchacho. Solía decir de sí mismo que era un granuja, con ese acento fingido de colegio privado que tenía.

—Ese acento era auténtico —dijo Jason—. Nos contó cosas de su época del internado.

—Por favor —respondió Pip frunciendo los labios—. Yo no creería ni una palabra de lo que decía ese hombre. Era actor, recuerda. Somos mentirosos profesionales.

—Y ¿se supone que a ti sí debemos creerte?

—Muy bien. —Le lanzó una mirada sarcástica—. Veland estaba hasta el cuello de deudas de juego, bebía como un cosaco y coqueteaba con cualquier cosa que tuviera pulso. Uno no puede comportarse así sin acabar pisando a alguien. Hay un rastro de amantes despechadas, maridos cornudos, esposas frustradas y corredores de apuestas arruinados que probablemente tenían cuentas que saldar con el difunto. «Egoísta» no es suficiente para describir a Derek Veland; era mucho más de lo que las palabras pueden resumir.

—Entonces, ¿no te gustaba trabajar con él? —preguntó Jason.

—El trabajo es el trabajo, y hay que ser profesional en este sector —respondió ella—. La competencia es demasiado alta como para permitirte tener la reputación de ser una persona complicada. A menos que seas alguien como Simon. Entonces sí puedes jugar la carta del genio atormentado. *The Locus* es un gran éxito y estoy agradecida por ello. La razón por la que sigo en la serie es porque soy una actriz muy buena. No porque me acostara con propietarios de hoteles y montara escándalos en el plató. —Miró su reloj—. ¿Es suficiente? —preguntó—. ¿O queréis seguir interrogándome acerca de cosas que ya he contado? Parece que ambos tenéis la costumbre

de hacerlo. No sé qué esperabais, ¿que os dijera que pensaba que Derek era un santo y que nadie tenía nada malo que decir de él? Como si eso fuera posible…

A Amita no se le ocurría nada más que preguntarle. Se volvió hacia Jason, que parecía sumido en sus pensamientos.

—¿Tenías una relación con Derek Veland? —preguntó él.

—¡¿Qué?! —exclamó ella.

—Es una pregunta sencilla, Pip —dijo Jason—. ¿Fuiste una de sus aventuras amorosas?

—¿Y a ti qué cojones te importa? —soltó enfadada.

Ella lo miraba fijamente. Eran más o menos de la misma altura, y Amita pensó que tal vez tendría que interponerse entre ellos.

—Es una pregunta sencilla —dijo Jason encogiéndose de hombros —. Si no tienes nada que ocultar, no debería importarte.

—Lo que yo haga con mi vida personal es asunto mío. La clave está en la palabra: «personal» —dijo ella.

Jason se preguntó si realmente estaba afligida. Al fin y al cabo, hacía un momento había dicho que era una mentirosa profesional; podría haberlo negado rotundamente, pero era evidente que algo en ella quería reconocer lo que fuera que hubiera pasado. Él insistió.

—Así es —dijo—. Pero creo que, cuando el director de una actriz y luego el coprotagonista de la misma mueren con pocos días de diferencia, las sospechas recaen sobre el factor común. Y, en este caso, ese factor serías tú.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó ella—. ¿Estás insinuando que yo tuve algo que ver con sus asesinatos? ¡Eso es un disparate!

—¿Lo es? —preguntó él—. Veamos los hechos. Si no temes convertirte en la próxima víctima, entonces tenemos que examinar el caso contrario. No has dicho nada bueno sobre Simon Nakamba, al menos, no en privado. Has sido muy crítica con Derek Veland, diciendo de él todo tipo de cosas. Has declarado claramente que te considerabas más profesional que ellos dos. Eres joven, estás en buena forma y eres más que capaz de acabar con esos dos hombres de mediana edad que no estaban nada en forma. ¿Qué fue lo que pasó? ¿Veland rechazó tus insinuaciones? ¿Nakamba te gritó demasiadas veces? Más vale que lo confieses.

Amita parecía tan sorprendida y con los ojos tan abiertos como Pip.

—Quizá ella tenga razón, Jason —dijo—. Quizá esto no sea tan buena idea.

No era la primera vez que ella o Jason se dejaban llevar por una teoría y acababan en una situación incómoda: o bien acusaban falsamente a alguien de asesinato, cosa que nunca solía salir bien, o bien desenmascaraban a un asesino y, al hacerlo, se convertían en un blanco fácil. De repente, estar con Pip en un aparcamiento desierto no le parecía la idea más brillante.

—O tal vez estemos cerca de descubrir la verdad, ¿te parece? —preguntó Jason.

Pip se abrió paso entre ellos. Deambuló por el aparcamiento, con el aliento humeante, mientras se alisaba el pelo hacia atrás, estresada.

—Esto no tiene sentido —repetía una y otra vez—. ¿No creeréis en serio que yo tengo algo que ver con esto? ¿Qué ganaría yo con ello?

—¿Por qué no nos lo cuentas? —preguntó Jason—. Eres la estrella del programa, de la serie, eres alguien importante, Pip. Nakamba y Veland deben de haber hecho algo horrible para que alguien los matara de esa manera.

—¡Yo no los maté! —gritó ella.

Su voz resonó en las paredes húmedas. Se encendió una luz en el conjunto de viviendas que había junto a los apartamentos y se movieron unas cortinas.

—Entonces, ¿por qué estás tan alterada? ¿Por qué tenías tantas ganas de volver a Mánchester? ¿Por qué intentaste atropellarnos a mí y a mi suegra cuando nos pusimos delante del coche? —insistió él —. No pinta bien, Pip, no pinta nada bien.

—¡Está bien! —gritó ella—. Me acostaba con él. ¿Ya estás satisfecho?

Jason tuvo que tomarse un momento. Su corazón latía con fuerza. Tener que pensar tan rápido le estaba estresando. En el silencio que se había instalado, se dio cuenta de que lo había vuelto a hacer. Se había dejado llevar y se había puesto en peligro, a sí mismo y a Amita. Siempre había pensado que ser corresponsal de sucesos era

el trabajo al que aspiraba. Pero tal vez hubiera preferido que los delitos en cuestión fueran el robo de una maceta o un arrebato de agresividad al volante en el club de golf. En ese momento, habría vuelto encantado a informar sobre exposiciones caninas y entregas de premios escolares.

—Me acostaba con él, ya está, lo he dicho —repitió Pip—. No estoy demasiado orgullosa de mí misma. Yo no soy así. Pero esta industria te roba toda la dignidad. Especialmente en un trabajo como este, lejos de casa. A veces necesitas un poco de calor humano, alguien que esté pasando por la misma mierda que tú. Eso no es un delito, ¿verdad?

Sonaba casi arrepentida. Jason asintió con la cabeza.

—Y Nakamba se enteró. Por eso lo mataste, para evitar que se supiera la historia y te despidieran, ¿no?

—¿Qué? ¡No! —gritó ella—. Eso no es verdad en absoluto.

—Le cuentas a Veland lo que has hecho, y él se horroriza —intervino Amita—. Te amenaza con ir a la policía y denunciarte, pero tú te cuelas en su habitación de hotel y estrangulas a tu amante.

—Es una teoría sólida —dijo Jason—, dado el comportamiento de Veland. Tú misma lo has dicho, tenía una lista de enemigos tan larga como tu brazo.

—No —intervino Pip—. Eso no es lo que pasó en absoluto. Os equivocáis.

—¿De verdad? —Jason casi podía oír las felicitaciones de Arendonk en ese momento.

—Sí, os equivocáis —dijo la actriz.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó Jason.

—Para empezar, yo no me acostaba con Derek —dijo Pip—. Salía con Simon.

De repente, todo se vino abajo. Jason sintió que sin querer estaba apretando los dientes y tensando la mandíbula. Miró a Amita en busca de ayuda.

—Ay, Jason —se lamentó ella, cubriéndose los ojos con la mano—. Tú y tu bocaza.

Jason se detuvo. No tenía intención de convertirse en la división de Penrith de la Inquisición española, pero empezaba a darse cuenta

de que todo el reparto y el equipo de *The Locus* parecían tener algo que confesar.

[36] *Princes of the Universe* es la canción de Queen que sirvió como tema principal para la banda sonora de la película *Highlander* (1986) y, posteriormente, como cabecera de la serie de televisión *Highlander*. La canción la escribió Freddie Mercury y se incluyó en el álbum *A Kind of Magic*.

29. *Iron John's Rock*[37]

El apartamento era cálido y confortable, y mucho más acogedor de lo que sugería su exterior austero. Amita no dudó en poner la tetera al fuego tan pronto como entraron. Se sentó con las manos alrededor de la taza, tratando de entrar en calor con ello.

Pip estaba sentada en el sofá frente a ella con la mirada perdida. Parecía agotada, con los ojos inyectados en sangre, el rostro pálido y flácido, como si los cimientos que la sostenían en su dolor se hubieran derrumbado por completo. Apenas había hablado desde que regresaron a su apartamento. Amita había pensado que lo mejor era sentarla en un lugar seguro; no le había gustado aquella cortina que se movía. Otro incidente como ese, y los rumores en Penrith no tardarían en propagarse.

—¿Llevabas mucho tiempo con Simon? —preguntó Jason, sentado en el sofá junto a ella.

Pip pareció despertar de su trance. Negó con la cabeza.

—Unos seis meses —respondió—. Quizá un poco más, no estoy segura. Lo mantuvimos en secreto, no queríamos que la gente pensara que me trataba de forma preferente en el plató, ya sabes.

—¿Y te trataba así? —preguntó Amita.

—No seas ridícula —respondió ella con desdén—. Si acaso, él era más duro conmigo porque estábamos juntos. Simon tenía una extraña obsesión con lo que los demás pudieran pensar de él. No era capaz de pasar por alto nada, ni la más mínima burla o crítica. Cuando se estrenaba una nueva serie, se enfadaba durante días después de leer las malas críticas.

—No creo que hubiera críticas negativas de *The Locus* —dijo Jason con sarcasmo.

—Exacto —respondió ella—. Sin embargo, Simon siempre encontraba algún defecto. Era como si estuviera buscando una razón para enfadarse. Todo el tiempo.

Pip cogió la taza de té que Amita le había preparado. Dio unos sorbos y la volvió a dejar sobre la mesa.

—¿Lo querías? —preguntó Amita.

Pip frunció el ceño.

—El amor es solo una palabra —dijo—. No hace justicia al sentimiento que se supone que representa. Lo que Simon y yo teníamos era intenso. Muy intenso. Y no solo en el aspecto físico. Teníamos una conexión, una conexión emocional tan perfecta, tan completa, que a veces daba miedo.

—Pero nos dijiste que era una pesadilla tenerlo cerca —recordó Jason, inclinándose hacia delante—. Nos hiciste creer que odiabas a ese hombre, que era un matón controlador y autoritario, a falta de una expresión mejor.

Las preguntas de Jason encendieron una llama en los ojos de Pip. Ella lo miró con una mirada láser.

—¿Y por qué piensas que lo dije, Brazel? —soltó ella—. ¿Por qué crees que dos personas de gran éxito y muy conocidas querían mantener las cosas en secreto, mantener nuestras vidas privadas, lo poco que tenemos de ellas, lejos de las columnas de cotilleos y las páginas web?

Jason se sintió atacado. No podía culparla, en realidad. La obsesión de la prensa por los escándalos y el estilo de vida de los famosos había causado muchos problemas a los implicados. También les había dado una plataforma. No quería verse envuelto en esa discusión. Había dos asesinatos que resolver, y su mejor teoría se había ido al traste.

—El corazón quiere lo que quiere —continuó Pip—. Simon era un hombre brillante, amable y generoso cuando quería. También era una marea creativa. Verlo trabajar, verlo sudar por los pequeños detalles era un honor, un privilegio. No voy a sentarme aquí y decirles a ambos que la relación que teníamos era perfecta. Nada en este mundo lo es. Pero durante esos fugaces meses, nos hicimos felices el uno al otro.

La última frase pareció ser la gota que colmó el vaso para Pip. Empezó a llorar, sosteniéndose la frente con las manos, con los delgados hombros subiendo y bajando.

—Oh, Pip —dijo Amita, levantándose y acercándose para abrazarla —. No pasa nada, querida. Estarás bien. La pérdida de cualquier persona siempre es difícil, pero el tiempo lo cura todo. Te lo aseguro.

Pip enterró el rostro en el hombro de Amita. Esta le dio unas palmaditas en la espalda, tratando de consolar a la estrella mientras sollozaba. Miró a Jason y negó con la cabeza. Él captó la indirecta. Se frotó las manos, carraspeó e hizo todo, menos lo que debía hacer. Finalmente, cuando reunió el valor suficiente, habló.

—Eh, Pip —dijo.

La actriz se apartó de Amita. Se secó las lágrimas de debajo de los ojos, tratando de recuperar parte de su aspecto habitualmente impecable.

—Lo siento —dijo él en voz baja.

—¿Qué? —le preguntó ella.

—Que lo siente —dijo Amita.

—Sí, lo siento —repitió Jason—. Siento lo de antes, cuando, ya sabes, te acusé de haber asesinado a Derek y Simon. Está claro que me equivoqué y quizá me pasé un poco. Pero hay que reconocer que lo ocultaste muy bien.

Amita negó con la cabeza, desesperada. Jason palideció un poco más.

—Sí, bueno, ya sabes a qué me refiero —dijo—. Te pido disculpas, sin reservas, por haberte causado cualquier molestia. Como dice mi suegra, la pérdida es algo terrible. Y te golpea cuando estás deprimido y cuando menos te lo esperas. Cuando murió mi padre, lloré durante una semana. Nunca me llevé especialmente bien con él, pero ahí lo tienes. El dolor es algo extraño.

Esperaba que Pip lo ignorara o lanzara más pullas contra la prensa. Y, en realidad, no podía culparla. Había perdido al amor de su vida, según todos los indicios. ¿Quién era él para negarle un poco de alivio al desahogarse con él?

Sin embargo, la estrella de televisión se mostró educada y tranquila. Le dedicó una sonrisa triste y forzada y asintió con la cabeza.

—No es culpa tuya —dijo—. Y tienes razón, hicimos un trabajo excelente manteniendo todo en secreto. Ni siquiera los jefes de la

cadena lo sabían.

—Pip, por favor, no te lo tomes a mal —se atrevió a decir Amita—, pero ¿había alguien más que supiera lo tuyo con Simon? ¿Nadie más?

—No —dijo la actriz con firmeza—. Nadie en absoluto. Fuimos totalmente discretos. Simon quería que fuera así. Decía que no podíamos permitir que nadie se enterara, o pondríamos en peligro nuestras carreras, la serie y todo. Ni siquiera usábamos nuestros teléfonos habituales. Él conseguía teléfonos desechables para los dos cada vez que íbamos a rodar fuera. Estaba paranoico, pero tenía sentido que lo estuviera. ¿Por qué lo preguntas?

—Simon fue asesinado —dijo ella—. Y al principio pensamos que podría tener algo que ver con su forma de ser, con cómo trataba al reparto y al equipo. Lo pensamos por lo que nos contaste y por lo que dijo Derek.

—Pensamos que pudo ser una venganza mezquina —dijo Jason—. Es más común de lo que crees.

—Sin embargo, ahora que Derek también ha muerto, nuestro principal sospechoso ha desaparecido —continuó Amita—. Así que me pregunto si había alguien más que supiera lo tuyo con Simon. ¿Alguien a quien no le gustara vuestra relación y quisiera vengarse de él y, por ende, de ti?

Pip parecía conmocionada. Su rostro sonrojado se estaba poniendo pálido. Volvió a negar con la cabeza.

—Ya te lo he dicho, nadie. —Se estaba enfadando—. No había nadie en este mundo que supiera lo de Simon y yo, nadie. Vivíamos juntos como si trabajáramos para el MI6. Él nunca se quedaba en mi casa, ni yo en la suya. ¿Sabéis lo que es eso? ¿Alguno de vosotros lo sabe? ¿No poder despertarte por la mañana junto al hombre al que amas porque tienes que vivir esta vida, esta existencia alternativa, para mantener todo en la sombra?

—Nunca poder abrazarse toda la noche —dijo Jason con tristeza.

—¿Qué? —soltó Pip.

—Nada —respondió él.

Ella se levantó bruscamente. Ahora parecía nerviosa. Se acercó a las ventanas del apartamento, frotándose la nuca.

—Nadie lo sabía —repitió—. No podían saberlo. Simplemente no podían saberlo. Y, aunque lo supieran, no vale la pena matar… matar…

Dejó la frase en el aire. Lentamente, se volvió hacia Jason y Amita y se acercó un poco aturdida a los sofás.

—¿Pip? —preguntó Amita—. ¿Estás bien?

—La noche en que mataron a Simon —dijo, volviendo a sentarse —. Él había salido, se había ido a cenar con algunos de los productores.

—Lo sé —dijo Jason.

—Se suponía que iba a reunirme con él después, pero nunca llamó —prosiguió ella—. No me pareció raro, no le di importancia. A veces hacía eso, dependiendo de con quién estuviera. Sabía que al día siguiente lo vería en el rodaje. Invité a algunos miembros del rodaje a pasar la noche aquí, para fomentar el espíritu de equipo y ese tipo de cosas.

—¿Lo hacías a menudo? —preguntó Amita.

Pip asintió con la cabeza.

—Tan a menudo como podía —respondió ella—. Simon, como sabes, tenía cierta reputación entre los demás. Era muy irascible; se enfadaba con facilidad. Pero a mí siempre me gustaba cuidar de los más jóvenes, mostrarles un poco de compasión, enseñarles que las cosas no siempre eran tan horribles y sombrías como Simon y Derek podían darle a entender a la gente corriente.

—¿Y había lo que tú llamas «gente corriente» aquí esa noche? —preguntó Jason—. ¿Recuerdas quiénes eran?

—Algunos de los asistentes —dijo Pip—. Un par de los técnicos de sonido. La mayoría eran los más jóvenes. Tomamos un par de copas, comimos patatas fritas, hablamos de nuestra experiencia en rodajes malos y de lo que podían esperar si querían dedicarse a este tipo de trabajo. Estuvo bien, fue agradable. Me hizo sentir que estaba devolviendo algo, ya sabes, contando a la gente lo que me hubiera gustado saber antes de entrar en este negocio. Y luego, claro, a la mañana siguiente me llamaron para decirme que habían encontrado a Simon… —Volvió a quedarse en silencio. Amita le tomó la mano—. No recuerdo todo lo que pasó esa noche —dijo—. Es un poco

confuso. Las cosas lo han sido desde que Simon murió. Pero es posible que le dijera algo a uno de los asistentes.

Amita miró a Jason. Él tenía la misma expresión grave que ella sabía que tenía ella misma.

—¿Quién estaba allí exactamente? ¿Puedes darnos nombres? —preguntó.

—No lo recuerdo —dijo Pip, llevándose los nudillos a la frente—. Era una noche informal, la gente iba y venía, se agolpaba alrededor, como en la cocina de una fiesta en casa. Yo no estaba en la puerta con una libreta, sino que disfrutaba de una charla entre amigos y compartía algunas perlas de sabiduría. Ya sabes cómo es cuando te relajas con gente que te cae bien. Se te escapan cosas, empiezas a hablar de cualquier tema. No bebí mucho. Pero estaba esperando un mensaje de Simon, no dejaba de mirar ese estúpido móvil desechable que me compró. Y no llegaba ningún mensaje.

—Es importante, Pip, de verdad —dijo Jason.

—Debían de ser cuatro o cinco los que se quedaron casi toda la noche —dijo ella—. Un par de chicas y chicos. No sé, era una noche como cualquier otra. Hasta… hasta la mañana siguiente. —Se puso de pie rápidamente. Chasqueando los dedos, señaló a Jason y Amita —. Lisa —se acordó—. Lisa, la cotorra. Definitivamente estuvo aquí esa noche, devorando todos los nachos y la salsa. Estábamos bromeando con ella porque es un poco pelota. Apuesto a que se acuerda de los nombres de todos los demás.

—Lisa —dijo Amita—. Ya la conocemos. Y ¿crees que podría haber descubierto tu relación con Simon?

—No lo sé —contestó Pip, un poco suplicante—. No lo recuerdo. Pero sin duda estaba aquí esa noche. Siempre venía a estas pequeñas reuniones. Nunca se perdía nada que fuera gratis. Es con ella con quien deberíais hablar. A ver qué sabe.

Amita y Jason se tomaron un momento para asimilar lo que les había contado. Lisa, la asistente, siempre había sido muy servicial y amable con ambos. Había sido amable y entusiasta. La idea de que pudiera tener un lado siniestro les hizo estremecerse a los dos.

Jason se dispuso a levantarse, pero algo lo detuvo. Una luz había aparecido en la oscuridad más allá de la ventana, parpadeando y

ondeando en el aparcamiento vacío. Entrecerró los ojos y miró por la ventana. La luz se movía hacia delante y hacia atrás, vagando como un fantasma atrapado por el viento. Entonces, de forma extraña, comenzó a hacerse más grande.

Tardó una fracción de segundo en darse cuenta de lo que era, justo antes de que se estrellara contra la ventana. La botella en llamas se rompió inmediatamente al golpear el suelo. El inconfundible olor a gasolina llenó el apartamento cuando el fuego se encendió. Jason se levantó y empujó a Amita y Pip hacia la puerta mientras el calor se intensificaba.

—¡Id a la puerta! —gritó.

Los sofás en los que habían estado sentados se incendiaron, seguidos de todo lo que había cerca. En cuestión de segundos, el salón entero quedó envuelto en llamas. El humo acre le llenó los pulmones y tosió, empujando a Amita y Pip delante de él. Corrieron hacia la puerta principal y salieron al pasillo. El golpe del aire frío y fresco nunca fue tan bienvenido. Algunos vecinos ya habían salido y sonó una alarma.

Jason, que avanzaba a tientas, sentía un fuerte escozor en los ojos por el hollín y el humo. Todos salieron al aparcamiento. Amita y Pip se sentaron en el suelo, junto a los coches, abrazándose. Jason se limpió los ojos y se volvió hacia los apartamentos.

El edificio histórico, bellamente restaurado, brillaba en la noche, convirtiendo el cielo negro en un azul intenso allí donde lo alcanzaba el halo de las llamas. El fuego salía por las ventanas del apartamento de Pip y se extendía por el piso. El sonido lejano de las sirenas prometía ayuda para las otras casas de la calle, pero la vivienda de Pip ya era un infierno. Jason se volvió hacia ellas y se desplomó a su lado.

—¿Estáis bien? —preguntó con voz ronca.

—Tan bien como se puede estar cuando te has librado por los pelos de ser la próxima víctima de un asesino en serie —respondió Amita—. Sin embargo, por mucho que me alegre de no haber acabado asada allí dentro, soy consciente de que nuestro asesino no ha fallado antes. Y tengo la sensación de que lo que acaba de pasar

no ha sido solo una advertencia. Si no llegamos al fondo de esto rápidamente, más nos vale vigilar nuestras espaldas.

[37] *Iron John's Rock,* compuesto por Dan Foliart, es el tema principal de la serie de televisión estadounidense *Home Improvement*.

30. *Materia Primoris*[38]

Las luces intensas del servicio de urgencias le estaban dando dolor de cabeza a Jason. Era lo último que necesitaba, después de todo lo que había pasado esa noche. Se envolvió un poco más en la típica manta de hospital. Todavía sentía el sabor a humo en la garganta. Le ardían los pulmones con cada respiración y le picaban los ojos. Al menos seguía vivo; eso ya era algo. Nunca antes había estado en un incendio provocado y no le apetecía repetir la experiencia; la advertencia de Amita aún resonaba en sus oídos.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Amita.

Su suegra le tendió un vaso de plástico lleno de agua. Jason lo cogió, pero no le apetecía mucho beber. Le dolía al tragar.

—He tenido noches mejores —dijo con voz ronca—. Me vienen a la mente cosas como tener que limpiar los canalones o esperar a que me hagan una endodoncia sin anestesia. Pero a caballo regalado no le mires el diente. Queríamos encontrar nuevas pruebas y creo que podemos decir con seguridad que nos hemos encontrado con nuestro asesino. Es una pena que no pudiéramos verle la cara.

Hizo una mueca de dolor al hablar. Tenía la garganta en carne viva y al hablar parecía el locutor de un tráiler de película de terror. Jason nunca había sido demasiado vanidoso con su aspecto o su voz. Pero había leído historias de personas que habían inhalado humo y habían sufrido durante años. Si seguía con vida tanto tiempo, pensó con tristeza mientras miraba hacia la ventana, temiendo que lanzaran un cóctel molotov a través de la que estaba a su lado.

Se acomodó en el borde de la resistente cama de hospital. Aunque las cortinas que rodeaban su cabina estaban echadas, el ruido del hospital lo envolvía todo. Antes, cuando Amita regresó con el agua, vio el caos que había fuera. Todo el mundo corría de un lado a otro en un pánico controlado. Eso solo sirvió para recordarle a Jason que, aunque hubiera querido, definitivamente no estaba hecho para ser médico o enfermero.

—¿Cómo estás? —logró decir cuando Amita se sentó a su lado.

—Ya sabes —respondió ella encogiéndose de hombros—. Solo tengo unos cuantos golpes y moratones, y huelo como una hoguera, pero sobreviviré. Gracias a ti, por supuesto.

—Yo no hice nada —respondió él con desdén.

—Sí que hiciste —dijo Amita—. Me salvaste la vida, Jason. Y la de Pip Potter. Nos sacaste a las dos de allí antes de que ocurriera una tragedia. Si no hubieras pensado rápido, quién sabe lo que habría pasado.

—Me lo puedo imaginar —dijo con severidad—. Aun así, al menos no era la casa de Pip. Estoy seguro de que los propietarios del apartamento recibirán una buena indemnización del seguro. No creo que un incendio provocado se considere un acto de fuerza mayor, ¿verdad?

—Basta, Jason —le reprendió ella—. Esto es serio. Hemos tenido una experiencia cercana a la muerte. Podríamos haber muerto. Y es muy probable que sigamos estando en la lista negra de alguien.

Jason cerró los ojos. Aún podía ver la bomba incendiaria volando hacia la ventana. Le hizo estremecerse. Amita tenía razón. Si no hubiera pensado rápido, habrían quedado atrapados por las llamas. Sin embargo, no podía atribuirse ningún mérito. No había pensado en nada. El puro instinto le había obligado a actuar.

—Y, aunque antes no fuéramos el objetivo y solo haya sido cuestión de mala suerte que estuviéramos visitando a Pip en ese momento, ahora quien quiera que sea creerá que lo hemos visto, y por ello nos hemos convertido en objetivos principales suyos. El asesino ha atacado dos veces. Apuesto a que no tendrá escrúpulos en hacerlo unas cuantas más. Si ya ha acabado con dos vidas, otras tres probablemente no le parezcan tan mala cosa. —Amita parecía extrañamente tranquila mientras hacía sus cálculos sobre el asesino.

Esa idea hizo que Jason se sintiera aún más aterrado. Se enderezó un poco en el asiento.

—¿Sabe Radha lo que ha pasado? —preguntó—. ¿Sabe que estamos bien?

—Hablé con ella hace un momento, cuando salí —dijo Amita—. Está de camino. Viene con los niños. Está alterada, por supuesto,

pero le he dicho que no hay nada que temer, que estamos bien.

—Habla por ti —dijo él, tosiendo—. Veo que tu voz no ha cambiado nada. En cambio, yo estoy aquí atrapado, y sueno como un sapo atascado en una lata de frijoles vacía.

—Qué raro —dijo Amita con aire furtivo—. No podría haber inhalado tanto humo como tú.

Se quedaron sentados en silencio durante un momento. El bullicio de la sala de urgencias iba en aumento. Cada vez se oían más voces y sonaban extrañas alarmas y avisos. Cada ruido metálico, golpe, choque, pitido y maldición agravaba el dolor de cabeza de Jason. Se frotó la frente con el pulgar y el índice.

—¿Crees que realmente era el asesino? —preguntó Amita.

En la hora transcurrida desde que escaparon del infierno, Jason se había hecho esa pregunta un montón de veces. Probablemente, la tensión era la causa de su dolor de cabeza, así que intentó dejar de pensar en ello.

—Yo diría que sí —respondió—. O era él, o algún matón a sueldo. ¿Qué probabilidades hay de que otro fan cualquiera esté tan enfadado con Pip Potter como para lanzar un cóctel molotov contra la ventana de su salón?

—Otra vez estás dando por sentado que Pip era el objetivo.

Jason sintió que su ojo derecho comenzaba a temblar. Eso era nuevo; nunca le había pasado antes. Miró a su suegra, sentada a su lado en la cama de hospital. Su rostro tenía una expresión de preocupación. Tenía ojeras profundas y arrugas un poco más marcadas bajo las implacables luces fluorescentes del hospital.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó, sin estar seguro de querer saber la respuesta.

Amita respiró hondo. Bajó la mirada hacia su vasito de agua.

—Es solo una idea, Jason —contestó finalmente—. Quiero decir, estuvimos allí con Pip durante mucho tiempo. En una investigación por asesinato, nunca se pueden sacar conclusiones precipitadas. Tú me enseñaste eso. ¿Quién dice que no fue un atentado contra nuestra vida, y no contra la de Pip Potter?

Jason tenía razón: no quería saber la respuesta.

—Nadie nos conoce, Amita —dijo él—. Somos personas anónimas; no somos famosos. ¿Por qué iba a tomarse el asesino la molestia de intentar matarnos? No tiene sentido.

—Lo que no tiene sentido es que Pip Potter mencionara a Lisa, la asistente —dijo ella con tono incisivo—. Yo no me precipitaría a la hora de tenernos por tan poca cosa, Jason. Recuerda que Lisa sabía muy bien quiénes éramos cuando la conocimos.

—Sí…, pero… —repuso él, y se calló.

Recordó lo que Pip les había contado en su apartamento antes de que este fuera pasto de las llamas. Lisa había estado con ella la noche del asesinato de Simon Nakamba. La actriz no estaba segura de si ella le había contado lo de su relación con Nakamba. En caso de que lo hubiera hecho, ¿significaba eso que Lisa era ahora sospechosa?

—¿Cuál es su móvil? —preguntó Jason—. ¿Por qué iba a intentar matarnos? ¿O a Pip, o a Simon Nakamba y Derek Veland, ya que estamos?

—¿Por venganza, tal vez? —preguntó Amita—. Ya oíste cómo hablaba de Nakamba. Quizá perdió los estribos después de algún comentario desconsiderado o berrinche suyo. No sabemos cómo es ella, en realidad. Era muy amable y servicial, pero tal vez eso era una artimaña para despistarnos a todos. ¿Quién es ella, después de todo? Al igual que nosotros, podría aprovechar el hecho de que nadie se fija nunca en la gente corriente. Es una asistente. Habría tenido acceso a Simon en todo momento.

—¿Y nosotros qué?

Amita negó con la cabeza.

—Quizá nos hemos acercado demasiado —sugirió—. Ella sabía que queríamos volver a hablar con Pip Potter: tú se lo dijiste. Quizá pensó que nos estábamos aproximando a la verdad y decidió que éramos prescindibles. ¿Es esa la expresión?

—Sí, me temo que sí —dijo él—. Maldita sea. Me gustaba más esta investigación cuando no éramos los siguientes en la lista para acabar en una bolsa para cadáveres.

—A mí también —asintió ella.

La cortina se descorrió con un tirón brusco. Amita abrió mucho los ojos cuando Abi Paris se deslizó en la cabina, concentrada en los gráficos que tenía en las manos.

—¡Abi! —dijo Amita, levantándose rápidamente.

—Señora Khatri —dijo la joven estudiante de enfermería—. Pensé que podrías ser tú cuando vi tu nombre en la pizarra. ¿Estás bien? Me he enterado del incendio.

—Esperábamos que tú nos dijeras si estamos bien o no —dijo Jason.

—Jason —le reprendió Amita.

—No pasa nada —dijo Abi riendo y dedicándole una cálida sonrisa —. Me pasa todo el tiempo. Me temo que es parte de la iniciación como estudiante de enfermería.

—Estaremos bien —la tranquilizó Amita—. Tuvimos mucha suerte de salir de ese apartamento. ¿Pip Potter está bien?

Abi movió los pies y pareció un poco incómoda.

—En realidad, no debería hablar de otros pacientes —dijo—. Las normas de confidencialidad y todo eso.

—Por supuesto —asintió Amita.

—Pero sigue aquí, si es lo que quieres saber. La policía ha estado merodeando. La verdad es que es bastante intimidante. Nadie puede acercarse a ella. Habéis tenido suerte de salir ilesos.

—Suerte, sí —dijo Amita—. Yo también estoy agradecida. Jason ha sido el héroe del día. Nos sacó del apartamento antes de que las cosas se descontrolaran.

—Sí, ya lo veo —asintió ella, abrazando su portapapeles contra el pecho—. Según los resultados de la observación, podéis marcharos los dos. Los médicos dicen que tenéis que tomároslo con calma durante un par de días y volveréis a la normalidad. Nada de ejercicio intenso ni de fumar, obviamente.

—Por supuesto —dijo Amita.

—Yo no fumo, pero siento como si llevara fumando Rothmans desde los seis años —añadió Jason.

—¿Rothmans? —preguntó Abi.

—No le hagas caso, cariño. Es una reliquia de otra época —dijo Amita.

Abi se rio. Corrió las cortinas y dejó que Jason y Amita recogieran sus pocas pertenencias.

—Os acompañaré a la sala de espera —indicó—. ¿Tenéis quien os lleve?

—Sí, mi hija viene a recogernos —dijo Amita, siguiendo a la joven enfermera—. Pero no dejes que te entretengamos. Bastante locura hay ya aquí para que tengas que perder el tiempo con nosotros.

—No seas tonta —dijo ella—. No me van a echar de menos por despedirme de unos viejos amigos. No voy a tardar ni cinco minutos.

Amita sonrió. Mientras atravesaba la sala de triaje hacia la salida, no pudo evitar fijarse en lo mucho que se parecía Abi a su madre cuando era más joven. Ambas tenían un paso seguro y cómodo. Llevaba el pelo castaño claro recogido, igual que Sarah cuando iba al colegio. Amita sintió un nudo en el estómago al pensar en todos los años y oportunidades perdidos. Había sentido alguna vez que era como si Sarah fuera una hija adoptiva, y ahora estaba allí sin que Amita hubiera sabido siquiera hasta ese momento que Sarah había tenido una hija.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó—. La dejamos bastante desamparada con la policía.

—Está en casa —dijo Abi, guiándolos a la sala de espera—. Me envió un mensaje cuando llegó. La veré cuando termine mi turno. Estoy preocupada por ella, ¿sabes? Todo este asunto del hotel y los asesinatos es como si fuera la gota que colmó el vaso. Ha estado sometida a mucha tensión y estrés, y siento que no puedo hacer nada para ayudarla.

—Lo sé —dijo Amita—. No hay mucho más que puedas hacer, Abi. Tu madre hizo lo correcto al acudir a la policía. Lo que haya pasado entre ella y Derek Veland no es culpa tuya.

—Me siento tan inútil —se lamentó—. Estoy atrapada aquí todo el tiempo, lidiando con todo esto.

Extendió la mano con enfado hacia la concurrida sala de espera. Jason hizo un gesto de dolor.

—No eres inútil en absoluto, Abi —dijo Amita—. Estás ahí para tu madre. Eres su hija, su apoyo, y estoy segura de que ella te agradece que estés ahí para ella siempre que puedes. Tienes tus

propios problemas y tu propia vida, y Sarah lo sabe. Y yo estoy aquí, para las dos, si hay algo que pueda hacer.

Abi inclinó la cabeza. Contuvo las lágrimas y le dio las gracias a Amita.

—Significa mucho para mí, señora Khatri, de verdad —dijo.

—Llámame Amita. ¿Sabes? Tu madre me llamaba así desde que tenía cinco años, como si fuéramos viejas amigas.

El sonido de unos pasos apresurados interrumpió ese pequeño momento. Radha y los niños corrieron hacia Amita y Jason con los brazos extendidos. Ella se abalanzó sobre su marido y lo abrazó con fuerza.

—¡Creía que habíais muerto! ¡Los dos! —exclamó.

—Os dejo solos —dijo Abi, retrocediendo—. Cuidaos.

—Si necesitas algo, cualquier cosa, llámame, Abi —dijo Amita—. No lo dudes y no sufras en silencio, por favor.

—Gracias —respondió la enfermera.

Amita volvió a entrar en la sala. Se giró hacia su hija y nietos y les dio a todos un gran abrazo. La familia permaneció allí un momento, en silencio, juntos.

[38] *Materia Primoris* es el título del tema musical principal de la serie de televisión estadounidense de ciencia ficción y misterio *The X-Files* [*Expediente X*]. Lo compuso Mark Snow.

31. *Old Ned*[39]

Amita se despertó con el zumbido del teléfono en la mesita de noche. Creía que lo había puesto en modo silencioso antes de irse a dormir la noche anterior. Sin embargo, con todo lo que había pasado, se permitió perdonarse un poco por no estar tan atenta como de costumbre.

Era más de medianoche cuando todos llegaron a casa. Los niños se habían ido directamente a la cama. Jason y Radha habían subido a arroparlos y, cuando bajaron, Amita los estaba esperando, mirando fijamente la pizarra que aún estaba en el salón. No se les ocurrió ninguna idea nueva. Todos los nombres, rostros, lugares, líneas temporales y teorías se mezclaban en un gran lío en su cabeza, así que admitieron la derrota por esa noche. Su espíritu tenía energía, pero su cuerpo no. Había subido con dificultad a su habitación y se había quedado dormida rápidamente. Incluso se había olvidado de quitarse los dientes.

Ahora el teléfono no dejaba de sonar. No tenía ni idea de qué hora era. La habitación seguía a oscuras, salvo por la pantalla parpadeante, a su lado. Se frotó los ojos, todavía cansada. Últimamente había sido así, incluso antes de los desagradables sucesos del reparto y el equipo de *The Locus*. Amita siempre había estado en forma y llena de energía. El ejercicio físico siempre había sido su salvación para mantener la cordura, ya fuera con el programa de televisión *Keep Fit* cuando los niños eran pequeños, o con carreras más largas a medida que crecían y ella recuperaba tiempo para sí misma. Para su quincuagésimo cumpleaños, se había propuesto el reto de correr el maratón de Londres y la Great North Run en la misma temporada. Casi la mata, pero lo consiguió. Todavía tenía cicatrices de las ampollas que le salieron en los pies, pero estaba orgullosa y convencida de que su sorprendente velocidad para tratarse de una septuagenaria le había salvado la vida más de una vez en los últimos años.

Sin embargo, últimamente, la idea de correr un maratón le daba náuseas. Seguía saliendo a correr y a caminar a paso ligero siempre que podía. Solo que en las últimas semanas y meses había sido menos constante, y ya no se ponía las zapatillas de correr cuando hacía mal tiempo o se estaba haciendo de noche. Trotar por la campiña de Cumbria tirando de Jason no era el tipo de esfuerzo que buscaba. Mientras se daba la vuelta para coger el teléfono, se prometió que volvería a su rutina habitual cuando todo esto terminara. Las promesas de la *sheriff* de Penrith valían su peso en oro.

El aturdimiento que nublaba la mente de Amita se desvaneció en cuanto vio quién la llamaba. Respondió y casi se queda inconsciente al apretar el teléfono contra la oreja.

—Inspectora detective Arendonk —dijo, un poco sin aliento—, ¿va todo bien?

—Bien, estás despierta —dijo la policía—. Llevo una hora intentando localizar a ese maldito yerno tuyo, pero no contesta.

Amita entró en pánico pensando que algo iba mal. Entonces recordó que Jason era prácticamente un cesto cuando dormía: ni siquiera la Orquesta Sinfónica de Londres en pleno concierto lo despertaría.

—Lo siento —dijo—. Hablaré con él cuando por fin se despierte.

—¿Le darías una patada en el trasero de mi parte?

—Por supuesto.

—Mira, siento llamarte tan pronto después de lo que pasó —dijo Arendonk—, pero pensé que quizá te gustaría saber que hemos hecho un pequeño avance.

—¿Avance?

Amita se frotó los ojos. Pasó las piernas por el borde de la cama, ya pensando en qué se iba a poner.

—Sí —dijo la detective—. Parece que el pirómano que pensó que estaría acertado lanzar un cóctel molotov al apartamento de Pip Potter era conocido vuestro.

—¿Conocido? ¿Conocido nuestro?

—Técnicamente, de Jason —dijo ella—. Pero para mí es como si los dos fuerais una sola persona.

Amita ignoró la pullita.

—¿Quién es?

—Viper.

—¿Viper? —Amita tardó un momento en comprender a qué se refería la inspectora. Entonces lo entendió—. ¿El primo de Simon Nakamba?

—El mismo. Lo detuvimos de madrugada, cuando se peleaba con unos juerguistas en la ciudad. Apestaba a gasolina. No niega haber estado cerca de la escena del crimen anoche, pero insiste en que no tiene nada que ver con el incendio. Por ahora todo son pruebas circunstanciales, Amita, pero voy a mantenerlo detenido hasta que nos ayude.

—Ya veo —dijo Amita.

—No pareces muy convencida. Esperaba que me colmaras de elogios y que saltaras de alegría por la eficiencia de la policía de Cumbria.

—Lo siento —se disculpó ella—. Todavía estoy tratando de entenderlo todo. ¿Estás segura de que es el hombre en cuestión?

—Peter Nakamba, eso es lo que pone en su pasaporte. Y ha admitido estar tan cerca del apartamento de Pip Potter que fácilmente podría ser culpable.

Amita se frotó la frente.

—¿Ha dicho por qué? —preguntó.

—No —suspiró Arendonk—. Y por eso te llamaba. Me preguntaba si se te ocurre alguna idea sobre cómo comunicarnos con él.

—Pero yo no soy una profesional —dijo ella—, como a Jason le gusta recordarme constantemente. Además, nunca he visto a ese hombre. Jason sí.

—Entonces, ¿podrías sacarlo de la cama? —pidió la detective—. Nos vendría bien saber un poco más sobre lo que él y Peter hablaron. Además, son más de las nueve y realmente debería estar despierto y en pie, ya sea periodista independiente o no.

—¡Son más de las nueve! —exclamó Amita.

Se levantó tan rápido que tuvo que esperar a estabilizarse. Cuando Arendonk colgó, vio el reloj de su teléfono. Hacía unos cincuenta años que no dormía hasta las nueve. Durante la mayor

parte de su vida, casi nunca había dormido hasta después de las siete. No sabía qué hacer primero.

—¡Jason! —gritó—. ¡Jason! ¡Rápido! Nos necesitan en la comisaría. Arendonk ha arrestado al primo de Simon Nakamba.

La puerta de su dormitorio se abrió con un lento crujido y Jason apareció al otro lado. Con los ojos legañosos y lamiéndose los labios, entrecerró los ojos para mirar a Amita desde la penumbra.

—¿Qué? —preguntó con voz ronca.

—Vamos, son más de las nueve —dijo ella, apresurándose por el rellano sin hacer nada en realidad—. Esto es escandaloso, debería haberme levantado hace horas. ¿Se han ido Radha y los niños?

—Sí —respondió él—. Nos han dejado seguir durmiendo después de todo lo que pasó anoche. Me ha parecido un detalle muy amable por su parte.

—Ya has dormido suficiente, vamos —dijo ella, apurándolo—. Tenemos que ir a la comisaría lo antes posible. Esto podría ser nuestro gran avance y…

Un fuerte estruendo procedente del exterior detuvo a Amita en seco. Se enderezó un poco y abrió mucho los ojos. Jason hizo lo mismo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó él, encogido detrás de la puerta.

—Ha sonado como cristales rompiéndose —susurró ella—. O algo más pesado.

Las voces se hicieron más fuertes y se filtraron lentamente por las escaleras. Ella se asomó por la barandilla y miró hacia la puerta principal. Las vagas siluetas de dos sombras más allá del cristal esmerilado le dieron escalofríos. Se movían rápidamente de un lado a otro, fundiéndose en una mancha amorfa mientras continuaban los gritos.

—Hay alguien fuera —dijo ella—. Creo que se están peleando en nuestro porche.

Bajó a toda prisa las escaleras. Jason no se quedó atrás. Saltó los escalones tras su suegra, esquivando por poco los zapatos y los bloques de Lego sueltos, que, de no hacerlo, le habrían causado un dolor infinito.

Llegaron a la puerta principal al mismo tiempo, sin saber qué esperar: ¿otro pirómano? Al abrirla, se encontraron con la inconfundible imagen de Sandy sujetando a Irvine Carruthers en una llave de cabeza. Amita tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad y su incansable energía para no desmayarse por la conmoción.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —preguntó Jason, mucho menos diplomático que Amita.

Al oír la voz elevada de Jason, los dos jubilados dejaron de forcejear. Ambos miraron a la pareja que estaba en la puerta. La gran cara de Sandy comenzó a enrojecerse y su bigote blanco se erizó. Soltó a Irvine, que se enderezó con un crujido.

—Eh…, buenos días, Jason —dijo—. Amita.

Se quitó la gorra y les hizo una pequeña reverencia.

—Sí, buenos días —repitió Irvine, ajustándose el cuello de la camisa—. O al menos eran buenos días hasta que él apareció.

—No empieces con esas tonterías, Carruthers, te lo advierto —gruñó Sandy, moviendo un dedo—. Ya he tenido suficiente con tus comentarios esta mañana. No voy a aguantar más.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Eh? —replicó el otro hombre—. ¿Luchar conmigo en el suelo como el simio afeitado que eres?

—Ya te he hecho una llave de cabeza, viejo tonto. No me obligues a volver a hacerlo.

—¿A quién llamas viejo tonto? Tú eres el viejo tonto.

—¡No soy tan viejo como tú!

—¡Pero estás el doble de decrépito!

—¡Ya está bien!

Sandy se abalanzó hacia delante, tratando de agarrar a Irvine, que era mucho más delgado y rápido. Se persiguieron por el porche durante un momento, chocando contra una maceta ya rota que había junto a la puerta. Jason no sabía si reírse o llamar a la policía. Amita, sin embargo, no se lo estaba pasando tan bien.

—¡Dejadlo ya los dos!

Su voz fue tan fuerte que Jason pensó que podría haber activado la alarma de un coche en el número 103. Nadie parecía más

sorprendido por el volumen que Sandy e Irvine, ambos paralizados en el sitio, como colegiales a los que pilla su director.

—No sé qué está pasando aquí —dijo, con un tono de voz que parecía el de un sargento instructor furioso—, pero esto se acaba ahora mismo. Sois dos hombres adultos, incluso jubilados, y sin embargo estáis aquí, peleándoos delante de mi casa.

—Habéis metido la pata —dijo Jason, retrocediendo—. Buena suerte, chicos.

—Jason —soltó ella.

Ninguno de los dos caballeros dijo ni una palabra. Se quedaron allí, intercambiando miradas airadas.

—¿Y bien? —quiso saber ella—. ¿Queréis explicarme qué está pasando aquí?

—Ha empezado él —dijo Irvine.

—Solo empecé porque estabas metiendo las narices donde no te incumbe, Carruthers.

—Tengo todo el derecho a estar aquí.

—Yo también.

—¿De verdad? Ya lo veremos.

—¡Basta! —gritó Amita—. ¡Sois peores que los niños, los dos! No me importa quién empezó; solo quiero una explicación.

Ninguno de los dos ancianos dio una respuesta.

—Vale, ya está bien —dijo ella, levantando las manos—. Voy a llamar a la policía.

—¿Qué? —balbuceó Sandy.

—No es necesario, Amita —suplicó Irvine.

—A menos que uno de los dos empiece a hablar, me veré obligada a hacerlo. Jason, vuelve a llamar a la inspectora Arendonk. Tenemos que denunciar un delito de alteración del orden público.

Jason se quedó perplejo.

—No pasa nada —dijo Sandy, levantando sus grandes manos—. No hace falta. Ha sido culpa mía, Amita, culpa mía.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó ella mirándolo de arriba abajo.

La ira del hombre corpulento se estaba desvaneciendo. Tenía el ceño fruncido y el bigote caído en forma de mueca. Sus enormes

hombros estaban encorvados.

—Me enteré de lo que pasó anoche —dijo.

—Los dos lo hemos oído —corrigió Irvine.

—Se ha corrido la voz por todo el club de bingo, incluso en Penrith. Me atrevería a decir que a estas alturas ya lo sabe todo el Distrito de los Lagos. Ya sabes cómo es Georgie cuando se le mete una cosa en la cabeza.

Amita ni siquiera se había acordado de Georgie Littlejohn ni de la red de jubilados en la que tanto confiaba. Había estado demasiado ocupada tratando de escapar de una bomba incendiaria y atrapar a un asesino.

—En fin, pensé que debía pasar a ver si estabas bien o si necesitabas algo. —Se agachó y metió la mano en un arbusto junto al camino.

Sacó una caja de bombones de entre los helechos y le quitó el polvo. Las esquinas estaban abolladas porque alguien las había pisado durante la pelea.

—Siento el estado en que se encuentra la caja —dijo—. Llegué hace unos diez minutos y, cuando estaba a punto de llamar a la puerta, el señor Carruthers se me acercó por detrás, gritando, maldiciendo y preguntándome qué hacía aquí.

—Aún no has respondido a esa pregunta —replicó Irvine—. Al menos, yo estoy invitado a casa de Amita. Tengo todo el derecho a estar aquí, a diferencia de ti.

Había un tono de celos en su voz que Amita rechazó de inmediato. Irvine debió de percibir la furia que irradiaba de ella, ya que retrocedió un poco, con una expresión de confusión y miedo en el rostro.

—¿Amita? —le preguntó—. ¿Estás bien, querida?

—Creo que es mejor que os vayáis —dijo ella—. Los dos.

—¿Qué? ¿Yo también? —preguntó Irvine incrédulo.

—¡Sí! —siseó Amita—. Vuestro comportamiento ha sido espantoso, el de los dos. Peleándoos a vuestra edad, y a la vista de mis vecinos. No puedo ni imaginar qué os ha pasado.

—Pero… pero… —Irvine intentó en vano defender su postura.

A Amita no le interesaba. Sandy se quedó allí parado como un perro escaldado. Asintió con la cabeza una vez, se puso la gorra y se acercó a su rival. Le tendió la mano.

—Lo siento —dijo con voz atronadora.

Más acostumbrado a la hostilidad que a las ramas de olivo, Irvine no sabía qué hacer. Se agitaba y la cabeza le temblaba sobre su cuello huesudo como una naranja en un palillo. Finalmente, estrechó la mano de Sandy débilmente antes de soltarla y volverse hacia Amita, prácticamente rogándole que lo dejara entrar. Ella no se movió.

—Nos vemos en el bingo, Amita —dijo Sandy, emprendiendo el camino—. Espero que no haya resentimientos.

Amita sintió un nudo en la garganta. Mantuvo la compostura mientras Irvine también captaba lentamente la indirecta. Dejó que Sandy pasara el jardín antes de darse la vuelta él mismo. Al cerrar la puerta principal, le dirigió a Amita una última mirada silenciosa y suplicante con los ojos vidriosos. Ella le devolvió una mirada con una temperatura cercana a los cero grados. Finalmente, él se rindió y se alejó deprisa por la carretera.

Cuando los dos hombres estuvieron tan lejos que ya no se los veía, Amita soltó un gran suspiro. Se desplomó contra la puerta y se llevó una mano húmeda a la frente. Jason silbó a su lado, mirando fijamente hacia la carretera.

—Eso no me lo esperaba —dijo.

—¿Qué? —gimió ella.

—Un par de jubilados peleando por la mano de la bella doncella —dijo él—. Quiero decir, aunque estemos en Penrith, uno pensaría que la caballería medieval ya es cosa del pasado. ¿Qué van a hacer ahora, batirse en duelo para ganarse tu mano?

Amita iba a reprenderlo cuando vio la caja de bombones de Sandy en el escalón de la entrada. Se agachó y la recogió. Tenía un sobre metido bajo el borde del envoltorio de celofán. Lo abrió. Dentro había una modesta tarjeta en la que les deseaba a ella y a Jason una pronta recuperación. Sandy la había firmado de forma sencilla. Y eso le causó aún más dolor de corazón. O tal vez, se dijo a sí misma, solo era un pinchazo de angina.

—Vamos —dijo, conteniendo las lágrimas—. Entremos antes de que alguno de los vecinos te vea en calzoncillos, Jason.

Se deslizó junto a él y volvió a meterse en casa. Jason miró su barriga desnuda, sus rodillas nudosas y sus piernas peludas.

—Ah —dijo—. Me preguntaba por qué hacía tanto frío.

[39] *Old Ned* es un tema musical compuesto por Ron Grainer de la serie de televisión británica *Steptoe and Son,* que la BBC emitió entre 1962 y 1974.

32. *The Liberty Bell*[40]

Viper estaba sentado con la cabeza entre las manos. Jason miró a través de la rendija de la pesada puerta del calabozo. Había visto este tipo de cosas muchas veces en la televisión y en las películas. Pero nunca había tenido la oportunidad de mirar dentro de una celda. Y en la televisión, normalmente era a psicólogos forenses o criminólogos emocionalmente heridos a quienes se recurría. No a periodistas subempleados con una voz que sonaba como una carretilla llena de grava.

—Puede que esto parezca una pregunta tonta —le susurró a la inspectora Arendonk—. Pero ¿puede vernos?

—Y oíros también —dijo Viper, mirándolos.

—Ah, claro —entendió Jason.

Arendonk cerró la puerta de golpe. El ruido hizo que a Jason le zumbaran los oídos.

—Recuérdame que nunca más te deje ver ni hacer nada —dijo ella.

—Lo siento —dijo él.

Ella lo alejó un poco de la puerta de la celda. Amita esperaba al fondo del pasillo. Parecía aterrorizada por estar tan cerca del calabozo. Jason no la culpaba. Él también se sentía muy agobiado y claustrofóbico.

—Bien, esta es la esencia del asunto —explicó Arendonk—: Viper, como le gusta que le llamen, dice que pasaba por allí cuando vio que la casa de Pip Potter estaba en llamas. No da ninguna razón de por qué se encontraba en el barrio. También afirma que no tuvo nada que ver con los asesinatos de su primo y de Derek Veland. Ni siquiera sabía quién era este último cuando le preguntamos.

—Vale —dijo Jason—. Y ¿en qué nos atañe esto a nosotros?

—Jason —le reprendió Amita—, no seas tan grosero.

—Solo lo digo; eso es todo.

—Pues no lo digas. Esto es muy serio. —Amita había estado especialmente irritable desde el brusco despertar de aquella mañana.

—Has hablado con él, ¿verdad? ¿Confía en ti? —preguntó la detective.

—En una palabra, sí —respondió Jason—. Le invité a un rollo de queso y una taza de té poco después de que llegara. No sé si eso nos convierte en amigos o algo parecido. En cuanto a la confianza, bueno, ¿cómo se puede confiar en alguien a quien en realidad no conoces?

—Un rollo de queso y una taza de té es más de lo que la mayoría de la gente recibe, Jason —dijo Amita—. Por cierto, fue muy amable de tu parte.

—No fue nada —fingió humildad—. Sigo sin ver qué tengo de especial. No conozco al tipo y no me hace mucha gracia la idea de estar encerrado en una celda con él si resulta ser un asesino.

Jason pensaba que su lógica estaba justificada. Se suponía que, hacía menos de un día, Viper había estado a punto de matarlo a él, a Amita y a una famosa estrella de televisión. Esperaba una respuesta inmediata de Arendonk. Sin embargo, la detective permaneció en silencio.

—Espera —dijo Amita, dando un paso adelante—. No crees que Viper lo haya hecho, ¿verdad?

Arendonk seguía callada. Jason podía ver cómo se le tensaban los tendones de las mejillas y las sienes. Cruzó los brazos y se apoyó contra la pared.

—Tengo un sospechoso que encaja perfectamente —dijo—. Aún no tengo pruebas suficientes para acusarlo, pero sé que los altos mandos me presionarían para que lo hiciera. Sin embargo, tengo un presentimiento sobre él. Toda esa ira descomunal está ocultando algo. Ahora podría simplemente tirar la llave y acabar con ello, pero soy una buena policía y no me gusta que se castigue a personas inocentes por algo que no han hecho. Siempre tengo que ser cautelosa con este tipo de cosas. Especialmente si la persona en cuestión está emocionalmente comprometida.

—Sin duda lo está —dijo Jason—. Nunca he visto a nadie tan irascible como este tal Viper. Casi me arranca la cabeza cuando le pregunté por su primo y, poco después, se echó a llorar.

—Pero usted no cree que sea el asesino, ¿verdad, inspectora? —preguntó Amita de nuevo.

—Lo que yo crea y los hechos pueden ser dos cosas completamente diferentes —respondió con ligereza—. Solo creo que, si una cara amiga fuera a hablar con este tipo, podrían aclararse las cosas y evitarse que el caso tome un rumbo indeseado. Lo único peor que no encontrar al asesino sería acusar a una persona inocente y dejar al culpable libre.

Amita asintió con la cabeza. Se volvió hacia Jason. Ahora ambas mujeres lo miraban fijamente. Él se rascó la barbilla sin afeitar.

—Supongo que es agradable que te necesiten —dijo.

Arendonk fue a abrir la puerta de la celda. Jason apenas había puesto un pie dentro cuando se cerró detrás de él con un ruido sordo intimidante. Tragó saliva. Tenía un sabor rancio. Intentó mantener la mayor distancia posible entre él y Viper.

—Hola —lo saludó—. ¿Te acuerdas de mí?

—¿Te refieres a hace unos momentos, cuando pensabas que no podía oírte ni verte? —preguntó Viper.

—Sí —respondió Jason—. Quiero decir, no. Del otro día, en la plaza. Te compré un rollo de queso, ¿te acuerdas?

—Estaba asqueroso —dijo—. Todavía puedo sentir el sabor.

—No sé —dijo Jason—. No es que tenga una estrella Michelin, pero me ha salvado de algunas resacas a lo largo de los años.

Viper se burló. Se recostó, haciendo crujir su chaqueta y sus pantalones de cuero. Le faltaban el sombrero y las botas de vaquero, y había un olor característico a gasolina en la celda. Jason nunca antes se había encontrado interrogando a alguien en una cárcel. No estaba seguro de si había algún tipo de etiqueta que respetar. Como siempre había hecho a lo largo de su carrera, Jason decidió seguir con lo que sabía. El enfoque directo.

—¿Mataste a tu primo? —preguntó.

Hubo un momento de silencio antes de que Viper respondiera. Jason no estaba seguro de si se estaba inventando una historia o si

le había sorprendido la pregunta.

—¡¿Cómo te atreves?! —gritó, poniéndose de pie—. ¡¿Cómo te atreves a hacerme una pregunta así?!

—Mira, yo tampoco quiero estar aquí —intentó razonar con él—. Pero hay una agente de policía al otro lado de la puerta que está a punto de acusarte de volar por los aires un apartamento perfectamente agradable y sin duda caro en el que nos encontrábamos mi suegra y yo, junto con una de las principales damas de Gran Bretaña. Así que más te vale empezar a hablar, Viper, o será el fin para ti y para mí.

El pecho de Viper subía y bajaba con dificultad. Tenía los ojos muy abiertos y desorbitados, la misma mirada que le había dirigido a Jason en la plaza.

—Yo no lo hice —dijo, volviendo a sentarse—. Tengo el corazón roto, Jason. Completamente roto. Mi primo lo era todo para mí. Te lo dije cuando nos conocimos. Lo quería como a un hermano, más que a un hermano. Nunca le haría daño.

—Eso pensaba. Lo que creo que nuestros amigos de azul no tienen tan claro es si sabes más de lo que dices sobre el otro cadáver que apareció. —Jason pensó que, dado que Viper no le había golpeado por hacer la primera pregunta, valía la pena seguir adelante—. ¿Y qué hay de Derek Veland? ¿Lo mataste? ¿Descubriste que había asesinado a Simon y buscaste venganza?

—No conozco a ese Derek Veland —dijo Viper con lágrimas en los ojos—. No paro de oír su nombre. Ahora sé que era actor de uno de los programas de Simon. Pero no conozco a ese hombre; nunca lo he visto. Así que no, no he matado a nadie.

—Pero casi lo haces, por lo que he oído —dijo Jason con un destello de ira—. Si eras tú el que estaba anoche en el callejón, casi nos matas a mí, a Pip Potter y a Amita.

Viper volvió a inclinar la cabeza.

—Lo siento —dijo—. Solo estaba…

—¿Solo qué, Viper? —La ira de Jason iba en aumento—. ¿Solo qué? ¿Cómo puedes quedarte ahí sentado y justificar el lanzamiento de un cóctel molotov a un apartamento? ¿Tienes idea de lo grave

que es eso? Vas a ir a la cárcel. Y, sinceramente, espero que te encierren durante mucho tiempo.

Se dio la vuelta para marcharse. Viper lo llamó.

—No, por favor, espera —dijo—. Tienes que creerme, yo no lo hice.

—Le dijiste a la policía que solo pasabas por allí —soltó Jason—. Tu ropa apestaba a gasolina, y todavía apesta. El otro día me dijiste que ibas a vengarte, y ahora aquí estamos. ¿Por qué debería creerte? ¿Por qué debería confiar en ti? Por lo que sé, la policía tiene al culpable. Y, si ese es el caso, ¿qué demonios estoy haciendo aquí intentando hacer que hables?

Le soltó estas preguntas como una ametralladora. Viper parecía conmocionado.

—Yo… iba a hacer algo —dijo—. No sabía qué hacer, lo siento. Solo quería ayudar… Lo siento.

—¿Querías ayudar? —chilló Jason—. Me arden la garganta y los pulmones por haber inhalado humo, Viper. Tuve que empujar a mi suegra, de más de setenta años, por las escaleras para sacarla de allí. Lo único en lo que me has ayudado es en casi mandarme a una muerte prematura. Vi el pequeño artefacto explosivo casero que lanzaste contra mí. Pero no pasa nada, lo sientes.

—Yo no lancé la bomba de gasolina —dijo Viper con tono lastimero —. Fue otra persona. Lo pillé e intenté detenerlo. No fui yo, Jason, lo juro.

Jason intentó calmarse. Caminó de un lado a otro por la pequeña y estrecha celda.

Viper resopló ruidosamente. Se limpió la cara con la manga.

—Cuando te dejé el otro día, hice algunas preguntas por la ciudad —prosiguió—. Te dije que quería saber qué le había pasado a Simon, quién lo había matado y por qué.

—Sí, no eres el único —dijo Jason.

—Donde crecimos, no se confiaba en la policía. Lo hacíamos todo nosotros mismos. No te aburriré con otra historia lacrimógena, pero ambos sabíamos que, si queríamos salir adelante en este mundo, tendríamos que trabajar para ello. Nadie le debe nada a nadie. Eso me ha guiado bien a lo largo de los años. Y Simon era igual. Era

famoso, mundialmente famoso, y no dependió de nadie para llegar hasta allí. Sé que eso no siempre le hacía popular, pero no se merecía morir.

—No, no se lo merecía —convino Jason—. Pero yo diría que su asesino tampoco se merece el mismo destino. Un juicio justo y todo eso. La justicia prevalecerá y no nos corresponde a ti ni a mí impartirla.

—Lo sé.

—¿Qué pasó con el apartamento? ¿Una bomba de gasolina, Viper? Vamos, eso es grave. Dices que había alguien más involucrado. Nadie lo creerá, a menos que me des un nombre o, como mínimo, una descripción decente. —Jason se sentó a su lado.

—Esa actriz, Potter —dijo—. Su nombre salía a relucir cada vez que yo preguntaba por mi primo.

—¿A quién se lo preguntabas?

—Lo sabes tan bien como yo —respondió—. Todas las ciudades del mundo tienen una red de personas conectadas con lo que sucede. Si encuentras a las personas adecuadas a las que preguntar, pronto obtendrás respuestas. La serie de mi primo fue una gran noticia, Jason. A la gente le encanta hablar de ella. Pensaba que se suponía que eras periodista. Los tenderos, los clientes de los bares, prácticamente todos aquellos a los que pregunté tenían algo que decir sobre el rodaje aquí. Y, cuando vi al equipo recogiendo todo, ellos también tenían un montón de cotilleos.

—¿Así que estas personas, tus fuentes, te indicaron que Pip Potter era la persona que buscabas? ¿Por qué?

—Tenía una relación con Simon —dijo sin rodeos.

Jason sintió un nudo en el estómago al darse cuenta de que el secreto de Pip Potter quizá no estaba tan a salvo como ella creía.

—Estaba muy enfadado —continuó—. No pensaba con claridad. Pensé lo peor. Pensé que quizá ella tenía algo que ver con su asesinato. Como mínimo, podría decirme quién más podría haberle guardado rencor a Simon. No me costó mucho averiguar dónde se alojaba. Solo quería hablar con ella, averiguar qué pasaba entre ellos, si sabía algo. Por eso fui a su apartamento. Me dirigía a la puerta cuando olí algo.

—Gasolina.

—Sí —asintió Viper—. Había una persona agachada junto a un coche en el aparcamiento. No pude ver quién era en la oscuridad, pero vi cómo el combustible se derramaba sobre la carretera, formando un charco iridiscente que se extendía en la penumbra. Cuando me acerqué, vi lo que estaba haciendo: echando gasolina en una botella con un trapo alrededor del cuello de la misma. He jugado a suficientes videojuegos como para reconocer un cóctel molotov cuando lo veo. Estaba a punto de lanzarlo cuando me acerqué a la persona. Intenté detenerlo, pero era fuerte, y yo no estoy acostumbrado a encontrar rivales a mi altura cuando se trata de una pelea. Pero él o ella claramente sabía algo de lucha, artes marciales o algo así. Cuando me quise dar cuenta, yo estaba bocarriba en un charco de gasolina. Por eso apesto a gasolina. Lanzó la bomba y explotó. Entré en pánico y eché a correr. No debería haberme ido, lo siento. Debería haber intentado salvaros a ti y a los demás. Pero en ese momento, toda mi vida pasó por delante de mis ojos. Y supe entonces que, si la policía me pillaba allí, pensaría que yo era el culpable, que lo había lanzado yo. Como tú.

—¿Qué pasó con el atacante? —preguntó Jason—. ¿Lo viste? ¿Era hombre o mujer? ¿Qué edad tenía? ¿Viste algo distintivo?

—No —respondió Viper con tristeza—. Tenía la cara cubierta con una bufanda y una capucha. Era rápido, se movía con agilidad, como si estuviera entrenado para este tipo de cosas. Debería haber hecho más para detenerlo. Debería haberlo perseguido, o algo. En lugar de eso, me emborraché, como el cobarde egoísta que soy.

Viper se frotó los ojos. Sus rodillas se movían arriba y abajo con energía nerviosa. Jason suspiró.

—¿Quién te dijo lo de Simon y Pip Potter? —volvió a preguntar.

—No sé sus nombres —respondió—. El equipo, los *roadies*, el *catering*… Le pregunté a cualquiera que pudiera encontrar relacionado con el rodaje.

—Viper, tienes que intentar recordar quién dijo exactamente que Simon y Pip eran pareja —insistió—. Podría ser vital para atrapar al asesino de Simon. Pip Potter sostiene que nadie sabía nada.

Quienquiera que difundiera el rumor o supiera de su relación podría ser el asesino. Intenta recordar.

Viper negó con la cabeza. Jason decidió arriesgarse.

—¿Fue Lisa? —preguntó.

—¿Quién es Lisa? —preguntó Viper.

—La joven asistente que conociste cuando entraste por primera vez en el apartamento. Ella fue la que intentó impedir que me estrangularas.

Viper lo pensó un momento. Luego negó con la cabeza.

—No —dijo—. No fue ella.

—¿Estás seguro?

—Seguro —respondió—. Tenía unos ojos bondadosos. Me consoló aquel día. No fue ella quien me lo dijo. No recuerdo quién fue, Jason, de verdad que no. Ni siquiera estaba seguro de quiénes eran los miembros del equipo y quiénes los extras. Estos últimos días han sido un lío terrible. No puedo dormir; no puedo comer. Todo es una horrible nebulosa. Simplemente no lo sé.

Jason asintió con la cabeza. Le dio una palmada en el hombro a Viper y se levantó, dejándolo sentado en la cama de la celda. Llamó a la puerta y Arendonk la abrió. La cerró tras de sí, dejando a Viper solo en su celda.

—¿Y bien? —preguntó Amita, acercándose a él a toda prisa—. ¿Qué ha dicho?

—Es inocente —dijo Jason.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Arendonk.

—Son pruebas circunstanciales, lo sé —dijo—. Pero él afirma que se peleó con el verdadero atacante. No lo vio bien, pero dice que era muy rápido y que salió corriendo después de lanzarnos esa desagradable sorpresa.

—¿Le crees? —preguntó la inspectora—. Suena muy oportuno.

—Sí —respondió Jason—. Llámame loco, pero le creo. Está enfadado, confundido y afligido. Todos hemos hecho tonterías cuando nos hemos sentido así. Viper…, Peter, no es una excepción. Necesitará ayuda psicológica, estoy seguro. Pero no creo que sea nuestro hombre.

Arendonk respiró hondo por la nariz. Asintió con la cabeza.

—Sin embargo, dijo algo interesante —continuó Jason—. Sabía que Pip Potter y Simon Nakamba eran pareja.

—¿Eran pareja? —preguntó Arendonk—. ¿Tenían una relación?

—Sí —dijo Amita—. Nos lo contó anoche, antes del incendio.

—Viper no recuerda quién se lo dijo exactamente, pero cree que fue alguien del programa —dijo Jason—. No sé si sirve de algo. Ahora mismo tengo la cabeza como un bombo.

—Bien, con eso basta —dijo Arendonk—. Idos los dos a casa. Habéis sido de gran ayuda esta mañana y siento haber tenido que traeros aquí así.

Empezó a acompañarlos hasta la salida de la comisaría, aunque ambos ya conocían el camino.

—¿Qué va a pasar con Viper? —preguntó Amita.

—Rellenaré los papeles y contactaré con nuestro terapeuta especializado en duelo para ver si puede ayudarle —respondió la detective—. No tengo nada concreto por lo que retenerlo y no se resistió al arresto cuando lo detuvimos en la pelea de anoche. No es la persona que estamos buscando.

El aire fresco era muy agradable. Jason nunca se había sentido tan aliviado de estar al aire libre y lejos del confinamiento de las celdas. Arendonk les dio las gracias de nuevo, luego se detuvo en seco y chasqueó los dedos.

—Por cierto, ya tenemos los resultados de la autopsia de Nakamba —dijo—. Recordad que preguntasteis por ello.

—¿Se ha determinado la causa de la muerte? —preguntó Amita—. Sabemos que estaba borracho, así que espero que los de tu laboratorio hayan podido ver más allá de eso.

—Por supuesto que sí. Burbujas de aire en la sangre —dijo la detective—. Algo parecido al síndrome de descompresión.

—Qué raro —se extrañó Jason—. Creía que eso era algo que les pasaba a los buceadores. No creo que hubiera estado buceando en el Ullswater. ¿Cómo es posible que tuviera burbujas de aire en la sangre?

—¿Recuerdas las marcas que tenía en el brazo? Resulta que las causó una inyección con algún tipo de jeringuilla. Pero no había rastro de consumo de drogas. En teoría, no es el tipo de cosa que

uno se haría a sí mismo por error. Alguien se acercó lo suficiente para pincharlo, llenarlo de aire y dejar que el cuerpo hiciera el trabajo sucio. Bastante desagradable, según todos los indicios.

—Ayyy —se lamentó Amita—. Qué horror.

—Sí —dijo ella—. En fin, que no tengas pesadillas.

Amita y Jason caminaron lentamente hacia su coche.

—Los extras —dijo ella—. Hemos estado hablando con los actores principales y el equipo, pero, por supuesto, hay muchas otras personas anónimas, literalmente las caras de una multitud. ¿Cómo vamos a localizarlos a todos?

—Lo sé —respondió Jason—. Pip y Simon pensaban que estaban siendo discretos, pero está claro que alguien más sabía lo de su relación. Y, quienquiera que fuera, no estaba contento con ello.

—Pero ¿dónde encaja Derek Veland en todo esto?

—No lo sé —dijo Jason, abriendo la puerta—. No dejo de pensar que podríamos haberle sacado más información cuando tuvimos la oportunidad. Podríamos haberlo salvado.

Se subieron al coche y encendieron la calefacción para entrar en calor.

—Creo que nos enfrentamos a un asesino más decidido que eso, Jason. Por alguna razón, le había llegado la hora a Derek y tenemos que averiguar por qué. Creo que tiene que ser alguien que haya trabajado con los dos antes, y también con Pip, si ella está en la línea de fuego —dijo Amita—. De lo contrario, ¿qué importa que todos mantuvieran una relación en secreto? Los celos, la extorsión, la venganza…, todos estos motivos no surgen de la noche a la mañana. Tienen que ser a largo plazo. Y, como ninguna de nuestras víctimas estaba casada, por una vez podemos descartar a los cónyuges vengativos como culpables.

—Entonces, ¿crees que ambos conocían a su asesino? —preguntó Jason.

—En la mayoría de los casos es así —respondió Amita con tristeza —. Ojalá tuviéramos alguna forma de cruzar sus roles pasados en los trabajos anteriores con los de todos los demás.

Una sonrisa irónica se dibujó en el rostro de Jason. Arrancó el motor y salió marcha atrás del aparcamiento a toda velocidad.

—¿Qué te pasa? —preguntó Amita, que apenas tuvo tiempo de ponerse el cinturón de seguridad—. ¿Adónde vamos?

—Agárrate bien al bolso y ya lo verás.

[40] *The Liberty Bell,* interpretado por la Banda de la Guardia de Granaderos, es el tema musical del grupo británico de humoristas Monty Python. La pieza fue compuesta por John Philip Sousa en 1893.

33. *No Mean City*[41]

Amita nunca había visto a Jason moverse tan rápido. Subió las escaleras como si sus botas tuvieran alas. Ella se quedaba atrás, agobiada por los acontecimientos de la semana. Afortunadamente, se detuvieron en el segundo piso. Él ya estaba golpeando una puerta mientras ella subía jadeando los últimos escalones.

—¡Lisa! —gritó—. Lisa, somos Jason y Amita. ¿Estás ahí? ¿Podemos hablar contigo un momento? Es urgente.

Él siguió golpeando la puerta. Amita se secó la frente, con la mano brillante por el sudor. Se sentía un poco mareada y le ardían los pulmones. Esperaba que solo fueran las secuelas del incendio.

—¡Lisa! —gritó Jason, ahora más fuerte—. ¡Lisa! Por favor, tenemos que hablar contigo. Es importante.

La puerta se abrió rápidamente. Darrel, el chico alto y con acné en la cara que Jason había conocido otro día anterior, respondió. Parecía sorprendido.

—¿Dónde está Lisa? —preguntó Jason.

—Eh… —tartamudeó.

—Darrel, ¿quién es?

Lisa apareció en el pasillo, detrás de él. Se estaba poniendo el abrigo y parecía lista para salir. Cuando vio a Jason y Amita, se le cayó el alma a los pies.

—Oh —dijo—. ¿Qué hacéis vosotros dos aquí?

Amita notó en ella una frialdad evidente que antes no había. Se subió la cremallera del abrigo y parecía sospechosa.

—¿Podemos hablar contigo un momento, Lisa? —le preguntó amablemente.

—Estoy a punto de salir —respondió ella—. Estamos cargando las últimas furgonetas y enviándolas de vuelta a Mánchester. Tenemos que irnos, ¿no, Darrel?

—Solo será un momento —dijo Jason de la forma más amistosa que pudo.

Lisa suspiró ruidosamente. Darrel se quedó allí parado, con aire torpe. Finalmente, ella asintió con la cabeza y los invitó a entrar en el apartamento.

—Diez minutos —dijo.

Amita alcanzó a Jason y le lanzó una mirada. Era una mirada que decía: «¿Eres capaz de hablar con alguien durante diez minutos sin acusarlo de asesinato?».

Lisa los condujo al salón. El suelo estaba desnudo, solo se veía el contorno difuso de una antigua chimenea en la pared. Todo el lugar olía a humedad, las ventanas estaban sucias y empañaban la pálida luz de la tarde. Amita mantuvo las manos firmemente en los bolsillos, sin querer tocar nada. Jason hizo lo mismo.

—Vale, aquí me tenéis, ¿qué pasa? —preguntó Lisa.

—¿Va todo bien, querida? —preguntó Amita.

—Sí, bien. O tan bien como se puede estar cuando pronto me voy a quedar en paro. ¿Por qué?

—Es solo que, bueno, no pareces la misma —dijo Jason.

—¿La misma? —Se rio—. Y ¿cómo sabéis vosotros dos cómo soy normalmente? Nos hemos visto…, ¿qué?…, ¿un par de veces?

—Pareces un poco nerviosa, eso es todo —dijo Amita—. Como si algo te preocupara. Pensamos que quizá podríamos ayudarte, nada más.

Lisa dilató las fosas nasales. Era su turno de meter las manos en los bolsillos. Miró alrededor de la habitación, fijando la vista en el vacío.

—No es nada —dijo—. Estrés por el trabajo. Empaquetar una producción como esta requiere tiempo y esfuerzo, y siempre siempre le toca a gente como yo hacer el trabajo pesado.

—Pero es parte del juego, ¿no?

—Tengo una licenciatura con matrícula de honor en Literatura Inglesa, Amita —dijo—. Era una estudiante de sobresaliente. Ahora estoy barriendo suelos y lavando platos. Imagínate.

—No hay nada de malo en este trabajo —dijo Jason—. Todos hemos pasado por eso.

—No me refiero a eso —aclaró Lisa, negando con la cabeza—. Me refiero a que… es frustrante. Todo lo que ha pasado aquí… Se

suponía que trabajar en un programa como este iba a ser mi gran oportunidad. Y, sin embargo, aquí estamos, recogiendo, volviendo a casa, y ahora todo está en el aire.

—No es culpa tuya —dijo Jason.

Amita la observó con mucha atención. Intentó detectar cualquier cosa que pudiera indicar culpa o un motivo para pensar que era capaz de cometer un asesinato. Lisa estaba enfadada, frustrada. Pero también estaba desesperada por triunfar en la industria cinematográfica, y matar estrellas no parecía algo que ella fuera capaz de hacer.

—Lisa, tenemos una pregunta que hacerte —dijo.

—¿Qué? —preguntó la asistente.

—Estábamos hablando con Pip Potter antes del incendio, del que seguro que has oído hablar —dijo Amita.

Lisa asintió con la cabeza y bajó la mirada.

—Nos ha contado que tú y algunos asistentes más solíais ir a su apartamento después del trabajo —continuó—. Parecía importante para ella teneros bajo su protección. ¿Es eso cierto?

—Sí —dijo Lisa—. Es una de las pocas actrices que parecían preocuparse por nosotros, los miembros más jóvenes del equipo.

—¿Sabías que tenía una relación con Simon Nakamba? —preguntó Jason.

Lisa no dijo nada. Amita insistió.

—Lisa, no pasa nada —dijo—. Si lo sabes, tenemos que saberlo. No creemos que hayas hecho nada malo.

La joven asistente asintió con la cabeza.

—Sí —dijo—. Fue la noche en que mataron a Simon. Estábamos todos en su apartamento, el que se incendió. Se notaba que Pip se sentía sola. Siempre nos daba consejos y nos ayudaba, y nos cuidaba. Pero esa noche estaba un poco ausente. La pillé mirando el móvil cada dos minutos. Entonces, cuando tuvimos un momento de tranquilidad, le pregunté si estaba bien. No estaba segura de si había sobrepasado los límites, pero Pip no se molestó. Me habló de lo suyo con Nakamba, de cómo habían intentado mantenerlo en secreto y lo difícil que había sido. Le preocupaba que la gente se enterara y que eso les causara problemas a ambos. Parecía muy

alterada. Le dije que no pasaba nada, que podía confiar en mí. Quería que yo fuera preguntándole a la gente, sutilmente, para intentar averiguar quién lo sabía y quién no. Al día siguiente nos enteramos de que Simon había muerto. Fue una locura.

Pateó un trozo de cable eléctrico que tenía entre los pies.

—Lisa, necesitamos tu ayuda —dijo Amita—. Creemos que tenemos una pista sobre el asesino. Pensamos que podría haber intentado matar a Pip Potter con un cóctel molotov.

—Y a nosotros también —añadió Jason.

—Tenemos motivos para creer que el asesino pudo haber sido un extra del rodaje. ¿Tenéis alguna lista de nombres? ¿Tenéis acceso a bases de datos o información que pueda arrojar alguna luz sobre quién es?

—Creemos que podría haber trabajado antes con Simon Nakamba o Derek Veland —dijo Jason—. O incluso con Pip. Cualquiera que pudiera guardarles rencor desde hace tiempo.

Lisa parecía confundida. Se frotó los ojos, tratando de pensar.

—Sí, sí, debería tenerla —dijo—. Debería tener algo. *The Locus* es bastante minucioso a la hora de investigar a quienes trabajan en él. Acuerdos de confidencialidad y todas esas tonterías del mundo del espectáculo.

—¿Lo tienes aquí? —preguntó él.

—Vamos a comprobarlo —dijo ella, y salió a toda prisa del salón.

La siguieron hasta la trastienda. Los últimos muebles del equipo de producción estaban esparcidos por el suelo. Darrel estaba de rodillas desenredando cables y guardándolos en una caja.

—¿Dónde están los portátiles? —le preguntó ella con urgencia en la voz.

Él señaló una pila de maletines negros y gruesos que había junto a los ventanales. Lisa cogió uno, lo encendió y tecleó una contraseña. Abrió un programa y apareció una larga lista de nombres.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó ella.

—Algo que relacione a los tres, Nakamba, Veland y Potter —respondió Amita—. Alguien que formara parte de esta producción y de alguna más anterior en la que ellos hubieran participado. Si hay

un punto en común entre dos o incluso los tres, entonces es un comienzo.

Lisa tecleó rápidamente. Amita intentó seguirla, pero la información pasaba demasiado rápido. Tras otro momento de teclear frenéticamente, Lisa se recostó.

—Bien —dijo—. Esta es una base de datos de profesionales del sector, actores, directores, productores, extras, asistentes…, todos los que participan en algo y forman parte de un sindicato, como Equity, por ejemplo. Si han trabajado en una producción de forma legítima, estarán aquí. He cotejado a nuestras tres estrellas. Hay bastantes coincidencias de producciones en las que uno o dos de ellos han participado, pero nadie destaca inmediatamente por tener vínculos directos con los tres.

—¿Y si solo son dos? —preguntó Jason—. ¿Quizá Nakamba y Veland?

Los dedos de Lisa bailaron sobre el teclado. Los nombres volvieron a aparecer en la pantalla. A Amita le estaba dando vértigo. Cuando se detuvo, todavía quedaban cientos de nombres. Lisa introdujo más datos.

—Hay mucha gente para ambos, y para Veland y Pip Potter —dijo —. No me sorprende, para ser sincera. Este tipo de trabajo es bastante cerrado. Si eres lo suficientemente bueno, trabajarás una y otra vez con las mismas personas, en diferentes roles y con distintas responsabilidades, pero sigues siendo la misma persona.

Jason asintió con la cabeza. Amita se inclinó y miró todos los nombres que aparecían en la pantalla. No reconoció a ninguno de ellos, aunque admitió que era como buscar una aguja en un pajar.

—¿Y dices que todas estas personas están activas en la industria? —preguntó.

—Así es —respondió Lisa—. Son miembros de pago de organizaciones oficiales. Tienes que pagar tus cuotas y todo eso que te enseña la vida. Es bastante estricto y está muy controlado, Amita. No te atreverías a trabajar en una producción sin estar registrada.

A Amita se le ocurrió una idea. Señaló la pantalla.

—¿Y no hay forma de averiguar si hay un enlace para quienes no están registrados? —preguntó—. ¿O tal vez para quienes estaban

registrados?

—¿Te refieres a que dejaron caducar su membrecía?

—Algo así, sí.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Jason.

Ella no quería decirlo. Quizá no hubiera nada.

—Necesitaría más detalles —dijo Lisa—, un marco temporal en el que rastrear. Alguien como Simon Nakamba y Derek Veland, que tienen cientos de créditos, llevan trabajando años, décadas. Incluso si tuvieras un año o un nombre, ayudaría a acotar.

Amita se quedó callada. No le gustaba adónde la llevaba esa línea de pensamiento.

—Amita, ¿qué pasa? —preguntó Jason—. Te has puesto pálida.

—No es nada —respondió ella—. Solo algo que oí el otro día y que me ha estado molestando.

—¿Qué?

—Fue algo que dijo Ethel en el bingo —respondió—. Estábamos hablando de nuestros episodios favoritos de *The Locus*. Todos aportaban ideas y Ethel mencionó un episodio que nadie reconocía. Algo sobre un hombre al que encontraron a las puertas de una sala de conciertos.

—¿Como Simon? —preguntó Lisa.

—Sí, igual que él. Todos pensamos que Ethel se había confundido, que estaba un poco desorientada. No se ha encontrado bien últimamente y se está haciendo mayor. Pero había algo en la forma en que lo contaba, algo que me hizo pensar que quizá tenía razón.

—¿Y no recuerdas el episodio? —preguntó Jason.

—No era de *The Locus* —dijo Lisa.

Ambos la miraron. Tenía una página web abierta y estaba desplazándose por los créditos.

—Nakamba dirigió un episodio de una comedia de situación a principios de la década de 2000 —dijo—. Era una serie cómica sobre una pareja de policías desventurados. Solo duró dos temporadas y luego la cancelaron. El segundo episodio, aquí está, trata de cómo los detectives capturan a un asesino que aterroriza a la gente en un montón de teatros y salas de conciertos de todo el país.

Amita sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Leyó la sinopsis de la serie y los créditos. Allí estaba, en la pantalla, dirigida por Simon Nakamba.

—Debió de hacerla antes de irse a Hollywood para esa película de superhéroes —supuso Jason—. Aunque es bastante desconocida.

—¿Y Derek Veland? —dijo Amita rápidamente—. ¿Hay algo en su pasado que tenga que ver con estrangulamientos?

—Como la policía se haga con mi historial de búsqueda… —dijo Lisa, mientras seguía escribiendo.

Aparecieron los créditos de Veland. Amita dejó de desplazarse por la pantalla.

—¡Ahí, ese! —gritó.

Lisa hizo clic en el enlace. Se abrió la página de una película independiente rodada unos años antes. Derek Veland era el protagonista. Interpretaba a una estrella de *rock* envejecida.

—Dios mío —dijo—. «Otto Young, un rebelde sin causa, se encuentra con que su pasado le alcanza cuando, estando de gira con su banda de *hair metal*, lo asesina una grupi».

—No es precisamente Chaucer —opinó Jason.

—No sé qué es el *hair metal* —dijo Amita—. ¿Es un tipo de champú?

Jason puso los ojos en blanco. Lisa se rio.

—Da igual —dijo él—. Dice que a su personaje lo estrangulan. Igual que en la vida real. ¿No ves lo que tenemos aquí, Amita? Es un patrón, un vínculo.

—Y ¿qué hay del reparto y el equipo? —preguntó Amita—. ¿Hay alguien que haya aparecido en las dos producciones? Si hay alguien relacionado con la realización de estas cosas que pudiera saber algo o guardarles rencor, entonces podríamos tener a nuestro asesino.

—Hay mucho tiempo entre ambas —dijo Lisa—. Unos doce años. Esa comedia era de principios de la década de 2000 y esa horrible película fue solo unos pocos…

Se calló. Amita sintió que las piernas se le ponían como gelatina. No sabía qué le pasaba. Solo que era algo malo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Lisa señalaba la pantalla.

—Los conozco —dijo—. Los reconozco. Han estado en las fiestas de Pip, con el resto del equipo y algunos de los otros actores.

Amita y Jason se inclinaron un poco por encima de los hombros de Lisa. Miraron el nombre y la foto, un elegante retrato en blanco y negro de alguien a quien conocían, solo que un poco más joven, con un rostro un poco más fresco.

—Ay, no —dijo Amita—. No, no puede ser.

[41] *No Mean City* es el tema musical de la serie de televisión británica *Taggart*. La canción, titulada *Taggart Theme: No Mean City,* fue escrita por Mike Moran, y la cantante Maggie Bell la interpreta.

34. *Dragracer*[42]

—¡Inténtalo de nuevo, Jason! ¡Tenemos que comunicarnos con Sally!

—¡¿Qué crees que estoy tratando de hacer?! —le soltó a Amita—. No estoy llamando por teléfono para pedir una *pizza,* ¿no?

—No hace falta que me hables en ese tono —dijo ella—. Solo intento ayudar.

El coche se balanceaba de un lado a otro. El bocinazo fugaz de un conductor descontento se desvaneció en la distancia. Jason hacía malabarismos con el móvil en las manos mientras Amita luchaba con el volante.

—¿Puedes fijarte por dónde vas? —gritó él—. No somos Dempsey y Makepeace, y me gustaría volver a ver a mis hijos al menos una vez más, muchas gracias.

—¡Vuelve a llamar a Sally! —gritó ella—. Tiene que enviar a alguien al hospital inmediatamente antes de que lleguemos.

—Lo estoy intentando, lo estoy intentando.

Jason marcó el número. Sonaron unos cuantos tonos y luego se activó el contestador automático. Colgó y apretó los dientes.

—Debe de estar en una reunión o algo así —dijo—. No consigo contactar con ella.

—Envíale un mensaje de texto o un MD.

—¿Un MD? —preguntó él.

—Un mensaje directo. Sinceramente, Jason, estamos en el siglo XXI. Tienes que ponerte al día. «MD, MD», eso es lo que se dice hoy en día.

—No quiero saber lo que dice la gente hoy en día, Amita. Es todo complicadísimo y yo soy demasiado anticuado.

—¡Yo soy más mayor que tú!

El coche se detuvo con una sacudida. Más adelante había una serie de semáforos provisionales y, pasada la obra, el tráfico serpenteaba. Amita maldijo en silencio por haberse olvidado de las

obras de mantenimiento. Últimamente había estado demasiado ocupada resolviendo asesinatos como para consultar su grupo de WhatsApp «Baches de Penrith», en el que eran habituales las ráfagas de ira por las obras de las carreteras y las actualizaciones del tráfico. Podrían haber llegado más rápido al hospital por otra ruta. Miró hacia atrás, pero se había formado una fila de coches. Estaban atascados hasta que lograran atravesar la obra.

—No me lo puedo creer —dijo—. De verdad que no me lo puedo creer.

—No te culpes —dijo Jason, intentando llamar de nuevo a la inspectora Arendonk—. No creo que pudiéramos haber imaginado algo así.

—Debería haberlo visto venir —se lamentó ella—. Si lo hubiera deducido antes, podría haber salvado a Derek Veland.

—Eh, estoy aquí sentado, ¿sabes? —dijo Jason, fingiendo haberse ofendido—. Creía que éramos un equipo.

—Sí, sí, claro —lo despachó ella—. Ya nos preocuparemos por la semántica más adelante. Lo que importa ahora es que se informe a la policía y que lleguemos al hospital antes de que Pip sufra ningún daño. Allí, en el hospital, es un blanco fácil.

—Espera —dijo él, volviendo a marcar—. Ahora salta directamente el contestador.

—Deja un mensaje —dijo ella.

—¿Es eso prudente? —preguntó él—. Quiero decir, ¿es este el tipo de información que quieres transmitirle a alguien por medio de un mensaje del buzón de voz? Me parece demasiado importante para…

—¡Deja el maldito mensaje, Jason! —gritó Amita.

Sus cejas se levantaron tan rápido que pensó que se le iban a meter en la línea del cabello. Nunca había visto a su suegra usar un lenguaje tan subido de tono.

—Vale, vale, cálmate —dijo él—. Solo estaba…

Se calló. El pitido del contestador sonó en su oído. Jason odiaba esas máquinas. Por alguna extraña razón, siempre le ponían muy nervioso.

—Hola…, eh…, hola, Sally, quiero decir, inspectora Arendonk.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Amita.

—Soy Jason, Jason Brazel, por si no reconoces mi voz. ¿Por qué ibas a hacerlo, supongo?

Amita se frotó las sienes con los dedos. Las luces de delante se pusieron en verde y el tráfico comenzó a avanzar lentamente.

—En fin, vale, ya sabes todo esto, naturalmente —continuó Jason —. Mira, hemos descubierto una cosa, una cosa un poco impactante, en realidad. Será mejor que envíes a alguien al hospital para que vigile a Pip Potter. Creemos que podría estar en peligro. Diles a tus oficiales, o al equipo de respuesta rápida (¿es ese el término correcto?)… En fin, diles a tus guardias que no dejen entrar a nadie a verla. Vale, hasta luego, adiós, adiós, adiós.

La luz verde estaba cambiando de color. Amita deseó que el coche de delante arrancara y avanzara. Tenía que ponerse en marcha, seguir adelante y llegar al hospital para salvar una vida. Su indecisión y falta de previsión podrían haberle costado la vida a Derek Veland. No estaba dispuesta a acarrear también con la muerte de Pip Potter.

Pisó el acelerador a fondo. El motor rugió, como si, ahí metido en el capó, gritara de dolor. El coche se precipitó hacia delante y terminó cruzando el semáforo en rojo. Los obreros y trabajadores tuvieron que saltar a un lado cuando ella se abrió paso entre conos y barreras. Salieron disparados por el otro lado como un conejo mecánico perseguido por una jauría de galgos. El tráfico se despejó y la ruta hacia el hospital quedó libre. Amita agarró el volante y siguió adelante.

—Maldita sea —fue lo único que Jason pudo decir desde el asiento del copiloto—. ¿Dónde aprendiste a conducir así? ¿En Brands Hatch?

—En Silverstone —respondió Amita.

Jason tiró de su cinturón de seguridad para asegurarse de que aún funcionaba.

—Prueba con Arendonk otra vez —dijo Amita, sin apartar la vista de la carretera—. Qué ciegos hemos estado todos.

[42] *Dragracer* es el título de la pieza instrumental compuesta por Doug Wood e interpretada por la Doug Wood Band en 1976, que se hizo famosa por ser el tema oficial de la cobertura del *snooker* de la BBC desde finales de los años setenta.

35. *Bond Street Parade*[43]

Jason y Amita avanzaron todo lo deprisa que pudieron por los pasillos del hospital. El lugar estaba tan concurrido como de costumbre, abarrotado de pacientes que necesitaban tratamiento para todo tipo de dolencias, desde ataques cardiacos hasta dolores de cabeza. Las salas de consultas, las salas de tratamiento y los quirófanos pasaban rápidamente ante sus ojos conforme se adentraban cada vez más en el edificio.

—¿Recuerdas en qué planta estuvimos? —preguntó Jason, esforzándose por seguir el ritmo de su suegra.

—Creo que en la quinta —respondió ella—. No estoy segura, pero podemos comenzar por ahí.

—Podríamos preguntarle a alguien.

—No nos lo dirán si no somos familiares.

—Es una emergencia. Es cuestión de vida o muerte.

—Creo que eso es lo normal en un hospital.

Amita no tuvo tiempo de discutir. Siguieron las indicaciones hacia los ascensores, pero se detuvieron en seco al ver la cola. Miró su reloj.

—Maldita sea —dijo—. Es la hora de visitas. Hemos tardado demasiado en llegar.

—Voy a volver a llamar a Arendonk —dijo él, cogiendo su teléfono.

—No hay tiempo, Jason. Vamos a tener que subir por las escaleras.

—No más escaleras —se quejó él.

Dieron media vuelta y dejaron atrás los ascensores. Una amplia y transitada escalera se elevaba hasta lo alto del antiguo edificio. Jason echó un rápido vistazo hacia arriba y tragó saliva.

—Genial —dijo.

Amita subió los primeros escalones de un salto y él intentó seguirle el ritmo. Pronto se hizo evidente que aquellas escaleras no

estaban diseñadas para saltar. Cuando llegaron al quinto piso, ambos jadeaban buscando aire.

—Caramba —dijo Amita—. No me siento muy bien después de esto.

—Al menos estás en el lugar adecuado —jadeó Jason.

Ella lo ignoró. Buscaron señales, algo que los orientara.

—Ahí —dijo ella, señalando un letrero en la pared—. Las salas están por ahí.

Caminaban tan rápido como podían, ambos aún jadeando por la rápida subida por las escaleras de la perdición. El corazón de Amita latía con fuerza en su pecho, pero sabía que no era solo por el ejercicio repentino. Sabía que sus peores temores, aquellos que había intentado ocultar y mantener en secreto, se estaban desarrollando ante sus ojos. ¿Cómo había podido pasar por alto todo esto durante tanto tiempo? Lo había tenido delante de sus narices durante mucho tiempo. Quizá no había querido ver lo que estaba pasando. Quizá, después de todo lo que había sucedido en las últimas semanas, incluso décadas, había ignorado las posibilidades de forma deliberada.

Ahora resultaba que había estado equivocada. Tras una larga y frustrante búsqueda, estaba segura de haber encontrado al asesino. Y estaba a punto de descubrir si tenía razón.

Doblaron un pasillo en curva y se detuvieron. Las paredes estaban llenas de puertas que conducían a salas y habitaciones privadas. Al final del pasillo, una agente montaba guardia delante de una habitación. Entonces supieron que tenían razón.

—Vamos, rápido —dijo ella.

—Espero que no lleguemos demasiado tarde —dijo Jason.

La policía los vio llegar. Se tensó y se llevó la mano al cinturón. Amita levantó los brazos.

—Por favor, agente, no queremos hacerle daño —dijo, acercándose a ella—. Tiene que ponerse en contacto con la inspectora Arendonk inmediatamente.

Al principio, la policía se mostró cautelosa. No dejaba de mirar con recelo a Amita y Jason. Cuando se dio cuenta de que no suponían ninguna amenaza, recuperó la compostura.

—Y ¿quiénes son ustedes exactamente? —preguntó.

—Ahora no hay tiempo para eso, por favor —suplicó Amita—. Tiene que avisar a la inspectora Arendonk. Sabemos quién es el asesino.

—¿El asesino? —preguntó la policía.

—Sí, de Simon Nakamba y Derek Veland —dijo Jason, que ya se había recuperado por completo—. Somos amigos de Sally. Ella sabrá quiénes somos si se lo comunica por radio.

—Dígale que venga aquí inmediatamente —ordenó Amita—. Por favor, es urgente. Cada segundo que perdemos es tiempo valioso para atrapar al asesino.

La agente seguía sin estar convencida. Cruzó los brazos sobre el chaleco.

—De acuerdo, creo que ambos necesitan calmarse —repuso—. No puedo abandonar mi puesto y desde luego no lo haré por las divagaciones alarmistas de ustedes dos.

—Por favor, tiene que creernos —dijo Amita.

—Veamos alguna identificación —pidió la policía.

—Está de guardia —dijo Jason, pensando en otra estrategia.

—Eso es lo que he dicho.

—Sabemos a quién está protegiendo —dijo él—: A Pip Potter, la actriz de *The Locus*. Sabemos que está ahí dentro con heridas causadas por el incendio provocado. Estábamos en el apartamento con ella. Si no nos cree, compruebe las cámaras de seguridad.

La agente estaba procesando toda la información en su cabeza. Amita deseó en silencio que se diera prisa. Esto estaba tardando demasiado. Finalmente, la policía cedió.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué es exactamente lo que quieren de la inspectora Arendonk?

—Ya se lo hemos dicho —respondió Amita enfadada—: Sabemos quién es el asesino. Hemos venido a ayudar a proteger a Pip Potter. Ella es un objetivo y, cada segundo que pasa, está en mayor peligro.

La policía dudó. Luego cogió su radio.

—¿Y ustedes dos son…? —preguntó de nuevo.

—Amita Khatri y Jason Brazel. Por favor, dese prisa.

La agente se alejó un poco. Empezó a hablar por la radio que llevaba en el hombro. Se oyó un ruido confuso procedente del dispositivo. Jason se desplomó contra la pared y se deslizó hasta sentarse en el suelo. Miró a Amita con los ojos muy abiertos e inyectados en sangre.

—Recuérdame que nunca vuelva a salir a caminar, correr, escalar o hacer cualquier otra maldita actividad al aire libre contigo —dijo—. Todo esto del *fitness* es muy malo para mi salud. ¿Cómo nos llamaba esa página web?, ¿detectives de salón? Apenas me he sentado desde que aceptamos este caso.

Amita no estaba de humor para bromas. Caminaba de un lado a otro delante de la puerta de la habitación de Pip Potter. Empezó a morderse las uñas y dejó de hacerlo cuando le volvió a doler. La policía regresó.

—Muy bien, he hablado con la central —dijo—. Se le está informando a la inspectora de que están aquí, conmigo, y de que tienen un mensaje urgente para ella.

—¿Va a venir ya? —preguntó Amita.

—Eso depende de ella —respondió la policía encogiéndose de hombros—. Solo soy una agente, no puedo obligar a la jefa a hacer nada que no quiera. Pero puedo asegurarle que no ha habido visitas extrañas ni intentos de pasar por delante de mí. La señorita Potter está recibiendo la mejor atención posible.

Amita reprimió su frustración. La policía volvió a su puesto delante de la puerta. Empujó ligeramente a Jason, que estaba recostado contra la pared, con las piernas estiradas en el suelo del pasillo. Amita siguió paseándose delante de ellos. Cada movimiento, cada ruido, cada voz que resonaba en el pasillo la hacía sobresaltarse. Estaba completamente nerviosa. No sabía quién o qué iba a aparecer a continuación.

Al menos ahora estaba con Pip Potter, pensó. Al menos ahora, si le pasaba algo a la actriz, tendría la oportunidad de estar allí y evitarlo. Una vez más, maldijo su propia torpeza y su falta de rapidez. Si hubiera sido más rápida, más ágil, más perspicaz, tal vez Derek Veland seguiría vivo.

—¿Puede comprobar si la inspectora Arendonk va a venir ya? —preguntó—. Esto se está volviendo ridículo.

—Ni lo sueñe —respondió la agente, balanceándose sobre sus talones—. Mi sueldo no incluye vigilar a los inspectores de policía. Eso es una forma segura de ganarse un mes de turnos de noche.

Jason resopló al oír eso.

—¿Qué le hace tanta gracia? —preguntó el agente.

—Nada —respondió él—. Hice algo similar con un editor particularmente molesto, y él me hizo exactamente lo mismo. Creo que nunca más me he vuelto a quedar dormido en mi escritorio.

—Bueno, ¿podemos al menos comprobar si la señorita Potter está bien? —preguntó Amita.

Amita se dispuso a abrir la puerta, pero la agente se interpuso en su camino.

—Por supuesto que no —dijo ella—. Esa puerta permanecerá bien cerrada mientras yo esté aquí, ¿entendido?

—Somos amigos suyos —explicó Amita—. Solo queremos saludarla.

—Muy buena, Amita —dijo Jason, levantándose lentamente.

—Nadie entra ahí a menos que lleve un estetoscopio colgado al cuello.

Dio un paso adelante para obligar a Amita a retroceder. La jubilada se retiró obedientemente. Miró arriba y abajo por el pasillo, buscando a Sally Arendonk. Ver el rostro alto y acogedor de la detective era lo único que quería en ese momento. Lo único que quería era sentirse tranquila con su presencia y contarle todos los detalles, desahogarse. Sin embargo, no había ni rastro de la detective ni de sus subordinados. Solo estaban ella, Jason y la policía gruñona.

Entonces, de repente se le ocurrió una idea. Se volvió hacia la policía.

—Espere —dijo—. ¿Deja entrar al personal médico?

—Por supuesto —respondió la policía—. Es un hospital, y Pip Potter es una paciente. No voy a obstaculizar su trabajo, ¿verdad?

Jason percibió el pánico repentino de Amita.

—¿Cuándo fue la última vez que revisó que la señorita Potter estaba a salvo? —preguntó.

—Hace unos diez minutos, justo antes de que llegaran —respondió ella—. Una enfermera ha entrado a tomarle la tensión y…

La policía no supo qué la golpeó. Jason y Amita se lanzaron hacia delante al unísono, luchando y buscando a tientas el pomo de la puerta. La agente quedó atrapada entre ellos cuando abrieron la puerta, presas del pánico. Los tres entraron ruidosamente en la sala y se detuvieron.

Pip Potter estaba sentada en el borde de la cama, mirándolos. Lloraba, con lágrimas rodando por sus mejillas. Respiraba de forma entrecortada y sus hombros se movían arriba y abajo. Detrás de ella, de pie, estaba Abi Paris, con una jeringuilla en una mano y la otra sujetando la nuca de Pip, manteniéndola en su sitio. Cuando vio a Jason, Amita y la agente, su rostro se retorció en una horrible mueca.

—¡Abi, por favor! —gritó Amita—. No hagas nada de lo que te puedas arrepentir.

—¡Demasiado tarde! —siseó la estudiante de enfermería.

[43] *Bond Street Parade* es una canción o tema musical de Alan Tew para la serie de televisión *Doctor in the House*.

36. *The Merry-Go-Round Broke Down*[44]

Hacía un calor sofocante en la habitación. Jason no sabía si era por todo el equipo médico o por el hecho de que se encontraban cara a cara con una asesina en serie. En cualquier caso, sudaba profusamente. Amita estaba a su lado, con la mano extendida hacia Pip Potter y Abi Paris. Entre ellos se encontraba la agente de policía que se suponía que debía estar haciendo guardia. Su radio crepitaba con ruidos y estática. Jason esperaba que la caballería estuviera en camino.

—¡No se muevan ni un centímetro! —les gritó Abi.

La estudiante de enfermería amable, acogedora y agradable que habían conocido antes había desaparecido. En su lugar había una mujer enfadada al borde de una destrucción aún mayor. Jason miró a Pip, que estaba en sus manos. La actriz estaba aterrorizada, y su pálido rostro, ahora gris por el miedo. Se aferraba al borde de la cama, con los nudillos blancos.

—No vamos a hacer nada, Abi —dijo Amita, actuando como negociadora principal—. Pero tienes que soltar esa jeringuilla, ¿vale?

—Fuera de aquí —gruñó—. Esto es entre doña estirada y yo, ¿entendido?

La desesperación se reflejaba en la voz de Abi. Jason no tenía ninguna experiencia previa con asesinos en serie, pero esto no era en absoluto lo que había imaginado. Esa mujer estaba asustada, le temblaban las manos. Era como un animal herido acorralado y, aunque no sabía qué hacer a continuación, comprendía lo suficiente como para darse cuenta de que el pánico y el miedo podían causar un daño incalculable.

—Creo que deberíamos hacer lo que ella dice —sugirió Jason—. Al menos, hasta que lleguen los demás.

—¿Los demás? ¿Qué demás? —preguntó Abi.

—Bocazas —murmuró la policía—. Tienes que soltar la aguja, cariño —dijo la agente, dando un paso adelante—. No tiene sentido que nadie más resulte herido ahora, ¿no? Vamos, dámela.

—¡Atrás!

Ella tiró de Pip hacia atrás. La actriz cayó de la cama y quedó tirada en el suelo. Abi la agarró y la levantó. Retrocedió con ella agarrada hasta la esquina más alejada de la habitación y apuntó con la aguja peligrosamente cerca del cuello de Pip.

—Por favor —susurró—. Haz lo que ella dice. Me va a matar.

—¡Cállate! —gritó Abi—. Que todo el mundo se calle.

La agente dio un paso adelante con confianza, pero Amita la detuvo. Extendió una mano y negó con la cabeza. Jason no estaba muy seguro de qué tenía planeado su suegra. Ni siquiera sabía si había algún plan. Sin embargo, parecía estar tomando el control.

—Abi, esto no te va a ayudar —dijo—. Sean cuales sean los problemas que tengas, sea lo que sea lo que te haya llevado a cometer estos terribles crímenes, no vale la pena seguir por ese camino. Por favor, deja ir a Pip.

Abi la miró fijamente a través de los largos y enmarañados mechones de pelo que le caían sobre la cara. Parecía salvaje, instintiva ahora, escondida, sin ningún otro lugar adonde ir. Pip permanecía rígida delante de ella, con los ojos cerrados en oración.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó Abi—. ¿Por qué tú? ¿Ha sido mi madre? ¿Te lo ha dicho ella?

—No —dijo Amita—. Esto no tiene nada que ver con tu madre.

—Entonces, ¿cómo has sabido que era yo?

Amita respiró hondo. Miró a la policía y a Jason. Había tristeza en su mirada, una inevitabilidad de que lo que estaba a punto de decir le rompería el corazón de nuevo. Jason solo pudo asentir con la cabeza, para hacerle saber que estaba allí para ella.

—Tus créditos como actriz, tus credenciales —dijo—. Tu madre nos contó que siempre habías querido ser una estrella del teatro y del cine, pero que tu abuelo no lo aprobaba. Nos contó que habías intentado dar el gran salto cuando eras un poco más joven, que habías aparecido en algunas cosas aquí y allá. Como siempre ocurre

hoy en día, todo tiene una huella digital, y tus créditos, tu currículum y todo está en internet.

Abi seguía gruñéndoles. Pip Potter seguía completamente callada e inmóvil.

—Nos ayudaron —dijo Jason—. Una de las asistentes de *The Locus* pudo elaborar una lista de quienes habían compartido créditos con Derek Veland y Simon Nakamba. Si añadimos a la señorita Potter, tu nombre era el único que destacaba.

—Eso fue hace años —soltó ella—. Nadie lo recuerda.

—Como he dicho —dijo Amita—, queda una huella digital. Mientras fueras miembro de pleno derecho del sindicato de actores, tenías derecho a aparecer en los créditos, algo que llevar a tu próximo trabajo. Así es como funciona esta industria, ¿verdad?

Abi asintió con la cabeza rápidamente.

—Cuando vimos que habías tenido un pequeño papel en una obra dirigida por Nakamba y que habías actuado junto a Derek Veland, no nos costó mucho deducir que tenías relación con ambos —dijo Jason.

—¿Qué pasó, Abi? —preguntó Amita, tratando de sonar más como una abuela bondadosa que como una negociadora de rehenes—. ¿Qué demonios te pasó para que hicieras algo así?

Abi estaba llorando. Resopló ruidosamente, sin soltar la aguja ni a Pip.

—¿Sabes cuánto deseaba ser una estrella? —preguntó, con rencor en la voz—. ¿Tienes idea de cuánto tiempo había sido mi sueño? ¿Puedes siquiera imaginar lo que se siente cuando te arrebatan ese sueño antes incluso de haber tenido la oportunidad de intentar alcanzarlo? ¿Lo sabes? ¡Respóndeme!

Jason dio un pequeño respingo. Amita negó con la cabeza.

—No, no lo sé —dijo en voz baja—. Pero sé un poco sobre cómo la vida no sale como uno espera. Y a veces la vida que quieres no es la vida que necesitas. El mundo del espectáculo es duro. Incluso si te hubieran permitido seguir tu sueño, podría haber sido un camino difícil. Puedo entender lo mucho que te dolió, pero eso no te da derecho a ir por ahí matando gente, quitando vidas.

—¿Por qué ellos? —preguntó Jason, después de repetir mentalmente varias veces «Sé más Amita» para armarse de valor—. ¿Tuvo algo que ver con Simon y Pip? ¿Estabas celosa?

—¿Celosa? Ja, no me hagas reír —dijo ella—. Lo último que querría es estar con alguien como Simon Nakamba. Era un monstruo, un cerdo. Y se merecía morir.

—Nadie merece morir —sostuvo Amita enfadada—. Nadie merece que le acorten la vida. Cuéntanos qué pasó, Abi.

Ella negó con la cabeza.

—No lo entiendes. Nadie lo entiende, excepto quizá Pip. —Apretó el cuello de la actriz un poco más fuerte—. Ella y yo somos almas gemelas, somos iguales.

—No me parezco en nada a ti —siseó Pip—. Yo no soy una asesina.

Abi apretó más fuerte, con la jeringuilla a pocos centímetros del cuello de Pip.

—Somos iguales, en más aspectos de los que podáis imaginar —dijo—. A las dos nos han hecho daño, a las dos nos han ignorado, descartado, tachado de chicas tontas en una industria basada en la apariencia y la popularidad. Tienes razón, Amita: trabajé con Simon Nakamba antes. Entonces era solo una niña. No sabía nada. Intentaba causar buena impresión. Había oído que le gustaban las morenas, así que me teñí el pelo. Luego le oí hablar de las rubias y me lo volví a teñir. Durante dos semanas hice lo que él quería, lo que les pedía a su reparto y a su equipo, solo para que se fijara en mí, solo para tener la oportunidad de demostrarle lo que era capaz de hacer. Para ser más que una extra, para conseguir una frase, una toma. Y ni una sola vez reparó en mí. Ni una sola vez se percató siquiera de que yo existía. Hasta que un día…

Dejó la frase en el aire. Jason sintió que la agente que estaba a su lado empezaba a moverse. Se estaba acercando cada vez más a la cama. Lentamente, buscaba en su cinturón de herramientas una pequeña porra extensible. Él no era quién para decirle a una agente de la ley lo que tenía que hacer. Pero no le parecía buena idea.

—¿Qué pasó? —preguntó Amita.

—Estábamos rodando a las afueras de Mánchester, en Marple —dijo ella—. Me había ido allí y faltaba a clase, vivía en un apartamento compartido. Mi madre estaba muy enfadada. Pero aquello era lo que quería hacer. Estábamos llegando al final del rodaje y nos disponíamos a filmar la escena del descubrimiento, cuando encuentran al hombre a las puertas de la sala de conciertos. Necesitaban extras y uno de nosotros tenía que gritar. Un productor me eligió a mí. Pensé que era mi oportunidad para impresionar a Nakamba, para impresionar a todo el mundo. Pero, cuando llegó el momento de rodar, la fastidié. Estaba tan nerviosa que no pude hacerlo, no podía caminar, no podía hablar, estaba aterrorizada. No sé qué me pasó. Nakamba detuvo el rodaje. Se acercó a mí, una adolescente, una niña lejos de casa, y me gritó como un loco. Me dijo que, si no hacía lo que él me decía, al pie de la letra, encontraría a alguien que lo hiciera. Lo recuerdo, recuerdo muy claramente cómo me gritó así en la cara. Me llamó imbécil delante de todas las personas a las que más quería impresionar. Lloré, allí mismo, me derrumbé. No volví, no quise volver. Aquella noche cogí el autobús de vuelta a Penrith y eso fue todo. Pensé que había perdido mi oportunidad, hasta que llegó la película con Derek Veland.

La policía ya había despejado la cama. Pip la había visto y observaba con los ojos muy abiertos cómo la agente se acercaba cada vez más. Jason sintió un nudo en el estómago al pensar en lo que podría pasar. Ya fuera a propósito o por casualidad, Amita estaba distrayendo a Abi lo suficiente como para que no se diera cuenta de la presencia de la policía.

—Era otro cerdo —escupió ella—. Yo era mayor, había terminado la escuela, era un poco más sabia, pero no estaba más cerca de mi sueño que cuando desfilaba por el salón con mi vestido de princesa y mi varita mágica. Le gusté, como le gustaban todas las mujeres jóvenes. En aquel entonces no era diferente a como era en la actualidad. No creo que pudiera serlo, aunque quisiera. Me gustaba que me prestara atención: él era la estrella de la película. Cualquier cosa que pudiera hacer para tener más tiempo ante la cámara me parecía bien. Solo que prometió mucho y no cumplió nada, Amita.

Absolutamente nada. Me dijo que pensara en grande, que lo siguiera a Londres. Me presentaría a su representante, a todos los directores, productores y avalistas nacionales e internacionales. Una chica guapa como yo llegaría lejos, decía. Dos semanas después, tras viajar a Londres, estaba de vuelta en casa, llorando en el hombro de mi madre. Me había utilizado, como utilizaba a todo el mundo. Yo solo era un adorno, un accesorio que podía lucir en fiestas y eventos. Un hombre mayor con una novia que tenía un tercio de su edad, era patético, él era patético. Solía escuchar lo que la gente decía de él cuando no estaba presente: cosas crueles, comentarios sobre su edad, su peso, su incapacidad para actuar con otra cosa que no fuera una ceja levantada y un acento exagerado. Solía defenderlo, ¿puedes creerlo? Solía defenderlo, pensando que me convertiría en una estrella. Pero no había nada. Como en tantos otros aspectos de su vida, era un caparazón.

Su agarre en el cuello de Pip se aflojaba. La jeringuilla se tambaleaba a medida que sus brazos se debilitaban.

—¿Por qué ahora? —preguntó Amita—. ¿Por qué esperar todos estos años? ¿Qué desencadenó este deseo de venganza?

—Por conveniencia —respondió Abi—. Dejé la interpretación y me matriculé en la escuela de enfermería. Mi madre se sintió aliviada, o al menos fingió estarlo. Antes de morir, mi abuelo me amenazó con que, si no hacía algo que valiera la pena, me desheredaría. Un hombre encantador, ¿no crees? Siempre nos trató con aires de superioridad a mi madre y a mí. Nos veía como un par de alborotadoras. Tú lo conocías, ¿verdad, Amita?

—Solo un poco —respondió ella—. Sé lo difícil que fue para tu madre crecer. Pero estoy segura de que él solo quería lo mejor para ti.

—¡Tonterías! —dijo ella—. Solo le interesaba su legado, el apellido Paris y ese estúpido hotel. Me sentí mal cuando firmé los papeles de admisión. Sentí que, incluso más allá de la tumba, él había ganado. Sin embargo, seguí en contacto con la industria del cine, con gente que conocía, ese tipo de cosas. Me enteré de que *The Locus* iba a venir a la ciudad, que se iba a instalar aquí, en Penrith, y que buscaban talento local. Nakamba, Veland, Potter…, todos los grandes

nombres estarían aquí. Al principio solo iba a intentar salir en la pantalla, trabajar como extra, para demostrarme a mí misma que podía. Pero entonces empecé a pensar, a pensar en lo que podía hacer, en cómo podía devolver un poco de equilibrio al universo e inclinar la balanza a mi favor.

—¿Le inyectaste aire a Nakamba? —preguntó Jason.

—Lo observé durante unos días para ver qué hacía y adónde iba —dijo ella—. Me repugnaba profundamente el mero hecho de estar en la misma ciudad que él. No había cambiado. Seguía siendo el mismo, tan arrogante, tan prepotente con todo el mundo. Creo que quizá no lo habría hecho si no hubiera visto que seguía criticando en el plató a su equipo, a cualquiera que no hiciera las cosas perfectamente a la primera. Sin embargo, era totalmente predecible. Después de salir a cenar todas las noches tras el rodaje, se reunía con la señorita Potter. Las citas nocturnas están bien, si sabes adónde vas. Y Nakamba no lo sabía, no después de haberse bebido unas cuantas botellas de vino. Lo seguí la noche en que murió, cuando salió de aquel restaurante elegante y pretencioso, y entonces decidí que ya estaba bien. Temblaba y se tambaleaba. Estaba completamente borracho. Le di un empujón, se cayó y eso fue todo. Le pinché con una jeringuilla en el brazo y no tuve que hacer nada más. Estaba tan borracho que ni siquiera se dio cuenta.

—¿Fue en la sala de conciertos? —preguntó Amita.

—No —respondió ella—. Estábamos a la vuelta de la esquina. Tuve que arrastrarlo casi todo el camino hasta allí. Pensé que era apropiado, incluso poético. La sala de conciertos de ese programa que hicimos se parecía tanto a la nuestra de aquí que cada vez que la veía me recordaba a cuando él me había humillado. Pensé que se merecía que lo atara y lo exhibiera ante las cámaras. Puede que se quejara de mi actuación, pero al final hice un buen trabajo.

—Eres un monstruo —dijo Pip entre lágrimas.

—¿Y Veland? —preguntó Jason.

Abi se echó a reír.

—Él era harina de otro costal —dijo—. Mi madre estaba tan enamorada de él que era casi divertido, incluso hilarante. Se había enamorado por las mismas frases de ligoteo que él había usado

conmigo años atrás. Mi madre y yo somos como dos gotas de agua. El abuelo solía decirlo todo el tiempo y no era por ser amable. Ella pensaba que yo no sabía nada de la relación que tenía con Veland, pero todo el mundo en Askling Manor lo sabía. En ese lugar no se le puede ocultar un secreto a nadie. A escondidas, el personal lo sabe todo. No sabía cómo detenerla, cómo decirle que el hombre con el que se acostaba le había hecho todas esas promesas a su hija. Entonces se me ocurrió una idea. No tenía que detenerla para acabar con la aventura; solo tenía que detenerlo a él. Cuando ella salió de la habitación aquella noche, yo estaba observando, esperando, al final del pasillo. La última noche que ella estuvo con él, me escondí al final del pasillo. Dejé que ella bajara las escaleras y luego me colé en la habitación de Veland. Tenía una llave. No es difícil usar nuestro sistema, pues está anticuado. Él roncaba, tumbado en la cama, con los brazos extendidos. Sonreía. Parecía muy satisfecho consigo mismo, incluso estando inconsciente. Habría sido artístico si no hubiera apestado tanto. Pensé en matarlo allí mismo, pero quería que supiera que había sido yo. Quería que lo recordara. Y hay que reconocer que lo recordó. Por supuesto, había visto todas las películas y series en las que había salido desde que rompimos. Así que pensé que quizá apreciaría la justicia poética de morir como uno de sus personajes. Cuando volvió en sí, vi ese brillo en sus ojos, ese encanto libertino que le hacía creer que iba a llevarme a la cama. Envolví mis manos en una toalla y se la puse alrededor del cuello. No opuso mucha resistencia, ya que no estaba lo suficientemente sobrio. Cuando todo terminó, me sentí mejor, aliviada, de una forma extraña. Salí tranquilamente de la habitación, pues sabía que mi madre ya había desactivado la cámara de seguridad para salvar su reputación y la del hotel. Ella finge que no le importa ese lugar, pero yo sé que sí. Lo ve como su penitencia por haber sido expulsada y haber roto el corazón de mis abuelos. Tonterías, por supuesto. Ella es mejor que ellos, mejor de lo que ellos jamás podrían esperar o aspirar a ser. Lo hice por ella, supongo, ahora que lo pienso. Se merece algo mucho mejor que una aventura con un hombre como Derek Veland. Ella nunca supo nada

de lo nuestro, nunca supo que era con él con quien vivía cuando estaba en Londres. Era mejor no decírselo.

Bajó la mirada, solo por un momento. Jason contuvo la respiración. Sin embargo, antes de que la policía pudiera hacer nada, Abi volvió a mirarlos a todos.

—Ahora, aquí estamos, al final —dijo.

—Abi, por favor, no tienes por qué seguir por ahí. Has hecho cosas horribles, pero no lo empeores aún más —sugirió Amita—. Te lo ruego, déjanos ir a todos.

—Después de todo lo que he hecho —dijo lentamente—, ¿qué más da una muerte más?

—¡Abi! ¡No!

Todo sucedió demasiado rápido para que Jason pudiera comprenderlo. Abi pinchó a Pip con su aguja, pero la policía se tiró como un rayo, una estela amarillo neón que se dirigió contra ellas. Las tres mujeres cayeron al suelo formando un montón gigante. Jason y Amita intentaban separarlas cuando se oyó un ruido atronador detrás de ellos. De repente, la habitación se llenó de agentes de policía.

Jason sintió que algo lo empujaba por la espalda. Cayó al suelo con fuerza cuando unas manos firmes lo empujaron bocabajo. A su lado, Amita recibió un trato igual de duro.

—¡Amita! —gritó, pero su voz se ahogó entre los gritos y el alboroto que los rodeaban.

Agentes de todas las formas y tamaños, algunos armados, se encontraban ahora dentro de la estrecha habitación. Se abalanzaron sobre la esquina donde Abi, Pip y la otra policía habían caído. Jason solo podía permanecer tumbado. La presión desde atrás le hacía daño en las costillas, la espalda, el pecho y la cabeza.

—¡Despejen! —gritó alguien desde algún lugar por encima de él.

Las manos le apretaron más fuerte en su agarre y lo tiraron hacia arriba de un tirón. Lo mismo le sucedió a Amita. Los sacaron de la habitación, serpenteando a través de un pequeño mar de agentes blindados que se amontonaban en la habitación.

Al final de todos estaba la inspectora Arendonk. Llevaba un chaleco antibalas encima del traje y tenía las manos ocupadas con

unos *walkie-talkies*. Estaba tan pálida como de costumbre, con los ojos hundidos en la cara, como canicas. Cuando vio a Jason y Amita, pareció respirar un poco más tranquila.

—¿Estáis bien? —preguntó.

—Estamos bien —respondió Amita.

—Habla por ti. Creo que tus chicos me han roto una costilla y…

—Vale, perfecto, sacadlos de aquí.

La inspectora fue breve y brusca. Era evidente que no había tiempo para cortesías. Los agentes que habían maltratado a Jason y Amita aflojaron un poco el agarre, los condujeron por el pasillo y los sacaron de allí. Cuando estaban fuera de la zona, un grupo de enfermeras y médicos los recibió, listos para sentarlos en sillas de ruedas. Antes de darse cuenta de lo que estaba pasando, Jason y Amita estaban sentados.

Giraron las sillas rápidamente y los empujaron hacia un ascensor que los esperaba. La puerta se cerró con un ping y el ruido del equipo de fuerzas especiales desapareció. El ascensor comenzó a descender y Jason parpadeó. Hinchó las mejillas y miró a su suegra, sentada en la silla de ruedas a su lado.

—Supongo que teníamos razón —dijo.

—Otra vez —respondió ella, poniendo los ojos en blanco—. Aunque ojalá no la hubiéramos tenido esta vez.

[44] *The Merry-Go-Round Broke Down* es una canción escrita en 1937 por Cliff Friend y Dave Franklin. Es famosa por ser la sintonía de la serie de dibujos animados *Looney Tunes*.

37. *A Beautiful Mine*[45]

Toda la parte delantera del hospital se había convertido en algo más parecido a *The Locus* que a una clínica. Los coches patrulla circulaban a toda velocidad por todas partes. Jason nunca había visto tanta cinta policial y tantos cordones de seguridad. Incluso habían llamado a los bomberos, que permanecían ociosos en el otro extremo del aparcamiento sin nada que apagar.

La inspectora Sally Arendonk parecía una presencia extraña y serena en medio de todo el caos. Jason siempre había manifestado su admiración por ella. Especialmente después de tratar con Alby, su predecesor. Ella había sido como un soplo de aire fresco en comparación con aquel dinosaurio. Y ahora, sentado en la parte trasera de un coche de policía, viéndola organizar, conversar, coordinar y convocar toda una situación de emergencia, esa admiración no hacía más que crecer. No se regodeaba ni se vanagloriaba por haber atrapado a su hombre —en este caso, mujer —, pero sí había una sensación de justicia cumplida, de equilibrio restablecido, por la que Jason estaba agradecido.

Se mesó el cuello mal ajustado de su jersey mientras trataba de dar sentido a la escena. El coche de policía no era el lugar más cómodo en el que había estado, pero ahora se daba cuenta de que, por primera vez desde el incendio, no miraba por encima del hombro cada pocos segundos. Se sentía como si lo hubieran metido en un saco de correo con todo el cuidado y delicadeza de un albañil, pero, a pesar de los golpes y moratones, se sentía seguro. Se movía de un lado a otro y daba codazos todo el rato.

—Por favor, quédate quieto, Jason —le reprendió Amita—. No sé cuánto tiempo tendremos que estar aquí. Estaremos aquí el tiempo que tengamos que estar. Así que, por favor, deja de moverte y quédate sentado tranquilo.

—Es fácil decirlo para ti, que no tenías a una docena de policías armados placándote en la espalda.

—Fueron tan duros conmigo como contigo —dijo ella—. Era una situación de mucha presión. No sabían quién era quién, ni qué era qué. Deberías estar agradecido de que nos sacaran de allí.

—Supongo que no habrá medalla por salvar a Pip Potter.

—Diría que es muy poco probable —dijo ella—. En primer lugar, no deberíamos haber estado allí.

Algunos de los coches de policía empezaban a marcharse. El aparcamiento estaba cada vez menos inundado de luces azules. Jason se movió y se arrastró lo mejor que pudo para aliviar un poco la incomodidad.

La puerta se abrió de repente. Casi se cae, pero se agarró al pomo de la puerta en el último momento. La elegancia y la gracia nunca habían sido su fuerte. La inspectora Arendonk estaba de pie, ante él.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, bien, gracias —respondió él, mientras el aire frío le secaba el brillo del sudor—. Pensé en hacer una entrada tan dramática como la tuya en el hospital.

—Muy gracioso —dijo ella, ayudándole a salir—. Pero yo no dejaría mi trabajo diario, sea cual sea.

Amita salió por la misma puerta. Miró alrededor del aparcamiento, donde se habían reunido los servicios de emergencia.

—¿Sabes?, por muchas veces que vea a tantos policías, nunca acabo de acostumbrarme —comentó.

—Bienvenida al club —dijo Arendonk—. No emitimos estas alertas masivas muy a menudo. Y todos deberíamos estar agradecidos de que sea así. Pero una paciente retenida como rehén por una presunta asesina en serie es una de las cosas más peligrosas e importantes que pueda haber.

—Por no mencionar que la rehén es una celebridad —añadió Jason.

—No me lo recuerdes —gimió la detective—. ¿Sabes?, todo este caso ha sido una pesadilla tras otra, y no de la forma habitual. No solo he tenido a una asesina corriendo por la ciudad matando a gente famosa, sino que además ha sido un auténtico dolor de cabeza tener que lidiar con mis molestos superiores y con vosotros. —Hizo un gesto de cabeza hacia Jason.

—¿Con nosotros?

—Con los medios de comunicación —dijo ella—. Al menor indicio de un rumor, se me echan encima como una erupción cutánea. Resulta que lidiar con los fanáticos de la televisión es casi tan malo como mi trabajo de nueve a cinco. Todos se creen expertos solo por haber visto unos cuantos episodios. Luego está nuestra honorable amiga, la diputada Sheila Mulberry. Esa mujer se ha propuesto mantenerme la oreja al rojo vivo con sus constantes llamadas y peticiones de información. Aunque la mitad de las veces creo que solo quiere hacerse un selfi con el reparto para su Instagram. Aun así, al menos ahora tengo algo que contarle: un arresto.

—No hay mal que por bien no venga —sentenció Jason.

—Algo así —dijo la inspectora—. En fin, me alegro de que los dos estéis bien. Por extraño que te parezca, Brazel, realmente me preocupo por tu bienestar y el de Amita. —Echó un vistazo a Amita, que estaba mirando fijamente a lo lejos—. ¿Va todo bien? —preguntó—. ¿Os han examinado ya los médicos?

—Sí, gracias —respondió Amita, algo distante.

La detective miró a Jason en busca de ayuda. Podía sentir la distracción de Amita. Le tocó el hombro y ella pareció volver en sí.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—¿Qué? Sí, estoy bien —respondió ella. Entonces se dio cuenta de que estaban preocupados por ella—. Es solo que, bueno, todo esto es un poco abrumador, eso es todo —dijo—. Todo el asunto de Nakamba y Veland y quién fue el culpable. No sé si lo sabes, inspectora, pero la madre de Abi fue al colegio con mi Radha.

—Ah, claro —cayó en la cuenta la policía.

—Eran amigas hace mucho tiempo y perdimos el contacto.

—Hubo un desagradable incidente —dijo Jason.

—Gracias, Jason, ya es suficiente —replicó su suegra—. Todo este asunto, todo lo que pasó en Askling Manor, la relación íntima de Sarah Paris con Derek Veland, ha sido demasiado para asimilar en tan poco tiempo. Y, ahora que Abi ha resultado ser una asesina en serie, todo esto es bastante abrumador, eso es todo.

Se recostó contra el coche de policía. Jason extendió la mano para cogerla, pero ella la apartó bruscamente.

—¿Qué haces? —preguntó ella, casi ofendida.

—Pensé que te habías mareado o algo así.

—Estoy bien —dijo ella—. No vuelvas a hacer eso, no delante de la inspectora.

Arendonk se rio.

—Si los dos estáis lo suficientemente bien como para discutir, entonces pienso que todo vuelve a estar bien en el mundo. Tendré que tomaros declaración en algún momento —dijo—. Después de todo, habéis sido testigos oculares. Pero solo cuando estéis listos, Amita. No tenéis que apresuraros, especialmente si hay una conexión ahí. Tenemos asesoramiento para ese tipo de cosas.

—Estaré bien —dijo ella—. Prefiero quitármelo de encima. ¿Abi está bien?

—Sí —respondió Arendonk—. Creo que a veces se siente un gran alivio cuando finalmente te atrapan. Si fuera aficionada a las apuestas, diría que se someterá a una evaluación psiquiátrica, por supuesto. Pero el hecho es que confesó los asesinatos. Tenemos un equipo registrando su casa en este momento. Es una pena, de todos modos. Una chica joven como ella, con toda la vida por delante, es trágico que pensara que la venganza era la única salida. No hay excusa, por supuesto, nada puede justificarlo. No creo que tengamos ningún problema en el caso contra ella ahora.

Jason se quedó pensando en eso un momento. Todo le había resultado muy cercano en este caso. Conocía la relación que había entre Sarah y Amita y, por extensión, también con Radha. En toda la locura y el caos de la última hora, no había comprendido del todo lo que eso significaba para su suegra y su familia en general. Hinchó las mejillas.

—Maldita sea —dijo—. Qué dos semanas tan raras, ¿eh?

—Más raras de lo que cualquiera de nosotros se atrevería a imaginar —respondió Amita.

—Lo importante es que los dos estáis a salvo —dijo Arendonk—. Eso es lo principal. Todo lo demás se solucionará. Tenéis que cuidaros. Por mi parte, os pido disculpas por haberos involucrado. No creo que pudiéramos haber previsto que sucedería algo así.

Miró alrededor del aparcamiento, que se estaba vaciando. Había un poco de alboroto a cierta distancia. Un par de agentes uniformados forcejeaban con alguien que gritaba al otro lado del cordón policial. Arendonk pasó de estar relajada a tensarse, y su intuición policial se activó. Jason sintió un poco de miedo. Se encontró de pie delante de Amita, protegiéndola.

—Apártate —dijo ella, empujándolo—. Es Sarah Paris.

Ella se abrió paso a empujones entre él y la detective y cruzó corriendo el aparcamiento.

—¡Amita! ¡Espera! —le gritó, pero fue inútil. Ya había echado a correr.

Sarah forcejeaba con los dos agentes que intentaban por todos los medios sujetarla. Cuando Amita, Jason y Arendonk llegaron, dejó de resistirse.

—¡Amita! ¿Qué ha pasado? ¿Qué le ha pasado a Abi? —gritó.

—Por favor —le suplicó Amita a Arendonk—. Déjame hablar con ella. Solo un momento.

La detective no estaba convencida. Jason podía ver cómo se le tensaban los tendones de las sienes. Aquello no estaba bien, aquel no era el lugar adecuado para que Sarah se enterara de lo que estaba pasando. Pero no había otra opción. Arendonk se dio cuenta de ello y asintió con la cabeza solemnemente.

—Dos minutos —dijo—. Eso es todo, y luego tiene que venir con nosotros.

Los agentes soltaron a Sarah. Ella tropezó y Jason la sujetó. Se apartó el pelo de la cara y miró a su alrededor en busca de respuestas.

—¿Qué ha pasado, Amita? ¿Dónde está Abi?

—Me temo que ha habido una desgracia —dijo la jubilada, lenta y tranquilamente—. Será mejor que te sientes.

Se llevó a la propietaria del hotel al coche de policía en el que habían estado sentados. Jason sentía un nudo en la garganta con cada paso que daban. No estaba seguro de cuánto sabía Sarah Paris de lo que había hecho su hija. Puede que fuera cómplice o que fuera inocente. En cualquier caso, realmente no importaba. Tenía derecho a saber lo que estaba pasando. Y, de alguna manera, cuando

llegaron al coche de policía y Sarah se sentó, con Arendonk siempre cerca, pensó que Sarah sabía lo que se avecinaba. Había en ella una resignación silenciosa y devastada que nunca antes había visto.

Sus pensamientos se dirigieron inmediatamente a su propia familia cuando Amita comenzó a explicarle todo. Nunca en su vida había deseado tanto ver a Radha y a los niños. Pronto, pensó. Pero no lo suficientemente pronto.

[45] *A Beautiful Mine* es el tema (compuesto por el artista RJD2) de la serie de televisión *Mad Men*.

38. *Cosy In The Rocket*[46]

Amita limpió la pizarra. Los nombres, los lugares, las líneas temporales y las teorías desaparecieron con tres simples pasadas. Todo quedó emborronado, y la superficie, que en su día fue negra, ahora era prácticamente gris por todo lo que se había escrito y borrado a lo largo de los años. Amita dio un paso atrás y miró el maravilloso encerado antiguo que había conseguido salvar. Una avalancha de recuerdos había aflorado desde que lo vio por primera vez hacía varias semanas. Ojalá pudiera escuchar todas las historias que se habían escrito en aquella pizarra a lo largo de los años: las ecuaciones y explicaciones, las historias y los cuentos fantásticos.

Mientras miraba fijamente la pizarra en blanco, se dio cuenta de que había estado pensando en sí misma de una manera similar, como si fuera una reliquia, algo de una época pasada, que buscaba ser salvada. Todavía se culpaba a sí misma por el retraso en atrapar a Abi Paris. Había estado distraída, demasiado distraída, para ver lo que había estado mirándola fijamente todo este tiempo. Un suspiro triste se le escapó cuando la puerta principal se abrió y Jason entró con las manos llenas de bolsas de la compra.

—¿Me ayudas un momento, Amita? —le pidió, casi tropezando al entrar en el salón.

Ella le cogió un par de bolsas y él hizo un gesto de dolor cuando la circulación volvió a sus dedos. Ella miró dentro de las bolsas.

—¿Qué es todo esto? —preguntó ella.

—Una sorpresa —respondió él, levantando las cejas—. He decidido preparar una comida especial para todos. Una de mis especialidades, de hecho, para celebrar nuestra victoria.

—No será tu infame entrecot en salsa de vino tinto, ¿verdad, Jason? —preguntó ella—. Porque la última vez que lo hiciste, dos semanas después todavía estaba sacándome trozos de carne de entre los dientes.

—No es culpa mía si no tenías la dentadura postiza bien encajada, Amita. No puedes culpar al chef de que tus dientes no funcionen correctamente.

—Qué descaro —dijo ella con un chasquido de lengua.

Él se sentó en el sofá, con las bolsas a los pies. Flexionó los dedos y le sonrió.

—No va a ser un entrecot, ya que estamos un poco justos de dinero —explicó—. De hecho, se tratará de mi mundialmente famoso abadejo empanado, pendiente de patente, servido con una guarnición de patatas fritas y litros de vinagre.

—*Fish and chips* —dijo ella—. Nos vas a preparar *fish and chips* a todos.

—Exacto —respondió él guiñándole un ojo—, con puré de guisantes para nosotros y espaguetis para los niños. Va a ser maravilloso. He pensado que deberíamos celebrar la ocasión de haber capturado a nuestra primera asesina en serie con algo casero, clásico, atemporal y delicioso.

Amita asintió con la cabeza sin mucho entusiasmo.

—Venga, no es tan malo, ¿no? —dijo él—. No esperaba una gran fiesta, pero pensé que el *fish and chips* casero sería perfecto.

Amita se sintió mal. Se sentó en su silla junto al televisor, donde aparecían los créditos del concurso diurno que había estado viendo sin prestar demasiada atención.

—Tienes razón, lo siento —dijo—. No sé qué me pasa, Jason. Siento como si tuviera la cabeza en las nubes. Creo que solo estoy intentando relajarme.

—Veo que has despejado tu tablero de investigaciones —observó él.

—Sí, he pensado que era lo mejor.

Ella miró fijamente a lo lejos. Jason siempre sabía cuándo su suegra estaba realmente molesta. Parecía que estuviera a punto de echar fuego por la boca.

—Sabes que no fue culpa tuya —dijo él—. Lo de Abi. Ella decidió por sí misma hacer lo que hizo. No tuvo nada que ver con lo que pasó entre tú, Radha y Sarah hace tantos años. Abi era adulta; ya no era ninguna niña. Sabía exactamente lo que hacía cuando inyectó

a Simon Nakamba y estranguló a Derek Veland. No puedes asumir ninguna culpa, Amita.

Amita sabía todo esto, por supuesto que lo sabía. Aun así, había algo en lo más profundo de su ser que le carcomía la conciencia.

—Lo sé, Jason, lo sé —dijo con tristeza—. He pasado el último día y medio tratando de convencerme de eso. Pero, cada vez que pienso en ello, me acuerdo de Sarah y Radha y de los errores que cometí. No dejo de pensar «¿y si…?». ¿Lo entiendes?

—Sí —respondió él—. Pero también entiendo que las preguntas del tipo «¿y si…?» son solo preguntas. Cuando te haces una pregunta del tipo «¿y si…?», puedes imaginar cualquier escenario que quieras, bueno, malo, indiferente…, esa es la cuestión. No sirve de nada volverse loco por algo que no puedes controlar. Lo hecho, hecho está, Amita, no lo puedes cambiar, ya te lo he dicho antes. No puedes hacer nada por Abi, ni tampoco puede su madre, ni nadie más. Es una persona retorcida. Y ahora se enfrenta a una larga condena de cárcel.

La idea hizo que Amita se estremeciera. Se apoyó en el brazo de la vieja silla.

—Es horrible —dijo—. No puedo ni imaginar lo que estará pasando ahora la pobre Sarah. Ha perdido a todos sus seres queridos.

—No es nada bueno —coincidió Jason—. No te olvides de las familias de Simon y Derek. Ellos también han perdido a seres queridos, y de la forma más atroz posible. Piensa en ellos y consuélate sabiendo que quizá hemos contribuido a que consigan que se haga justicia.

Ella asintió con la cabeza. Jason miró hacia abajo, hacia las bolsas de la compra. Gritó y las recogió.

—Maldita sea —dijo—. Me había olvidado del helado.

Se metió en la cocina a toda prisa, para evitar que se derritiera el helado napolitano que llevaba en una de las bolsas. Amita se levantó y le ayudó con las últimas bolsas. Las dejó sobre la mesa de la cocina mientras Jason comenzaba a desempaquetarlas.

—Supongo que tienes razón —dijo ella.

—Por supuesto que la tengo —respondió él—. ¿Cuándo no la tengo?

—No voy a responder a eso.

—Probablemente sea lo mejor. No te olvides de Pip Potter. Creo que también le hemos salvado la vida.

—No hicimos gran cosa —dijo ella—. Fue esa valiente agente quien finalmente redujo a Abi. Nosotros solo fuimos una distracción.

—Sin duda lo fuimos; pregúntale a la inspectora Arendonk.

Eso le arrancó una sonrisa a Amita.

—De todos modos, es un asunto terrible —dijo ella—. Es desgarrador pensar que Abi va a pasar el resto de su vida entre rejas.

—Es terrible —dijo él, lamiéndose los dedos manchados de helado de fresa derretido—. Ser tan joven y estar tan amargada por lo que te ha deparado la vida. Es insoportable pensar en ello, la verdad.

—Sí, supongo que sí.

Amita se quedó mirando las bolsas de la compra. Los filetes de abadejo estaban apilados cuidadosamente, envueltos en plástico transparente. Amita los sacó, junto con la bolsa de patatas fritas.

—¿Me las pasas, por favor? —le pidió él, cerrando el congelador.

Amita no prestaba mucha atención. Su mente seguía en Abi Paris y su madre Sarah. Le oprimía el pecho de la ansiedad al pensar en lo que le esperaba a la vieja amiga de Radha. El juicio, las pruebas, la cobertura de la prensa…, todo.

—Amita —dijo Jason.

La sacó de su ensimismamiento.

—Las patatas fritas, por favor —dijo—. Si no, solo comeremos pescado.

—Claro, lo siento —dijo ella, cogiendo la bolsa de patatas fritas para horno y mirándolas—. Supongo que un espectáculo sin su estrella no puede continuar.

Dejó la bolsa suspendida en el aire por un momento, como si se le hubiera acabado la cuerda de pronto.

—Amita, ¿estás bien?

—Un espectáculo sin su estrella no puede continuar —observó ella.

—Vale —dijo él—. ¿Qué significa eso exactamente?

—El pescado y las patatas fritas —contestó ella—. Juntos, como un equipo.

—Si te gusta, supongo que sí, sí.

—Un espectáculo sin su estrella no puede continuar, Jason. Es una frase.

—Eso ya lo sé, Amita. ¿Qué quieres decir?

Ella pensó rápidamente en lo que iba a decir. Todas las posibilidades, todas las pistas, todos los pequeños indicios de las conversaciones y charlas y pensamientos que había tenido durante las últimas semanas se agolparon a la vez en su cabeza. Todo ello al son de esa campana que la había devuelto a la realidad.

—Abi Paris no estaba sola —dijo, dejando en la encimera las patatas fritas para horno.

Jason parpadeó, con aspecto aún más confundido.

—¿Qué? —preguntó, aunque fue más bien un grito ahogado.

—Abi Paris no estaba sola. ¿Cómo podría estarlo, Jason? Tenía un cómplice.

—Espera, Amita, cálmate. ¿De qué estás hablando? ¿A qué viene esto ahora?

Ella volvió corriendo a la sala y comenzó a escribir nombres en la pizarra. Jason la siguió, todavía con el pescado en la mano.

—Abi Paris era extra en los rodajes con Nakamba y Veland, ¿verdad?

—Sí —dijo Jason—. Todo eso ya lo sabemos. Y ella nos dijo que los mató. Incluso contó cómo, ¿recuerdas?

—Lo hizo, y no lo discuto.

Amita rodeó con un círculo el nombre de Abi Paris en el centro de la pizarra. Lo subrayó tres veces y luego señaló con la punta de la tiza a su yerno.

—Hemos demostrado que Abi era vulnerable. La inspectora Arendonk nos lo ha confirmado, ¿no es así?

—Ya sabes que sí —dijo él.

—Entonces, dime una cosa: ¿cómo se le mete en la cabeza a una joven con problemas matar a dos de las personas más famosas del país?

—Ella nos lo contó, y tú ya lo has dicho: trabajaba con ellos, y ellos le hicieron daño. Nakamba la acosaba, y Veland la rechazó y la utilizó. Son motivos bastante fuertes, Amita. Eso no lo puedes negar.

—¡Pero tenía toda la vida por delante! —exclamó ella—. La enfermería, su madre, su futuro, Jason. Ya había seguido adelante. ¿Por qué iba a tirar todo eso por la borda por una venganza mezquina? Es una joven inteligente.

Amita se quedó mirando el nombre escrito en la pizarra. Negó con la cabeza. Jason dejó el pescado sobre la mesa.

—No tiene sentido —añadió ella—. Que a ella sola se le ocurriera algo tan elaborado, tan cruel y tan malo por su cuenta. Nunca había hecho nada parecido antes, Jason, no tiene antecedentes penales ni historial delictivo. Y, sin embargo, va y asesina a dos hombres de su pasado. Es como si la hubieran incitado, provocado u obligado a hacer el trabajo sucio de alguien, como si se hubieran aprovechado de ella.

—Pero ¿por qué? —dijo él—. Si hay un cerebro detrás de todo esto, ¿qué podría ganar con la muerte de Simon y Derek?

Amita negó con la cabeza.

—No lo sé —respondió—. Simplemente no lo sé.

Se apartó de la pizarra. La televisión estaba encendida y empezaban las noticias de la tarde. La noticia principal era la detención de Abi. Detrás del presentador se veían las fotos de Simon Nakamba y Derek Veland. El periodista terminó su presentación y la cámara enfocó a Pip Potter. Estaba a la salida del hospital, hablando con los periodistas, que se empujaban para acercarle sus micrófonos y grabadoras. Amita cogió el mando a distancia del brazo de la silla y subió el volumen.

—No puedo decir mucho, ya que se trata de un caso abierto —dijo Pip—, pero he preparado una breve declaración. Simon Nakamba y Derek Veland eran dos de mis amigos más cercanos y queridos. El mundo del espectáculo y una legión de fans de todo el mundo los echarán mucho de menos. Estoy decidida a que *The Locus* continúe y haré todo lo que esté en mi mano, como una de sus actrices, para asegurarme de que su legado perdure. Gracias.

Se le quebró la voz por la emoción al terminar la declaración e inmediatamente se vio bombardeada por una avalancha de preguntas y *flashes* de cámaras antes de que el clip volviera al presentador de noticias. Amita no se dio cuenta, pero el mando a distancia se le había resbalado de las manos y había caído al suelo con estrépito. Jason corrió a recogerlo.

—Maldita sea, Amita, ni siquiera los niños tiran ya el mando a distancia al suelo. ¡Es mi salvavidas para ver los canales de deportes!

—Jason —dijo ella, acercándose a él y tirándole del jersey.

—¿Qué? —Él estaba agachado, volviendo a meter las pilas.

—Tenemos que impedir que Pip Potter salga de Penrith.

—¿Qué? ¿Por qué? —Él la miró.

—Porque creo que podría ser una asesina.

[46] *Cosy in the Rocket* es una canción de la banda sonora de la serie de televisión estadounidense *Grey's Anatomy* [*Anatomía de Grey*].

39. *Gotcha*[47]

—Vamos, Amita, alguien debe de haberla visto —dijo Jason.

—Lo estoy intentando, Jason —respondió ella.

Esta vez él conducía y era el turno de Amita de llamar por teléfono. No tenía ni idea de qué dirección tomar, así que se limitó a seguir la carretera. Su suegra tecleaba frenéticamente en el móvil, desesperada por encontrar alguna pista.

—Es Pip Potter, por el amor de Dios, alguien de esta ciudad tiene que saber dónde está —dijo él.

—Y ¿qué te crees que estoy haciendo ahora mismo? —preguntó ella—. Tengo a todos los espías, a todos los curiosos, a todas las abuelas y a sus madres buscando hasta la más mínima pista sobre ella.

Jason estaba entrando en pánico. Odiaba entrar en pánico. Le volvía irracional y nervioso, y le excitaba un poco. Una extraña combinación que le inundaba por dentro. Sabía que probablemente conducía demasiado rápido. Sabía que probablemente iba en la dirección equivocada. Pero no podía evitarlo. Si alguna vez había un momento para entrar en pánico, era este.

—¿Estamos seguros de esto? —le preguntó—. ¿Estamos seguros de que Pip Potter tiene algo que ver con los asesinatos de Abi?

—No podemos estar completamente seguros hasta que no se lo hayamos preguntado a Pip —dijo Amita diplomáticamente—. Pero no me cabe en la cabeza otra cosa. Ella no se ensuciaría las manos y, sin embargo, obtendrá una fama considerable por lo que ha sucedido. Y recuerda lo que dijo Lisa: que la había conocido en una de las fiestas de Pip. Se conocían, tal vez no íntimamente, pero habían estado juntas lo suficiente como para conocerse. Yo diría que eso es sospechoso, ¿no crees?

—Pero ¿por qué iba a asumir Abi la culpa ella sola? —preguntó él —. ¿Por qué no confesó que Pip estaba involucrada? La policía la creería, ¿no?

—No lo sé —dijo Amita—. Es una joven vulnerable. Quizá siga convencida de que lo que hizo fue lo correcto. No puedo evitar pensar en ellas en el hospital. A Pip se la veía aterrorizada, claro, pero no había entrado en pánico. Había algo en ella, algo revelador en su reacción. Era una actuación, una actuación muy buena, pero una actuación, al fin y al cabo. Si de verdad era el siguiente objetivo, ¿por qué no la mató Abi allí mismo y se marchó? Si lo hubiera hecho, no la habríamos atrapado. Hay algo entre esas dos, Jason, lo sé.

Su teléfono empezó a sonar. Levantó el puño en señal de triunfo.

—¡Margaret Cullen dice que cree haber visto a Pip Potter en la estación de tren! —gritó—. Volvía de Carlisle, de recoger sus gotas para los oídos.

—¿Quién? —preguntó Jason—. ¿Pip o Margaret Cullen?

—¡Conduce!

Giró por una calle lateral y volvió a la carretera principal, pasando a toda velocidad por delante del ayuntamiento recién reformado, en dirección a la estación. Cruzaron la calle y entraron en el aparcamiento. Amita ya estaba prácticamente fuera del coche antes de que Jason echara el freno de mano. Apagó el motor, cerró con llave y salió corriendo tras su suegra.

El andén de la estación estaba lleno de gente. El panel de salidas indicaba que el próximo tren tenía como destino Mánchester y llegaría en unos minutos. Jason y Amita miraron a su alrededor, buscando desesperadamente entre los rostros a la escurridiza actriz.

—¿La ves? —preguntó ella—. No la veo, Jason. Puede que nos hayan enviado a una búsqueda inútil.

Jason se mordió el labio inferior. Volvió a escudriñar el andén. Había al menos un centenar de personas allí, todas de pie con bolsas, maletas y otros enseres. Se mezclaban y se movían, y ninguna de ellas se parecía ni remotamente a Pip Potter. Entonces vio algo.

Hacia el extremo superior del andén, donde se detendría el vagón de primera clase, había una mujer. Tenía las largas piernas cruzadas y los pies balanceándose cerca de una pequeña maleta. Unas enormes gafas de sol le cubrían los ojos y llevaba una gorra de

béisbol calada hasta las cejas. A Jason le habría pasado desapercibida si no hubiera sido por la coleta de color rojo caoba que le caía sobre el hombro.

—Te tengo[48] —dijo, chasqueando los dedos.

Se abrió paso entre la multitud, con Amita siguiéndole de cerca. Empujaron y dieron codazos a otros viajeros, de forma educada y no tan educada, hasta llegar al fondo del andén. Cuando llegaron, Pip Potter los miró y se deslizó las gafas de sol hasta el puente de la nariz.

—Vosotros dos —dijo—, no me libro de vosotros ni con agua caliente.

—Me alegro de haberte encontrado por fin, Pip —dijo Amita—. Me pregunto si no te importaría hablar con nosotros un momento.

—Estoy a punto de coger el tren para volver a casa. ¿No puede esperar? —preguntó ella, molesta.

—Es bastante importante —dijo Jason.

—Mirad, ya le he contado todo lo que sé a la policía. No necesito este tipo de acoso. Han sido unos días muy raros. He perdido a dos de mis mejores amigos y he estado a punto de perder la vida a manos de una lunática delirante que me convirtió en su rehén. Solo quiero volver a casa sana y salva. ¿Qué más queréis de mí?

Estaba empezando a llorar, aunque ahora, con su radar sintonizado, Jason intuía que todo era un poco falso, casi perfecto, pero aun así parecía algo fingido. Ella seguía sorbiendo y tocándose la punta de la nariz con el dorso de la mano. Él aún no había visto ni una lágrima. Algunos de los pasajeros que esperaban estaban empezando a darse cuenta. Él carraspeó.

—Mira, quizá deberíamos hacer esto un poco apartados —le sugirió a Amita—. Lejos de miradas indiscretas.

—De acuerdo —convino Amita, muy consciente de que no le habían sacado nada a Pip Potter hasta ahora—. Por favor, Pip, no tardaremos nada. Entremos en la estación. No te retrasaremos mucho, y no perderás el tren.

La actriz lo pensó un momento. Entonces, los falsos llantos cesaron y se levantó. Cogió sus cosas, se caló la gorra sobre la cara

y volvió a entrar en la estación. Jason pensó que su atuendo era un poco exagerado si quería pasar desapercibida.

Dentro, la estación estaba prácticamente vacía. El empleado de la taquilla estaba cerrando, y el resto de los pasajeros se había dispersado por el andén. Había tres filas de duros asientos metálicos vacíos esperándolos. Pip se sentó en el extremo más cercano, sin soltar sus maletas.

—Muy bien, ¿qué pasa? —dijo—. Interrogadme. Para eso estáis aquí, ¿no? Cada vez que aparecéis me hacéis las mismas preguntas, y ya no tengo nada más que contaros.

—No queremos causarte ninguna molestia —dijo Amita—. Solo queremos aclarar un par de cosas, eso es todo.

—¿Como qué, señora Khatri? —soltó la actriz—. ¿Qué es lo que necesitáis aclarar? La policía por fin ha hecho su trabajo. Esa horrible mujer, Abi, ¿verdad?, va a ir a la cárcel por lo que hizo. También voy a presentar cargos por agresión, además de por los asesinatos. Mató a Simon Nakamba, el único hombre al que he amado. Así que perdóname si no veo qué sentido tiene responder a las preguntas de una anciana y su compinche.

Se quitó las gafas con enfado. Ahora miraba fijamente a Amita. Si las miradas mataran, la jubilada habría expirado hacía mucho.

Jason estaba a punto de protestar porque le había llamado «compinche» cuando se dio cuenta de que Amita iba a por todas.

—¿De qué conoces a Abi Paris? —preguntó ella.

—No la conozco —respondió la actriz.

—Sin embargo, ella estuvo en una de tus reuniones en tu apartamento —replicó Jason—. Antes de que se incendiara, claro.

—¿Y qué? Mucha gente solía venir a mis fiestas. Se me da bien eso; me gusta cuidar de mi personal.

—Solo que no es tu personal, ¿verdad? —preguntó Amita—. En realidad, no. Son el equipo de producción. Tú solo eres una actriz, una importante, por supuesto, pero no la estrella principal, como Derek, ni la fuerza creativa, como Simon Nakamba. ¿Es justo decir eso, Pip?

Jason se encontró sonriendo. Conocía ese tono, conocía esa táctica de Amita. Era una trampa.

—No sé qué os habéis metido hoy, pero tenéis que reducir la dosis —dijo Pip con desdén—. Estoy de luto, he perdido a dos compañeros, que eran un amigo y mi amante, todo por culpa de una niña tonta y malcriada que no supo manejar el rechazo. Si no me dejáis en paz, voy a llamar a la policía. Esto es acoso.

Cogió sus cosas una vez más y se interpuso entre Amita y Jason. El sonido del tren chirriando por las vías llegó con fuerza desde el andén exterior. Se les acababa el tiempo. Si Pip subía al tren, perderían la oportunidad de resolver las cosas. Jason volvió a entrar en pánico. Y, por el miedo, dijo lo primero que se le vino a la cabeza.

—¡Tuviste una aventura! —gritó.

Amita se volvió para mirarlo, confundida. Pip se detuvo a mitad de camino hacia la entrada. El tren entró en la estación y una oleada de gente se dirigió hacia las puertas. Lentamente, ella se volvió para mirarlo, con las mejillas sonrojadas y los ojos penetrantes.

—¿Qué has dicho? —soltó.

Jason no estaba seguro de lo que había dicho. Simplemente se le había escapado. Rápidamente retrocedió unos segundos, tratando desesperadamente de pensar. Tenía las manos sudorosas y el labio superior húmedo.

—Tuviste una aventura con Derek Veland —dijo.

—¿Qué? —preguntó Pip.

—¿Qué? —preguntó Amita.

—¿Me equivoco? —dijo él.

Pip seguía mirándolo fijamente. Jason no había pensado en los riesgos que conllevaba tal acusación. Pero necesitaban algo, cualquier cosa, para retener a Pip Potter en la estación, y ¿qué había dicho Abi? Que Derek se acostaba con todas sus coprotagonistas.

Aun así, nadie se sorprendió tanto como él cuando Pip confesó.

—No fue nada —dijo ella—. Absolutamente nada. Derek Veland no era el tipo de hombre con el que se pudiera tener una relación. Muchas personas lo descubrieron por las malas. Al menos yo lo supe antes de que empezara.

Jason soltó un gran suspiro. Casi se dobla por el alivio de haber tenido razón. Afortunadamente, Amita estaba allí para retomar su línea de pensamiento.

—¿Se enteró Simon? —preguntó ella, dando un paso adelante.

Pip frunció el ceño. Se le enrojecieron los ojos y apretaba los puños con fuerza a los lados del cuerpo. Intentaba desesperadamente recomponerse, pero era casi imposible. Su mundo se desmoronaba ante sus ojos.

—Simon era un hombre maravilloso —comenzó—, un ser humano verdaderamente especial. Pero podía poner a prueba la paciencia de un santo. Pasamos meses escondidos en la sombra, manteniendo todo en secreto. Es difícil, ¿sabes? Ya te lo dije antes. Es muy muy difícil no estar con la persona que amas. Y, cuando estás hambriento de afecto público, basta con un pequeño cumplido, sin importar de quién venga, para que cambie tu forma de ver a una persona.

—¿Te refieres a Derek? —preguntó Jason.

—Sí, a Derek. —Se rio burlonamente—. Dios mío, ese hombre era un bruto. Y no sabía actuar ni para salvar su vida. Sin embargo, ahí estaba, coqueteando, cogiéndome en brazos y haciendo de príncipe azul. Y funcionó, eso es lo peor.

—¿Cómo se enteró Simon?

Pip negó con la cabeza.

—No lo sé. Fue hace meses, antes de que viniéramos aquí, a Cumbria. Me lo echó en cara una noche que estábamos en su apartamento. Me acusó de traicionarlo, de traicionar su confianza.

—Eso es más o menos lo que significa tener una aventura, Pip —dijo Jason.

—Le dije que quería hacer pública nuestra relación y que así lo había querido desde el principio. Le dije que, si se avergonzaba tanto de nuestra relación que tenía que mantenerla en secreto, entonces quizá tendría que buscarme a otra persona a la que no le diera vergüenza reconocerme en público. Se enfadó, se puso agresivo, y yo tuve uno de esos momentos, ¿sabes? Uno de esos segundos singulares en tu vida en los que de repente ves las cosas con claridad por primera vez. No quería tener nada más que ver con él. Lo quería, por supuesto que lo quería, pero no podía seguir viviendo así. Se quedó sorprendido cuando se lo dije, ¿os lo podéis creer? El gran Simon Nakamba, el hombre que se creía un regalo de Dios para todo lo que tocaba, se sorprendió de que yo amenazara

con dejarlo. Me pidió que esperara, que aguardara hasta que terminara la temporada de la serie, hasta que hubiéramos acabado de rodar aquí en Penrith, y entonces lo haríamos público.

—Entonces, ¿por qué no esperaste? —preguntó Amita.

Pip se mordió el labio inferior. Tenía los ojos vidriosos.

—Porque no le creí —dijo ella—. No creía que fuera a hacer pública nuestra relación. Para Simon, el arte siempre era lo primero, por encima de cualquier otra cosa. El producto, su obra, era su vida, su verdadero amor. Yo siempre estaría en segundo plano. Si es que alguna vez llegué a estar en segundo plano.

—Ese tipo de cosas puede destrozar a una persona —dijo Jason—. El rechazo, la ira… No se te puede culpar por sentirte así. Especialmente tratándose de una persona de tu posición.

—Estaba enfadada. —Pip asintió con la cabeza—. Estaba furiosa. Cuando el dolor se curó, o al menos cicatrizó, decidí seguirle el juego, el juego de entrar y salir a escondidas de su casa o de la mía a todas horas. Los teléfonos desechables, el secretismo…, lo acepté todo. Pero sabía que era en vano. Cuanto más rodábamos en el estudio y luego aquí arriba, más claro estaba que nunca lo iba a hacer público. Era demasiado arriesgado para él que su preciada reputación se pudiese manchar con rumores y cotilleos de la prensa sensacionalista. Puede que me acostara con el director, pero para él no era más que una celebridad cabeza hueca. Así era Simon Nakamba. Siempre el artista.

Jason no pudo evitar sentir lástima de Pip. Conocía muy bien esos sentimientos de rechazo e infelicidad. Se había enfrentado a ellos muchas veces en su profesión. Sin embargo, eso no le daba a ella una excusa. Al fin y al cabo, él no había salido a matar a nadie.

—¿Y Abi Paris? —preguntó—. ¿Dónde la conociste?

—Se me acercó el primer día de rodaje aquí —respondió Pip con un resoplido—. No la recordaba, pero al parecer había trabajado conmigo antes, hacía unos años, antes de *The Locus*. Le seguí el juego. Era una chica agradable, pero un poco rara, muy intensa. Me quedó muy claro que haría cualquier cosa que le pidiera. Y fue entonces cuando se nos ocurrió nuestro plan.

El tren a Mánchester salió de la estación. Todo el andén se había vaciado y solo quedaban ellos tres. Pip volvió a los asientos y se dejó caer, agotada.

—Una noche ella estuvo en mi apartamento. Estábamos inaugurando el lugar, con muchas bebidas y muchos cotilleos. La asistente, Lisa, estaba allí y más personas —dijo—. Era más de la una y Abi fue la última en irse. Cuando estaba a punto de acompañarla a la puerta, empezó a contarme cosas de su carrera, de Simon y Derek. Nos sentamos y estuvimos hablando durante horas. Me contó que Simon había sido un cerdo con ella e incluso que había vivido con Veland durante un tiempo. Ella también tenía el corazón roto, la pobre chica. Me dio pena al pensar en cómo yo también había sido tan ingenua de creer que el mundo del cine podía hacer realidad tus sueños. Entonces se enfadó, y me refiero a que se enfadó de verdad, empezó a romper platos y todo tipo de cosas. Fue aterrador ver la fuerza que tenía y lo violenta que podía llegar a ser. Y fue entonces cuando se me ocurrió el plan.

—¿El plan de animar a Abi a matar a Simon y Derek?

—Al principio solo iba a ser Simon —dijo—. Quería castigarlo por lo que me había hecho, por lo que me hacía a diario. Abi estaba igual. Es muy raro hablar con alguien de un asesinato. No es una conversación que salga de forma casual entre charlas sobre el tiempo y el fútbol. A Abi no parecía importarle. Quería venganza, la necesitaba. Era como una droga para ella. Y vi que había una hermosa integridad artística en todo ello. Me convertiría en la trágica superviviente; sabía que sería maravilloso para mi carrera.

—Y ¿qué pasó con Veland? —preguntó Jason—. ¿Se enteró de lo de Abi y el asesinato?

—No me hagas reír —dijo Pip—. Derek no se daría cuenta de que el mundo se acaba, aunque le cayera un meteorito en su cabeza hueca. No, eso fue cosa de Abi. Él la había despreciado, y ella estaba desesperada por hacerle daño. Me dijo que iba a hacerlo. No la detuve. ¿Por qué iba a hacerlo? Él también se aprovechó de mí. Que se vaya al infierno.

—Usaste a Abi para vengarte de Simon Nakamba —dijo Amita con disgusto—. Arruinaste su vida y acabaste con otras dos, y ¿para

qué?, ¿porque tenías el corazón roto?, ¿porque no te llevabas bien con tu novio?

—¡Me hicieron daño, Amita! —Pip se levantó rápidamente y se señaló el pecho—. ¿No lo ves? Los dos me hicieron daño. El hecho de que Abi estuviera tan dispuesta a hacer lo que hizo es cosa suya. Yo solo le sugerí algunos detalles, eso es todo. Le metí la idea en la cabeza, pero ella habría llegado a ello por sí misma de todos modos.

—Pero tú seguías saliendo ganando —dijo Amita—. Sigues quedando como la gran mártir, la mujer que sobrevivió al asesino de la sala de conciertos. Tenías mucho que ganar con el trabajo sucio de Abi. Te convertiría en una estrella, en una heroína, especialmente después de que ella te atacara en el hospital.

—Eso fue una desgracia —aclaró Pip—. No la vi venir, no sabía nada de ese cóctel molotov contra el apartamento. La última vez que hablé con ella antes de eso fue después de que matara a Derek. Le dije que no quería tener nada más que ver con ella. Sí que quería que Veland muriera, pero veía que dos cadáveres llamaban mucho más la atención de lo que yo quería. Le dije que había terminado con ella, que no quería volver a verla. Entonces fue y prendió fuego a mi apartamento con vosotros dos dentro. Se me encaró en el hospital y estaba claro que quería vengarse. Decía que yo era tan mala como los hombres, que la había utilizado y luego la había abandonado. Mantuve la calma, a la espera de que aquella policía inútil entrara a salvarme. Al final, fuisteis vosotros dos, otra vez.

—No te libras de nosotros —dijo Jason solemnemente.

—Sí —asintió Pip—, no me libro de vosotros.

Jason se pasó la mano por el pelo. Todo esto era demasiado para asimilar. Miró a Amita y vio que casi vibraba de ira.

—Amita —dijo—, ¿estás bien?

—Has causado tanto destrozo… —le dijo ella a Pip—. Y no parece que te importe en absoluto. Estás ahí de pie, contándonoslo como si estuvieras leyendo la lista de la compra. ¿Es que no sientes nada?

—No me des lecciones sobre sentimientos —replicó Pip—. La razón por la que me he metido en este lío es por lo que sentía, por cómo me siento, y ¿sabes una cosa? Volvería a hacerlo sin dudarlo.

Chasqueó los dedos. Ese gesto debió de desencadenar algo en la mente de Amita, pues se abalanzó furiosa sobre Pip. Jason la agarró justo a tiempo, antes de que golpeara a la actriz.

—No, Amita, no vale la pena —dijo, separándola de Pip Potter, que sonreía con aire burlón—. No vale la pena que te metas en problemas por ella.

—Qué conmovedor —se burló Pip, volviendo a sentarse junto a sus maletas—. Realmente conmovedor. Sería un gran final para una de mis series de televisión.

Jason sintió el mismo destello de ira que había visto encenderse en su suegra. Se las arregló para tragárselo y contenerlo. Sin soltar a Amita, miró a Pip Potter.

—Vas a ir a la policía —dijo—. O vienes con nosotros ahora mismo, o te meterán en la parte trasera de un coche patrulla y todos mis amigos periodistas tendrán su titular para mañana por la mañana. Tú decides.

Pip asintió con la cabeza. Se miró de forma indolente las uñas y le sonrió con aire burlón una vez más.

—Creo que esperaré a la policía —dijo—. No tiene sentido desperdiciar una buena oportunidad de publicidad, ¿no?

[47] *Gotcha* es el tema musical de la serie de televisión *Starsky y Hutch,* de Tom Scott.

[48] *Gotcha* en inglés, título del presente capítulo.

40. *Galloping Home*[49]

Viper dio un paso adelante. Le tendió la mano enguantada a Jason, con una triste sonrisa en el rostro bajo el ala de su sombrero Stetson.

—Gracias por creerme —dijo.

—No hay de qué —respondió Jason—. Para serte sincero, al principio no me resultó fácil. Pero me alegro de haberte concedido el beneficio de la duda.

El taxi esperaba en la calle, frente a la casa. El motor petardeaba y escupía humo, y el conductor, al volante, fruncía el ceño. No era precisamente un vehículo de primera clase para llevar a Viper al aeropuerto. Pero tendría que servir.

—Y gracias por acogerme en tu casa y dejarme conocer a tu familia —dijo también, saludando con la cabeza a Radha, que estaba de pie junto a las escaleras.

—El placer ha sido todo nuestro, Viper. Que tengas un buen viaje de vuelta, y avísanos cuando hayas aterrizado sano y salvo.

Cuando la policía exoneró al primo de Simon Nakamba de cualquier delito, básicamente lo echaron a la calle. Amita, que nunca dejaba pasar la oportunidad de ayudar al prójimo, insistió en que el antiguo cantante de *heavy metal* se quedara con ellos hasta el funeral. Ahora regresaba a la capital para asistir a las exequias y, desde allí, a su casa en Kenia.

—Si alguna vez necesitas algo, solo tienes que llamarnos —dijo Amita, temblando junto a Jason.

—Lo haré, señora Khatri. Y gracias también por tu hospitalidad. No sé qué habría hecho si no hubierais sido tan generosos conmigo y no me hubierais acogido.

—Tonterías, querido, tonterías. No podíamos dejarte en la calle, ¿verdad? Esa no es la hospitalidad de Cumbria, ¿verdad, Jason?

—No, no lo es —dijo él—. Pero Amita tiene razón: si alguna vez necesitas algo, solo tienes que decírnoslo. Aquí tendrás una cama

siempre que quieras.

Viper asintió con la cabeza.

—¿Estás seguro de que estarás bien en el funeral? —preguntó ella.

—Sí, estaré bien —dijo Viper—. Será un día triste, por supuesto que lo será. Pero sé lo mucho que Simon significaba para tanta gente. Los periódicos dicen que las calles se llenarán de fans. No me sentiré solo, no cuando esté rodeado de gente que lo quería y amaba su trabajo. Estaré bien.

Amita y Jason no pudieron rebatir eso. El taxista tocó el claxon. Viper se encogió de hombros.

—Supongo que esta es mi última llamada —dijo—. Gracias de nuevo a todos por ayudarme y por creerme. Mucha gente se habría rendido o no le habría importado. Pero vosotros no. Nunca lo olvidaré. Muchísimas gracias.

Cogió la mochila que Jason le había dado, llena con una docena de sándwiches y bolsas de patatas fritas que Amita había insistido en que se llevara para el viaje a Londres. Estaba a mitad de camino cuando se detuvo.

—¡Casi se me olvida! —dijo, chasqueando los dedos.

Viper dejó la bolsa en el suelo y volvió corriendo por el camino. Sacó una caja de CD estropeada del bolsillo interior de su chaqueta de cuero y se la entregó a Jason.

—¿Qué es esto? —preguntó este último cogiéndola de manos de Viper.

—Mi nuevo álbum —respondió—. Mira, ese soy yo en la portada. ¿Lo ves? Te dije que era cantante.

Efectivamente, Viper salía en la portada. Estaba saltando en el aire y parecía estar haciendo una apertura sobre las palabras *Hellfire forever* («fuego infernal para siempre»), solo que en lugar de *for* ponía un número cuatro.

—Escúchalo cuando vayas al gimnasio —dijo Viper—. Te prometo que tendrás más energía al final que al principio.

Dio unos golpecitos en la funda y volvió deprisa por el camino.

—De acuerdo —dijo Jason—. Te creo, ¿vale?

Viper se subió al taxi. Saludó con la mano mientras el coche se alejaba por la carretera. Jason negó con la cabeza.

—Qué tío —dijo—. Creo que voy a guardar este con el resto de mi colección de CD.

—No tienes colección de CD —repuso Radha.

—Exacto.

—Jason, no seas tan grosero —dijo Amita—. Vamos, pon la tetera al fuego, tengo mucha sed.

Entraron en la casa. Un carraspeo fuerte y brusco los detuvo. Sandy caminaba por el sendero del jardín con expresión de inquietud. Jason sonrió.

—Hablando de groserías —dijo—. Aquí viene mi boxeador favorito, Sandy, el azote de las campanillas de invierno, enemigo de cualquier hortensia.

—¡Jason! —le reprendió Amita—, no seas tan desconsiderado.

—Buenas tardes a todos —saludó Sandy, tirando de la visera de su gorra plana—. Muy buenas, Jason. Espero no haber causado demasiados destrozos el otro día.

—No te preocupes, Sandy —dijo Amita—. Jason no sabría distinguir una flor de una mala hierba ni aunque su vida dependiera de ello. Solo te está tomando el pelo.

—No pasa nada, Sandy —dijo, ignorando a su suegra—. Y siempre serás bienvenido a pisotear mi *Thunbergia* cuando quieras.

Sandy soltó una risa nerviosa. Amita lo miraba con el ceño fruncido. Lo único que Sandy pudo hacer fue volver a sonreírle.

—Me preguntaba si podría hablar contigo un momento, Amita, en privado —preguntó Sandy.

—Por supuesto —dijo ella, nerviosa—. Jason, ve a preparar una tetera, ¿quieres?

—Vale, tengo que escribir unas líneas para mi cruel editora, Smiffy —dijo él, entrando en la casa—. Y sé cuándo estoy de más.

Amita cerró la puerta principal. Hizo un gesto a Sandy para que la siguiera por el sendero del jardín hasta la acera. Empezaron a caminar lentamente por la calle.

—Yo…

—Tú…

Ambos empezaron a hablar al mismo tiempo.

—Tú primero —dijo Amita.

—No, tú, por favor —dijo Sandy.

Esa torpeza les hizo reír a ambos.

—Míranos —observó ella—. Estamos actuando como un par de adolescentes tontos.

—Si tú lo dices, Amita —dijo él—. Hace mucho tiempo que dejé de ser adolescente.

—Ay, déjalo ya, Sandy.

—Es verdad.

—Solo eres un año mayor que yo, y yo no soy nada mayor —dijo ella.

Caminaron un poco más. Amita estaba contenta de estar con él. Se sentía segura y tranquila cuando él estaba allí. No era solo por su físico. Después de todo, en las últimas semanas se había enfrentado a una estrella de televisión borracha, a una bomba incendiaria y a un ángel vengador armado con un arma con punta; no necesitaba que la protegiera ningún hombre. Pero se dio cuenta de que tener un amigo que la apoyara era algo muy diferente. Su presencia le daba tranquilidad, cosa que le proporcionaba una enorme confianza y paz.

—Quería pedirte perdón otra vez por lo que pasó con Irvine Carruthers —dijo él, con la barbilla hundida en el pecho.

—No tienes que disculparte —dijo ella, apoyando la mano en su brazo—. No tienes que disculparte por nada, Sandy. Nunca lo hagas. Eres un caballero, siempre lo has sido conmigo, con el resto del club y con esta ciudad. Tenemos suerte de tenerte.

—No debería haber empezado a pelearme con él —se excusó él—. Imagina seguir queriendo dar puñetazos a nuestra edad. Es patético.

—No es muy sensato, te lo concedo.

—No pude moverme en todo el día siguiente —dijo—. Me dolían muchísimo la espalda y las rodillas, ay, las rodillas, Amita. Estuve postrado en la cama hasta las cuatro de la tarde. ¡Llevaba despierto desde las seis!

—¡Deberías haberme llamado!

—No podía, ¿verdad? —Se rio—. ¿Qué pensaría Irvine Carruthers entonces?, ¿eh? Yo también tengo mi orgullo, Amita. Soy un viejo

tonto por siquiera pensar que había…

Se calló. Ella detuvo la conversación. Mirando sus profundos ojos cálidos, le devolvió la sonrisa. Le acarició la mejilla y él se inclinó hacia su mano.

—Eres un hombre muy especial, Sandy Prentice —dijo ella—. Muy especial, de verdad. Nos conocemos desde hace mucho mucho tiempo. Hemos compartido muchas cosas a lo largo de los años. Somos muy cercanos.

—¿Cercanos como lo eres con Irvine? —preguntó él con tristeza.

—Irvine es… Irvine —dijo ella, con la misma tristeza—. También es un buen amigo. Pero no como tú, no como la amistad que tenemos tú y yo.

—¿Y eso es todo, entonces?, ¿amistad? —preguntó él.

Ella no quería responder a esa pregunta. Le gustaría que él no la hubiera hecho. Mirándolo a los ojos, se dio cuenta de que él tampoco quería haberla hecho. Ahora la pregunta estaba ahí, flotando entre ellos.

—Oh, Sandy —dijo ella.

—Lo sé —dijo él con un suspiro—. Lo sé, Amita.

Levantó la mano y cogió la de Amita, que ella seguía teniendo posada en la mejilla de él. Con un tacto tan delicado y suave como un pétalo de rosa, la besó y la soltó. Se enderezó, cuadró los hombros y le guiñó un ojo.

—¿Nos vemos mañana por la noche en el bingo? —preguntó.

—Nos vemos mañana por la noche en el bingo —dijo ella con un gesto de asentimiento.

Eso le bastó. Se ajustó la gorra y se alejó por la calle, caminando erguido y con la cabeza alta. Amita lo vio bajar por la colina que llevaba al centro. Cuando desapareció de su vista, deseó que siguiera allí, a su lado. Pero pronto la calle volvió a quedar vacía. Lentamente, Amita volvió a casa.

[49] Sintonía de la serie de televisión británica *The Adventures of Black Beauty* (1972-1974). Es un tema escrito por Denis King e interpretado por la London String Chorale.

41. *Here With Me*[50]

—¿Seguro que no quieres que te acompañe hasta la puerta principal? —preguntó Jason—. Parece que va a empezar a nevar, Amita. Podrías resbalarte y romperte el cuello.

—Jason, por favor. —Le lanzó una mirada de desagrado—. Intenta elegir tus palabras con un poco más de cuidado, ¿quieres?

—Lo siento —se disculpó él—. Pero el pavimento está helado. ¿Por qué no dejas que te lleve hasta la puerta?

—De repente te preocupas mucho por mi bienestar. ¿Te encuentras bien?

—Eso es casi ofensivo —dijo él—. Eres, con diferencia, mi suegra favorita y solo me preocupo por tu salud ahora que te acercas al ocaso de tus años en este mundo.

—Ya está, me voy —dijo ella mientras abría la puerta—. Los últimos años, claro…

—Bueno, así podré ir a casa y ver el final de las noticias —dijo él —. ¿Te recojo en el sitio de siempre?

—Allí estaré —respondió ella, y cerró la puerta.

Amita comenzó a caminar por la acera hacia el salón parroquial. Era miércoles por la noche, por lo que había bingo, tan constante como las mareas y el sol que sale cada mañana. Estaba contenta de ir al club esa noche. Las últimas semanas habían sido agotadoras para ella, tanto física como mentalmente. Una buena partida de bingo, una charla, una taza de té aguado y una galleta eran justo lo que necesitaba.

El corto paseo hasta el salón era lo que había deseado durante todo el día: esos últimos minutos a solas en los que podía ordenar sus pensamientos. Había leído en alguna parte que mucha gente pensaba mientras se bañaba o se duchaba. Ella no. Necesitaba moverse. Una caminata rápida o el corto paseo para llegar al bingo era todo lo que necesitaba. Como era de esperar, la interrumpieron.

—Amita.

La voz la llamó por detrás. Se dio la vuelta, sintiendo la arena del pavimento crujir bajo sus zapatillas. Sarah Paris caminaba hacia ella, abrigada con un gran abrigo y una bufanda.

—Quería alcanzarte antes de que entraras —dijo—. Radha me dijo que los miércoles jugabas al bingo.

—¿Vuelves a hablar con Radha? —preguntó Amita, olvidándose por completo de sí misma.

—Sí —sonrió Sarah—. Ha sido maravilloso ponernos al día, incluso en estas circunstancias.

Se la veía cansada, demacrada. Amita no podía culparla, dado todo lo que había pasado. Prácticamente había perdido a su hija. Y aún le esperaban más momentos difíciles.

—Quería darte las gracias —dijo.

—¿Darme las gracias a mí? ¿Por qué? —preguntó Amita.

—Por cómo has atado todos los cabos con lo de Abi y las desgracias de Derek Veland y Simon Nakamba —dijo—. No puedo perdonarla por lo que hizo. Nadie puede. Cada vez que pienso en las pobres familias de sus víctimas, se me parte el corazón. Pero ahora sé que mi hija va a recibir ayuda, de una forma u otra. Al menos tendrá gente que la cuide.

—Yo no hice nada —dijo Amita.

—Sí que hiciste —respondió Sarah entre sollozos—. Sí que hiciste. La llevaste ante la justicia. Te aseguraste de que al final se hiciera lo correcto. No tenía ni idea de lo que estaba pasando, de que ella era capaz de hacer algo así. Le fallé, como madre y como amiga. Debería haber estado ahí para ella de alguna manera, debería haberla apoyado, o algo, lo que fuera. La historia se repitió, Amita, con Abi. Yo pensaba que mis padres nunca me conocieron realmente y ahora resulta que yo no tenía ni idea de en qué tipo de persona se había convertido mi hija. Siempre voy a tener que vivir con eso. Ahora, por lo menos, sé que no va a poder hacer daño a nadie más. Y, curiosamente, eso es un gran consuelo.

Amita había luchado con su conciencia durante mucho tiempo por este caso. La culpa que aún sentía por lo que había pasado con Sarah y Radha no había desaparecido. Seguía ahí, como un moratón que no podía resistirse a tocar y presionar. Quería contarle todo esto

a Sarah, allí mismo. Pero no era el momento. Habría otro momento para esa conversación, cuando todo se hubiera calmado. Lo único que podía hacer ahora era acercarse y abrazar a la antigua amiga de su hija.

—Estaré contigo en cada paso del camino —le dijo—. Y Radha y todos, cuando sea el juicio, y en la repercusión que tenga. Aquí nos tienes, en lo que te podamos ayudar. Si necesitas algo, cualquier cosa, solo tienes que pedirlo. ¿De acuerdo?

Sarah se apartó de ella.

—Lo sé —dijo, con la punta de la nariz enrojecida y el aliento humeante—. Y no puedo agradecerte lo suficiente tu apoyo. Significa mucho para mí.

—Tengo mucho tiempo perdido que recuperar, Sarah. Créeme.

Como Amita se había sorprendido tanto de verla, no se había fijado en la bolsa de plástico que Sarah llevaba. Se la entregó.

—¿Qué es? —preguntó.

—Un regalo —respondió Sarah—. Fantasmas del pasado. Pensé que te gustaría.

Amita abrió la bolsa. Metió la mano y sacó la foto alargada y rectangular de toda la escuela que había visto en el salón de Sarah. Se rio, miró todas las caras y vio a Radha.

—Me dijiste que habías perdido la tuya —dijo la dueña del hotel—. Bueno, puedes quedarte con esta para reemplazarla.

—¿No la echarás de menos?

—Por favor, dame fuerzas, Amita —dijo Sarah con una sonrisa—. He perdido todo interés en verme cuando era una adolescente desgarbada y con acné. Puede que no tenga un físico para salir en *Vogue,* pero sigo siendo demasiado vanidosa como para recordar esos años.

—Los días de colegio no siempre son los más felices de tu vida, ¿verdad? —preguntó ella.

—No, para mí no lo fueron, Amita. Como bien sabes.

—Pero todo eso ya pasó, ¿no?

—Todo eso ya pasó —dijo Sarah—. Pero pensé que quizá te gustaría tener la foto. Sé lo orgullosa que estabas de Radha y de sus

logros. Me alegro de que al final todo le haya ido bien en la vida. Sabía que así sería.

—Sí, así fue —asintió Amita—. Y también lo será para ti, Sarah, con el tiempo. Al final, todo sale bien. Solo hay que creer en ello y mantener los ojos abiertos.

Sarah volvió a asentir con la cabeza. Se metió las manos en los bolsillos y, cuando iba a marcharse, inclinando la cabeza, le hizo a Amita una pregunta que esta no esperaba.

—¿Lo sabías, hace tantos años? —preguntó.

—¿Saber qué?

—Lo de Radha y yo y las cosas que hicimos. ¿Lo de la colecta de la organización de beneficencia? ¿El incidente del carrito de golf?

—¿El incidente del carrito de golf? —Lo primero, por supuesto, le resultaba familiar, pero ¿lo otro? Amita no tenía ni idea. Quizá debería investigar más en casa.

Sarah sonrió. Por un breve instante, su tristeza se desvaneció. Se perdió en un recuerdo y retrocedió muchos años.

Amita pudo ver de nuevo a aquella chica joven, descarada e ingeniosa que había visto crecer ante sus ojos. Y eso le partió el corazón.

—Quizá deberías preguntarle a tu hija cuando llegues a casa —dijo —. Y abrázala muy fuerte esta noche. De mi parte.

—Lo haré —dijo Amita, viéndola subir a su coche—. Lo haré.

[50] La canción *Here with Me,* de Dido, es la sintonía de la serie de televisión *Roswell*. El tema también ha sido versionado por otros artistas, como Vitamin String Quartet.

Estrella de *The Locus*, detenida por el asesinato de admiradas celebridades

POR JASON BRAZEL EN PENRITH

La tragedia que rodea el rodaje de la última temporada de *The Locus* dio otro giro dramático cuando la protagonista Pip Potter fue arrestada anoche.

La actriz, de veintiocho años, ha sido acusada de conspiración para asesinar a sus compañeros, el actor Derek Veland y el director Simon Nakamba.

El señor Nakamba, que era el director de la próxima temporada de *The Locus,* apareció muerto a principios de este mes a la salida de la sala de conciertos de Penrith, en el centro de la ciudad. La policía inició inmediatamente una investigación por asesinato y pidió ayuda a la ciudadanía.

La serie de televisión, que atrae regularmente a millones de espectadores, se estaba rodando en Penrith antes del estreno de la nueva temporada. Varias calles fueron acordonadas para el rodaje antes de que se descubriera el cuerpo del señor Nakamba, de madrugada. Unos días más tarde, se halló el cuerpo sin vida del actor Derek Veland en su habitación de hotel. La policía confirmó rápidamente que las dos muertes se estaban tratando como posibles asesinatos y que estaban relacionadas.

Tras una exhaustiva investigación, los detectives detuvieron a una sospechosa, Abi Paris, tras un incidente en el Hospital de Penrith. Se cree que la señorita Paris también ha sido acusada en relación con un presunto ataque incendiario deliberado que se produjo en el centro a finales de la semana pasada.

Ahora, los detectives han confirmado que también han detenido a la señorita Potter y que está acusada en relación con los presuntos asesinatos.

Se han rendido homenajes al señor Nakamba y al señor Veland en el mundo del espectáculo y en otros ámbitos. La diputada de Penrith Sheila Mulberry expresó sus condolencias. Dijo: «La pérdida de dos figuras destacadas de nuestra industria del entretenimiento la sentirán millones de personas en todo el mundo. Me entristece muchísimo que esta tragedia se haya producido aquí, en Penrith, y agradezco enormemente a la policía de Cumbria su excepcional profesionalidad, eficiencia y decoro en lo que ha sido una investigación increíblemente estresante y de gran repercusión mediática. También me gustaría asegurar a la buena gente de Penrith y Cumbria, a quienes sirvo lealmente en Westminster, que ya no existe una amenaza especial para los habitantes de nuestra ciudad. Y que se hará justicia.

La productora responsable de *The Locus* ha anunciado que el programa permanecerá en pausa durante un tiempo. Sin embargo, los grandes fans de la serie han sido el blanco del empresario local Malcolm Brunger, cuya gama de vajilla conmemorativa del programa, producida a toda prisa en Penrith, ha sido considerada «de mal gusto» por algunos residentes. Otros espectadores entusiastas de la serie se han apresurado a comprar las tazas de recuerdo, impresas con fotografías tomadas por Amita Khatri, vecina de Penrith. Todos los beneficios se destinarán al fondo de beneficencia Hal Mulberry.

Reparto

La *sheriff* de Penrith — Amita Khatri
Ayudante de la *sheriff* — Jason Brazel
La voz de la razón — Radha Brazel
La víctima genial — Simon Nakamba
El canalla borracho — Derek Veland
La mujer fatal — Pip Potter
La enfermera desdichada — Abi Paris
El vaquero *heavy metal* — Peter «Viper» Nakamba
El hombro (fuerte) en el que llorar — Sandy Prentice
El casanova — Irvine Carruthers
La sabelotodo — Georgie Littlejohn
La mujer increíblemente flexible — Pauline Saxon
El manitas — Malcolm Brunger
El padre Ford — Él mismo

Agradecimientos

Uno de los aspectos realmente maravillosos de escribir sobre Jason y Amita es la sensación de pasar tiempo con viejos amigos. Ambos personajes me son muy queridos (como probablemente se puede deducir). Pero, en un gran caso de arte que imita a la vida, cuando se trata de trazar sus aventuras, puedo pasar tiempo con personas del MUNDO REAL que se han vuelto igualmente queridas para mí.

Quiero dar las gracias de forma muy especial a mi agente, Elizabeth Counsell. Ella es la roca firme de la que cada vez dependo más. Su perspicacia, su calma y su capacidad para lidiar conmigo cuando me pongo nervioso (lo cual, por cierto, ocurre con frecuencia) son sencillamente extraordinarias. Tener a alguien que no solo disfruta de tu trabajo tanto como tú, sino que además sabe cómo mejorarlo, es un verdadero privilegio, y le estaré eternamente agradecido.

El aprecio y la gratitud que siento por mi maravillosa editorial HarperNorth son inquebrantables. Mi editora, Genevieve Pegg, sigue siendo una inspiración, con su talento genial, no solo en lo que respecta a mi trabajo, sino a mi carrera en general. Conoce a Jason, Amita y todo el club de bingo de Penrith y sus compinches mejor que yo. Y su sabiduría, sus consejos y su energía ilimitada son indispensables para mí.

Lo mismo hay que decir de Alice Murphy-Pyle. Si yo soy el «talento», ella es el cerebro, la fuerza y lo mejor de los detectives del club de bingo, todo en uno. Infinitamente entusiasta y siempre al otro lado del teléfono, es el tipo de campeona con la que los autores estamos desesperados por trabajar, pero con la que muy pocos conseguimos hacerlo. Me considero muy afortunado por ello.

Y no puedo agradecerle lo suficiente a Taslima Khatun y al equipo de HN en general por su trabajo, no solo en la publicación de este

libro, sino de toda la serie. Son inspiradoramente eficientes, brillantemente creativos y siempre están dispuestos a ayudar. De nuevo, me estremezco al pensar en lo que sería de mí si no los tuviera a ellos en la sala de máquinas.

También quiero expresar mi especial agradecimiento a Cindy Ma, Brennan Francis y a todo el equipo de HarperCollins Canada. Me han acogido como a uno más de los suyos en este lado del Atlántico. Y su experiencia, por no hablar de su maravilloso sentido del humor, me ha hecho sentir como en casa.

Este libro se centra en el mundo de las series policiacas de televisión. Guardo muy buenos recuerdos de cuando me sentaba en el apartamento de mi abuela, con las luces apagadas, viendo *Taggart, Morse, A Touch of Frost* y toda una ristra de series policiacas que se desarrollaban en la pantalla. Aunque a veces podía ser un poco sangriento, ella siempre estaba ahí para tranquilizarme diciéndome: «Solo es kétchup». Le doy las gracias, esté donde esté ahora, por haberme introducido en lo que se convertiría en mi trabajo. Y por estar siempre ahí.

Por último, un enorme y eterno agradecimiento también al resto de mi familia, dispersa por todo el planeta. Desde las preguntas más insignificantes, frikis y exasperantemente mundanas hasta el apoyo incondicional en medio del lodazal de problemas ficticios en un mundo inventado, tengo no ya la suerte, sino el HONOR, de saber que siempre puedo contar con ellos.

No hace falta decirlo, pero lo diré de todos modos: gracias, querido lector, por TU apoyo. Espero que las discusiones, los desacuerdos, las peleas y las disputas de una pensionista acomodada y su quejumbroso yerno te proporcionen tanto disfrute como a mí.



Último lote: asesinato en subasta

Bateman, E.C.
9788410643185
336

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una brillante novela de misterio perfecta para los fans de M.C. Beaton y Richard Osman.

El asesinato acecha en los adoquines de la ciudad georgiana más elegante de Inglaterra...

Cuando un accidente obliga a Felicia Grant a volver a la casa de subastas de su familia en Stamford, jura que solo será una visita relámpago. Pero al caer el martillo sobre el último lote, se desvela un secreto oculto: ¡el cadáver del rival de su padre en los negocios, que ha sido asesinado durante la abarrotada venta!

Pronto, Felicia se ve envuelta en un misterio que tiene a todos los habitantes de la comunidad como posibles sospechosos, incluida ella.

A medida que aumenta el número de cadáveres y la gente a la que quiere se ve amenazada, Felicia toma cartas en el asunto. Pero incluso el lugar más pintoresco tiene sus secretos...

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Lo que nadie me contó del amor

Blanco, Cris
9788410644427
192

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

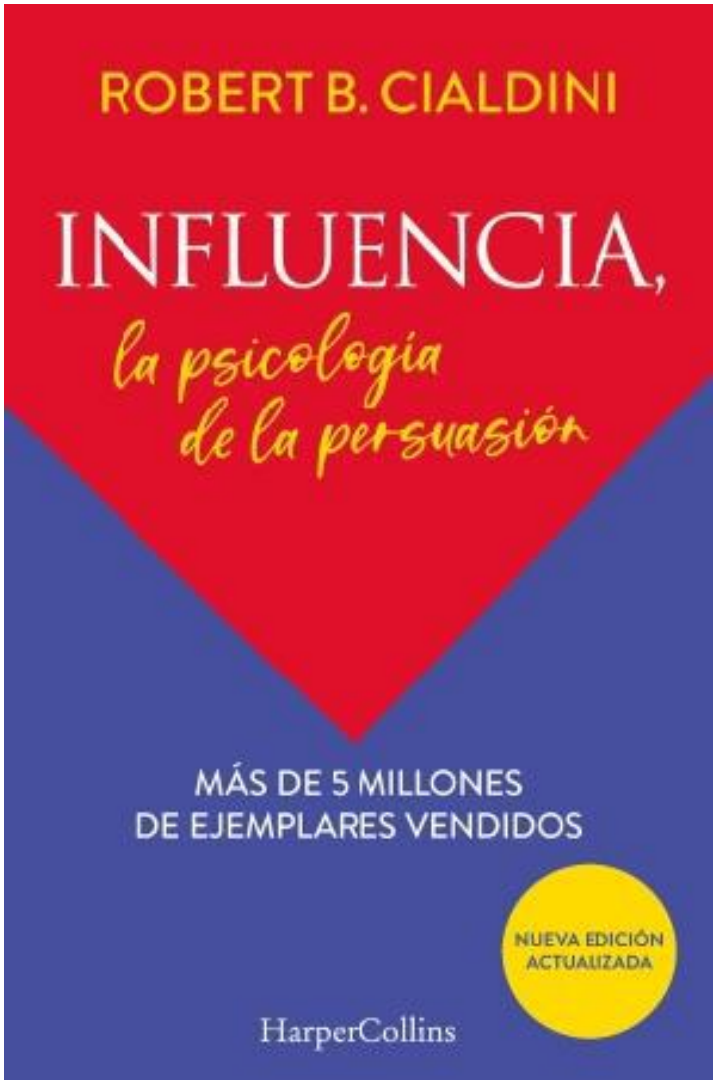
¿Cuántas veces has pensado que si no duele no es amor?
¿Has confundido «le necesito» con «le quiero»?

Durante mucho tiempo pensé que la posesividad era sinónimo de amor verdadero y que las mariposas en el estómago eran felicidad y no ansiedad.

Pero un día entendí que amar era otra cosa. No era revisar el móvil cien veces al día para ver si había escrito, ni noches de insomnio y celos. Era sentir seguridad y poder ser yo misma sin miedos. Descubrí que la calma no es aburrimiento, y aprendí que no es lo mismo querer mucho que querer bien.

Muchas de las cosas que he sentido probablemente también las has sentido tú. Y cuando las compartimos, duelen un poco menos. Quizá por eso estás aquí.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Influencia. La psicología de la persuasión

B. Cialdini, Robert
9788491397380
576

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El libro más importante sobre la ciencia de la persuasión que puede cambiar tu vida.

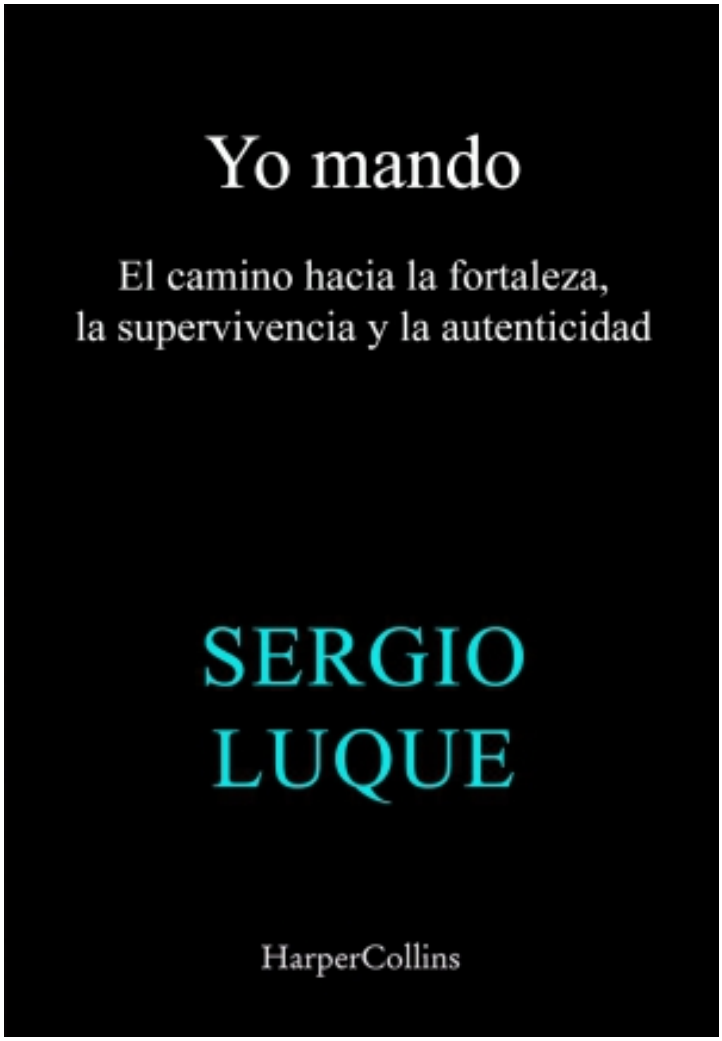
Tienes en tus manos la obra maestra de la persuasión. Un libro extraordinario que te ayudará a ser más eficaz en el trabajo y en la vida diaria, a maximizar tu carisma, a mejorar tus relaciones y estrategias para convencer y llegar a acuerdos ventajosos, en definitiva, alcanzar el éxito a todos los niveles.

En este manual definitivo, Cialdini explica, con rigor científico y de forma sencilla, cómo provocar en las personas la respuesta deseada y cómo protegerse ante intentos poco éticos de persuasión.

Un compendio de sabiduría para convertirte en un hábil influyente.

Bibliografía:
https://www.harpercollinsiberica.com/images/pdf/bibliografia-influencia.pdf

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Yo mando

Luque, Sergio
9788410645363
256

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En un mundo donde la comodidad nos anestesia y la tecnología nos desconecta de nuestra esencia, este libro es un gran grito de rebelión. A través de experiencias reales y reflexiones profundas,

Sergio Luque nos guía hacia una transformación personal basada en ocho principios fundamentales, entre los que se encuentran la autodisciplina, el autoconocimiento o la fuerza interior.

Descubre cómo las leyes naturales, como la adaptabilidad o la selección natural, pueden ser tus aliadas para forjar un carácter imponente y auténtico. Un manual de vida para empoderar a quienes se atreven a romper con las mentiras sociales y abrazan la verdad más pura.

YO MANDO **es una invitación a reconectar con tu esencia, a proyectar toda tu fuerza y a vivir intensamente. ¿Te atreves a tomar el control?**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Adiós a la inflamación

Moñino, Sandra
9788410021242
288

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿SIENTES TU VIENTRE HINCHADO? ¿PESADEZ EN TU CUERPO? ¿TE NOTAS DE MAL HUMOR, ESTRESADO O MÁS

CANSADO DE LO NORMAL? ¿SABÍAS QUE DETRÁS DE ELLO PODRÍA ESCONDERSE UN PROBLEMA DE INFLAMACIÓN?

Aumento de peso, problemas en la piel, dolores de cabeza o patologías como la diabetes, el hipotiroidismo, la esclerosis múltiple, el cáncer o la depresión podrían deberse a una inflamación crónica.

En este libro descubrirás que una dieta adecuada, hábitos saludables y una buena gestión de las emociones son primordiales para desinflamarte y recuperar tu salud.

La nutricionista Sandra Moñino, una de las mayores expertas en inflamación, nos da todas las claves y trucos para identificarla, prevenirla y combatirla. Además, te ofrece un completo menú antiinflamatorio con recetas ricas, fáciles, saciantes y muy saludables.

UN MANUAL IMPRESCINDIBLE QUE MEJORARÁ TODOS LOS ASPECTOS DE TU SALUD Y CAMBIARÁ TU VIDA.

Incluye gratis RETO 3 DÍAS antinflamatorio.

«Descubrir el significado de la inflamación ha sido un antes y un después.

Gracias a ello he conseguido en mis pacientes mucho más de lo que nunca me hubiera imaginado. Revertir enfermedades crónicas, conseguir reducir su medicación, eliminar síntomas de patologías, mejorar su calidad de vida, pérdidas de peso a largo plazo que parecían imposibles y un largo etcétera. Es increíble lo que se puede lograr al llevar una alimentación antiinflamatoria.

Ojalá puedas leer este libro con detenimiento y abrir la mente hacia este cambio, porque te aseguro que la nutrición es la medicina del futuro.

¡Desinflámate conmigo!».

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)
